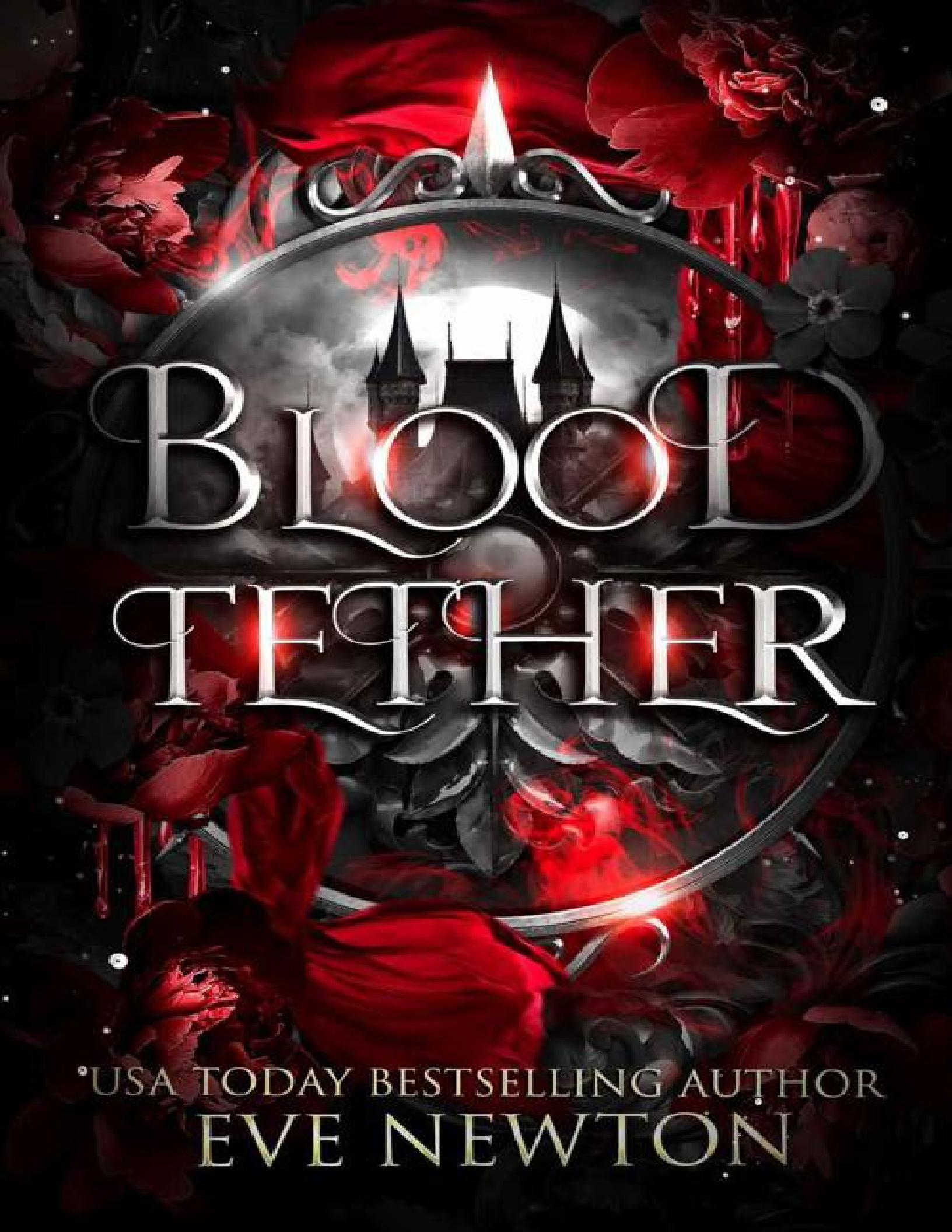

BLOOD
TETHER
*USA TODAY BESTSELLING AUTHOR
EVE NEWTON

BLOOD TETHER

HARÉN INVERSO PARANORMAL

DESCENSO MALDITO
LIBRO 1

EVE NEWTON

Derechos de autor

Derechos de autor © 2025 por Eve Newton

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en ninguna forma o por ningún medio electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito de la autora, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

ÍNDICE

Nota de la autora

1. Matilda
2. Matilda
3. Matilda
4. Draven
5. Matilda
6. Vex
7. Matilda
8. Luc
9. Matilda
10. Luc
11. Draven
12. Matilda
13. Vex
14. Matilda
15. Draven
16. Matilda
17. Vex
18. Matilda
19. Vex
20. Matilda
21. Luc
22. Matilda
23. Vex
24. Luc
25. Matilda
26. Luc
27. Matilda
28. Matilda
29. Draven
30. Matilda
31. Matilda
32. Luc
33. Matilda
34. Vex
35. Matilda
36. Matilda
37. Draven
38. Vex
39. Luc
40. Matilda
41. Matilda
42. Luc

43. Vex
44. Matilda
45. Draven
46. Matilda
47. Draven
48. Matilda
49. Vex
50. Matilda
51. Matilda

Otras Obras de Eve Newton

NOTA DE LA AUTORA

Esta es una novela romántica paranormal de harén inverso ambientada en una academia. Todos los personajes principales tienen 21 años.

Si buscas una historia de amor rápido, deseo instantáneo, posesividad inmediata por parte de los personajes masculinos principales, con una protagonista femenina con carácter, diálogos ingeniosos y chicos que dejan de lado sus diferencias por la mujer que desean, entonces esta es definitivamente una lectura obligada.

Los chicos son esencialmente villanos. Si buscas una lectura suave y tierna, no la encontrarás en estas páginas.

Descenso Maldito contiene contenido adulto y gráfico, y se recomienda discreción al lector.

Las advertencias de contenido para este libro se pueden encontrar a continuación:

Abuso infantil

Agresión sexual (no relacionada con el harén)

Juegos con sangre

Juegos con cuchillos

Únete a mi grupo de Facebook para recibir actualizaciones en tiempo real sobre futuras lecturas:

MATILDA

EL PLATO VUELA HACIA MI CABEZA COMO UN FRISBEE, CORTANDO EL AIRE A GRAN VELOCIDAD. Me agacho, sintiendo la brisa cuando pasa sobre mí y golpea la pared directamente detrás, rociando mi cabello con trozos de porcelana.

—Inútil —escupe mi madre—. Está sucio. Ni siquiera puedes lavar los platos correctamente.

Papá se ríe desde su sillón junto al fuego. Es una noche helada, pero no se nos permite tener calefacción, mágica o de otro tipo. Es solo otra forma de castigo.

Mi hermana menor se ríe mientras me quito los trozos de plato del cabello. Ella no tiene que preocuparse por este tipo de cosas. Mis padres la adoran. Y a mi hermana mayor y a mi hermano. Solo soy yo.

La oveja negra. La bruja con poderes defectuosos y presa fácil.

En varios sentidos diferentes.

—Lo intentaré con más ahínco —murmuro, aunque sé que el plato estaba impecable. Me aseguro de que lo esté para que mierdas como esta no sucedan. O sucedan menos. No soy idiota. Conozco la situación.

—Quítate de mi vista, bruja inútil —sisea mamá, y yo salgo corriendo, sin ganas de discutir sobre alejarme de su malvada presencia. No sé qué hice para que me odien tanto, pero debe haber sido verdaderamente atroz. Tratando de no llorar, subo las escaleras corriendo y entro de golpe a mi habitación para encontrar a Janice de pie junto a la ventana en la oscuridad. Me detengo en seco cuando ella se da vuelta con una sonrisa ansiosa.

—Tilly —dice—. ¿Están en lo mismo otra vez?

Asiento, sin confiar en mí misma para hablar.

Ella asiente una vez y se acerca, entrando en mi espacio personal mientras susurra:

—Vete, Tilly. Corre y no mires atrás.

—¿Qué? —tartamudeo, temblando por el frío y por su tono.

Ella señala una mochila en la cama.

—No es mucho. Solo lo que he podido reunir en los últimos meses. Tómala y dirígete al norte. Hay un lugar allí llamado MistHallow. Serás bienvenida. No puedes quedarte aquí, Tilly. Está empeorando. Tengo miedo por ti.

Las lágrimas que estaba tratando de contener se escapan. Ella no se equivoca.

—No puedo simplemente irme. Me encontrarán.

—MistHallow te protegerá. Vete esta noche, Tilly. Toma la bolsa y vete.

Me besa la frente y extiende la mano para agarrar el collar que me dio. Una delicada cadena de plata con un pequeño colgante de cristal de amatista. Me lo dio hace unos diez años para protección. Nunca me lo quito, no me atrevo, por si acaso realmente está funcionando en cierto

grado. Es una teoría que no estoy dispuesta a probar.

—Mantenlo contigo en todo momento, Tilly —susurra—. Para recordarme.

—Janice —grazno, pero ella suelta el collar y retrocede con un dedo en sus labios—. Sé libre, Tilly.

Solo la miro fijamente como un ciervo encandilado por los faros.

—Será mejor que baje a limpiar el desastre —murmura. Luego se ha ido, deslizándose por la puerta y cerrándola silenciosamente.

Parpadeo y me apresuro a abrir la mochila. Jadeo cuando veo lo que hay dentro. Oro y joyas llenando hasta el tope la pequeña y barata bolsa de lona.

—Joder —murmuro. Ni siquiera quiero saber. Pero esta es mi oportunidad. Me ha dado la salida que tan desesperadamente necesito, y la voy a tomar. Ni siquiera tengo que pensarlo. No puedo. Nunca he estado sola a pesar de tener veintiún años. Pero mis padres me han mantenido encadenada aquí, asegurándose de que no tenga dinero, ni amigos, ni ropa excepto para lavar y usar, sin contacto con el mundo exterior en absoluto. Lanzo rápidamente un hechizo de peso pluma sobre la bolsa de lona, necesitando que funcione. Las chispas rosadas brillan momentáneamente, y la levanto para probarla—. Funcionó —respiro. Me muevo rápidamente entonces, hacia la ventana, mientras escucho el sonido de la risa masculina subiendo las escaleras.

Mi hermano mayor, Zayne. Se me hiela la sangre cuando escucho a su amigo, Stryker, decir algo, y luego la puerta del dormitorio de Zayne se abre y se cierra de golpe. La música heavy metal comienza instantáneamente y retumba a través de la pared contigua. Trago saliva cuando mi puerta se abre, y Stryker entra con aire despreocupado, cerrándola detrás de él y apoyándose contra ella.

Sus ojos oscuros me recorren, desnudándome en su mente mientras se separa de la puerta y me acecha.

Retrocedo hasta que mis pies chocan con la mochila en el suelo junto a la ventana.

—De rodillas, Tilly-niña —dice.

—No —digo, sacudiendo la cabeza.

—Eso es lo que siempre dices, y siempre terminas haciéndolo de todos modos —dice, acercándose y agarrando mi largo cabello rubio con mechas de arcoíris—. Ahora, ponte de rodillas.

—N-no —tartamudeo mientras retuerce su puño en mi cabello.

Gruñe y se baja la cremallera de los pantalones con la mano libre. Gimo mientras intenta forzarme a ponerme de rodillas.

—No —digo más fuerte, pero sé que nadie vendrá a rescatarme.

—Pequeña zorra —sisea y me empuja contra el tocador. Se estrella contra la pared. Zayne debe haberlo oído, pero no vendrá a ayudarme. Ninguno de ellos lo hará. Todos saben lo que Stryker me hace, y no les importa. Pero esta noche no. Esta noche tengo una salida de aquí, y no dejaré que este imbécil brujo me detenga.

Grito cuando me empuja contra el tocador, presionando su polla contra mi trasero, su mano aún apretada en mi cabello. Su mano libre sube por mi falda, y empuja mis bragas a un lado.

—No me dices que no, pequeña zorra. ¿Me oyes?

—Que te jodan —gruño mientras desliza sus dedos sobre mi coño. No vamos a hacer esto. Forzarme a hacerle una mamada es una cosa; el sexo es algo completamente diferente, y lucharé con mi vida para proteger mi cuerpo de él. Lanzo mi codo hacia atrás en su estómago y él gruñe, pero es como un mosquito tratando de mover una montaña. No soy rival para él físicamente, ni

mágicamente, y él lo sabe.

Se ríe oscuramente.

—Oh, ¿te gusta rudo, pequeña zorra?

Tira de mi cabeza hacia atrás y envuelve su otra mano alrededor de mi cuello, apretando con fuerza. Me retuerzo, tratando de liberarme mientras intenta meter su polla dentro de mí.

—Suéltame... —logro decir, pateando hacia atrás y alcanzándolo en la espinilla.

Stryker gruñe y afloja ligeramente su agarre mientras tropieza hacia atrás, y aprovecho la oportunidad. No puedo no tomarla. Traigo un orbe de magia rosa a mi mano y lo lanzo por encima de mi hombro con toda la fuerza que puedo reunir. Se apaga antes de siquiera tocarlo.

Se ríe cruelmente.

—¿Eso es todo lo que tienes? Patético.

Me empuja hacia adelante de nuevo y presiona con fuerza sobre mi espalda. Patea mis pies para que abra las piernas, y grito de nuevo.

Vamos, Tilly. Puedes hacerlo. Concéntrate.

Respiro profundamente y cierro los ojos. Traigo otra esfera a mi mano y la infundo con todo lo que tengo. Me tuerzo el hombro al golpear su muslo con la mano, y esta vez, le duele.

—Zorra —gruñe y me lanza al otro lado de la habitación.

Me golpeo la cabeza contra la ventana, pero lo único que hace es aumentar mi desesperación por escapar. La magia chisporrotea en mis dedos debido a mi ira, miseria y miedo. Saltan chispas y las envío directamente a su pecho.

Sus ojos se abren de par en par antes de que el impacto lo deje inconsciente, sorprendido de que fuera capaz de hacerlo.

Bueno, no es el único. Me quedo boquiabierta mirando mis manos, pero solo por un segundo. No sé cuánto tiempo estará inconsciente, pero no me voy a quedar para averiguarlo. Agarro otra mochila del fondo de mi armario, guardada allí hace años cuando todavía me permitían ir a la escuela. Meto mis vaqueros, camiseta, sudadera y el otro juego de ropa interior. Cojo mi diario y un bolígrafo de debajo del colchón, y me dirijo a la ventana, abriéndola tanto como puedo. Arrojo las dos mochilas por la ventana y trepo cuando las oigo golpear el suelo. No puedo saltar porque no sé si puedo amortiguar mi caída con magia. Podría intentarlo, pero probablemente fracasaría y acabaría haciéndome más daño. Con el corazón latiendo en mis oídos, me deslizo por el alféizar hasta que estoy casi en el tubo de desagüe. El frío es ártico y ya estoy sintiendo sus efectos. Mis dedos están entumecidos mientras, con mano temblorosa, alcanzo la tubería.

Agarro el tubo de desagüe; mis dedos congelados apenas pueden agarrar el plástico frío. Lenta y cuidadosamente, me balanceo alrededor, ahogando mi exclamación de miedo. Aferrándome con las rodillas, de alguna manera me deslizo hacia abajo a través de la niebla del miedo, rezando para que la vieja tubería aguante mi peso. Cada crujido y gemido hace que mi corazón se acelere, pero sigo adelante. Tengo que escapar.

A mitad de camino, el pánico me invade y pierdo el agarre de la tubería. Me deslizo el resto del camino y golpeo el suelo con fuerza, el dolor sube por mis tobillos, pero no hay tiempo para recuperarse.

Agarro las mochilas y corro, esprintando a través del césped helado hacia la carretera. Cuanta más distancia ponga entre ellos y yo antes de que descubran que me he ido, es crucial.

No miro atrás. Simplemente sigo corriendo tan rápido como puedo. Mis pulmones arden en el aire gélido y mis piernas duelen, pero sigo adelante.

Ve hacia el norte.

Eso es lo que dijo Janice, pero ¿en qué maldita dirección está el norte? Ni siquiera tengo

tiempo de detenerme y averiguarlo. Simplemente sigo corriendo, posiblemente en la dirección equivocada, pero está bien. Mientras esté lejos de esa casa y esas personas, no me importa si termino en la luna.

Así que me obligo a correr más rápido, saboreando la libertad con cada paso.

MATILDA

CUANDO EMPIEZO A JADEAR POR TANTO CORRER Y ESCAPAR, DISMINUYO LA VELOCIDAD Y finalmente me detengo, inclinándome y apoyando las manos en las rodillas mientras intento recuperar el aliento. Las dos mochilas, aunque no son pesadas gracias al hechizo de pluma ligera que aún está activo, son voluminosas y definitivamente me están retrasando. El hechizo se desvanecerá pronto. Siempre lo hace. Así es mi magia, débil, por lo que tengo que seguir moviéndome lo más lejos y rápido que pueda. Parece que tengo un tiempo fijo, sin política de devolución con mis hechizos. Pasarán horas antes de que pueda hacer funcionar el mismo de nuevo. Mirando por encima del hombro, encuentro la carretera desierta a esta hora, pero un escalofrío de inquietud aún recorre mi espalda al darme cuenta de que estoy completamente sola y bastante indefensa aquí afuera. Pero no puedo dejar que eso me detenga. Tengo que seguir moviéndome y, en algún momento, asegurarme de que me dirijo hacia el norte.

Mirando hacia adelante de nuevo, empiezo a moverme otra vez. Mis piernas en mi falda corta están congeladas, pero trato de ignorarlo mientras me envuelvo en mi delgada rebeca y ajusto mis mochilas con más firmeza.

Escucho el rugido del motor del coche antes de ver los faros destellar por la carretera frente a mí. Sé que no será mi familia. El motor suena caro, y mi padre conduce un viejo Honda.

Pero de todos modos miro por encima del hombro cuando el coche aparece a la vista, yendo tan rápido como un maldito cohete. Me esquiva por poco, pegándose a la carretera como pegamento, mientras pasa rugiendo junto a mí por el lado equivocado de la maldita carretera y prácticamente por la acera.

—¡Oye! —le grito al imbécil en el coche brillante y ostentoso de color negro, saltando hacia atrás para no ser atropellada—. ¡Mira por dónde vas! ¿Estás borracho o drogado?

Pero el coche se ha ido antes de que pueda siquiera exhalar mi siguiente respiración.

—Maldito gilipollas.

Ahora molesta además de helada, sigo adelante, con la adrenalina corriendo de nuevo por mis venas después del roce. Más adelante, veo una señal y me doy cuenta de que estoy cerca de la carretera principal, lo que significa que me dirijo en la dirección correcta hacia el norte. Desafortunadamente, en mi pánico por escapar, recuerdo que la estación de autobuses está detrás de mí. Bastante lejos detrás de mí. Tendría que pasar de nuevo por mi casa para llegar a ella. No tengo ni idea de a qué hora o hacia dónde se dirige el próximo autobús, pero voy a tener que averiguarlo y hacer un plan. Mientras tanto, puedo seguir caminando. Me mantiene justo al borde de morir congelada, y está poniendo una distancia invaluable entre mi familia y yo.

Al doblar una esquina, veo el coche deportivo negro estacionado en el lado correcto de la carretera, y el conductor del vehículo está apoyado casualmente contra el costado, con los brazos

cruzados y los tobillos cruzados. No puedo distinguirlo desde esta distancia, pero trago saliva y agarro las correas de mis mochilas un poco más fuerte. Supongo que me oyó llamarlo borracho o drogado y quiere regañarme por ser una perra. Bueno, mala suerte. Puede regañar todo lo que quiera. Casi me atropella. Una parte de mí quiere dar la vuelta y evitar esta confrontación, pero otra parte quiere gritarle por ser tan imprudente. Acelerando el paso, marcho hacia él, y él se endereza cuando me acerco. Mete las manos en los bolsillos de su abrigo. Casi me caigo de espaldas por la pura belleza de esta criatura. Tiene más o menos mi edad, es alto, alrededor de un metro ochenta y ocho, delgado pero musculoso, vestido con pantalones de combate negros, botas negras y una camiseta negra con un abrigo negro desabrochado. Su pelo negro está cortado corto, y sus ojos azules brillan, pero lo que realmente llama mi atención son las venas negras visibles bajo su piel pálida.

—¿Necesitas que te lleve? —pregunta, su suave acento irlandés casi me hace gemir de lujuria. ¿Podría ser más delicioso?

Probablemente significa que es un depredador.

—No —declaro—. Y por cierto, me debes una disculpa por casi atropellarme allá atrás.

—Lo siento —dice con una media sonrisa que borra la sensación persistente de las manos de Stryker de mi piel—. Sube.

—No.

—Hace un frío que pela aquí fuera.

—¿Y?

—Sube al puto coche.

—Que te jodan. No sé quién eres ni qué quieres.

Saca las manos de sus bolsillos y se acerca más. Intento dar un paso atrás, pero no puedo. Estoy clavada en el sitio.

—Solo quiero una mamada —dice, sus ojos taladrando los míos—. Chúpamela y te llevaré a donde quieras ir.

La rabia y el miedo me invaden.

—Vete al infierno —gruño, habiendo tenido tanta agresión sexual sobre mi persona esta noche como puedo soportar—. No te la chuparía ni aunque me pagaras. Un viaje no vale la pena, imbécil.

—Ay —murmura—. ¿He tocado alguna fibra sensible?

—Que te den. Si quisiera que me agredieran sexualmente, ¡me habría quedado en casa! — Necesito correr de nuevo, pero mis pies simplemente no se mueven. Mis rodillas tiemblan, y apenas puedo mantenerme en pie, el hechizo se está desvaneciendo en la mochila llena del contrabando de Janice, y está empezando a pesar una maldita tonelada.

Los ojos del hombre se endurecen, y se acerca más.

—¿Quién te ha hecho daño?

La pregunta me pilla desprevenida por un segundo.

—¿Qué te importa? —escupo—. Eres igual que ellos. Un maldito depredador. Ahora libérame de este hechizo de retención que me has echado, pedazo de imbécil, antes de que me rompa la mano en tu cara.

Sonríe con suficiencia pero no levanta el hechizo, ni su presencia, que está demasiado cerca de mí. Huele a colonia cara y a un fuego que acaba de apagarse.

—Fogosa —murmura—. Pero yo no soy *nada* como la gente que se ha aprovechado de ti, pétalo. Soy lo que ellos deberían temer.

Le miro con desprecio.

—Eso no hace que sea más seguro subir al coche de un autoproclamado depredador alfa.

Sonríe. Es lenta, siniestra y sexy como el infierno.

—Estaba bromeando sobre la mamada, por cierto.

—Eso dirías.

—En serio —dice con una cara que parece estar diciendo la verdad, pero no confío en él ni un pelo—. No quiero nada de ti, pétalo. Puedo ver que mis palabras te molestaron, y mi broma fue grosera y fuera de lugar. ¿Me perdonas?

—¡Ni siquiera te conozco!

—Draven —dice—. ¿Y tú eres?

Aprieto la mandíbula y lo miro con furia.

—¿Cómo puedo compensarte si no sé tu nombre?

—Matilda —declaro fríamente.

—Bueno, Matilda. Estás aquí afuera en el frío helado en medio de la noche, vestida prácticamente con nada, con dos mochilas, una que parece bastante pesada, y con tus palabras anteriores, me has demostrado que te has escapado de casa. Así que puedo ofrecerte un viaje a donde quieras ir, sin compromiso alguno.

—¿Por qué? —pregunto, abandonándome la combatividad y aumentando la precaución diez veces ahora que él ha cambiado de táctica.

Los ojos de Draven se suavizan ligeramente al ver mi postura cautelosa. —Porque hay algo en ti, Matilda, que está despertando este instinto protector en mí que ha surgido de repente. Claramente estás en problemas y necesitas ayuda.

Lo miro con sospecha. —¿Así sin más? ¿Casi me atropellas, me lanzas un hechizo, haces bromas groseras y ahora quieres hacer de caballero de brillante armadura?

Se encoge de hombros. —Admito que al principio juzgué mal la situación. Pero ahora veo que eso estuvo mal de mi parte. Déjame compensarte llevándote a un lugar seguro.

Una parte de mí quiere aceptar su oferta. Estoy congelada, exhausta y no tengo un plan real más allá de "ir hacia el norte". Pero años de abuso y manipulación me han hecho difícil confiar en alguien, especialmente en un hombre extraño que ofrece ayuda.

Debería haber corrido en la dirección opuesta.

—¿Cómo sé que puedo confiar en ti? —pregunto.

—No lo sabes —dice Draven con franqueza—. Pero considera esto. Si quisiera hacerte daño, o forzarte, ya lo habría hecho. Claramente soy más poderoso mágicamente, ya que este hechizo de retención es más una sugerencia que una subyugación. Podría hacer que te subieras al coche con bastante facilidad, me imagino. En cambio, te estoy ofreciendo una elección.

Por mucho que lo odie, tiene razón. A pesar de su grosería inicial, hay algo en él que me hace pensar que puedo confiar. Quizás sea la desesperación, o quizás sean mis instintos diciéndome que no está mintiendo. Tal vez sean esos ojos que parecen ver dentro de mi alma. Tal vez sean sus palabras de protección.

O tal vez solo soy una maldita idiota con deseos de morir.

—De cualquier manera, Matilda, encontraré a quien te hizo daño y haré que deseen haber tomado mejores decisiones.

Nuestras miradas se mantienen fijas, y mi respiración se vuelve entrecortada. —¿Quién eres? —susurro.

Me da de nuevo esa media sonrisa lenta que está llena de poder y promesas aún por cumplir, provocándome escalofríos en cada centímetro de mi piel. —Ya te lo dije, mi nombre es Draven. Nigromante extraordinario y Príncipe del Infierno, a tu servicio.

Mi boca se abre de la impresión. —¿Qué?

MATILDA

DRAVEN SE RÍE DE MI EXPRESIÓN ATÓNITA.

—Me has oído bien, pétalo. Ahora, ¿vas a aceptar mi oferta de llevarte o no? Prometo no morder... a menos que me lo pidas amablemente.

Trago saliva con dificultad, mi mente dando vueltas. No es tanto la parte de nigromante lo que me hace estremecer por dentro, sino el Príncipe del Infierno. ¿Como el Infierno real? ¿O una dimensión infernal? Me muero por preguntar, pero algo me dice que no obtendré nada más de él.

Me muerdo el labio, sopesando mis opciones mientras siento que levanta la sugestión que puso sobre mí. Básicamente, tengo dos: quedarme aquí en el frío congelante y posiblemente ser atrapada por mi familia o arriesgarme con este misterioso y, admitámoslo, atractivo extraño que dice ser de la realeza del Infierno.

—Me dirijo al norte —digo con cautela.

Él sonríe.

—Qué coincidencia, yo también.

Con los ojos entrecerrados, digo:

—A un lugar llamado MistHallow. ¿Lo conoces?

—¿Conocerlo? Me dirijo allí.

—Vale, esto suena demasiado bueno para ser verdad —digo, saliendo de mi aturdimiento por su buena apariencia, encanto y título real, sea lo que sea que valga. Doy un paso atrás—. Llegaré allí por mis propios medios.

Girando sobre mis talones, me alejo a zancadas, tratando de ignorar el peso de las mochilas.

—¿No crees en el destino, pétalo? —me grita.

—No —le respondo a gritos—. Es una sarta de tonterías.

Su risa resuena en la oscura noche.

—¿Estás segura de eso?

No respondo, y oigo que la puerta del coche se abre y se cierra de nuevo. Suspiro aliviada cuando el motor arranca como una pantera despertando de su sueño, pero luego frunzo el ceño cuando Draven acerca el coche a mi lado y avanza lentamente junto a mí mientras intento caminar más rápido.

Baja la ventanilla del pasajero.

—No puedes huir del destino, Matilda. No importa cuánto lo intentes.

—No, pero puedo mandarte a la mierda todas las veces que haga falta.

—Puedes. Eso no significa que me vaya a ir a ninguna parte. No hay ni la más mínima posibilidad —perdona el juego de palabras— de que te deje al lado de la carretera cuando vamos al mismo lugar. Sube al puto coche, Matilda, y deja de ser tan terca.

—La terquedad es lo que me ha mantenido viva todos estos años —digo dramáticamente, avergonzándome de lo patético que suena. Pero es cierto. Mi magia puede ser débil, pero mi fortaleza es algo de lo que estoy orgullosa. Sí, Stryker ha estado en posición de aprovecharse de mí en mi propia casa, en mi propia habitación, noche tras noche, pero era más fácil que intentar luchar contra él. Nunca fue más allá de una felación, hasta esta noche, y ya vio lo que esa decisión provocó.

—No lo dudo —el acento de Draven interrumpe mis pensamientos—. Pero no tienes que ser terca ni fuerte conmigo cerca, Matilda. Yo te cuido.

Me detengo abruptamente y lo fulmino con la mirada.

—¿Por qué? No me conoces, y no puedo ofrecerte nada a cambio de esta supuesta protección. Tienes razón. Estoy huyendo. No tengo una mierda a mi nombre. Claramente, tú estás bien económicamente con tu coche lujoso y títulos reales. ¿Por qué yo? ¿Qué quieres de mí? —Nos miramos fijamente—. Y si dices una mamada, te arrancaré la polla con mi magia de mierda o moriré en el intento.

—¿Quién dijo que tenías una magia de mierda? —pregunta después de una pausa.

—Todo el mundo. Eso es lo que soy. La débil Tilly con su magia defectuosa y bajo poder.

—Eso no es muy amable. ¿Por qué nadie intentó ayudarte?

Las lágrimas vuelven a brotar de mis ojos, para mi disgusto.

—¿Por qué no intentaron ayudarme? Porque me quieren débil, ¿no lo ves? ¿No lo entiendes? Yo soy la presa, ellos son los depredadores.

—Y te dije que yo soy de lo que los depredadores deberían tener miedo. Eso no son solo palabras, pétalo.

—¡Deja de llamarme así!

—Sé una buena chica y sube al coche, Matilda —dice Draven pacientemente, lo que me irrita aún más. ¿Por qué no se ha ido ya?

De repente, un escalofrío que no tiene nada que ver con el frío me recorre, y trago saliva.

Vienen a por mí. Están cerca.

He perdido demasiado tiempo discutiendo con Draven como para haber avanzado mucho en la última media hora. Normalmente, es mejor malo conocido que bueno por conocer, pero en este caso... es el Príncipe del Infierno que no conoces. Sorprendiéndolo, abro rápidamente la puerta del coche y me deslizo torpemente en el asiento deportivo, cerrando la puerta y tirando las mochilas en el espacio para los pies.

Me hundo en el asiento ya de por sí bajo, con el corazón martilleando contra mis costillas mientras el Honda de mi padre dobla la esquina y pasa de largo. Trago saliva, con las palmas sudorosas mientras Draven me mira.

—¿Qué te hizo cambiar de opinión?

—Tengo frío.

—No me sorprende —dice, mirando al frente y alejándose de la acera, aparentemente ajeno al coche que pasó—. Apenas llevas ropa encima.

Mantiene los ojos en la carretera mientras giramos en dirección opuesta al coche de mi familia, y yo exhalo aliviada.

—Mi ropa está bien.

—No dije que no lo estuviera, pero no es exactamente abrigada, es lo que quería decir.

De repente, rompo a llorar, y él gira la cabeza bruscamente antes de detenerse de nuevo.

—Matilda...

—Cállate y déjame llorar —sollozo—. Por favor.

Para su crédito, sube la calefacción, y nos quedamos en un silencio puntuado por mi llanto desgarrador hasta que no me quedan más lágrimas.

DRAVEN

ME SIENTO EN SILENCIO MIENTRAS LOS SOLLOZOS DE MATILDA VAN DISMINUYENDO gradualmente, manteniendo mis ojos fijos en el camino. Cada oscuro instinto que tengo me grita que siga ese coche que la hizo subir al mío y aniquile a todos los que están dentro. Pero no lo hago.

Para mi sorpresa.

El dolor y el miedo de Matilda están llenando el coche como una espesa niebla. Es sofocante. Es... nuevo.

Bueno, en cierto modo, es nuevo. El dolor y el miedo no me son ajenos, pero las razones detrás de esto con ella son algo a lo que no estoy acostumbrado. Crecer en el Infierno con el Diablo como madre, un padre biológico y luego otros seis padres, además de otra madre, no es para los débiles de corazón. Es matar o ser asesinado.

Yo elijo matar.

Excepto que con Matilda, quiero matar *por* ella.

Deteniéndome de hacer algo que nunca antes había hecho, me obligo a no extender la mano para consolarla. Ella necesita esta liberación, y pretendo dársela, aunque tengamos que quedarnos aquí sentados hasta el amanecer.

Sin poder resistirme, echo un vistazo a sus muslos. Su piel es pálida, y su carne tiembla mientras se estremece. Quiero separar sus piernas y recorrer con mi lengua la parte interna y sensible de su muslo antes de probar lo que tiene para ofrecer.

Ahogando un gemido mientras mi polla se endurece, vuelvo a mirar al frente. Lo último que necesita es a mí y mi erección desenfrenada.

Mientras su llanto se calma hasta convertirse en suaves hipos y sollozos, me arriesgo a mirar su rostro. Se ve pequeña y vulnerable. Su cabello rubio con mechas de colores está enmarañado, y sus ojos están enrojecidos, pero incluso en este estado, puedo ver su fuerza. Me la mostró al morderme. Esta chica ha pasado por el infierno, pero no se ha quebrado.

—¿Te sientes mejor? —pregunto cuando lleva unos minutos en silencio.

Ella asiente levemente, limpiándose los ojos. —Lo siento —murmura.

—No te disculpes. Claramente has pasado por mucho.

Matilda toma un respiro tembloroso. —Sí. Podría decirse que sí.

Golpeteo mis dedos en el volante, debatiendo cómo proceder. Si presiono demasiado, se cerrará, pero necesito saber a qué me enfrento aquí.

—¿Quieres hablar de ello? —ofrezco con cuidado.

Ella niega con la cabeza. —No realmente.

—Está bien. Pero solo para que lo sepas, hablaba en serio cuando dije lo de antes.

—¿Qué parte? —Sus ojos azules se encuentran con los míos en un desafío, y sonrío.

—Todo, pero sobre todo la parte sobre el destino.

—El destino —se burla—. Eres un soñador, ¿no es así, Draven?

—Ja —suelto una carcajada—. Ese no es un adjetivo que alguien haya usado nunca para describirme. Déjame explicarte algo, petal. Iba por la carretera principal, y me desviaron por las casas debido a un parche de hielo negro.

—¿Y qué? ¿Qué tiene eso de predestinado?

—No ha llovido en un tiempo, y no hay exceso de agua en la carretera para que se congele con esta temperatura apenas bajo cero. Entonces, ¿por qué bloquear la carretera por hielo negro?

Ella se encoge de hombros, haciendo una mueca. —Tal vez se equivocaron.

—O tal vez fue el destino atrayéndome hacia donde estabas tú.

—Dioses, eso es exagerado —resopla—. Apuesto a que eres un verdadero dolor de culo cuando se trata de discutir. Tienes una respuesta para todo.

—Bueno, no voy a discutir eso. Creciendo donde lo hice, necesitas tener una respuesta para todo. Y también para las cosas que ni siquiera se habían preguntado todavía.

Ella hace una pausa, y sus ojos buscan los míos. —¿En el Infierno?

Asiento lentamente. —En el Infierno.

El silencio cae, pero no es incómodo.

Luego ella suelta de repente: —¿Como el Infierno *Infierno*, o una dimensión tipo infierno?

—El Infierno Infierno.

—Vaya —murmura—. ¿Quieres hablar de eso?

Me hace reír. —Bien desviado, pero no. —Vuelvo mis ojos a la carretera y meto la marcha —. Entonces, ¿MistHallow? ¿Te quedas para el viaje?

No me responde, lo que me hace mirarla. Si se baja del coche, me veré obligado a detenerla. No voy a dejarla fuera de mi vista por varias razones, pero la principal en este momento es que me gusta mirar su cuerpo curvilíneo, oler su único aroma de bruja a chocolate cubierto de miel y contemplar su rostro que podría lanzar mil barcos.

—Draven —murmura y luego me sorprende cuando su mano se cierra en un puño alrededor de mi camiseta, y me arrastra más cerca de ella. Planta un beso en mis labios que prácticamente incendia el Porsche. Saltan chispas, y lo digo literalmente, quemando nuestros labios mientras hunde su lengua en mi boca. Aunque normalmente no me quedo congelado cuando una mujer me besa, descubro que no puedo moverme.

—Joder, Matilda —murmuro contra sus labios, finalmente capaz de levantar mis manos y apartarla suavemente—. ¿Qué estás haciendo?

Su mirada busca la mía a centímetros de distancia. Se muerde el labio inferior y baja la mirada a mi boca por un segundo. —Tomando una decisión.

Vuelve a estampar sus labios contra los míos, levantando la palanca que echa el asiento hacia atrás, cayendo hacia atrás, al mismo tiempo que me arrastra sobre la consola central.

El movimiento repentino me pilla desprevenido, y por un momento, me pierdo en el calor de su beso, el dulce sabor de su boca. Pero entonces la realidad vuelve a golpearme.

Agarro sus muñecas con suavidad pero firmeza, alejándome del beso. —Matilda, para —digo, con la voz ronca.

Ella parpadea mirándome, con confusión y dolor brillando en sus ojos. —Sé que me deseas —dice, bajando su mano a mi polla y apretándola con fuerza.

—Ese no es el problema —digo entre dientes, quitando su mano—. Has pasado por un trauma esta noche. Estás vulnerable y no estás pensando con claridad.

—Sé lo que estoy haciendo —insiste, tratando de atraerme de nuevo hacia ella.

Me resisto, manteniéndola a distancia. —No, no lo sabes. No realmente. Esto no es lo que realmente quieres.

Ella frunce el ceño. —Estoy tomando una decisión. *Mi* decisión.

—Una decisión tomada por miedo y desesperación —replico suavemente—. Ni siquiera me conoces, Matilda.

—¿Y qué? Tal vez quiero olvidar por un rato. Tal vez quiero sentir algo bueno por una vez.

Sus palabras me atraviesan el corazón. ¿Qué tipo de vida ha estado viviendo para que esto le parezca una buena idea?

—Mereces algo mejor que un polvo rápido en un coche —le digo—. Mereces ser apreciada y protegida.

Las lágrimas vuelven a asomar a sus ojos, y me suelta mientras evita mi mirada. Aprovecho la oportunidad para volver rápidamente a mi asiento antes de devorarla hasta que implore piedad. Agarro el volante con fuerza. —No me debes nada a mí ni a nadie más. ¿Entendido, petal? —gruño y arranco con un chirrido de neumáticos mientras Matilda yace ahí a mi lado, ni siquiera con el cinturón de seguridad puesto.

—Abróchate el cinturón. Podrías salir volando si tengo que frenar de repente.

Hace lo que se le ordena, levantando el asiento de nuevo y abrochándose el cinturón. Pero su mano aterriza en mi muslo y se arrastra hacia arriba, cada vez más cerca, hasta que vuelve a posar su mano sobre mi verga palpitante. Se inclina y me susurra al oído: —Si eres tan rudo, ¿cómo es que estás conduciendo a MistHallow y no te transportaste allí directamente?

Me detengo en lo alto de la carretera y giro en dirección opuesta al Honda que pasó antes. —Me gusta conducir. No tengo muchas oportunidades en el Infierno.

—¿El Infierno no tiene coches?

—No —digo con media sonrisa—. Ni carreteras, ni coches.

Se recuesta pero no mueve su mano. No la obligo. No puedo. Me gusta que esté ahí. Aprieta suavemente, y gimo con fuerza. —Si sigues así, olvidaré todo lo que acabo de decir y te trataré como una puta sucia. Así que para, ¿vale? Solo tengo tanta fuerza de voluntad.

Ella duda, pero luego retira su mano. —Ves, eso justo ahí me dice que no eres un buen tipo, Draven. Como si lo de ser nigromante y Príncipe del Infierno no fuera suficiente. Entonces, ¿por qué estás siendo tan amable conmigo? Y no me digas que es el destino o cualquier otra chorrada. Es una excusa barata.

Agarro el volante con más fuerza, mis nudillos volviéndose blancos. Las palabras de Matilda dan en el clavo más de lo que me gustaría admitir. Tiene razón. No soy un buen tipo. Ni de lejos. Todo lo contrario, incluso. Podría darle cien razones diferentes, pero no aceptará ninguna de ellas. Quiere escuchar la verdad cruda y sin filtrar.

—Porque te deseo más de lo que he deseado a nadie jamás. Lo supe en cuanto te vi en la acera. Casi te atropello a propósito para poder detenerme y disculparme. Para poder hablar contigo. Para poder conocerte. Me siento atraído por ti, Matilda, profundamente atraído y afectado por ti. ¿Eso satisface tu necesidad de saber?

—No, eso no me dice por qué no me estás follando como una puta sucia ahora mismo.

—Joder —gruño—. Eres imposible.

—¿Y bien? —insiste.

—No quiero tratarte de esa manera.

—¿Y si yo quiero que me trates así?

—No quieres —afirmo fríamente—. Si quisieras, te habrías quedado en casa, ¿no?

Su jadeo me hace saber que he tocado el nervio que buscaba.

—Eres un cabrón, ¿lo sabías?

—¿Alguna vez dije que no lo era?

—Que te jodan. —Cruza los brazos mientras volvemos a la carretera principal. Estoy rígido. Incapaz de relajarme. Me ha puesto tan jodidamente tenso que me siento a punto de explotar, y eso no sería bueno para este mundo. No están preparados para eso todavía.

Nos sentamos en silencio, y entonces, por el rabillo del ojo, la veo removerse. No la miro, apenas respiro.

Momentos después, sostiene su camiseta frente a mi cara durante una fracción de segundo antes de dejarla caer en mi regazo. Me quedo boquiabierto y giro la cabeza para ver sus tetas perfectas al descubierto, más que un puñado con pezones rosados erectos, y una sonrisa maliciosa en su rostro. —Pierde esa fuerza de voluntad, Draven. Quiero verte desmoronarte.

—Joder —gruño y golpeo el arcén, rebotando sobre la hierba mientras me desvío para evitar chocar contra la barrera que nos separa del otro lado de la carretera. Piso el freno con fuerza, sacudiéndonos a ambos hacia adelante—. Maldita sea, petal. No tienes ni idea de lo que acabas de hacer.

MATILDA

UNA OLEADA DE EMOCIÓN Y TERROR ME RECORRE. QUIZÁS ME HE EXCEDIDO, PERO NO PUEDO arrepentirme. Por primera vez en mi vida, estoy tomando mis propias decisiones, asumiendo el control, y esa chispa que arde entre nosotros es difícil de ignorar. Tal vez sea el mayor error que cometeré, pero quizás no lo sea. Han pasado tres años desde que perdí mi virginidad, y desde entonces, no he vuelto a tener relaciones. No he conocido a nadie *con quien* tenerlas. Me he masturbado hasta llorar de frustración, pero ni siquiera eso fue suficiente para ceder ante Stryker.

Draven no es Stryker.

Demonios, está en otro nivel completamente distinto y fuera de mi alcance.

Quizás por eso quiero esto. Para ver si caerá en la trampa, si bajará sus estándares para estar con una bruja común y débil como yo.

—Demuéstramelo —lo desafío, sosteniendo su intensa mirada.

En un abrir y cerrar de ojos, Draven sale de su asiento y me arrastra sobre la consola central hacia su regazo. Me siento a horcajadas sobre él mientras sus labios chocan contra los míos, hambrientos y exigentes. Gimo en su boca, finalmente obteniendo lo que he estado anhelando.

Sus manos recorren mi piel expuesta, dejando rastros de hielo a su paso. Me arqueo ante su tacto, desesperada por más. Pellizca mis pezones, retorciéndolos hasta que grito, y mi sexo empapa mi ropa interior. Me froto contra su miembro duro como una roca, y él me suelta para hurgar entre nosotros.

—¿Es esto lo que quieres? —prácticamente me gruñe mientras mi espalda presiona contra el volante.

—Sí —jadeo cuando aparta mi ropa interior a un lado y hunde dos dedos profundamente en mí—. Por favor, Draven.

Gruñe, el sonido provocando escalofríos por toda mi piel. En un rápido movimiento, reclina su asiento completamente hacia atrás y agarra su impresionante miembro con el puño mientras nos movemos hacia atrás.

—Última oportunidad para echarte atrás —advierte, su voz ronca de deseo.

—No me echaré atrás.

Algo oscuro y primario destella en sus ojos. —Entonces eres mía.

Me levanta y luego me empala en su miembro.

—Oh, joder —gimo mientras me estira de formas que solo había soñado.

Gruñe de nuevo; esta vez, es más salvaje, como un animal en celo.

—Draven —jadeo mientras mi sexo se contrae, ya listo para liberarse.

Sonríe con suficiencia y me levanta, retirándose hasta que solo la punta está dentro de mí antes de empujarme hacia abajo de nuevo, duro y rápido, usándome como una muñeca sexual. O

una sucia ramera.

Un grito escapa de mis labios mientras una ola de placer que nunca antes había experimentado me inunda. —¡Oh, dioses, Draven!

—Eso es, grita para mí —sisea mientras el auto se sacude bajo la fuerza de nuestro acto—. Empapa mi miembro con tu sexo, pétalo. Lo quiero chorreando.

No puedo formar pensamientos coherentes mientras sus palabras crudas golpean algo oscuro y emocionante dentro de mi alma y me hacen gemir. Cada embestida es más fuerte que la anterior. Mi clímax se acumula, justo fuera de mi alcance, hasta que de repente, hay una explosión de luz blanca y cegadora detrás de mis párpados. —¡Joder!

—Esa es mi chica —gruñe, su agarre en mis caderas doloroso mientras me mantiene en su lugar mientras embiste contra mí una y otra vez hasta que, con un rugido, se viene profundamente dentro de mí, su miembro pulsando mientras descarga sus testículos en mi sexo —. Mía. Toda jodidamente mía.

Tiemblo ante sus palabras posesivas, pero no las odio. Sé que hice lo correcto aquí, pero si me rechaza ahora y me ignora cuando lleguemos a MistHallow, estaré devastada. Lo deseo. Lo deseo más de lo que he deseado nada. Más que la libertad de mi familia. Su miembro dentro de mí se siente correcto, perfecto. Fuimos hechos el uno para el otro.

Maldito destino.

Pero ¿sentirá lo mismo en unos segundos cuando bajemos de esta nube?

Como si sintiera mi repentina ansiedad, el agarre doloroso de Draven sobre mí se afloja. Me mira, sus intensos ojos azules escrutando los míos, y agarra suavemente mi barbilla. —¿Estás bien? —pregunta suavemente.

Asiento, sin confiar en mi voz. Me muevo para bajarme de él, pero me mantiene en su lugar.

—Espera —dice, y me quedo inmóvil ante la seriedad de su tono—. No quedarás embarazada, así que no tienes que preocuparte por eso.

Trago saliva. Ni siquiera lo había considerado en mi prisa por tenerlo dentro de mí. Mierda. ¿Qué pensará de mí? —De acuerdo —balbuceo con una débil sonrisa.

Sus ojos se entrecierran mientras me mira, pero no dice nada. Una guardia que no estaba allí antes se ha alzado, y necesito alejarme de él antes de que me lastime. Me levanto, y su miembro se desliza fuera de mí, aún semierecto y cubierto de semen.

—¿Lo suficientemente húmedo para ti? —pregunto con ligereza.

Frunce el ceño, pero luego se ríe. Me ayuda a volver al asiento del pasajero, pero no me suelta. Su agarre se aprieta. —Límpiame —murmura, empujando mi cabeza hacia su regazo.

Los nervios golpean mi estómago mientras su actitud ha cambiado de una emocionante posesividad a casi hostilidad.

Dudo, de repente insegura. El ambiente ha cambiado y no estoy segura de cómo leer a Draven ahora. Su agarre en mi cabello se aprieta, urgiéndome a bajar.

—Dije que me limpies —repite, su voz baja y autoritaria.

Tragándome los nervios, bajo la cabeza y lamo tentativamente su miembro, saboreando nuestros fluidos combinados. Gime suavemente mientras lo tomo en mi boca, chupando gentilmente para limpiarlo.

—Eso es, Tilly. Qué buena chica —murmura, acortando mi nombre y haciéndolo sonar como el cielo saliendo de su lengua con ese acento. Sus dedos se relajan en mi cabello, aflojando su duro agarre.

Mi inquietud disminuye ligeramente ante su elogio, concentrándome en mi tarea. Cuando lo he lamido hasta dejarlo limpio, voy a apartarme, pero me mantiene en su lugar.

—Sigue —dice—. Quiero sentir esa linda boca a mi alrededor un poco más.

Así que continúo, chupando y lamiendo su dura longitud. Su respiración se vuelve más pesada mientras trabajo con mi lengua, rozando mis dientes por él hasta que gruñe y descarga su carga en mi boca.

Estoy acostumbrada a la sensación, así que retiro mi boca y trago como una buena chica, disfrutando su sabor en lugar de sentirme repugnada.

Lo miro, insegura. Sus ojos están oscuros de deseo nuevamente, pero hay algo más allí que alivia mi miedo al rechazo. Es una posesividad que va más allá de las meras palabras y se convierte en algo de lo que debería huir, pero en su lugar, me inclino hacia ella.

—Ahora eres mía, Matilda —dice suavemente—. ¿Entiendes lo que eso significa?

Niego ligeramente con la cabeza.

Acuna mi rostro entre sus manos. —Significa que protejo lo que es mío. Significa que nadie más te toca. Significa que me perteneces, en cuerpo y alma.

Un río helado me recorre al oír sus palabras. Una parte de mí quiere rebelarse contra esa posesividad, afirmar mi independencia. Pero una parte mayor anhela la seguridad y pertenencia que me está ofreciendo.

—¿Y si no quiero pertenecer a nadie? —desafío, aunque mi cuerpo me traiciona inclinándose hacia su toque.

Sonríe con suficiencia. —Demasiado tarde para eso, petal. Te entregaste a mí en el momento en que te subiste a mi regazo.

Abro la boca para discutir, pero me silencia con un beso abrasador. Cuando se aparta, mi cabeza da vueltas.

—Puedes luchar todo lo que quieras —murmura contra mis labios—. Pero ambos sabemos la verdad. Ahora eres mía, Matilda, y cuido muy bien lo que es mío.

Sus palabras deberían asustarme. Deberían hacerme querer huir lejos. En cambio, encienden un calor en mi pecho que nunca antes había sentido. Por primera vez en mi vida, me siento... segura. Protegida. Deseada.

... en presencia de un depredador alfa que es el Príncipe del Infierno.

Bien hecho, Tilly. Pongo los ojos en blanco mentalmente, pero aun así no puedo arrepentirme de esto.

—De acuerdo —susurro cuando su agarre se aprieta, necesitando algo de mí.

Los ojos de Draven brillan con triunfo. —Dilo —ordena suavemente.

Trago saliva, con el corazón acelerado. —Soy tuya.

Me recompensa con otro beso profundo, sus manos acariciando suavemente mis senos antes de pellizcar bruscamente mis pezones, y yo chillo en su boca. Me suelta y me entrega mi camiseta. La tomo, y él endereza su asiento. —Sabes, pensé que MistHallow iba a ser seriamente aburrido, pero has hecho esta misión más soportable.

—¿Misión? —pregunto frunciendo el ceño mientras me pongo de nuevo el sujetador y me paso la camiseta por la cabeza, acomodándome de nuevo mientras él arranca otra vez.

—Mm —murmura pero no elabora, así que no lo presiono.

—Bueno, me alegro de ayudar, pero eso es solo si me aceptan.

Gira bruscamente la cabeza para mirarme con dureza antes de volver los ojos a la carretera. —¿Qué significa eso?

—Significa que voy allí con la esperanza de que me acojan. Mi hermana dijo que me ofrecerían santuario.

—Ya veo —dice—. Bueno, si no lo hacen, me aseguraré de que cambien de opinión. Esto es

algo que tengo que hacer, y no voy a sufrir este próximo año sin ti a mi lado.

No respondo a eso. Lo hace sonar como si esto fuera definitivo, un trato cerrado. Pero quién sabe qué pasará en las próximas horas.

Cuando se acomoda para conducir, con el coche devorando los kilómetros, coloca su mano en mi muslo. Es un agarre sobreprotector, como si no quisiera dejarme ir por si desaparezco. Me intriga, y no puedo evitar preguntarme en qué demonios me he metido.

VEX

El frío aire nocturno de enero me azota mientras estoy de pie en la torre más alta de la Academia MistHallow, con los ojos escudriñando la oscuridad más allá de las puertas. El nuevo trimestre comienza esta noche, aunque el año ya está en pleno apogeo. Algo se acerca. Puedo sentirlo en mis huesos, una energía inquieta que ha estado acumulándose durante días.

Ha habido rumores. Muchos sobre los nuevos llegados para terminar el año. Blackthorn ha estado trabajando duro, pero ha mantenido la boca cerrada, sin darnos ni una pista de quién o qué está llegando. Los profesores corren como pollos sin cabeza, tratando de adivinar, pero a mí realmente me importa un carajo *quién* sea. Me interesa más el aspecto del *qué*. ¿Qué poder tienen? ¿Qué planean hacer con él una vez que estén aquí?

—Vex.

Me giro en el techo de la torre para ver al Profesor Night —el recién nombrado profesor de magia oscura para quien soy asistente, la razón principal por la que estoy aquí en MistHallow en primer lugar— de pie detrás de mí.

—Profesor.

—¿Qué te trae por aquí arriba?

—Solo tomo un poco de aire fresco —digo, dándole una sonrisa que podría congelar un río de lava. Él es poderoso y una carta salvaje. La magia oscura nunca se ha enseñado aquí en MistHallow antes, y es una de las dos academias mágicas que la tienen en su plan de estudios. No muchos seres son lo suficientemente poderosos para manejarla, pero hay algunos estudiantes selectos, el Profesor Night y yo. No soy simplemente un brujo sin brújula moral, sino un nexo de poder que todavía estoy descubriendo, y es un secreto bien guardado. La magia oscura corre por mis venas, está en mi sangre. La mayoría de las criaturas solo tienen la capacidad de practicarla, pero yo... sí, soy el gran malo del que deberías huir a toda prisa.

El Profesor Night asiente, sus ojos negros evaluándome.

—Y vigilando, supongo.

Me encojo de hombros.

—No está de más estar preparado.

—En efecto —dice, moviéndose para pararse junto a mí en el borde de la torre—. ¿Alguna señal de nuestros nuevos llegados?

—Nada aún —respondo, escaneando el horizonte de nuevo—. Pero están cerca. Puedo sentirlo.

—¿Qué sientes, Vex?

La pregunta no es casual. Quiere que me conecte con ello. Que realmente lo sienta. Es una especie de mentor, pero uno en quien no confiaré. Cierro los ojos y exhalo.

—Pura maldad.

El Profesor Night asiente en acuerdo.

—Sí, yo también lo siento. Hay un cambio en el aire esta noche. Fuerzas poderosas convergen en MistHallow.

Lo miro de reojo.

—Usted sabe quién viene, ¿no es así?

Un atisbo de sonrisa cruza su rostro.

—Tengo mis sospechas. Pero Blackthorn ha sido bastante hermético con los detalles.

—¿Le importaría compartirlo con la clase? —pregunto, con sarcasmo goteando de cada palabra.

Él se ríe.

—Vamos, ¿dónde estaría la diversión en eso? Lo descubrirás pronto.

—Evasivo —replico—. No lo dice para poder reclamar el triunfo incluso si se equivoca.

Sonríe, la misma sonrisa que le di, llena de hielo y malicia.

—Estás aprendiendo.

—Bueno, quienesquiera que sean, estoy ansioso por verlo. Claramente estarán en su clase, ¿no?

—Eso creo. Eso significa que tú también tendrás acceso a ellos.

—Y ellos tendrán acceso a mí, no lo olvide.

—¿Cómo podría? Eres una criatura poderosa, aunque un poco arrogante, Vex.

Sonrío con suficiencia ante la evaluación del Profesor Night.

—La arrogancia solo es un problema si no puedes respaldarla.

Su mirada es un desafío.

—¿Y tú crees que puedes?

—Sé que puedo —respondo con confianza. Mi poder zumba justo debajo de mi piel, un relámpago azul ansioso por ser desatado. He estado conteniéndome desde que me ofrecieron el trabajo de asistente, pero me estoy inquietando. Estos nuevos llegados podrían darme finalmente la oportunidad de estirar mis habilidades.

El Profesor Night me estudia por un largo momento.

—Ten cuidado, Vex. Hay fuerzas en juego aquí más allá incluso de tu comprensión.

—¿Eso es una amenaza? —pregunto con una sonrisa malvada.

Él niega con la cabeza.

—Una advertencia. No subestimes lo que viene.

Antes de que pueda responder, una oleada de poder ondula en el aire. Mi mirada se dirige hacia abajo mientras Blackthorn sale apresuradamente del edificio principal para recibir a las criaturas que han llegado mediante una poco convencional explosión de fuego, cuyo calor puedo sentir incluso desde aquí arriba.

Night contiene la respiración mientras mira fijamente a la pelirroja menuda cuyos pies están en llamas, al hombre de cabello oscuro con el abrigo negro que exuda un aire de sensualidad que no puedo negar que me afecta, y a un tipo de mi edad, que parece aburrido, arrogante y un completo imbécil.

Sonrío. Oh, esto va a ser interesante.

—Parece que tenía razón —murmura Night y desaparece del espacio junto a mí para aparecer al lado de Blackthorn, quien está tratando apresuradamente de extinguir los pies en llamas, sin éxito. La risa de la mujer dirigida a Blackthorn resuena con todo el poder del Inframundo, y sé sin necesidad de preguntar que estoy mirando a la maldad pura, y su hijo está a punto de unirse a

las filas de estudiantes aquí en MistHallow.

Él mira hacia arriba como si pudiera sentir mi mirada sobre él, y sonríe con suficiencia como si percibiera mi escrutinio. Entrecierro los ojos, aceptando el desafío tácito.

Las apuestas acaban de subir, y este imbécil acaba de entrar en mi lista de criaturas de las que hay que cuidarse.

Lentamente, sonrío y le muestro el dedo medio. Él esconde su risa detrás de su mano y me da la espalda.

—Eres divertido, ¿no? —murmuro. Siento un chisporroteo en mis venas mientras mi poder se eleva ante el guante silencioso que se ha arrojado. Me agacho y observo cómo se desarrollan las cosas mientras un Porsche negro ruge por el camino y se detiene a unos metros de Blackthorn y el grupo.

—¿Y tú quién eres? —El mal en el aire acaba de magnificarse diez veces, y mis ojos se iluminan mientras la oscuridad en mi alma reacciona a esto. Las runas grabadas en mi pecho, runas prohibidas de impermeabilidad a la magia de otros, entre otros glifos prohibidos, se encienden bajo mi camisa negra, iluminando el cielo nocturno con un tenue resplandor azul.

Quienesquiera que sean estos recién llegados, han despertado algo dentro de mí que ha permanecido dormido por algún tiempo, incluso ahora. Se está desplegando, esperando ser desatado, listo para atacar. Eso los hace importantes para mí, pero también me hace estar cauteloso. Me enderezo y me dejo caer desde el tejado, aterrizando con la gracia de un gato al pie de la torre, adentrándome en las sombras, sin estar listo aún para convertirme en una parte activa de esta reunión.

MATILDA

NOS DETENEMOS FRENTE A LA ACADEMIA Y CONTEMPLO LOS ANTIGUOS EDIFICIOS GÓTICOS QUE están tan impregnados de magia que hace que se me erice el vello de la nuca. Me aliso el cabello electrizado por las protecciones mágicas al atravesar la puerta principal.

La mano de Draven se demora en mi muslo, y lo miro. Está en silencio, ceñudo, y parece que quisiera estar en cualquier otro lugar menos aquí. Se da cuenta de que lo estoy mirando y me aprieta el muslo antes de decir:

—Espera aquí.

Frunzo el ceño, pero hago lo que me dice. No está de humor para que lo desafíe ahora. Miro alrededor cuando cierra la puerta del coche y veo a un pequeño grupo a unos metros de distancia: una pelirroja despampanante con los pies en llamas, un hombre muy apuesto y un chico increíblemente guapo de mi edad con el pelo castaño oscuro, hablando con un hombre de aspecto distinguido con una capa negra ondeante. Mordiéndome el labio al sentirme completamente fuera de lugar, levanto la mirada cuando Draven abre mi puerta. Me tiende la mano y la tomo, aferrándome a ella mientras me ayuda a salir del asiento bajo. Me arreglo la ropa y vuelvo a mirar alrededor mientras saca las dos mochilas del espacio para los pies. Gruñe por el peso de la que contiene las joyas de Janice. Se la arrebato antes de que pueda comentar algo y me la cuelgo a la espalda con ambas correas, casi cayéndome hacia atrás por el peso. Él me sostiene y me lanza una mirada curiosa, pero no dice nada. Cierra la puerta y me rodea con el brazo, guiándome hacia el edificio.

El aroma a azufre y maldad flota en el aire, y trago saliva mientras miro de nuevo al pequeño grupo. La pelirroja siente mi mirada sobre ella y gira la cabeza lentamente para escrutarme con unos ojos tan verdes que prácticamente brillan. Mi mirada se encuentra con la suya. No puedo apartarla. Está sondeándome hasta el alma, y esta se marchita ligeramente bajo la intensa mirada.

—Mírame a mí —murmura Draven, deteniéndose y girando mi rostro hacia él.

Me cuesta todo lo que tengo apartar la mirada de ella para mirarlo. Parpadeo y me concentro en sus ojos azules.

—Aún no estás lista para eso —dice.

—¿Lista para qué? —Mi voz suena ronca, no exactamente por miedo, sino por algo más aterrador.

—Mi madre.

Vuelvo la cabeza bruscamente hacia la pelirroja, que sigue mirándome.

—¿Tu madre?

—La única e inigualable.

—La Reina del Infierno —murmuro con asombro.

—No, esa sería mi abuela. Mi madre es el Diablo.

—¿Qué? —pregunto, con la boca abierta mientras vuelvo a mirar a Draven. Es como un juego de ping-pong—. ¿El Diablo? —repito con un siseo.

—¿Qué esperabas cuando te dije que era un Príncipe del Infierno? —pregunta, con los ojos entrecerrados.

—No lo sé, joder —espeto en voz baja—. ¡No que fueras el hijo del Diablo! —Vale, ahora que lo digo en voz alta, me doy cuenta de lo estúpido que suena, pero en serio. ¿Qué. Coño. Pasa?—. ¿El Diablo es una mujer? —Mi curiosidad puede más que yo mientras me giro de nuevo hacia ella, pero esta vez está susurrando algo al tipo guapo.

Draven se ríe entre dientes.

—Sí, eso le pasa a menudo.

—Joder.

—Sí.

—¿No vas a saludarla?

—No, ya me despedí antes. Ven, vamos a llevarte adentro y a la oficina de Admisiones.

Dejo que me guíe al interior del edificio, pero no puedo quitarme de encima el peso de la mirada del Diablo. Probablemente se esté preguntando quién coño soy y por qué su hijo ha llegado conmigo y me rodea con el brazo. ¿Acabo de ponerme una diana en la espalda?

Siento que acabo de ponerme una diana en la espalda.

Joder.

Pero en cuanto entramos en el vestíbulo de este gran edificio, olvido temporalmente al Diablo y me centro en el esplendor de este lugar.

—Vaya —murmuro.

El interior de la Academia MistHallow es tan imponente como el exterior. Altos muros de piedra bordeados de antorchas parpadeantes, tapices ornamentados que representan escenas mágicas y alguna que otra armadura haciendo guardia en las esquinas. El aire vibra con poder, haciendo que mi piel hormiguee.

Draven me guía hacia un escritorio al fondo, con su brazo aún firmemente alrededor de mis hombros. Soy muy consciente de cada punto de contacto entre nosotros, recordando lo que hicimos en su coche no hace mucho. El calor sube a mis mejillas.

—Preguntaremos en el mostrador de información —dice.

Asiento, de repente nerviosa. ¿Y si no me aceptan? ¿Y si mi magia es demasiado débil? ¿Y si no tengo más remedio que volver a casa?

—Deja de pensar demasiado —murmura Draven, besándome la sien—. No tendrán elección.

Eso no me tranquiliza.

—Hola —saluda alegremente una mujer de piel azul cuando llegamos al mostrador de información—. ¿En qué puedo ayudarles?

—Vengo a empezar este trimestre. Draven, Príncipe del Infierno —dice, dejando eso claro.

—Oh, sí, por supuesto —responde la mujer y prácticamente se deshace en atenciones para atenderlo mientras yo estoy aquí como un pedo perdido, retorciendo la correa de mi otra mochila mientras la que llevo a la espalda se hace más pesada por segundos.

Debe de ser agradable. El pensamiento errante es amargo, pero no puedo evitarlo. Parece que todo le resulta tan fácil, mientras que yo he tenido que luchar solo para conservar algo de identidad y no ser sometida por una familia que me odia.

Mientras la mujer de piel azul, Eldra, le dice que ese es su nombre, se desvive por Draven, yo cambio incómodamente el peso de un pie a otro. El peso de la mochila llena de joyas empieza a

hacer que me duelan los hombros. Echo un vistazo al gran vestíbulo, sintiéndome pequeña y fuera de lugar.

—¿Y quién podría ser esta? —pregunta la mujer, habiendo terminado por fin con el papeleo de Draven.

El brazo de Draven se tensa a mi alrededor.

—Esta es Matilda. Necesita hablar con el director Blackthorn con urgencia. Necesita asilo.

Parpadeo y trago saliva mientras los ojos de Eldra escudriñan los míos, y asiente lentamente.

—Ya veo. Por favor, esperen aquí y traeré al profesor Blackthorn.

Ella se escabulle y yo miro fijamente a Draven. Él me devuelve la mirada, pero luego sonríe.

—No te rechazarán. Este lugar es conocido por ayudar a los estudiantes necesitados. Lo leí en el folleto. Están orgullosos de ello. Pero estoy aquí si necesitas que le dé una patada en el trasero por ti.

Asiento lentamente.

Frunce el ceño y me toma suavemente del mentón.

—Inténtalo de la manera correcta primero. Podemos recurrir a las amenazas si no funciona, ¿de acuerdo?

—¿A-amenazas? —tartamudeo.

Sonríe, con esa lenta y siniestra curvatura de sus labios.

—De una forma u otra, estarás matriculada aquí en menos de una hora.

Mis manos tiemblan cuando Eldra regresa apresuradamente con el hombre de la capa negra que estaba afuera hablando con la madre de Draven. Asiente con la cabeza hacia Draven.

—Bienvenido, señor Draven. Nos honra tenerlo en nuestro cuerpo estudiantil.

Draven asiente una vez, pero no dice nada.

Entonces los brillantes ojos azules del director se enfocan en mí.

—¿Y quién podrías ser tú? —pregunta amablemente.

Trago saliva, sintiéndome pequeña bajo la mirada penetrante del director.

—Matilda, señor. Me dijeron que este lugar podría ofrecerme santuario.

Los ojos del director Blackthorn se suavizan ligeramente.

—Ya veo. ¿Y quién te dijo esto, señorita Matilda?

—Mi... mi hermana mayor, Janice. Dijo que MistHallow ayuda a los estudiantes necesitados.

Asiente lentamente, con los ojos entrecerrados como si estuviera tratando de averiguar quién es Janice.

—En efecto, lo hacemos. ¿Por qué no vienes a mi oficina y discutimos tu situación en privado?

Miro a Draven, repentinamente reacia a dejar su lado. Él me da un asentimiento tranquilizador.

—Esperaré aquí —dice en voz baja.

Tomando una respiración profunda, sigo al director Blackthorn por un largo pasillo lleno de retratos de antiguos directores. Entramos en una oficina circular llena de extraños artefactos mágicos y estanterías rebosantes de antiguos tomos.

—Por favor, toma asiento —dice, señalando una silla frente a su escritorio.

Me quito la pesada mochila y la coloco a mis pies junto con la otra, preguntándome cuándo se supone que debo ofrecerle el contenido. Me siento, retorciendo nerviosamente mis manos en mi regazo.

—Bien —dice Blackthorn, acomodándose en su propia silla—. ¿Por qué no me cuentas por qué estás buscando santuario, Matilda?

Tomo una respiración temblorosa.

—Mi familia me odia —suelto de golpe—. Son abusivos. Física y emocionalmente. Me han mantenido aislada, me han usado como sirviente, me han atormentado, me han dicho que soy inútil y que no sirvo para nada... —Las lágrimas pican en mis ojos, pero sigo adelante ahora que todo está saliendo—. El amigo de mi hermano se aprovecha de mí, y nadie lo detiene. Yo...

—¿Perdón? —interrumpe Blackthorn, sus ojos volviéndose negros, y trago el bocado de saliva que ha inundado mi boca—. ¿Nadie lo detiene?

Niego con la cabeza, y una lágrima se desliza por mi rostro.

La expresión del profesor Blackthorn se oscurece, emanando una furia fría.

—Ya veo —dice en voz baja—. ¿Y cuánto tiempo ha estado pasando esto, señorita Matilda?

Trago con dificultad.

—¿El abuso? Años, desde que era niña —susurro—. Los asaltos de Stryker comenzaron cuando tenía dieciocho años.

—¿Y ahora tienes...?

—Veintiún años. Me doy cuenta de que este es el último año en el que se me permitiría estudiar aquí, pero solo necesito un lugar para reagruparme, estar segura mientras descubro qué hacer. —La desesperación en mi tono llena la oficina.

—Hiciste bien en venir aquí, señorita Matilda. MistHallow ofrece santuario a todos los seres mágicos necesitados, pero especialmente a aquellos que han sufrido como tú. Estás a salvo aquí.

El alivio me inunda, tan intenso que casi sollozo.

—¿De verdad? —pregunto, apenas atreviéndome a creerlo.

Asiente firmemente.

—De verdad. Te matricularemos inmediatamente y te proporcionaremos todo lo que necesites: alojamiento, suministros, consejería si lo deseas. Nadie te hará daño aquí.

—Gracias —susurro, limpiándome los ojos—. Yo... tengo algo para usted. —Alcanzo y levanto la pesada mochila sobre mi regazo con un gruñido—. Mi hermana me dio esto. Dijo que ayudaría.

Me pongo de pie y la dejo caer sobre el escritorio entre nosotros.

Las cejas de Blackthorn se alzan mientras se levanta y se acerca para abrir la cremallera de la mochila. Mira dentro y sus ojos se ensanchan.

—Siento que debería preguntar de dónde sacaste esto —comienza, y mi boca se seca—. Pero supongo que no tienes idea si tu hermana te lo dio. Ten por seguro, señorita Matilda, que no necesitamos lo que solo puedo asumir es contrabando. Tenemos fondos de becas disponibles.

Siento que lo he insultado y me muerdo el interior del labio.

—Lo siento, no quise...

—Está bien —dice amablemente, volviendo a sentarse—. Tu hermana estaba tratando de cuidarte, y eso significa todo en un mundo donde de otra manera eres maltratada. Eres una bruja, ¿verdad?

Asiento y me siento de nuevo, solo para darme cuenta de que la mochila bloquea mi vista de su rostro. Con manos temblorosas, la alcanzo y la arrastro fuera del escritorio.

—Sí. No muy buena.

Él levanta una ceja.

—¿Según quién?

—Según yo. Mi poder es débil e inestable. Si eso es un factor decisivo, lo entiendo —digo, sabiendo que estoy fuera de mi elemento aquí. Este lugar es de élite. Puedo verlo, puedo *sentirlo*.

—¿Un factor decisivo? —pregunta Blackthorn—. No, no es un factor decisivo, señorita

Matilda. ¿Alguna vez has considerado que tu crecimiento fue obstaculizado por el trato de tu familia? Estoy dispuesto a apostar que florecerás aquí fuera de su presencia tiránica.

Miro fijamente al profesor Blackthorn, asimilando sus palabras. ¿Podría tener razón? ¿El abuso de mi familia ha estado frenando mis habilidades mágicas todo este tiempo?

—Yo... nunca lo había pensado de esa manera —admito suavemente.

Asiente, con una amable sonrisa en su rostro.

—Muchas brujas y magos jóvenes descubren que sus poderes crecen exponencialmente una vez que están en un entorno de apoyo. No tengo duda de que te sorprenderás a ti misma, señorita Matilda.

Una esperanza que no había sentido en mucho tiempo brota, pero trato de no entregarme a ella. Solo por si acaso.

—Bien —continúa Blackthorn—, vamos a matricularte oficialmente y a instalarte. ¿Cuáles dirías que son tus fortalezas mágicas?

—No tengo ninguna —digo en voz baja.

Busca en mis ojos y ve que no estoy siendo modesta, sino sincera.

—Si cierras los ojos y piensas en lo que te gustaría aprender más sobre tus poderes de bruja, ¿qué se te viene a la mente?

Cierro los ojos, tratando de concentrarme en lo que me preguntó el profesor Blackthorn. ¿Qué quiero aprender más sobre mis poderes de bruja? Durante tanto tiempo, me han dicho que soy inútil, que mi magia es débil y poco fiable. Pero ahora, en este despacho, lejos de la influencia de mi familia, me permito soñar.

—Yo... —empiezo vacilante, manteniendo los ojos cerrados—. Siempre me ha atraído la magia elemental. Particularmente el aire y el agua. Y... —hago una pausa, casi temerosa de expresar mi deseo más profundo—. Y los hechizos de protección. Magia defensiva.

Abro los ojos para ver al profesor Blackthorn asintiendo pensativo.

—Entonces empezaremos por ahí. El combate físico, así como el lanzamiento de hechizos, es una buena manera de desarrollar la magia defensiva. Tenemos clases para ambas cosas.

—¿Combate físico? —balbuceo—. No creo que...

—Estarás con otros principiantes —dice cuando me quedo callada—. Nunca te pondremos en peligro.

—De acuerdo —digo, creyéndole.

—En cuanto al alojamiento, estarás en la residencia principal, pero con una pequeña habitación para ti sola. Vuelve a ver a Eldra, y ella se encargará de que te instales. Las clases comienzan mañana, y tendrás un horario diurno, así que pasa por el mostrador de información por la mañana para recoger tu horario y un mapa de dónde está todo. No te preocupes, señorita Matilda. Ahora nos ocupamos nosotros de ti.

Salgo del despacho del profesor Blackthorn sintiéndome aturdida pero esperanzada. Mi mente da vueltas con todo lo que ha pasado en las últimas horas. Casi parece un sueño. No quiero despertarme mañana y encontrarme de vuelta en casa después de esto.

Mientras camino de vuelta por el pasillo hacia el vestíbulo principal, me pellizco, por si acaso.

Cuando doblo la esquina hacia el vestíbulo, veo a Draven apoyado contra una pared, con aspecto aburrido. Sus ojos se iluminan cuando me ve y se endereza.

—¿Y bien? —pregunta mientras me acerco—. ¿Necesito patear algunos traseros?

Me río. —No hace falta patear traseros. Estoy dentro, pero gracias.

Extiende la mano para acariciar mi mejilla, rozando mi labio inferior con el pulgar. —No hay

necesidad de darme las gracias, preciosa. Siempre cuidaré lo que es mío.

Se inclina desde su considerable altura para besarme profundamente. Solo Eldra, aclarándose la garganta, nos separa. Siento que mis mejillas se calientan mientras me entrega una llave y me indica mi habitación con una mirada de desaprobación hacia Draven. —Es de ocupación individual —dice firmemente.

—Sí, señora —responde él con una sonrisa encantadora que la afecta más de lo que me gustaría. Reprimo al monstruo de ojos verdes. No tengo derecho a estar celosa, pero *arrancaré* los ojos a cualquier zorra que intente algo con él.

Algo me dice que esto va a ser una ocurrencia habitual.

LUC

—¿HEMOS TERMINADO AQUÍ? —DIGO ARRASTRANDO LAS PALABRAS, MI LIGERO ACENTO americano, que aprendí de mi madre, Annabelle, por razones desconocidas —aunque creo que a ella le gusta— sonando áspero entre todos estos bonitos acentos ingleses.

—¿Tienes claras las reglas, Luc? —pregunta ella. Echo un vistazo alrededor, con los ojos entrecerrados. Una parte de mí quiere ir a buscar a ese imbécil del tejado y averiguar cuál es su problema, pero mi madre me pateará el trasero si simplemente me voy. Probablemente sea la única criatura de la que soy cauteloso. Y con buena razón. No te metas con el Diablo. He estado allí demasiadas veces, y ella sabe cómo castigar. No quiero estar aquí particularmente, pero me lo han ordenado, así que aquí estoy.

—Claro —comento, mirándola de nuevo—. No hacer nada peligroso ni nada que me haga expulsar.

—Y el resto —dice papá, sus ojos negros taladrando los míos.

Sé a qué se refiere, y sonrío. —Haré mi mejor esfuerzo.

—Hazlo —dice Annabelle con una mirada feroz—. Y usa este tiempo para llevarte mejor con tu hermano, ¿quieres?

Draven. Ese cabrón. Mi medio hermano y un completo dolor en el culo. De alguna manera, terminamos en el útero al mismo tiempo, pero con padres diferentes. Jodidos celestiales en su máxima expresión. Mi padre es un Íncubo, el mismo que me está dando una mirada feroz ahora mismo, teñida de leve diversión, y el de Draven es un Nigromante. Tiempos jodidamente divertidos.

—Lo que sea —murmuro, realmente sin interés en él. ¿Ahora la chica con la que entró? Sí, es un pedazo de carne caliente, y quiero reclamarla en cada agujero que tenga. Incluso mejor si se la quito a Draven. Tal vez este año no va a ser tan aburrido después de todo.

Sonrío con suficiencia mientras pienso en las posibilidades. Mis padres intercambian una mirada de complicidad, claramente percibiendo mi repentino cambio de humor. Han visto esa expresión en mi cara demasiadas veces antes.

—Recuerda, Luc —advierte Annabelle, su voz baja y peligrosa—. Esta no es una escuela cualquiera. Las consecuencias aquí podrían ser severas.

—Sí, lo entiendo. —Lo hago. Este lugar está lleno de poder, magia antigua que me llama. Es parte de por qué estoy aquí en esta academia específica en este plano de existencia paranormal. El resto... bueno, tendrías que preguntarle a mi madre—. Me portaré bien. Por ahora.

Con un último asentimiento a mis padres, me doy la vuelta y me alejo con paso arrogante, mi mente ya volviendo a la chica del pelo arcoíris. La forma en que Draven la miraba, lo posesivo que era con ella, eso me ha intrigado. Él suele estar menos involucrado, lo que significa que ella

tiene algo especial. Y sea lo que sea, quiero probarlo.

Pero primero, necesito encontrar mi habitación y establecerme en esta prisión. Estoy acostumbrado a la libertad, así que será interesante ver cómo este lugar logra contenerme.

Me abro paso por los sinuosos pasillos de la academia, las antiguas paredes de piedra pulsando con una energía que envía hormigueos por mi piel.

Al doblar una esquina, subiendo las escaleras hacia el piso donde está situada mi habitación, me detengo. Chocolate cubierto de miel y el aroma de magia salvaje. ¿Es este nuestro pequeño unicornio?

Mis labios se curvan en una sonrisa depredadora, y sigo el aroma, puerta tras puerta hasta que puedo oler la sangre corriendo por sus venas.

Me detengo, girándome para enfrentar una puerta con el número 213 en números dorados fijados a ella.

Una mano fría se cierra sobre mi brazo. Me doy la vuelta, sabiendo ya que es Draven. Sus ojos taladran los míos, una advertencia silenciosa grabada en sus profundidades.

—Aléjate de ella, Luc —gruñe, su voz baja y amenazante.

Sonrío con suficiencia, sacudiéndome su mano. —¿O qué? ¿Tienes miedo de que le muestre lo que un hombre de verdad puede hacer?

Los ojos de Draven se estrechan peligrosamente, y el aire a nuestro alrededor se vuelve pesado con la muerte. —Aléjate de ella —repite, sin morder el anzuelo. Eso es lo que más me irrita de él. Nunca lo hace.

Me inclino cerca. —Oblígame —susurro.

La sorpresa me golpea cuando la mano de Draven sale disparada, agarrándome por la garganta y estrellándome contra la pared. El impacto me quita el aliento de los pulmones. El cabrón es fuerte. Más fuerte que la mayoría. Pero yo también lo soy. Desafortunadamente, eso suele llevar a peleas que ninguno de los dos puede ganar.

Sonrío, a pesar de la presión en mi garganta. —¿He tocado una fibra sensible, verdad?

El agarre de Draven se aprieta, sus ojos brillando con rabia apenas contenida. —Mantente alejado de ella, o encontraré la manera de partirte en dos, ¿entendido? —Me suelta bruscamente.

Me froto la garganta, riendo oscuramente. —Todo lo que estás haciendo es acercar más la zanahoria a mi nariz, imbécil.

—Ella es mía. La he reclamado. Interfiere con el destino, Luc, y te quemarás —dice. Se aleja por el pasillo hasta una puerta y prácticamente la patea para abrirla antes de cerrarla de golpe.

Apartándome de la pared, estoy aún más intrigado por esta chica ahora. ¿Destino? ¿Desde cuándo Draven, el Príncipe de la Muerte, habla del destino?

Pero con una sonrisa, saco la llave de mi bolsillo y la deslizo en la cerradura de la habitación 214. —Justo al lado, unicornio. No hay manera de que puedas escapar de mí.

Abro la puerta de mi nueva habitación, el aroma de ella aún persistiendo en mis fosas nasales. Es intoxicante, y puedo sentir mi naturaleza de íncubo agitándose, hambrienta por probar.

La habitación es espaciosa, con muebles de madera oscura y cortinas de terciopelo rojo profundo. Mi bolsa ya está colocada ordenadamente en la cama con dosel, y me dejo caer a su lado, mirando hacia el techo ornamentado.

Un suave golpe en el otro lado de la pared llama mi atención. Ella está ahí, probablemente desempacando, completamente inconsciente del depredador que yace a solo unos metros de distancia. Levantándome, cruzo hacia la pared contigua y cierro los ojos, presionando mi mano contra la fría piedra. Enfocando mis sentidos, intento captar cualquier sonido u olor que pueda

darme una pista sobre ella.

Hay un crujido de tela, el suave paso de pies descalzos sobre una alfombra suave. Luego, inesperadamente, una oleada de poder que hace que el vello de mi nuca se erice, haciéndome retirar la mano rápidamente mientras me quema. Es salvaje, indómito, como nada que haya sentido antes.

—¿Qué eres? —murmuro. Mis sentidos dicen bruja, pero definitivamente hay más en ese poder que simple magia de bruja.

Mis dedos rozan de nuevo la fría superficie de piedra, y sonrío. No podrá resistirse a mí cuando vaya a ella con mis poderes a toda potencia. Nadie puede. Normalmente no me molesto en usarlos. No hay desafío ahí, pero algo me dice que esta chica será resistente a mis encantos habituales, especialmente si ella y Draven están tan cerca como él dice. Me río mientras imagino la cara de él cuando entre y me vea follando a su chica, ella montando mi polla, sus tetas rebotando mientras tiro de sus pezones. Lo consumirá por dentro saber que la tuve.

Y eso solo la hizo aún más irresistible para mí.

MATILDA

PRESIONO LA PALMA CONTRA LA FRÍA PARED DE PIEDRA DE MI HABITACIÓN, CIERRO LOS OJOS Y frunzo el ceño. Algo me atrajo aquí, pero no sé qué. Una descarga eléctrica me atraviesa y retrocedo tambaleándome con un jadeo.

—¿Qué demonios? —murmuro, sacudiendo mi mano hormigueante.

Definitivamente hay alguien —o algo— poderoso al otro lado de esa pared. Mi curiosidad lucha contra la cautela mientras debato si investigar más a fondo. Decidiendo que probablemente no sea prudente hasta que termine lo que empecé, vuelvo a la maldita bolsa de joyas ilícitas. Necesito esconderla de la vista en caso de que alguien decida robarla. Tendré que decidir qué hacer con ella en algún momento, pero claramente Blackthorn no la quiere.

Me giro de la pared, apunto y disparo.

—Mierda —murmuro cuando chispas rosas caen a mi alrededor, chamuscando la alfombra. El hechizo de ocultamiento falló espectacularmente otra vez, dejando una marca de quemadura en la pared y la bolsa de joyas aún muy visible en el suelo—. Vamos, Tilly, puedes hacerlo.

Sacudo mis manos, tratando de concentrarme en mi magia inestable. La habitación que me asignó la profesora Blackthorn es encantadora —todos los muebles de madera oscura y acentos en morado profundo— pero ahora mismo, estoy más preocupada por esconder el contrabando de Janice antes de que alguien lo encuentre.

Otro intento, otra explosión de chispas rosas. Esta vez, el contragolpe mágico me hace tambalear hacia atrás hasta que choco con la pared que separa mi habitación de la siguiente. La piedra se siente extrañamente cálida contra mi espalda, casi viva de energía.

—Joder —susurro, deslizándome hasta sentarme en el suelo. Mi magia chisporrotea a mi alrededor, salvaje e indómita. Se siente diferente aquí. Las palabras de la profesora Blackthorn sobre mi poder siendo atrofiado por el abuso de mi familia resuenan en mi mente. No es más fuerte y sigue siendo igual de impredecible, pero es como si quisiera escapar de una prisión en la que fue empujado y encerrado con fuerza.

Abrazo mis rodillas contra mi pecho, viendo las chispas rosas bailar sobre mi piel. No duelen, nunca lo hacen, pero son jodidamente inútiles para el trabajo de hechizos real. En casa, este tipo de descarga mágica me habría ganado una paliza. Aquí... bueno, no estoy segura de qué es normal aquí.

Un suave golpe del otro lado de la pared me hace congelar. Quien esté allí probablemente se esté preguntando qué demonios está pasando aquí.

—Contrólate —murmuro, poniéndome de pie y sacudiendo mi falda. Necesito resolver esto antes de que alguien venga a investigar. Lo último que necesito son preguntas sobre por qué estoy tratando de ocultar una bolsa llena de joyas robadas.

Respiro profundamente e intento una vez más, canalizando todo lo que tengo en el hechizo de ocultamiento. Las chispas rosas se acumulan, arremolinándose alrededor de la bolsa, y por un momento, creo que realmente va a funcionar.

Entonces todo explota en una lluvia de fuegos artificiales mágicos.

—¡Oh, por el amor de Dios! —exclamo mientras caigo de culo. La bolsa permanece obstinadamente visible, ahora ligeramente humeante. Pero al menos nada está en llamas. Pequeñas misericordias.

Arrastrándome para ponerme de pie, me rindo por ahora y empujo la bolsa profundamente bajo la cama. Aunque se me ocurre que ese es el primer lugar donde buscarían. Tal vez tenga que pedirle ayuda a Draven para esconderla. Ese pensamiento se asienta como un trozo de carbón en la boca del estómago. No. Lo intentaré de nuevo más tarde cuando no esté tan agotada por todo lo que ha pasado hoy. Desde huir de casa hasta tener sexo con un Príncipe del Infierno en su coche y ser aceptada en MistHallow. Es mucho, y todo me está alcanzando.

Después de asegurarme de que la puerta esté cerrada, me desnudo y camino descalza por la alfombra maravillosamente suave hacia el baño con ducha. Es pequeño, pero es mío. En casa, tenía que compartir un baño con todos los demás, y siempre era la última, siempre sin agua caliente.

Tentativamente, estiro la mano hacia la ducha y la enciendo, mirando el elegante grifo que supongo se desliza a la derecha o izquierda, dependiendo de qué tan caliente o fría la quieras. Lo empujo suavemente hacia la izquierda y meto la mano bajo el torrente de agua. Se calienta rápidamente, y entro, acostumbrada a duchas de diez segundos con agua helada.

Pero esta vez, se mantiene caliente y, si acaso, se vuelve más caliente.

Suspiro de felicidad mientras me quedo allí, dejando que el agua caiga sobre mí como una cascada abrasadora de pura perfección.

Las lágrimas pican mis ojos porque nunca he sentido esto antes. Nunca se me ha permitido experimentar lo absolutamente maravilloso que es estar bajo una ducha caliente y desconectarte mientras alivia los músculos cansados y doloridos y despeja tu mente.

Pero los viejos hábitos tardan en morir, y de repente, estoy saltando a la acción por si me regañan por usar demasiado del suministro de agua caliente o, peor aún, obligar a alguien más a tomar una ducha fría debido a mi egoísmo. Agarro la esponja nueva y el jabón que estaban cuidadosamente colocados para mí en la jabonera y me limpio rápidamente. Mientras mis manos se deslizan sobre mi coño, me estremezco. Follar con Draven en su coche después de que nos acabábamos de conocer fue una mala decisión de mi parte. Pero parece que le gusto, así que tal vez no piense que soy una zorra o que lo usé para que me llevara. O tal vez sí piensa que soy fácil, y por eso se queda un poco hasta que encuentre una chica apropiada aquí en MistHallow que pueda llevar a casa con su madre. Su madre, el Diablo.

Joder.

Todavía puedo sentir su mirada penetrando mi alma. Era helada y ardiente al mismo tiempo, y se sentía como si una parte de mí hubiera muerto por dentro, marchitándose bajo el escrutinio del mal puro.

Me estremezco y me enjuago rápidamente, apagando la ducha y saliendo antes de que mis pensamientos se descontrolen más. La toalla que alcanzo es gruesa y esponjosa, otro lujo que nunca he conocido. Mientras me seco, hago una pausa pero luego inhalo profundamente. Es la primera vez en mi vida que no tengo miedo de lo que me espera al otro lado de la puerta del baño.

Mi pelo rubio con mechas de arcoíris cuelga mojado por mi espalda mientras me envuelvo

con la toalla. Abro la puerta y hago un rápido escaneo, pero veo que el dormitorio está vacío.

Nunca he tenido un pijama, así que normalmente duermo desnuda. Lo odiaba en casa, pero aquí no me siento tan vulnerable. Pero definitivamente necesito averiguar dónde conseguir más ropa en algún momento.

Me meto en la cama y jadeo. El colchón es más suave que cualquier cosa en la que haya dormido, y las sábanas huelen a frescas y limpias. Nuevo día, nuevo comienzo mañana. Tal vez mi magia realmente hará lo que se supone que debe hacer por una vez.

Pero mientras me acurruco en la cálida y lujosa ropa de cama, no puedo sacudirme la sensación de que nada sobre mañana va a ser simple. Entre la intensidad de Draven, sea cual sea la energía que venía a través de la pared antes, y los nervios extremos por asistir a clases mañana y enfrentarme al resto de los estudiantes como la chica nueva, sé que definitivamente me he metido en algo más grande que simplemente buscar santuario en una academia mágica.

Cierro los ojos, tratando de calmar mis pensamientos acelerados mientras el rostro de Draven llena mis sueños.

LUC

ME LLAMA COMO EL CANTO DE UNA SIRENA, ATRAYÉNDOME AL ESPACIO FUERA DE LA PUERTA DE su dormitorio. Su magia es extraña. Puedo sentirla, saborearla, pero le falta algo que no logro identificar. Atrofiada, quizás, o amortiguada por las protecciones que rodean este lugar, para mi fastidio. Aunque sigo siendo increíblemente poderoso, encuentro que mi propio poder está reprimido. Una parte de mí lo entiende. Tener criaturas mágicas extremadamente poderosas caminando por ahí con todas sus habilidades sería caótico, si no jodidamente divertido. Me agacho frente a su puerta, deseando saber su nombre, y saco la lengua. Ráfagas salvajes e indómitas de poder invisible que saben a algodón de azúcar y rayos golpean mi lengua.

—¿Quién eres? —murmuro, levantándome de nuevo y mirando alrededor para asegurarme de que estoy solo. El pasillo está desierto a esta hora, con los estudiantes nocturnos en clase o los diurnos durmiendo.

Dejando que mis sentidos demoníacos se extiendan bajo la puerta, su firma energética se vuelve más fuerte. Es dulce pero con un toque de peligro, como una rosa bañada en veneno. Está durmiendo ahora, sus sueños maduros para ser tomados.

Perfecto.

Me disipo y me deslizo en el reino de los sueños. Es tan natural como respirar para mí. Ser mitad íncubo tiene sus ventajas, y caminar por los sueños es una de mis favoritas. Aquí es donde ves a la verdadera criatura detrás de la máscara que muestran al mundo, y quiero saber qué hace funcionar al nuevo juguete de Draven.

Su paisaje onírico se materializa a mi alrededor. Un jardín al anochecer, cargado con el aroma de flores nocturnas. Ella está sentada en un banco de piedra, vistiendo un vestido blanco transparente que resalta sus deliciosas curvas. Su cabello rubio brilla con reflejos de arcoíris en la luz del sueño.

—Hola, dulce bruja —ronroneo, saliendo de las sombras.

Ella me mira fijamente, sin miedo. —¿Quién eres?

—Alguien que puede darte todo lo que deseas. —Me acerco, dejando que mi poder la envuelva como seda. La mayoría de las criaturas son plastilina en mis manos a estas alturas, sus seres oníricos ansiosos por someterse a cualquier placer o dolor que les ofrezca.

Pero ella entrecierra los ojos, su magia chispeando en rosa en respuesta a mi presencia. —Ya tengo lo que deseo.

—¿En serio? —Deslizo mis dedos por su hombro desnudo, enganchando mi dedo en el fino tirante del vestido y bajándolo lentamente. Esperando que se estremezca y se incline, en cambio, se levanta y se aleja.

—Sí.

—Mi hermano no puede satisfacerte como yo, dulce bruja.

—Pero ya lo ha hecho. Me satisfizo más de lo que las palabras pueden expresar.

Auch. Vale, esta pequeña bruja tiene mordida.

—Vete. —La palabra lleva poder, su magia brillando más intensamente—. No me interesa tu seducción.

Por primera vez en mi vida, me siento desconcertado. Nadie se me resiste en los sueños, en la realidad. Es imposible. Y sin embargo...

Entrecierro los ojos hacia ella, intrigado por su resistencia. —Eres una criaturita interesante, ¿verdad? —murmuro, rodeándola como un depredador—. La mayoría estaría suplicando por mi toque a estas alturas.

Ella se mantiene firme, con la barbilla alzada desafiante. —No soy como la mayoría, y te dije que te fueras.

Su magia crepita a nuestro alrededor, chispas rosadas bailando en el aire. Es salvaje, indómita, pero hay algo extraño en ella. Como si estuviera luchando contra cadenas invisibles.

—Oh, no creo que lo haga —digo, acercándome más—. No hasta que descubra qué te hace funcionar. —Alcanzo y agarro el colgante de amatista. Me quema la palma, y siseo, retirando la mano mientras ella me sonríe con suficiencia.

Ella da un paso atrás, sus ojos destellando. —Aléjate de mí.

Pero puedo oler su miedo bajo la actitud. Se mezcla con el aroma de su poder. Es embriagador. —No, dulce bruja. No creo que lo haga.

De repente, el paisaje onírico cambia. Ya no estamos en el pacífico jardín, sino en una habitación oscura y opresiva. Las paredes se cierran a nuestro alrededor, y puedo oír su grito ahogado de terror.

—¿Qué demonios? —murmuro, mirando alrededor. Esto nunca ha pasado antes. Normalmente, a estas alturas ya estaría mojando mi polla, no siendo arrojado a una pesadilla. No estoy seguro si debería tomármelo personalmente o no.

Pero cuando la miro de nuevo, su rostro se ha puesto pálido, sus ojos abiertos de terror, pero no me está mirando a mí. —No —susurra—. No, aquí no. No otra vez.

A través de la bruma del paisaje onírico, puedo ver una figura acercándose a ella. Un hombre, alto, bastante corpulento. Su poder es impresionante para la chica, puedo sentir su miedo, pero para mí no es más que un mosquito jodiendo mi seducción.

—Oye, imbécil —digo con desdén, interponiéndome entre él y la chica—. Si la quieres, tendrás que pasar por encima de mí. *¿Qué coño estoy haciendo aquí?* Mis acciones me sorprenden más que su rechazo. Nunca he venido al rescate de ningún cabrón antes, en un sueño o de otra manera, y no pensé que alguna vez lo haría.

El rostro del hombre se contorsiona de rabia mientras dirige su atención hacia mí. —¿Quién coño eres tú? —gruñe, sus ojos brillando con un poder malévolo que no me asusta. Me he enfrentado a la misma Diablesa, por el amor de Dios.

Siento a la chica temblando detrás de mí, su miedo golpeándome en el estómago y forzando una mierda de instinto protector al frente.

—Soy tu peor pesadilla —respondo con una sonrisa burlona, dejando que mi otro lado se manifieste. Mitad íncubo, mitad diablo, recuerda. Mis ojos se vuelven negros como la brea, cuernos brotan de mi cabeza mientras alas negras de cuero se despliegan de mi espalda.

Los ojos del hombre, brujo, he deducido, se abren de shock y miedo. Bien. Debería estar asustado.

—Esto no te concierne —escupe, tratando de sonar duro, pero puedo oler su terror—. La

chica es mía para castigarla.

Un gruñido retumba en mi pecho. —Ya no lo es.

Me abalanzo hacia adelante, mis manos con garras envolviendo su garganta. Sueño o no, aún puedo hacerle daño. Hacerlo sufrir. El impulso de proteger a esta chica que apenas conozco, cuyo nombre aún desconozco, arde a través de mí como fuego infernal.

De repente, soy expulsado del paisaje onírico, mi propio jodido paisaje onírico, por la bruja y reaparezco en su dormitorio con ella sentada erguida en la cama, completamente desnuda, sus pechos perfectos temblando con su respiración agitada.

Abre la boca para gritar, pero en un instante estoy a su lado, tapándole la boca con la mano y negando con la cabeza. —No emitas ni un sonido, o los guardias estarán aquí en un segundo, y no queremos explicarles qué hago en tu habitación contigo mostrándome tu cuerpo, ¿verdad? —Mi madre me patearía el trasero desde aquí hasta el medio de los malditos Páramos si me expulsaran en mi primer día.

Sus ojos se abren aún más y niega con la cabeza.

—Voy a quitar mi mano ahora, dulce bruja. ¿Vas a ser una buena chica y quedarte callada? ¿Sí?

Asiente, así que retiro mi mano con cuidado.

—¿Quién demonios eres? —sisea, tirando de las sábanas para cubrirse. Sus ojos recorren la habitación, claramente buscando una ruta de escape.

Sonrío con suficiencia. —Soy Luc. Tu nuevo vecino. ¿Y tú eres?

Me fulmina con la mirada, su magia crepitando en el aire entre nosotros. —No es asunto tuyo. Sal de mi habitación antes de que grite.

—Ah, ah —chasqueo la lengua, moviendo un dedo—. Ya hemos hablado de esto. Gritar sería muy malo para ambos. —Me inclino más cerca, inhalando su embriagador aroma—. Además, acabo de salvarte de ese desagradable brujo en tus sueños. Un poco de gratitud no estaría mal.

Entorna los ojos. —No pedí tu ayuda. Ahora vete.

Me río, cernido sobre ella, incapaz de retroceder. Se aleja, apretándose contra el cabecero. —No hasta que me digas tu nombre, dulce bruja. Es lo justo.

Duda, luego suspira. —Matilda.

—Matilda —repito, saboreando el nombre en mi lengua—. Perfecto. Quiero que me expliques cómo me rechazaste en tu sueño.

La pregunta directa la toma por sorpresa, y entrecierra los ojos. —¿No estás acostumbrado a que te manden a paseo, Luc?

Su desafío me enfurece, pero al mismo tiempo, me gusta. Es como si estuviera inclinado, y ella tuviera un látigo en la mano, pero no estoy seguro de si quiero dejar que me golpee o si quiero darle la vuelta y azotarle el trasero.

Algo primitivo ruge por mis venas, algo que nunca antes había sentido. Probablemente pasen varias vidas antes de que lo vuelva a sentir. Pongo una rodilla en la cama y me inclino más cerca, mis labios casi rozando su oreja. —Nadie me ha resistido nunca antes, dulce Matilda. Eres un pequeño enigma fascinante.

Se estremece, pero su voz permanece firme. —No soy un enigma para que lo resuelvas. Te lo dije en el sueño, estoy con Draven.

Me río oscuramente. —Ah sí, mi idiota medio hermano. Dime, ¿te hace gritar, Matilda, cuando te penetra con su miembro? ¿Satisface esa magia salvaje dentro de ti que puedo saborear como un relámpago en mi lengua?

Sus mejillas se sonrojan, pero sus ojos brillan con ira antes de que la curiosidad pueda más

que ella. Pero primero muerta que admitirlo. Es obstinada y hermosa con ello. —Eso no es asunto tuyo.

—Oh, pero creo que sí lo es —ronroneo, pasando un dedo por su clavícula y notando el escalofrío que vibra por su cuerpo—. Puedo sentir tu poder, Matilda. Está enjaulado, suplicando ser liberado. Yo podría ayudarte a desatarlo.

Por un momento, veo un destello de interés en sus ojos. Pero luego niega con la cabeza, apartando mi mano. —No. No necesito tu ayuda, y no quiero a nadie más que a Draven.

Me echo hacia atrás, estudiándola. La sábana se ha deslizado, revelando la curva de su pecho. Mi miembro se endurece ante la vista, pero me obligo a concentrarme. —¿Cuándo os conocisteis Draven y tú, eh? Literalmente salió de la Residencia en el Infierno hace unas horas.

—Estoy segura de que puedes hacer los cálculos, ¿no? —escupe.

—Oh, ¿así que es eso? ¿Te prostituiste por un viaje?

El destello de magia rosa me toma por sorpresa cuando pasa zumbando junto a mi oreja, obligándome a retroceder un paso.

—Maldición —maldice y sacude su mano—. No me llames prostituta, bastardo.

—No me llames bastardo. Sé quiénes son mis padres.

—Oh, eres tan irritante como tu hermano con tus respuestas para todo.

—No soy *nada* como él —rechino los dientes, odiando esa afirmación más que ser rechazado por esta mujer.

Matilda me fulmina con la mirada, sus ojos azules destellando con desafío. —Eres arrogante y engreído, pensando que puedes entrar aquí y tomar lo que quieras.

Gruño, mi temperamento inflamándose. En un instante, estoy sobre la cama, inmovilizándola debajo de mí. Su cuerpo desnudo se presiona contra el mío, y puedo sentir el calor de su piel a través de mi ropa. —No soy nada como Draven —siseo, mi cara a centímetros de la suya.

Ella no se estremece, no aparta la mirada. En cambio, me sostiene la mirada directamente, su respiración entrecortada. —Demuéstralo —me desafía.

Por un momento, me quedo desconcertado. Luego, una sonrisa lenta y malvada se extiende por mi rostro. —Oh, dulce Matilda —ronroneo, pasando una mano por su costado—. No tienes idea de lo que acabas de desatar.

Siento su presencia antes de que hable. —Eso es lo que yo dije.

—Lárgate, Draven. Esto es entre Matilda y yo. —No aparto los ojos de los suyos mientras le hablo.

—Te dije antes que te alejaras de ella.

—Bueno, aquí estoy con mi miembro prácticamente dentro de ella, y no la veo resistirse. ¿Qué planeas hacer al respecto? —El guante está lanzado mientras Matilda se retuerce debajo de mí, pero no va a ir a ninguna parte. No todavía.

DRAVEN

La rabia crece dentro de mí mientras veo a Luc inmovilizando a Matilda contra la cama. Su cuerpo desnudo está presionado contra él, y la visión hace que mi sangre hierva.

—Quítate de encima. Ahora.

—¿O qué? —desafía Luc, sus ojos brillando con picardía—. ¿Vas a pelear conmigo, Draven? ¿Aquí mismo frente a tu preciosa brujita?

Doy un paso adelante, listo para hacer precisamente eso, cuando la voz de Matilda corta la tensión.

—¡Basta, los dos! —espeta, empujando el pecho de Luc—. No soy un premio por el que pelear.

Luc se ríe, finalmente rodando para quitarse de encima de ella, para mi alivio.

—Oh, pero lo eres, dulce Matilda. Simplemente aún no lo sabes.

Me muevo rápidamente, agarrando a Luc por la garganta y estrellándolo contra la pared.

—Te lo advertí —gruño, apretando mis dedos—. Ella es mía.

Luc sonríe a pesar de mi agarre, sus ojos destellando con desafío.

—¿Lo es? Porque desde donde estoy, parece bastante interesada en lo que tengo para ofrecer.

—¡Suficiente! —La voz de Matilda corta nuestra confrontación. Ambos nos giramos para verla de pie en la cama, la sábana envuelta alrededor de su cuerpo, sus ojos ardiendo de furia. Chispas rosadas de magia crepitan a su alrededor, haciendo que su cabello flote en un viento invisible—. No vamos a hacer esto para que nos expulsen a todos —dice desesperadamente—. Necesito estar aquí. Draven... —Su mirada suplicante es lo único que me hace soltar a Luc. Tiene razón. No puedo poner en peligro su seguridad por Luc siendo el imbécil de siempre.

Suelto a Luc con un empujón brusco, mis ojos nunca dejando a Matilda. Es una visión, de pie allí envuelta en la sábana. Pero hay un miedo real en su mirada de ser enviada lejos de este lugar de refugio.

—Tienes razón —digo suavemente, dando un paso atrás—. No podemos arriesgar tu lugar aquí.

Luc se arregla la camisa, esa sonrisa irritante aún en su rostro, pero está curioso como un maldito gato sobre la necesidad de Tilly de estar aquí.

—Lárgate —le gruño—. Ahora.

Levanta las manos en falsa rendición.

—Bien. Me voy. Dulces sueños, Matilda. Estaré justo al lado si me necesitas.

Desaparece en llamas, dejándonos a Matilda y a mí solos.

—¿Estás bien? —pregunto, acercándome a la cama—. ¿Te hizo daño?

Matilda niega con la cabeza, hundiéndose en el colchón.

—No, estoy bien. —Me mira, sus ojos azules escrutando los míos—. Ustedes dos realmente se odian, ¿no?

Suspiro, sentándome a su lado.

—Es complicado.

—¿Quieres hablar de ello?

—Estás evadiendo de nuevo. ¿Qué hacía él aquí? —Necesito saber. ¿Lo invitó a entrar, o se forzó a entrar aquí? No sé qué es peor.

Ella suspira.

—Vino a mí en mis sueños. Pero luego me salvó de mi pesadilla.

Eso capta mi atención.

—¿Te salvó?

Ella asiente.

Interesante. Luc nunca ha salvado a nadie más que a sí mismo. Pero eso suena demasiado familiar. Esta bruja nos tiene a todos retorcidos, eso está claro.

—¿De qué trataba la pesadilla? —pregunto, estudiando el rostro de Matilda.

Ella aparta la mirada, sus dedos retorciéndose en la sábana.

—Era... era sobre el brujo que me hizo hacerle cosas.

Mi sangre se congela, y el impulso de matar nunca ha sido más fuerte, pero ella no necesita que me ponga en modo necro ahora mismo. Necesita apoyo. Me acerco, inclinando suavemente su barbilla para que me mire de nuevo.

—Estás a salvo aquí, Matilda. No dejaré que nadie te lastime.

—Draven —susurra, sus labios separándose ligeramente.

Gruño suavemente, mi mano deslizándose hacia la parte posterior de su cuello.

—Dime que me deseas, Matilda. —Quiero pedirle que confirme con palabras que me desea a mí y no a Luc, pero no le hago eso. Esta bruja tiene múltiples capas profundas y dolorosas, y por lo que parece esta es la primera vez que prueba la libertad. ¿Quién soy yo para interponerme en su camino, incluso si decide que quiere estar con Luc?

Ella se inclina hacia adelante, presionando sus labios contra los míos en un beso abrasador. Retrocediendo ligeramente mientras se sube a mi regazo, toma mi rostro entre sus manos y apoya su frente contra la mía.

—Sí te deseo. —Sus manos van entre nosotros, y desabrocha mis pantalones, liberando mi polla. La toma en su mano, acariciándola, tirando de ella hasta que estoy a punto de correrme en su mano. Con un suave gruñido, la levanto, y ella se desliza sobre mí, envolviéndome con ese calor resbaladizo que me hace gemir de anhelo—. Joder, estás tan apretada.

Ella muerde su labio inferior.

—Antes de esta noche, solo había tenido sexo una vez.

La miro a los ojos mientras me cabalga lentamente, rotando sus caderas y gimiendo suavemente.

—Eres perfecta, Matilda —murmuro mientras empapa mi polla, empapándome mientras su excitación aumenta con mis elogios. Los necesita. Los anhela. Ha estado privada de ellos—. Tan jodidamente perfecta. Tan hermosa.

Matilda sube y baja sobre mi polla, su coño caliente y pequeño cabalgándome lentamente. Sus ojos están fijos en los míos, llenos de deseo y vulnerabilidad. Agarro sus caderas, guiando sus movimientos mientras se mueve contra mí.

—Eso es —murmuro alentadoramente—. Me estás follando tan bien, Matilda. Joder, me haces sentir tan bien.

Ella gime suavemente, su coño apretándose a mi alrededor. Es tan receptiva a mis elogios, me hace querer seguir haciéndolo.

—Te sientes increíble —murmuro, deslizando una mano para acariciar su pecho. Rozo mi pulgar sobre su pezón, y ella jadea—. Tan mojada, solo para mí.

—Draven —gime, aumentando su ritmo.

Empujo hacia arriba para encontrarme con ella, yendo más profundo. Ella grita y echa la cabeza hacia atrás.

—Córrete sobre mi polla, Matilda. Reclámame. Hazme tuyo. Te protegeré con todo lo que tengo.

—¡Joder, Draven!

Capturo sus labios en un beso abrasador mientras se aprieta a mi alrededor.

—Córrete para mí, Matilda —gruño contra su boca—. Déjame sentirte corriéndote en mi polla.

Ella jadea y su sexo se contrae mientras alcanza un intenso orgasmo, su cuerpo convulsionando mientras aprovecho su distracción momentánea para ponerla de espaldas. La penetro con tanta fuerza que la cama se sacude. Ella envuelve sus piernas alrededor de mí mientras la embisto, penetrándola tan profundamente que grita mi nombre. Sus uñas se clavan en mi espalda, bajo mi camiseta, haciéndome sangrar, pero se siente tan jodidamente bien que no quiero que termine nunca.

Los gritos de placer de Matilda resuenan por la habitación mientras la penetro sin descanso. Su sexo ordeña mi miembro con cada embestida.

—Joder, Matilda —gruño, enterrando mi rostro en su cuello—. Eres jodidamente perfecta.

Ella gime, apretando más sus piernas alrededor de mi cintura.

Su espalda se arquea cuando otro orgasmo la sacude. La visión de ella deshaciéndose debajo de mí me lleva al límite. Con un gruñido gutural, me hundo profundamente dentro de ella mientras me corro, inundando su sexo hasta que puedo sentirlo desbordarse. —Joder, Tilly.

—¡Ah! —Ella nos hace girar con mi miembro aún enterrado en su interior, y me cabalga de nuevo, sus manos sobre mi pecho, manteniéndome en mi lugar mientras usa mi miembro para complacerse. No es la primera vez en mi vida que agradezco que mi miembro pueda endurecerse de nuevo en cuestión de segundos, pero eso siempre fue por razones egoístas. Ahora me alegro de poder darle a Matilda lo que necesita. Todo es por ella.

La habitación se llena con el sonido de sus jadeos entrecortados y el chapoteo de su sexo empapado deslizándose sobre mi miembro, llevándola cada vez más alto hasta que tiembla sobre mí, con la boca abierta y la cabeza echada hacia atrás mientras su orgasmo la invade. Es una visión para contemplar.

Por el rabillo del ojo, veo movimiento y giro la cabeza bruscamente para ver a Luc de pie allí, con los ojos entrecerrados mientras nos observa follando. Sonrío lentamente y agarro sus caderas, embistiendo profundamente mientras me corro dentro de ella, y él aparta la mirada de ella para mirarme con una expresión pensativa. Luego desaparece de nuevo mientras Tilly baja de su clímax, y yo termino de descargarme, mi corazón latiendo al unísono con el suyo.

—Quédate conmigo —murmura ella—. Por favor, Draven, no me dejes.

—Nunca —murmuro, atrayéndola hacia mí para besarla—. Nunca.

MATILDA

CUANDO LLEGA LA MAÑANA, TODAVÍA ESTOY ENVUELTA ALREDEDOR DE DRAVEN. MI CABEZA está sobre su pecho y sus brazos me rodean. Me sorprende haber dormido con él tan cerca, y prácticamente encima de él. Me aparto ligeramente, pero él no se mueve, así que examino su rostro más de cerca. Es jodidamente hermoso. Las venas negras de su naturaleza de Nigromancia parpadean y tiemblan bajo su piel. Frunce el ceño en sueños y aprieto los labios. ¿Qué horrores estará viendo? Crecer en el Infierno es algo que ni siquiera puedo imaginar, y mucho menos entender. Incluso siendo un príncipe, es obvio que hay cosas que le molestan al respecto. Quiero saber, pero dudo que me lo diga. Extiendo la mano y trazo una de las venas negras, y su rostro vuelve a una expresión pacífica, haciéndome sonreír. Pero el tiempo avanza, y tengo un montón de cosas que hacer antes de asistir a clases. Me arrastro fuera de la cama, con cuidado de no despertarlo, y me dirijo al baño para refrescarme.

Dos minutos después, me visto rápidamente con mi ropa interior de repuesto, una camiseta negra y jeans azules. Saco la sudadera y me acurruco en ella. Apesta al detergente que mi madre me obligaba a usar, y trago el miedo de que me encuentren aquí y me arrastren de vuelta a una vida que odiaba. Si eso sucede ahora, será mil veces peor sabiendo lo que hay ahí fuera para mí. Mis manos tiemblan mientras paso el cepillo por mi cabello enredado y me lo ato en una cola de caballo alta. Miro a la cama y espero que la bolsa de joyas esté segura debajo hasta que pueda volver más tarde. Ahora mismo, necesito moverme. Necesito ver a Eldra, obtener mi horario y, con suerte, algunos materiales, y luego encontrar la manera de conseguir algo de comida.

Recojo la mochila con mi diario y mi bolígrafo aún dentro, sabiendo que puedo usarlos si todo lo demás falla. Me la echo a la espalda, me acerco a Draven y lo miro fijamente. Todavía está profundamente dormido. Me inclino y beso suavemente su sien antes de darme la vuelta para irme.

Su mano se cierra sobre mi muñeca, deteniéndome.

—¿Escabulléndote? No está bien, pétalo.

Me río. —Este es *mi* dormitorio. Me voy, no me estoy escabullendo.

Sus ojos se abren y están llenos de diversión. —Tienes razón. Pero mi polla está dura, quiero que me folles hasta que me corra dentro de ese hermoso coño tuyo.

—Qué palabras tan escogidas, Príncipe del Infierno, pero no puedo. Tengo cosas que hacer antes de las clases. Me ofrecieron un lugar aquí por amabilidad y no les defraudaré siendo una holgazana.

Me suelta y se sienta, apoyándose en el cabecero, con su duro pecho al descubierto. —Y esa es solo una de las muchas cosas que adoro de ti, Tilly. Ve. Te veré en el almuerzo.

—Si puedo encontrarte.

—No te preocupes. Yo te encontraré.

No tengo ninguna duda.

Sonrío y me inclino para plantar un beso en sus labios. Él lo profundiza, agarrando la parte posterior de mi cabeza mientras hunde su lengua en mi boca. Gimo suavemente y me aparto. —Tengo que irme.

Sonríe con suficiencia pero no dice nada, observándome mientras me voy.

Mi corazón late con fuerza cuando abro la puerta y miro al pasillo. Está lleno de estudiantes, pero por suerte, Luc no está por ninguna parte. Me escabullo y cierro la puerta silenciosamente, esperando que no me haya oído, y me apresuro de vuelta por el camino que tomamos anoche, solo para descubrir que la escalera se ha movido unos diez metros. —¿Qué demonios? —murmuro mientras me ajusto y bajo las escaleras para salir del edificio de residencias. Es una mañana fresca y fría, y la niebla se arremolina alrededor de los viejos edificios, dándoles un aire espeluznante. El sol está en algún lugar por encima del dosel de árboles que se alzan tan altos y orgullosos, que deben ser antiguos.

Un escalofrío me recorre, pero del tipo bueno. Este lugar es absolutamente magnífico.

Cruzo el patio y me dirijo al edificio principal, donde encuentro a Eldra sentada en el mostrador de información. Sonríe cuando me ve. —Buenos días, Matilda.

—Hola —digo tímidamente—. El profesor Blackthorn me dijo que debía venir a verla para obtener mi horario.

—Por supuesto, sígueme. —Se levanta y me conduce a una oficina trasera que parece ser una oficina de administración normal con un ordenador y archivadores.

Me siento en la silla frente al escritorio mientras Eldra toma su lugar y empieza a teclear. —Así que eres una bruja por designación, ¿verdad?

—Sí.

—¿Pero no tienes clasificaciones?

Niego con la cabeza. —Ninguna que yo sepa.

Me da una sonrisa comprensiva. —No es un problema. Podemos averiguarlo sobre la marcha. El profesor Blackthorn dijo que tienes interés en los elementos y la magia defensiva, ¿no?

—Sí.

Asiente. —Bien, entonces te pondremos en entrenamiento de combate físico para principiantes e invocaciones defensivas para este trimestre. Son las más fáciles de ponerse al día, considerando que el año ya ha comenzado.

Asiento.

—Luego podemos asignarte a clases de magia de fuego y aire. Estarás en los cursos con los de primer año, pero confío en que eso no será un problema.

—No, en absoluto. Estoy agradecida por cualquier oportunidad de aprender.

Sonríe. —Bien, ahora el profesor Blackthorn también ha solicitado que asistas a la clase Avanzada de Magia Oscura... —Se interrumpe, entrecerrando los ojos.

—¿Disculpa? —tartamudeo—. ¿Qué es eso?

—Es una asignatura nueva en MistHallow. Solo la hemos tenido desde el comienzo de este año. Somos una de las dos únicas academias que enseñan magia oscura. Es muy exclusiva y solo puedes aprenderla por invitación. No sabía que eras una usuaria de magia oscura.

No es una pregunta ni una afirmación, más bien una reflexión general, por su tono.

—Yo tampoco —murmuro—. ¿Está segura de que eso es lo que dice?

Gira la pantalla para que pueda ver la nota. Frunzo el ceño. —Debe haber algún error.

Principiantes, tal vez. ¿Avanzada? No, yo no.

—El profesor Blackthorn lo ha solicitado.

—¿Podría comprobar que no sea un error tipográfico? —Estoy entrando en pánico. Una clase avanzada de cualquier tipo de magia ya es bastante mala, pero ¿magia oscura? Eso suena peligroso, en el mejor de los casos.

—El profesor Blackthorn es muy meticuloso. No es un error.

—¿Podría comprobarlo de todos modos? —pregunto, con la voz en un chillido agudo de terror. ¿Cómo se supone que voy a estar en una clase de usuarios de magia avanzada cuando ni siquiera puedo lanzar un simple hechizo sin que me salga por la culata?

—Claro —dice y se levanta—. Vuelvo enseguida.

Desaparece y, no un minuto después, reaparece. —Es correcto —dice, sentándose de nuevo.

La miro fijamente. ¿Acaso fue realmente a comprobarlo?

Vuelve a teclear y la impresora cobra vida.

—Aquí está tu horario —dice, entregándome una hoja de papel de la impresora—. Y este es un mapa de MistHallow.

—Gracias —digo, tomando los papeles—. ¿Hay algún lugar donde pueda conseguir útiles?

Eldra abre un cajón y me entrega un montón de cuadernos, bolígrafos y otros artículos de papelería variados.

—Gracias. Eh... —me muerdo el labio.

—¿Necesitas algo más? —pregunta ella.

—Ropa —digo apresuradamente—. No sé cuánto sabes de mí, pero salí de casa con prisa y no traje mucho conmigo. —No necesita saber que solo tengo dos mudas de ropa.

—No vendemos ropa, pero tenemos un armario de objetos perdidos. Todo ha sido lavado y planchado, y puedes rebuscar en el armario. También hay algunos estudiantes que pueden crear ropa con magia; si encuentras a uno, podrías pedírselo amablemente.

—Revisaré el armario de objetos perdidos —murmuro, mortificada ante la idea de buscar a un estudiante que pueda hacerme ropa. Dioses. Ni hablar.

—Ah, y no olvides pasar por la casa de fieras para elegir un familiar —dice, levantándose.

—¿Un familiar? —pregunto frunciendo el ceño.

—Sí. Eres una bruja, y las brujas tienen familiares. —Me lanza una mirada inquisitiva y se da cuenta de que esto es algo que, hasta ahora, estaba fuera del reino de lo posible. Toma el mapa de mi mano y señala un punto—. La casa de fieras está aquí. El comedor está aquí, y tu primera clase es aquí. —Claramente se ha apiadado de mí por ser un poco perdedora.

—Comedor —murmuro mientras mi estómago gruñe—. ¿Y cómo pagaría la comida allí?

—Todo está incluido, cariño. —Me acaricia el pelo, con esa mirada de simpatía otra vez en su rostro—. Toma lo que quieras, cuando quieras. Siempre está abierto.

—De acuerdo, gracias. —Mi voz está ronca, y ella asiente.

—Échale un vistazo al armario de allí, elige algunos artículos adecuados y déjalos en el escritorio. Haré que las hadas de la limpieza los lleven a tu habitación.

Quiero argumentar que los llevaré yo misma, pero ella ya se está yendo, así que murmuro:

—De acuerdo.

—Mierda. —Me giro hacia el armario y lo abro. Toda la ropa está ordenada por talla y color, con cajones apilados debajo.

Echo un vistazo rápido y me decido por dos pares de mallas, dos camisetas holgadas y otra sudadera con capucha. Al abrir los cajones, veo paquetes de ropa interior y calcetines nuevos, así que también los cojo. Coloco todo pulcramente en un montón sobre el escritorio, esperando que

llegue pronto a mi habitación.

Metiendo los útiles en mi mochila, salgo de la oficina y me despido con la mano de Eldra, que está ocupada con otro estudiante. Ella sonríe, asiente y vuelve a su trabajo.

Levanto el mapa y sigo las indicaciones hacia el comedor, decidiendo ocuparme primero de la comida. Está absolutamente abarrotado, así que me uno a una cola, sin tener idea de para qué estoy haciendo fila. Cuando llego al frente, resulta que son sándwiches de tocino y tazas de té.

—Genial —murmuro, agarrando un plato y una taza. Miro alrededor y veo que nadie está pagando nada, así que tomo la palabra de Eldra y me escabullo de la cola con mis golosinas.

Lástima que no hay ninguna mesa libre, ni siquiera una silla solitaria. Así que coloco el plato encima de la taza y me quedo de pie comiendo mi sándwich, lo que me lleva apenas treinta segundos de lo hambrienta que estoy, y luego me trago el té. Sintiéndome mejor, al menos lo suficiente para concentrarme en las próximas horas, decido volver en un momento menos concurrido entre clases.

Observo dónde los demás dejan sus platos sucios y coloco el mío en las mismas bandejas que ellos. Veo todo tipo de criaturas deambulando, la mayoría de apariencia humana. Supongo que los estudiantes nocturnos serán un poco diferentes.

Pero ni una sola criatura me mira, y mucho menos me habla. No estoy segura de si eso es bueno o malo. Por ahora, necesito llevar mi trasero a la casa de fieras y esperar que quien esté allí pueda ayudarme con este asunto del familiar. Ninguno de mi familia tuvo uno jamás, así que no pensé que fuera algo popular. Había oído hablar de ellos, obviamente, en mis primeros años de escuela, pero nunca he visto uno.

Saliendo del comedor, sigo el mapa hasta la casa de fieras. A medida que me acerco, oigo sonidos de animales y sé que estoy en el lugar correcto. El edificio en sí es una gran estructura de piedra cubierta de enredaderas, con intrincadas puertas de hierro en la entrada.

Dudo en las puertas, sin saber si debo entrar directamente o esperar a alguien. Antes de que pueda decidir, una mujer alta con el pelo verde brillante emerge del interior.

—Tú debes ser Matilda —dice con una cálida sonrisa—. Soy la profesora Fauna. Eldra me avisó que vendrías por un familiar.

—Oh, eh, sí —balbuceo, tratando de no reírme del nombre tan apropiado—. Aunque realmente no estoy segura de lo que eso implica.

Ella se ríe.

—No te preocupes, querida. Para eso estoy yo aquí. Entra, y encontraremos el compañero perfecto para ti.

La sigo a través de las puertas hacia un amplio patio lleno de criaturas de todo tipo deambulando libremente. Gatos, cuervos, sapos, serpientes y otros que nunca había visto antes.

—Bueno —dice la profesora Fauna, volviéndose hacia mí—. Un familiar es más que una simple mascota. Es un compañero mágico, sintonizado con tu energía específica. El familiar adecuado potenciará tus poderes y actuará como un conducto para tu magia.

Asiento, tratando de asimilarlo todo.

—¿Cómo lo elijo?

—Tú no lo eliges. El familiar te elegirá a ti —dice con una sonrisa sabia.

—Oh, de acuerdo —murmuro y espero mientras todos los animales me ignoran.

La profesora Fauna frunce ligeramente el ceño, pero luego fuerza una sonrisa mientras permanecemos allí, sintiéndome yo de nuevo como un estorbo. Esto es más mortificante que pedir a alguien que me conjure ropa.

—Eh —murmuro mientras los segundos pasan—. ¿Tal vez debería volver en otro momento?

—Tonterías —dice demasiado fuerte—. A veces tarda un minuto o dos.

O cinco.

La profesora Fauna me mira. Yo la miro a ella. Frunce los labios.

—¿Estás segura de que eres una bruja? —suelta de repente.

—¿Disculpe? —balbuceo.

—Lo siento, eso fue grosero de mi parte. No lo dije como sonó. Quiero decir, ¿eres *solo* una bruja, o hay algo más en tu composición?

—Solo una bruja, hasta donde yo sé.

—Hmm —murmura y suspira levemente—. Esto nunca había pasado antes. Creo que tal vez necesito hablar con el profesor Blackthorn. Te avisaré una vez que hayamos discutido sobre este recha... eh... evento imprevisto.

Rechazo. Bien podría decirlo. Estoy tan abajo en el tótem que ni siquiera los familiares quieren estar cerca de mí.

—De acuerdo —digo abatida, tratando de no llorar—. Lo siento.

La profesora Fauna me da una mirada de lástima.

—Resolveremos esto —dice, dándome una palmadita en el hombro.

Asiento y salgo apresuradamente, incapaz de soportar la expresión en su rostro por más tiempo. Intento apartar la miseria que me produce saber que claramente no pertenezco aquí y saco el horario del bolsillo trasero. Lo miro a través de un velo de lágrimas contenidas y veo que mi primera clase es esta mierda avanzada de magia oscura.

—Genial. La clase perfecta para hacerme sentir aún más fracasada —Con los hombros caídos, me arrastro en dirección al auditorio, esperando y rezando para que el profesor Blackthorn me detenga antes de llegar y me diga que ha habido un gran error y que debería estar en una clase básica de magia para principiantes.

No lo hace.

VEX

LEVANTO LA MIRADA DEL ESCRITORIO DONDE ESTOY ORDENANDO LAS NOTAS DE HOY. EL profesor Night está sentado a mi lado y hace lo mismo. Una bruja de cabello rubio con mechas de arcoíris se detiene en la puerta, mirando alrededor con incertidumbre.

—¿Puedo ayudarte? —pregunto, acercándome a ella, atraído más que por cualquier otra criatura, jamás.

Sus ojos azules encuentran los míos. —Eh... —Parpadea un par de veces y me mira fijamente, su lengua deslizándose sobre su labio inferior mientras baja la mirada hacia mi boca.

Levanto una ceja y sonrío con suficiencia. —Creo que estás en el lugar equivocado, pequeña bruja.

Traga saliva. —¿No es esta la clase de Magia Oscura Avanzada?

Evaluándola un poco más a fondo, busco en sus ojos. —Lo es. Pero tú no estás en esta clase.

—En realidad —la voz seca del profesor Night corta la tensión—, sí lo está. A partir de hoy. —Sostiene una hoja de transferencia, su rostro inexpresivo—. Matilda se une a nosotros por órdenes directas del profesor Blackthorn.

Blackthorn. Por supuesto. Me vuelvo hacia la bruja —Matilda— con renovado interés. Blackthorn no toma este tipo de decisiones a la ligera, pero hasta donde puedo ver, ella es una bruja sin aptitud para la magia oscura.

Aun así, podría ser divertido verla hundirse.

—Bien entonces, Matilda —murmuro, disfrutando cómo se estremece ligeramente ante mi voz—. Bienvenida a la parte profunda. Veamos si puedes nadar.

Levanta la barbilla, un destello de desafío brillando en esos hipnotizantes ojos azules, pero no dice nada.

Tiene fuego. Admiro eso. Pero también me gusta jugar con él.

—Siéntate al frente —digo, una lenta sonrisa extendiéndose por mis labios.

Palidece, y su labio inferior tiembla ligeramente.

—Justo ahí —señalo un escritorio vacío que está en el centro del frente donde no puede esconderse.

—Encontraré un asiento en la parte de atrás —susurra.

—Todos están ocupados. Todos ocupados excepto este asiento.

Mira con furia el escritorio y luego a mí. —¿Y quién eres tú, exactamente?

—Vex. El asistente de enseñanza de esta clase.

Sus ojos se abren de par en par, pero se abstiene de comentar mientras pasa junto a mí hacia el escritorio vacío.

Mientras pasa a mi lado, capto el aroma de su magia. Es dulce y rica y absolutamente

inmaculada por la magia oscura. ¿Qué demonios está pasando aquí?

Los otros estudiantes —todos seis— entran y toman sus lugares dispersos por el aula.

—La lección de hoy —anuncio, de pie frente a Matilda— es sobre acceder a los aspectos más oscuros de tu poder sin perderte en ellos.

Matilda frunce el ceño y mira alrededor a todos los escritorios vacíos, su expresión volviéndose más oscura al darse cuenta de que hay muchos asientos vacíos en la parte de atrás.

—¿Crees que puedes manejarlo?

Mi voz atrae su atención de vuelta a mí. Su mirada es feroz, y me enciende como un maldito interruptor.

La mirada de Matilda se intensifica mientras me mira. —Haré lo mejor que pueda —dice entre dientes.

Sonrío con suficiencia, contento de que no haya caído en la provocación con una respuesta ingeniosa. Hay algo en el sarcasmo que me irrita seriamente, a menos que venga de mí, obviamente. —No espero menos. Ahora, todos, cierren los ojos y alcancen ese pozo oscuro de poder dentro de ustedes.

Los otros estudiantes obedecen inmediatamente, concentrándose mientras acceden a sus naturalezas más oscuras. Matilda duda, sus ojos moviéndose nerviosamente antes de finalmente cerrarse.

—Sientan la oscuridad. —Bajo mi voz a una instrucción tranquila, circulando por la sala—. Dejen que se eleve, llenándolos con su poder. Pero no dejen que los consuma. Contrólenla. Denle forma según su voluntad.

Mientras paso detrás de Matilda, siento... nada. Ni oscuridad, ni poder elevándose. Solo el más débil parpadeo de magia innata, como la llama de una vela en una tormenta.

Esto despierta mi interés. ¿Quién es esta chica, y por qué demonios Blackthorn la ha metido en esta clase donde está completamente fuera de su elemento?

Colocando mis manos suavemente sobre sus hombros, haciéndola saltar, me inclino y susurro en su oído. —¿Tienes problemas, dulce bruja?

Gira la cabeza bruscamente, sus ojos abriéndose de golpe ante mi apelativo cariñoso. Nuestros labios están a milímetros de distancia. —No sé qué se supone que debo sentir —admite en un susurro.

—Concéntrate —murmuro—. Busca profundamente dentro de ti. Encuentra esa parte de ti que es capaz de cualquier cosa. La parte que quiere poder, sin importar el costo.

Cierra los ojos de nuevo, su frente arrugándose en concentración. Observo, fascinado, cómo absolutamente nada sucede. Su respiración se entrecorta, y doy un paso atrás con una mirada pensativa. ¿Qué demonios está pasando aquí? Miro al profesor Night, quien está observando esto con ojos entrecerrados. Él sabe lo que yo sé. Esta bruja no pertenece aquí. Entonces, *¿por qué* está aquí? Él capta mi mirada y sacude la cabeza, levantándose de detrás del escritorio. Se desliza hacia Matilda y golpea su mano con tanta fuerza sobre su escritorio que lo agrieta.

Ella ahoga un grito, sus ojos abriéndose de nuevo mientras se encoge lejos del profesor, que se está inclinando, acercándose a su cara. Los otros estudiantes se congelan mientras el aire se vuelve más frío, más malévolo.

—¿Qué estás haciendo aquí, bruja inútil? —escupe.

—Y-yo... —balbucea.

—No le hables de esa manera —digo, acercándome.

—Vex —me advierte, pero sacudo la cabeza.

—No me asustas, así que no intentes esa mierda conmigo.

Se endereza y contempla intentar patearme el trasero frente a este grupo de estudiantes. Le sonrío, rogándole que lo intente, maldita sea.

Gruñe y sale furioso de la clase, probablemente para no causar una explosión que nos envíe a todos a las entrañas del infierno.

Matilda me está mirando, paralizada por el miedo, así que me agacho a su lado y tomo su mano. Algo en esta bruja me grita que olvide verla hundirse y la proteja a toda costa.

Su mano tiembla en la mía, sus ojos azules abiertos de par en par por el miedo y la confusión. Puedo sentir a los otros estudiantes observándonos, curiosos por esta extraña nueva bruja que parece tan fuera de lugar. —No pertenezco aquí —susurra—. No puedo hacer nada de esto.

Estudio su rostro, viendo su vulnerabilidad. —Tal vez no —admito—. Pero ahora estás aquí, así que bien podríamos sacar lo mejor de ello.

Poniéndome de pie, me dirijo al resto de la clase. —Bien, cambio de planes. Hoy vamos a trabajar en sentir e identificar diferentes tipos de magia oscura. Formen parejas.

Mientras los otros se emparejan, me vuelvo hacia Matilda. —Tú estás conmigo, dulce bruja. Veamos qué puedes hacer.

Se levanta con piernas temblorosas, claramente aún alterada. —Te dije que no puedo hacer nada.

—Empezaremos con algo sencillo —digo, guiándola hacia un espacio despejado—. Cierra los ojos.

Ella obedece, sus pestañas revoloteando al cerrarse. Me tomo un momento para admirar sus delicadas facciones antes de concentrarme.

—Voy a lanzar un hechizo oscuro simple. Todo lo que quiero que hagas es intentar sentirlo. No trates de manipularlo o controlarlo, solo siente su presencia.

Matilda asiente, con los ojos aún cerrados. Puedo ver la tensión en sus hombros, la forma en que se está preparando. Suavemente, coloco mis manos en sus brazos.

—Relájate —murmuro—. No estás en peligro aquí. Solo respira y abre tus sentidos.

Ella toma una respiración profunda y se relaja ligeramente. Satisfecho, doy un paso atrás y comienzo a tejer un simple encantamiento oscuro. No es demasiado poderoso. Es solo una maldición básica que causaría una leve desgracia si realmente se lanzara sobre alguien. Pero por ahora, solo estoy dejando que su energía se acumule en el aire entre nosotros.

Observo a Matilda cuidadosamente. Al principio, no hay reacción.

—¿Algo? —pregunto.

—No —dice en voz baja y abre los ojos—. No puedo hacer esto. —Se da la vuelta y recoge su mochila, saliendo corriendo de la clase como un rayo.

—Mierda —murmuro, y tras un segundo de deliberación, la sigo. Alcanzándola en el pasillo, agarro su brazo, obligándola a detenerse—. Solo los que se rinden huyen —comento.

—No soy una maldita cobarde —espeta—. Simplemente no se supone que deba estar en esa clase. Fue un error.

—Blackthorn te quería en esa clase por una razón.

—No es suficiente. ¿Cómo se supone que voy a hacer alguna de las tareas si no tengo acceso a la magia?

Bueno, me ha pillado ahí, pero no voy a dejar que abandone esta clase. La quiero cerca de mí, quiero empujarla hasta que grite y me suplique que pare. Quiero no ofrecerle piedad hasta que me muestre por qué Blackthorn la puso en esta maldita clase. Preguntarle a él no lograría nada. La acerco más a mí. Está jadeando suavemente, su corazón late con fuerza contra sus costillas.

—Vuelve al aula, cariño, antes de que te dé unos azotes tan fuertes que te hagan llorar.

Sus ojos se abren de par en par y su boca se abre.

—Que te jodan —sisea—. Le contaré esto a Blackthorn.

—Esa amenaza no funciona conmigo, princesa. Me necesita aquí, así que chilla todo lo que quieras, no te llevará a ninguna parte.

Me mira con furia. Su mirada quema mi alma, y lo que más deseo es empujarla contra la pared y follarla sin sentido.

—¿Qué será entonces? ¿Vuelves adentro, o te doy unos azotes en el culo aquí mismo, ahora mismo?

—No puedes hablarle así a la gente —grita, forcejeando en mi agarre. Todo lo que consigue es que apriete más mi agarre sobre ella.

Los ojos de Matilda destellan de ira mientras lucha contra mi agarre.

—¡Suéltame, imbécil arrogante!

Sonrío con suficiencia, disfrutando de su fuego.

—No hasta que aceptes volver a clase.

—¿Por qué te importa siquiera? —exige—. No me conoces. Solo déjame ir.

Me inclino cerca.

—Porque, brujita, me intrigas. Y quiero saber por qué Blackthorn te puso en esta clase.

Ella tiembla pero no retrocede.

—Somos dos. Pero no puedo hacer magia oscura, y menos magia oscura avanzada.

—¿Quién lo dice?

Ella pierde toda su lucha.

—Lo digo yo. Ahora déjame ir.

Suelto mi agarre sobre ella, pero no me echo atrás.

—Encuéntrate conmigo esta noche a las seis en la biblioteca —murmuro, cerca de su oído—. Tutoría uno a uno.

—Ugh, que te jodan —escupe, rechazando mi oferta genuina de una manera que me hace reír.

Doy un paso atrás, riendo.

—Auch. Deberías aprender a aceptar ayuda, especialmente cuando la necesitas, cariño.

—No la necesito de *ti*.

—¿Entonces de quién? ¿Night? Está seriamente cabreado contigo por hacerle perder el tiempo, ¿o lo olvidaste?

—Hay otros seis estudiantes en esa clase. Estoy segura de que uno de ellos me ayudará.

—Sí, lo dudo. Todos son tan arrogantes como la mierda. Cada uno va a lo suyo.

—¿Como tú entonces? —Sus ojos destellan con calor.

—Más o menos. Excepto tú... —Cruzo los brazos, colocando mi dedo índice izquierdo en mi barbilla—. Oh, tú, brujita, has tocado algo dentro de mí que necesita ser explorado.

—Lo diré de nuevo, que te jodan. Eres un ayudante de profesor, por el amor de los dioses. ¿No tienes ética?

—Encuéntrate conmigo a las seis y descúbrelo.

—Ni de coña.

—Estás en esta clase te guste o no. ¿Qué tienes que perder?

—¿Mi dignidad? —escupe.

—¿Crees que te la quitaré? —desafío.

—Creo que quieres quedar en la oscuridad para aprovecharte de mí —dice acaloradamente.

—Oh, cariño, no necesito la cobertura de la noche para eso. Podría tomarte ahora mismo, y nadie se enteraría. —Chasqueo los dedos, creando un escudo alrededor de nosotros que nos oculta a simple vista. Ella siente la presión del escudo y se lame los labios, sus ojos moviéndose nerviosamente alrededor.

—¿Qué acabas de hacer? —exige.

Sonrío con suficiencia, disfrutando de su incomodidad.

—Solo estoy demostrando un punto, brujita. Nadie puede vernos ni oírnos ahora mismo. Podría hacerte lo que quisiera.

Su respiración se entrecorta, el miedo y la excitación destellan en sus ojos.

—No te atreverías —sisea.

Me acerco más, haciéndola retroceder contra la pared.

—¿No lo haría? —murmuro, apoyando mis manos a ambos lados de su cabeza—. Aún no me conoces bien, Matilda. No sabes de lo que soy capaz.

Ella traga saliva, su pecho subiendo y bajando rápidamente.

—Podría besarte ahora mismo —continúo, mis labios a un suspiro de los suyos—. Podría deslizar mi mano bajo tu camisa y pellizcar tus pezones hasta que me suplicaras que parara. Podría bajar tus vaqueros y follarte contra esta pared, y nadie se daría cuenta, nadie te oiría gritar.

Un pequeño gemido se le escapa, sus pupilas dilatándose.

—Para —susurra, pero no hay convicción detrás de ello.

Me río oscuramente.

—Oblígame —desafío.

Por un largo momento, nos miramos fijamente, la tensión espesa entre nosotros. La respiración de Matilda viene en cortos jadeos, sus ojos abiertos mientras me mira.

—Yo... —comienza, luego se detiene, mordiéndose el labio.

Sonrío con satisfacción, disfrutando de su incertidumbre.

—¿Sí, brujita?

De repente, sus ojos destellan con determinación.

—No —dice firmemente, empujando contra mi pecho—. No sé qué juego estás jugando, pero no estoy interesada.

Por un momento, considero presionar más, ver hasta dónde puedo llegar con esto, pero entonces todo terminaría antes de empezar. Retrocedo, dejando caer el escudo a nuestro alrededor. —A las seis en la biblioteca, si es que quieres aprender algo de verdad.

Matilda me fulmina con la mirada. —No contengas la respiración, imbécil —murmura, y luego se da la vuelta y se aleja furiosa por el pasillo.

Mientras la veo marcharse, sé, sin la menor duda, que aparecerá más tarde.

MATILDA

Chocando con alguien mientras huyo del peligroso ayudante de cátedra de Magia Oscura, me detengo en seco, jadeando con fuerza. Levanto la mirada y el estómago se me cae a los pies antes de volver a subir, haciéndome sentir un poco mareada.

—¿Dónde está el fuego? —pregunta Luc con una suave risa, su ligero acento americano me hace estremecer en todos los lugares correctos.

Trago saliva, intentando recuperar el aliento. Los ojos oscuros de Luc me recorren, con una sonrisa burlona en los labios.

—No hay fuego —logro decir—. Solo... llego tarde.

—¿En serio? —Levanta una ceja—. Porque a mí me parece que estás huyendo de algo. O de alguien. ¿Draven ya mostró su verdadera cara?

Apretando la mandíbula, digo entre dientes:

—No. No es él.

Los ojos de Luc se entrecierran.

—¿Quién entonces?

—No importa —digo rápidamente, sin querer entrar en detalles sobre lo que sea que haya sido eso con el *ayudante de cátedra* de la clase Avanzada de Magia Oscura. Caramba. Es lo suficientemente atractivo como para derretirle las bragas a cualquiera, pero no estoy en posición de mirar. Ni debería. Vex también es un completo imbécil—. Debería irme. Tengo que llegar a Magia Aérea Básica.

Mientras intento rodearlo, la mano de Luc sale disparada, agarrando mi brazo. Su toque me envía una sacudida, diferente a la de Vex pero no menos intensa.

—No tan rápido, mi dulce bruja —murmura—. Creo que me debes una explicación. Después de todo, casi me derribas.

Me muerdo el labio, conflictuada. Una parte de mí quiere confiar en Luc, contarle todo sobre Vex y la clase de Magia Oscura. Pero otra parte, una más sabia, me dice que mantenga la boca cerrada.

—No es nada, en serio —insisto—. Solo un malentendido con una clase a la que me asignaron.

El agarre de Luc en mi brazo se aprieta ligeramente.

—¿Qué clase?

Dudo, pero decido que no tiene sentido mentir.

—Magia Oscura Avanzada.

Sus cejas se disparan hacia arriba.

—¿Oh?

—No hay necesidad de parecer tan jodidamente divertido —escupo mientras él trata y falla en ocultar su risa—. Sé que fue un error, y hablaré con el profesor Blackthorn al respecto. Así que, si me disculpas... —Tiro de mi brazo y él me suelta, evaluándome con una mirada que me hace estremecer.

—Magia Oscura Avanzada. Hay más en ti de lo que parece, Matilda. Espero con ansias descubrir más. —Se aleja con paso arrogante, afortunadamente dejándome sola para calmar mi corazón acelerado.

Saco mi mapa y horario y deduzco que no tengo tiempo para ver a Blackthorn ahora mismo sobre este lío, pero tal vez después de Magia Aérea.

—Una pregunta, sin embargo —dice Luc, deteniéndose y dando la vuelta—. ¿Por qué Magia Oscura Avanzada pero Magia Aérea Básica?

—Tendrías que preguntarle al profesor Blackthorn. Y si obtienes una respuesta antes del almuerzo, sería fabuloso si pudieras transmitírmela. —Giro sobre mis talones y me dirijo hacia Magia Aérea Básica. Ahora, esta es una clase que realmente me emociona. Mi hermana, Janice, tiene Magia Aérea, y puede hacer todo tipo de cosas divertidas. Con suerte, no soy tan inútil en esta área como lo fui en Magia Oscura.

Entrando al aula de Magia Aérea Básica con tiempo de sobra, respiro profundamente, tratando de calmar mis nervios. Después del desastre en Magia Oscura Avanzada, estoy desesperada por que algo, cualquier cosa, salga bien.

El salón es ventilado y luminoso, con grandes ventanas que dejan entrar corrientes de luz solar. Es exactamente lo opuesto a la atmósfera opresiva de la clase de Magia Oscura. Me siento relajándome ligeramente mientras encuentro un asiento vacío cerca de la parte trasera.

Mientras otros estudiantes entran, charlando y riendo, noto inmediatamente la diferencia de edad, aunque sean solo cuatro años. Es un recordatorio de lo fuera de lugar que estoy, una nueva estudiante con magia inestable luchando por encontrar mi lugar.

La profesora, una mujer esbelta con cabello plateado que flota alrededor de su cabeza, se desliza hacia el frente del salón.

—Bienvenidos, todos —dice, su voz tan ligera como una brisa—. Soy la profesora Whiston. Después de la teoría del primer trimestre, ahora vamos a comenzar con las prácticas basadas en lo que han aprendido.

Trago saliva.

No he aprendido nada todavía.

Los ojos de la profesora Whiston se posan en mí.

—Matilda, ¿verdad?

Asiento, sintiendo que mis mejillas se calientan mientras todos los ojos se vuelven hacia mí.

—Haz pareja con Sammy para que puedas ponerte al día.

Miro alrededor y una chica linda con nariz respingona levanta la mano con una sonrisa brillante. Tiene el cabello perfectamente trenzado y lleva una camisa blanca y una falda de tartán. Le devuelvo la sonrisa, y ella recoge sus libros, cruzando para sentarse a mi lado.

—Hola —dice, toda burbujeante y agradable.

—Hola, soy Matilda.

—Ya lo sé —dice con una risita—. ¿Cuánto sabes sobre Magia Aérea?

—No mucho —admito encogiéndome de hombros—. Esto es más experimental para ver si puedo clasificar.

Ella asiente lentamente.

—De acuerdo, lo entiendo.

Dudo que lo entienda, pero no pide detalles y yo no los proporciono. Información reservada y todo eso. No la conozco y no confío en nadie para confesarles que soy prácticamente inútil. Excepto Draven. Pero eso fue un desliz más que proporcionar información realmente.

—Comiencen en la primera página del grimorio e intenten el hechizo del Ojo de la Bruja.

—¿Ojo de la Bruja? —pregunto mientras Sammy abre su grimorio. Uno aparece frente a mí cuando Whiston agita su mano, y le sonrío en agradecimiento. Lo abro y huelo una fresca brisa oceánica. Me relaja, y examino detenidamente el hechizo.

—Bueno, el Ojo de la Bruja es un hechizo para ver cosas que normalmente no están ahí —explica Sammy, y escucho atentamente—. Cuanto más practiques, más cosas podrás ver.

—¿Como qué? —pregunto.

Sammy se inclina, sus ojos brillando con emoción.

—Bueno, al principio, son solo cosas pequeñas. Podrías ver corrientes de aire o el camino que voló un pájaro hace minutos. Pero a medida que mejoras, puedes ver todo tipo de cosas ocultas. Criaturas invisibles, rastros de hechizos, incluso vistazos del pasado o del futuro.

Mis ojos se abren de par en par.

—Eso suena increíble.

—Lo es —asiente Sammy—. Pero requiere mucha práctica y aprendizaje. Eso es como magia de nivel maestro. Nosotras empezaremos con lo básico. Primero, necesitamos centrarnos y conectar con el elemento aire. —Cierra los ojos y respira profundamente—. Siente el aire a tu alrededor, entrando y saliendo de tus pulmones. Imagina que se arremolina por tu cuerpo, convirtiéndose en parte de ti.

Imito sus acciones, cerrando los ojos y concentrándome en mi respiración. Al principio, no siento nada más que la sensación normal del aire llenando mis pulmones. Pero a medida que me concentro, empiezo a notar algo diferente. Un ligero hormigueo, como electricidad estática corriendo justo debajo de mi piel.

—Ahora —continúa Sammy, con voz suave—, visualiza un tercer ojo abriéndose en el centro de tu frente. Este es tu Ojo de Bruja. Déjalo abrirse lentamente, permitiéndote ver más allá del mundo físico.

Frunzo el ceño, tratando de imaginar este místico tercer ojo.

No sucede nada.

Mis ojos se abren de golpe, y siseo cuando el colgante de amatista me quema la piel, y pierdo la concentración. *¿Qué demonios? ¿De qué me está protegiendo?*

Miro nerviosamente a Sammy, pero ella está ajena, concentrada en su hechizo. Al mirar alrededor a los otros estudiantes, todos parecen estar enfocados en sus tareas, pero cuando miro a Whiston, ella me está observando con una expresión pensativa.

—¿Todo bien? —pregunta.

—Sí —balbuceo y bajo la mirada al grimorio de nuevo, esperando que deje de mirarme. Cuando echo un vistazo de nuevo, está hojeando su propio grimorio.

La sensación de ardor del colgante de amatista se desvanece, pero ¿por qué reaccionó así? ¿Me estaba protegiendo del hechizo en sí o de algo más?

Dejando esos pensamientos a un lado, me concentro en la tarea en cuestión. Cierro los ojos de nuevo, intentando visualizar el tercer ojo como Sammy lo describió. Esta vez, siento un leve hormigueo en el centro de mi frente. Es sutil, apenas perceptible, pero es algo.

—¿Sientes algo? —susurra Sammy.

—Sí, ¿tú?

—¡Sí! Ahora, intentaremos abrir ese ojo lentamente. Deja que tu visión se expanda más allá

de lo que normalmente ves.

Me concentro, imaginando que la sensación de hormigueo se extiende, un párpado etéreo levantándose. Por un momento, nada cambia. Luego, de repente, jadeo.

El mundo a mi alrededor resplandece. Puedo ver tenues rastros de luz plateada arremolinándose en el aire, danzando y retorciéndose con cada respiración y movimiento en la habitación.

—Lo veo —respiro, asombrada—. ¡Puedo ver las corrientes de aire!

—¡Yo también! —exclama Sammy. Su deleite es contagioso, y nos sonreímos mutuamente. Levanta su mano y chocamos los cinco, riendo por nuestro logro.

Estoy eufórica por mi éxito, observando los rastros plateados arremolinarse a nuestro alrededor. Por primera vez en mi vida, no me siento inútil y patética.

—Excelente trabajo —dice la profesora Whiston, acercándose a nuestro escritorio. Su cabello plateado flota aún más ahora, como si estuviera atrapado en una brisa invisible—. Matilda, estoy impresionada. Para alguien que recién comienza, has captado esto rápidamente.

Sonrío ante el elogio, sintiendo un calor que se extiende por mi pecho. —Gracias, profesora.

—Ahora —continúa—, veamos si puedes llevarlo un paso más allá. Intenta enfocarte en una de esas corrientes de aire. Mira si puedes seguir su trayectoria.

Asintiendo, entrecierro los ojos, centrándome en una corriente particularmente vibrante de luz plateada. Se teje a través del aire, danzando alrededor de estudiantes y escritorios. Sigo su trayectoria, mi mirada moviéndose por la habitación.

De repente, la corriente lleva mi mirada hacia la ventana y más allá. Se envuelve alrededor de una figura que está allí, mirándome con su apariencia atractiva y taciturna y venas negras parpadeantes. —Draven —murmuro.

—¿Eh? —pregunta Sammy, volviéndose hacia mí con el ceño fruncido mientras intenta hacer lo que Whiston pidió.

La profesora se ha movido a otra mesa, pero no puedo apartar mis ojos del Príncipe del Infierno. Su mirada está fija en mí, intensa, vigilante, casi acosadora por naturaleza. Pero entonces parpadeo, y él ha desaparecido.

—Nada —murmuro—. Creí ver a alguien.

—¿El chico guapo nuevo de cuarto año? —Sammy se ríe—. Escuché que es un Necro y también un Príncipe del Infierno. Su medio hermano también está aquí.

—¿Tú también lo viste?

Ella asiente. —Te estaba mirando directamente. ¿Se conocen?

—Se podría decir que sí —murmuro, preguntándome cuánto debería decir. ¿Draven quiere que le cuente a la gente sobre nosotros? ¿Y qué diría exactamente? ¿Estamos saliendo? ¿Follando? ¿Qué? Probablemente sea mejor no decir nada.

—¡Oh, cuéntame! —dice Sammy, sus ojos iluminándose.

Sonrío. —No hay mucho que contar. Nos conocimos brevemente, eso es todo.

Su rostro decae. —Bueno, hay muchas chicas aquí que quieren acostarse con él, así que si lo quieres, será mejor que te pongas en la fila.

El recuerdo de cabalgar el miembro de Draven anoche me golpea en las entrañas, y cuando debería sentirme presumida y triunfante, todo lo que siento es preocupación. Si hay todas estas chicas aquí que lo quieren, ¿por qué se quedaría conmigo?

El desaliento me invade, y la conexión que tenía con la Magia del Aire se desvanece, dejándome sin nada.

Historia de mi vida.

DRAVEN

¿QUÉ ME ESTÁ HACIENDO ESTA BRUJA? NUNCA ME HABÍA SENTIDO TAN FUERA DE CONTROL, TAN consumido por otra persona. Es peligroso. Es tentador. Es irresistible.

Necesito verla de nuevo. Tocarla, reclamarla. El recuerdo de anoche me quema, avivando las llamas de mi deseo por ella.

—¿Pensando en la dulce bruja?

—Vete a la mierda —espeto, alejándome ya de Luc.

Tuve que alejarme de Matilda después de que me viera merodeando fuera de su clase. Pensará que soy una especie de acosador si no tengo más cuidado. Pero me sentía atraído hacia ella. Se suponía que debía estar en la clase contigua a la suya, se supone que debería estar allí ahora, pero no puedo pensar, no puedo concentrarme. Con cada respiración que tomo, caigo más profundo en la madriguera del conejo a la que Matilda me está tentando a entrar.

Atravieso el patio a zancadas, pero él me sigue, provocándome.

—Está jodidamente hermosa cuando se corre —dice, bajando la voz casi a un susurro.

Sigo caminando, sin morder el anzuelo. Hace esto todo el maldito tiempo. Sé que le enfurece que no caiga, así que esa es la única razón por la que intento mantener la calma... más o menos. —Te dije que te fueras a la mierda.

—Estoy tan loco de curiosidad por la dulce bruja. Es especial. ¿Dónde la conociste?

—No es asunto tuyo.

—Debe haber sido un encuentro rápido si llegaste con ella.

—¿Cómo sabes que no la conozco de antes?

—Ella prácticamente me dijo que te conoció anoche. ¿Te folló a cambio de un viaje? ¿Es una putita? ¿La estás usando?

Llega un momento en la vida de un joven Nigromante en que simplemente ha tenido suficiente de su medio hermano gilipollas. Este es ese momento. Golpeo mi mano contra su pecho, empujándolo contra la pared del pasillo. La muerte llena el aire, creando un brillo negro a nuestro alrededor mientras el hedor a descomposición y destrucción se asienta entre nosotros.

Sus ojos destellan con ira, pero no está asustado. No puedo matarlo, no más de lo que él puede matarme a mí, pero que me jodan si me quedo aquí y dejo que hable así de Matilda.

—Escucha con atención, pedazo de mierda —gruño, con mi cara a centímetros de la de Luc —. No hables así de Matilda. Nunca. No es una puta, y definitivamente no es para que tú especules, ni siquiera pienses en ella.

Los ojos de Luc se entrecierran, sonriendo, a pesar del olor a muerte que nos rodea. —¿He tocado una fibra sensible? Eres bastante protector con una chica que acabas de conocer.

Aprieto mi agarre en su camisa, sintiendo mi poder pulsar a través de mis venas. —Lo digo

en serio, Luc. Aléjate de ella.

—No, no creo que lo haga —dice, con voz baja y peligrosa—. Su pesadilla de anoche me ha intrigado. Mi reacción hacia ella, aún más. Quiero explorar eso. Averiguar quién y qué es. Si ella lo quiere, no hay nada que puedas hacer para evitarlo, y anoche, no estaba precisamente rechazándome.

—No le diste mucha oportunidad, ¿verdad? ¿Sabías que viene de un hogar abusivo? ¿Que algún maldito cabrón allí la obligó a hacerle cosas, y nadie lo detuvo? ¿Lo sabías? —Estoy furioso y revelando secretos que no me corresponde contar, pero es demasiado tarde.

Mordí el anzuelo y ahora Matilda pagará el precio.

Me detesto a mí mismo.

Respiro profundamente, temblando mientras suelto a Luc.

Su expresión se ha tornado de leve sorpresa, probablemente por lo que dije, pero también porque lo dije. —¿Qué? —gruñe—. ¿Así que esa pesadilla es real? —Se arregla la camisa, y su rostro se ha oscurecido. Sus ojos están negros, y puedo ver que su lado medio demonio está deseando salir a jugar. No es que yo lo detuviera si esos bastardos estuvieran aquí.

—Caballeros —una voz aguda resuena por el pasillo—. ¿No deberían estar en clase? ¿En clases separadas, además?

Giro la cabeza para ver al profesor Blackthorn acercándose a zancadas.

A regañadientes, me alejo de Luc mientras el profesor Blackthorn se acerca, su mirada feroz pasando de uno a otro. El olor a muerte y descomposición aún persiste en el aire, y resisto el impulso de abanicarlo, sabiendo que solo llamará más la atención sobre él, como un pedo traicionero.

—Profesor —reconozco, forzando mi voz a permanecer neutral a pesar de la rabia que aún hierve bajo la superficie.

—¿Les importaría explicar por qué no están en sus respectivas clases? —pregunta Blackthorn, con un tono engañosamente suave. Sé que no debo dejarme engañar por él. Es exactamente como el que usa mamá antes de darnos una paliza.

Luc, dándose cuenta también de que estamos en un lío gordo, muestra una sonrisa desarmante. —Solo una charla amistosa entre hermanos, profesor. Nada de qué preocuparse.

Los ojos de Blackthorn se entrecierran, claramente sin creerlo. —Ya veo. ¿Y esta charla no podía esperar hasta el almuerzo?

Aprieto la mandíbula, resistiendo el impulso de mirar con furia a Luc. —No volverá a suceder, señor.

—Asegúrense de que así sea —dice Blackthorn con brusquedad—. Ahora, ambos, vayan a clase. Inmediatamente.

Cuando nos disponemos a irnos, la voz de Blackthorn nos detiene. —Ah, y caballeros, esta es su única advertencia. No estoy dispuesto a ponerme del lado malo de su madre y ella ha requerido informes semanales completos sobre su comportamiento. Tomen este hueso que les estoy lanzando y mastíquenlo por un tiempo, ¿sí?

—Sí, señor —trago saliva cuando se confirma la sospecha que tenía. Mamá no nos dejará salir con la nuestra mientras estemos aquí.

Miro con furia a Luc y me alejo a zancadas, deslizándome de vuelta a la clase de Dominio de la Magia de la Muerte y murmurando que estaba hablando con el profesor Blackthorn como excusa. No es del todo una mentira, no toda la verdad.

Mientras me acomodo de nuevo en mi asiento, mi mente da vueltas. El encuentro con Luc me ha dejado inquieto. Revelé cosas sobre Matilda que no me correspondía compartir, y la culpa me

carcome. Es una emoción a la que no estoy acostumbrado, y no me gusta.

El profesor Mortis parlotea sobre técnicas nigrománticas avanzadas, todas las cuales ya conozco. Mi padre es la Muerte. Prácticamente me enseñó desde el día en que nací lo que significa ser lo que somos. Es más que comunicarse con los muertos, más que tener control sobre la muerte, más que levantar ejércitos de zombis o lo que sea. Se trata de equilibrio. La delicada danza entre la vida y la muerte, el poder de inclinar la balanza en cualquier dirección. Como Nigromante, camino en la línea entre mundos, siempre consciente de la frágil naturaleza de la existencia.

Mis pensamientos vuelven a Matilda. No debería haberle contado a Luc sobre ella. Potencialmente la he puesto en una posición vulnerable. Luc se alimenta de la energía sexual y el deseo. Si decide perseguir a Matilda, ella no tendrá oportunidad, especialmente con la forma en que no podemos mantener nuestras manos alejadas el uno del otro. Estaré alimentándola directamente a él.

El pensamiento me revuelve el estómago. La imagen de ella yendo a él, cabalgándolo como lo ha hecho conmigo, me hace sentir físicamente enfermo. Pero entonces, la imagen cambia y yo también estoy allí. Sacudo la cabeza y mi miembro se pone en alerta.

Esto es malo. Un camino muy, muy peligroso por el que divagar.

—Su Alteza —dice con sarcasmo el profesor Mortis, haciéndome saber que ha llamado mi nombre más de una vez—. ¿Quizás le gustaría demostrar la técnica de la que hemos estado hablando?

Parpadeo, dándome cuenta de que no he escuchado ni una sola palabra de lo que ha dicho en los últimos diez minutos. —Por supuesto, profesor —digo con suavidad, poniéndome de pie—. ¿Y eso sería?

La clase se ríe disimuladamente, y Mortis suspira, poniendo los ojos en blanco.

—Entiendo que ya eres un maestro de la Nigromancia, Draven. Pero el resto de la clase está aquí para aprender. ¿Quizás estarías mejor asistiendo que sentado ahí aburrido como la mierda?

Mis ojos se abren de par en par mientras la clase se queda boquiabierta ante la palabrota del profesor. Me lanza un desafío, y sonrío. —Oh, no tiene idea de cuánto mejor preparado estaría para eso, profesor.

—Excelente —dice, aplaudiendo—. Ahora, por favor, demuestre a la clase la noción de resucitar a los muertos, pero manténgalo simple, ¿eh, Su Alteza? No queremos un ejército de zombis desenfrenados sueltos por la academia. —Empuja una planta muerta sobre el escritorio.

—Puedo hacer eso —digo con un asentimiento, esperando que mi aprecio se note, ya que me ha dado una razón para estar aquí ahora. Esperaré con ansias esta clase, y tengo buenas probabilidades de que mamá se impresione. Eso ayuda muchísimo.

MATILDA

La hora del almuerzo llega, y corro al comedor con la esperanza de conseguir una mesa o al menos un asiento esta vez. Agarro un plato de comida caliente y una botella de agua del mostrador más cercano. La sala ya está repleta de estudiantes, su charla emocionada llenando el aire. Al ver una silla vacía en una mesa cerca del fondo, me dirijo directamente hacia ella. Deslizo mi trasero en ella segundos antes que otra bruja, y le sonrío inocentemente, tratando de no retroceder ante la pura malicia en sus ojos.

—Ese es *mi* asiento —dice ella.

—Yo llegué primero —le respondo.

—Siempre me siento aquí a esta hora.

—No, tú *solías* sentarte aquí a esta hora. Ahora lo hago yo. —No me echo atrás ante su mirada helada mientras la furia la invade.

—Las perras nuevas necesitan ser más conscientes de su lugar aquí.

—Su lugar es en esta mesa, en esa silla exacta conmigo —dice Draven, haciendo aparecer mágicamente otra silla y sentándose frente a mí. Se reclina casualmente, luciendo sexy como el infierno vestido todo de negro, sus venas negras aparentemente más brillantes bajo su piel.

La bruja mira fijamente a Draven, prácticamente babeando sobre él, y las palabras de Sammy resuenan en mi mente. Suspiro y resisto el impulso de sacarle los ojos. No es mi lugar. Lanzo una mirada a Draven, pero su mirada está en mí y solo en mí. Se inclina hacia adelante y toma mi mano, besándola antes de colocarla de vuelta, pero no la suelta. La bruja sisea, formándose hielo a su alrededor mientras se marcha, y yo sonrío.

—Hola.

—Hola —dice él—. Te dije que te encontraría.

—Lo hiciste. No necesitaba tu ayuda con ella.

—Lo sé, pero cuanto más rápido terminara eso, más rápido podría estar solo contigo.

Mi corazón late con fuerza mientras esos brillantes ojos azules me penetran.

La intensa mirada de Draven hace que mi piel hormiguee. Soy muy consciente de que su mano todavía sostiene la mía sobre la mesa.

—¿Cómo estuvo tu mañana? —pregunta casualmente, como si fuéramos una pareja normal almorzando.

—Interesante —respondo, pensando en el desastre en Magia Oscura y el sorprendente éxito en Magia del Aire—. ¿La tuya?

Él se encoge de hombros. —Aburrida, en su mayoría. Aunque pude presumir un poco en Maestría de Magia de la Muerte.

Levanto una ceja. —¿Presumir?

Una sonrisa malvada se extiende por su rostro. —Puede que haya resucitado una planta muerta para la clase. No es gran cosa.

—¿No es gran cosa? —Me río—. Eso suena increíble.

Su pulgar traza círculos en mi mano, enviando escalofríos por mi brazo. —No es tan emocionante como levantar un ejército de muertos para que hagan tu voluntad, pero el profesor dijo que podría asistir en su clase, así que eso fue una victoria para mí.

—Impresionante —digo, feliz por él y para nada celosa.

Bueno, tal vez esté un poco celosa. Más bien envidiosa. No nace de la malicia, solo del anhelo de ser más como él.

Antes de que pueda responder, una sombra cae sobre nuestra mesa.

—Vaya, ¿no es esto acogedor con tu novio enfrentándose a los matones por ti ya?

¿Novio?

Levanto la mirada para ver a Luc de pie allí, sus ojos parpadeando entre Draven y yo. Hay algo en su mirada que me inquieta. Es curiosidad y hambre que pone mis nervios de punta.

La mano de Draven se aprieta sobre la mía. —¿Qué quieres, Luc?

Luc sonríe, pero no llega a sus ojos. —Solo comprobando cómo está Matilda —dice, sentándose y mirando fijamente mi plato—. ¿Vas a comerte eso?

Miro hacia abajo y solo ahora me doy cuenta de que el plato de comida caliente más cercano a mí era, de hecho, un filete tan crudo que todavía está sangrando, junto a un montón de patatas fritas. —Oh, eh... eso no es lo que yo...

—¿No lo tomas poco hecho? —pregunta Luc.

Niego con la cabeza. —No creo. Nunca he comido un filete antes.

La mano de Draven se aprieta en la mía, pero Luc sonríe. —Puedo arreglar eso. Poco hecho probablemente no sea tu estilo, dulce bruja. —Coloca su mano sobre el filete y lo abrasa con lo que solo puede describirse como fuego infernal. El calor chamusca las puntas de mi cabello, y me echo hacia atrás, soltando a Draven.

—Vaya, de acuerdo, cálmate —murmuro mientras miro el filete ahora cocinado.

Luc se ríe. —Pruébalo ahora.

Lo hago, y dejo escapar un gemido de deleite. —Joder, está perfecto. —Sonriéndole, siento que algo golpea mi pecho en lo profundo cuando él me devuelve la sonrisa. Es lenta y perezosa pero malvada. Se reclina y toma el vaso reutilizable con la pajita de plástico duro que sobresale. Da un largo sorbo, con los ojos fijos en mí, y veo líquido rojo subir por la pajita, y el sabor metálico de la sangre llega a mi nariz.

—¿Bebes sangre? —digo con voz ronca.

—Me gusta el sabor —prácticamente ronronea hacia mí.

Draven gruñe. —Joder. Eres un capullo. Lárgate, ¿quieres?

Los ojos de Luc destellan peligrosamente ante las palabras de Draven, pero su sonrisa permanece fija en su lugar. —Dime que me largue una vez más hoy, y te patearé el culo tan fuerte que no podrás sentarte en una semana.

—Ya quisieras —dice Draven con desprecio, y yo frunzo el ceño.

No lo había pensado antes, pero ¿por qué tienen dos acentos diferentes si crecieron juntos? Interesante...

—Miren, entiendo que ustedes dos tienen una especie de rivalidad fraternal o lo que sea esto, pero no queremos causar una escena —murmuro, habiendo ya llamado la atención con la confrontación con la Bruja de Hielo.

Los ojos de Luc nunca dejan el rostro de Draven, pero se dirige a mí. —Ella tiene razón. Ya

hemos tenido una advertencia hoy. No tentemos nuestra suerte.

Draven levanta una ceja, su expresión es de incredulidad ante las palabras de su hermano.

Sintiendo ojos sobre mí, levanto la mirada y veo al ayudante de cátedra de Magia Oscura Avanzada mirándome fijamente desde el otro lado del comedor.

La intensa mirada de Vex envía un escalofrío por mi piel. Sus ojos azules prometen tanto peligro como deseo, y me encuentro incapaz de apartar la mirada. Una lenta sonrisa se extiende por su rostro cuando ve que ha captado mi atención. Se toca la muñeca, y yo hago una mueca hacia él, volviendo a mi almuerzo, cortando el filete viciosamente. Una parte de mí quiere reunirse con él más tarde porque quiero aprender, pero primero necesito saber si esa clase es un error o no. La otra parte de mí me grita que me mantenga alejada.

Desafortunadamente, no grita lo suficientemente fuerte.

VEX

Observo a Matilda desde el otro lado del comedor abarrotado, incapaz de apartar mis ojos de ella. Está sentada con los dos Príncipes del Infierno, y eso me intriga. ¿Cómo es que una bruja tan inocente ya se ha involucrado con los malos?

Pero vi el destello de interés en su mirada cuando le recordé nuestra clase de tutoría. Vendrá.

Blackthorn se une a mí, y ambos la miramos por un momento antes de que yo pregunte:

—¿Por qué la enviaste a Magia Oscura Avanzada? No es adecuada para esa clase.

—Tengo mis razones.

—¿Y serían?

—No es asunto tuyo.

—Si se supone que debo ayudar a enseñarle algo para lo que no tiene ninguna afinidad, creo que eso lo convierte en mi asunto. Es necesario saberlo, y necesito saberlo.

—¿Quién dice que no tiene afinidad?

—Yo.

Se ríe.

—El experto.

—Me trajiste aquí desde la Universidad de Thornfield por eso. Prácticamente me diste una carta de salida de la cárcel para quedarme aquí y enseñar después de terminar este año. Creo que merezco saber quién es realmente esa bruja.

—Hmm —murmura y avanza, alejándose de mí para acercarse a Matilda. Intercambian algunas palabras, y Matilda me lanza una mirada rápida. Solo puedo imaginar que están hablando sobre por qué está en mi clase. Claramente ella piensa que es un error. Blackthorn insiste en que no lo es.

Hace una mueca y asiente mientras él le dice lo que no quiere oír, pero todo lo que hace es asegurar aún más que se presentará a las seis.

Mientras Blackthorn se aleja y Matilda mira fijamente su almuerzo a medio comer, sonrío cuando Luc, creo que ese es su nombre, me mira. Entrecierra los ojos. Nos encontraremos en clase después del almuerzo. Él está en la clase magistral de Magia Oscura, que tiene exactamente dos estudiantes.

Él y su hermano.

Esto va a ser épicamente divertido. Más aún, ya que esta es una clase completamente nueva. Probablemente porque en el primer trimestre, apenas teníamos estudiantes que calificaran para la clase Avanzada, y mucho menos para la Magistral. No puedo esperar para ver qué tienen estos dos cabrones. Estoy dispuesto a apostar que podrían arrasar toda esta academia si quisieran, si no fuera por las protecciones. Ese es un poder de locos. Pero yo tampoco soy un holgazán. Esto va a

ser un choque de titanes, así que espero que el profesor Night esté listo con la manguera. Creo que la va a necesitar.

Terminando mi almuerzo, tiro la bandeja y me dirijo al aula de la clase magistral de Magia Oscura en el lado opuesto de la academia. Creo que Blackthorn quería a estos estudiantes lo más lejos posible.

Mi mente aún está parcialmente en Matilda. Tengo ganas de conocerla más, de empujar sus límites, tanto mágicos como físicos. Pero al entrar en la sala, me concentro en la tarea que tengo entre manos, que sé que va a ser explosiva.

El profesor Night está detrás de su escritorio, con aspecto tan sombrío como siempre. Los dos Príncipes del Infierno ya están aquí, desparramados en sus asientos, exudando un aire de aburrimiento y superioridad.

—Caballeros —digo, asintiendo hacia ellos mientras tomo mi lugar al frente del aula—. Bienvenidos a Magia Oscura Magistral. Soy Vex, su asistente de enseñanza para esta clase.

Luc arquea una ceja mientras me examina de arriba a abajo.

—¿Dos profesores solo para nosotros? Qué pintoresco.

—Oh, creo que descubrirás que estoy más que cualificado.

—No lo dudo —murmura Luc, con los ojos entrecerrados.

El profesor Night se aclara la garganta.

—Esta es una clase interesante, y estoy seguro de que los tres aprenderán algo mientras estén aquí... —Me mira fijamente.

Bingo. Me lo preguntaba.

—... La magia que aprenderán aquí está estrictamente prohibida en el resto de la academia y en la mayor parte del mundo sobrenatural. La practicarán aquí en el aula y en ningún otro lugar. Si se les descubre con el más mínimo indicio de estos hechizos, serán expulsados más rápido de lo que pueden parpadear, y creo que para ustedes dos... —Señala a los príncipes—. ... serían malas noticias.

Hacen una mueca hacia él, pero se ignoran mutuamente.

Draven se inclina hacia adelante, sus ojos brillando con interés.

—¿De qué tipo de magia estamos hablando exactamente?

Los labios del profesor Night se curvan en una sonrisa sombría.

—Del tipo que puede desgarrar almas, torcer la realidad y traer la ruina a reinos enteros si se maneja incorrectamente. Nos estamos adentrando en los aspectos más profundos y oscuros de la magia, cosas que la mayoría de los practicantes ni siquiera saben que existen.

—Suena divertido —dice Luc con tono aburrido, pero puedo ver el hambre en sus ojos.

—No se supone que sea divertido —interrumpo bruscamente—. Esto es algo serio y peligroso. Un movimiento en falso y podrías destruirte a ti mismo o a otros.

La mirada de Draven se desplaza hacia mí por primera vez, evaluándome.

—¿Y tú has trabajado con este tipo de magia antes?

Sostengo su mirada con firmeza.

—Más de lo que crees.

El profesor Night se aclara la garganta, atrayendo nuestra atención.

—Suficiente charla. Comenzaremos con las Maldiciones de Muerte, y les recuerdo nuevamente, si se les descubre usando esta magia, habrá consecuencias. ¿Vex?

Asiento al profesor Night y doy un paso adelante, sintiendo el peso de las miradas de los dos príncipes sobre mí.

—Las Maldiciones de Muerte están entre las formas más potentes y peligrosas de magia

oscura —comienzo, con voz baja y seria—. No solo matan, pueden destruir la esencia misma de un ser, borrándolo de la existencia.

Luc se reclina en su silla, con una sonrisa burlona en los labios.

—Suena como mi tipo de fiesta.

—Me parece fácil. Un simple chasquido de mis dedos y boom, estás muerto —afirma Draven.

—La clave de una Maldición de Muerte es la intención. No se trata solo de querer que alguien muera, se trata de querer que sea obliterado, borrado de la realidad misma. Este nivel de malicia y enfoque es lo que hace que estas maldiciones sean tan potentes y tan peligrosas de lanzar. Puede que tengas dominio sobre los muertos, pero es chasquear y morir. Esto es más prolongado, más pensado, más premeditado y más malévolo. —Los ojos de Draven se estrechan y se recuesta—. ¿Capté tu atención?

—Lo has hecho.

—¿Cómo es peligroso lanzarla? —pregunta Luc, ahora también completamente interesado.

—El nivel de odio e intención destructiva puede corromper al lanzador —explico—. Es como manejar ácido puro: un movimiento en falso y te quemarás más allá del reconocimiento.

—Entonces, ¿cómo nos protegemos? —pregunta Draven, con su interés claramente despertado.

—Eso es lo que están aquí para aprender. Comenzaremos con los fundamentos de proteger su psique del contragolpe de la Magia Oscura. Luego pasaremos a canalizar y enfocar esa energía destructiva.

Luc se inclina hacia adelante, con un brillo malicioso en sus ojos.

—¿Y cuándo llegamos a la parte divertida? ¿Realmente lanzar estas maldiciones?

—Cuando esté seguro de que no se destruirán a sí mismos, ni a mí, ni a la mitad de la academia en el proceso. Esto no es un juego. Ahora cállense y aprendan.

Cerrando los ojos, respiro profundamente, sintiendo la energía oscura arremolinándose a mi alrededor, hambrienta y ansiosa. Con cuidado, la tejo en una barrera protectora, visualizándola como una coraza impenetrable. —Observen atentamente —instruyo, abriendo los ojos—. Este escudo no solo los protege de ataques externos. También contiene su propia energía, evitando que se desate sin control.

Puedo ver la fascinación en sus ojos mientras observan la barrera negra brillante que me rodea.

—¿Cómo *tú* sabes hacer esta mierda? —pregunta Luc, lanzándome una mirada suspicaz.

—Tal vez te lo diga algún día, tal vez no.

Mantiene mi mirada por un momento y acepta que eso es todo lo que obtendrá de mí. Asiente rápidamente, y digo: —Ahora, inténtenlo ustedes. Concéntrense en crear una barrera que sea flexible pero fuerte. Como vidrio de obsidiana: oscuro, reflectante, pero irrompible.

Draven cierra los ojos primero, frunciendo el ceño en concentración. Un tenue resplandor se forma a su alrededor, oscuro y aceitoso. Luc le sigue, su barrera manifestándose como una niebla arremolinada de un rojo profundo.

Los observo cuidadosamente, evaluando su técnica. —Buen comienzo —digo—. Pero necesitan hacerla más densa y más sólida. Imaginen que se endurece, volviéndose impenetrable.

El escudo de Draven se oscurece, adquiriendo un brillo lustroso como ónix pulido. El de Luc se solidifica en una barrera de un rojo sangre profundo. Puedo sentir el poder crudo y potente que irradia de ambos.

—Ahora —continúo—, voy a probar sus escudos. Prepárense.

Haciendo una pausa de varios segundos, sin más advertencia, lanzo un rayo de pura energía oscura hacia Draven. Su escudo destella, absorbiendo el impacto con un golpe sordo. Él gruñe, abriendo los ojos de golpe por la sorpresa.

—No está mal —asiento con aprobación—. Pero lo sentiste, ¿verdad? Tu escudo necesita ser más fuerte.

Volviéndome hacia Luc, lanzo un ataque similar. Su barrera ondula pero resiste, disipando la energía inofensivamente. Sonríe con suficiencia, claramente complacido consigo mismo.

—Mejor —reconozco—. Pero no te enorgullezcas. Esto es solo el comienzo.

El profesor Night da un paso adelante. —Recuerden, caballeros, la clave es el equilibrio. Demasiado rígido, y su escudo se quebrará. Demasiado flexible, y colapsará bajo presión.

Asiento en acuerdo. —Ahora, veamos cómo manejan múltiples ataques de magia ofensiva mientras mantienen sus escudos.

Arremetiendo contra sus escudos, aumento el poder detrás de mi magia hasta que tengo que retroceder o arriesgarme a obliterarlos. Al final, ambos están sudando por mantener sus barreras intactas, sus rostros grabados con concentración.

—Joder —murmura Luc, lanzándome otra mirada evaluadora, pero esta vez con más respeto.

—Eso fue una locura —coincide Draven—. Pero interesante.

—Suficiente por hoy —anuncia el profesor Night—. Esta es una clase semanal, así que para la próxima semana, quiero esos escudos intactos.

Mientras Luc y Draven recogen sus cosas, puedo ver los engranajes girando en sus mentes. Están intrigados, tal vez incluso un poco impresionados. Bien. Necesitan entender la gravedad de lo que estamos tratando aquí, y necesitan aprender que no están en la cima del tótem aquí. Al menos, lo están, pero no están solos allí arriba.

MATILDA

AL ABRIR LAS PUERTAS DE LA BIBLIOTECA A LAS SEIS MENOS CINCO, CONSIDERO MIS ACCIONES cuidadosamente.

De nuevo.

No es como si no lo hubiera repasado ya mil veces. Necesito saber si Vex puede ayudarme, ya que Blackthorn insiste en que Magia Oscura Avanzada está en mi horario y no hay nada que pueda hacer al respecto. Mordiéndome el labio inferior, miro por encima del hombro, esperando ver a Draven acechando, pero él pareció aceptar que iba a la biblioteca para ponerme al día con todo lo que me he perdido hasta ahora.

Lo cual es cierto en parte. Sé que debería haberle contado sobre esta pequeña sesión de tutoría, pero estoy tan avergonzada que realmente no quiero que nadie lo sepa todavía. Tal vez si Vex puede ayudarme, lo mencionaré. Hasta entonces, es mi secreto.

Al entrar en la biblioteca, cierro la puerta silenciosamente y contemplo asombrada mi entorno.

La biblioteca es enorme, con estanterías imponentes que se elevan interminablemente hacia arriba. El aire está impregnado con el aroma de libros viejos y pergamino. Suaves luces mágicas parpadean entre los estantes, proyectando un cálido resplandor sobre todo.

Me adentro en la biblioteca, mis pasos amortiguados por la mullida alfombra. Mesas de lectura ornamentadas están esparcidas por todas partes, algunas ocupadas por estudiantes inclinados sobre antiguos tomos. Si algo iba a hacerme retroceder, era esto. La grandeza y magnificencia de este lugar me hace sentir pequeña e inútil. Trago saliva y doy un paso atrás, pero entonces mi mirada se posa en Vex. Está sentado en una mesa en la esquina, con la camisa negra medio desabrochada mostrando runas que brillan tenuemente grabadas en su piel. Tiene los pies sobre la mesa y lee casualmente de un libro enorme apoyado frente a él. La portada es de cuero negro con escritura dorada que no puedo leer desde aquí. La curiosidad me vence y me acerco sigilosamente, incapaz de contenerme.

—Bueno, Historia Familiar de la Magia Oscura —murmuro, leyendo el título al acercarme.

Él levanta la mirada con esa sonrisa que me hace temblar las rodillas.

—Has venido.

—Así es. ¿Entonces eres un Well o solo te gusta leer sobre ellos? —He oído hablar de ellos. ¿Quién no? Una familia mágica extremadamente poderosa que se remonta siglos atrás.

Cierra el libro de golpe y lo mueve a un lado.

—Ambas cosas.

—De acuerdo, Vex Well. Eso es impresionante y me ha convencido de que sabes de lo que hablas.

Se ríe.

—Solo Vex, y definitivamente sé de lo que hablo.

Entrecierro los ojos.

—¿No te gusta usar el apellido de tu familia?

—Es complicado.

—La familia lo es.

—¿Sabes algo sobre eso, Matilda?

—Más de lo que crees —digo, dejando caer mi mochila sobre la sólida mesa de madera oscura—. Entonces, ¿por dónde empezamos?

Él se pone de pie.

—Con que te sientes aquí —señala la silla que acaba de desocupar.

Dudo cuando veo que no se aparta, pero luego me deslizo en la silla, sorprendida de que me ayude con ella, acercándome cómodamente a la mesa.

—Iremos directo al grano —dice, poniéndose serio, para mi alivio. Hay algo en él que me excita de maneras que solo podría soñar. Es diferente a Draven. Tenemos una química que está fuera de serie, y se nota cuando estamos solos. Esto con Vex es más sutil, aunque sea un arrogante hijo de puta.

Me sobresalto cuando coloca sus manos a ambos lados de mi cabeza, sin tocarme.

—¿Está bien si te toco, Matilda?

—¿Ahora preguntas después de haberme acosado fuera del auditorio? —pregunto secamente.

Se ríe de nuevo. Es profundo y oscuro, enviando pequeñas chispas de lujuria a mis pezones, endureciéndolos mientras mi entrepierna se humedece un poco.

—Eso estuvo mal de mi parte. Me disculpo.

—¿Sabes disculparte? Vaya, me dejas boquiabierta.

—Responde la pregunta, brujita —su voz ha bajado a un tono bajo y suave, haciéndome estremecer. Joder. ¿Qué me está haciendo este hombre?

—Dentro de lo razonable, si crees que es necesario para ayudarme a aprender cómo acceder a la magia oscura que supuestamente está dentro de mí, entonces sí, está bien que toques mis hombros.

Él deja escapar una suave risa.

—¿Planeas ser abogada, Matilda? Tienes una manera con las palabras y los significados.

—Nunca lo había pensado. No era... —me interrumpo y aprieto los labios. No quiero contarle sobre mí. Pero hay algo en él que me hace querer hacerlo. Los dioses saben por qué.

—¿No eras qué?

—No importa.

Hace una pausa pero afortunadamente lo deja pasar. Mantiene sus manos cerca de mi cabeza, aún sin tocarme a pesar del permiso dado.

—Cierra los ojos, Matilda, y respira profundamente.

Hago lo que me dice.

—Exhala y luego inhala de nuevo. Entra en un estado relajado.

Siento que me relajo bajo sus instrucciones. Baja sus manos a mis hombros y mis ojos se abren de golpe cuando comienza a masajearlos suavemente.

—Estás tensa como una tabla, cariño. Necesitas relajarte.

Eso es extremadamente difícil con sus manos sobre mí. Mi cuerpo quiere arquearse hacia su toque, y me cuesta todo lo que tengo no gemir y animarlo a continuar. Sus dedos se hunden más profundamente, y dejo escapar un sonido de puro éxtasis.

—Joder, se siente bien —murmuro sin pensar.

Se inclina cerca de mi oído.

—Imagina lo que podría hacer si tuviera acceso a todo tu cuerpo, cariño.

Mis ojos se abren de golpe ante su tono seductor.

—¿Tal vez deberíamos volver a la magia?

Pasa sus pulgares por mi columna vertebral, y gimo, odiando cuando quita sus manos de mí.

—¿Puedes sentir la magia dentro de ti, cariño? ¿Alguna magia?

Me concentro de nuevo, cerrando los ojos, y niego con la cabeza.

—No. Nunca puedo —admito, avergonzada—. Lo siento, probablemente esté perdiendo tu tiempo.

Apoya su mano en la parte posterior de mi cuello y luego sisea cuando la amatista se enciende, electrocutándolo a él y a mí.

—¡Ah! —jadeo, mis ojos se abren de golpe y mi mano se cierra sobre el colgante.

—¿Qué demonios es eso? —gruñe Vex.

—Un cristal de protección —escupo—. ¿Qué estabas tratando de hacerme?

—¿Yo? —pregunta, sacudiendo su mano—. Tú eres quien intentó freírme la mano.

—No a propósito —le espeto, girándome para enfrentarlo—. Debiste tener malas intenciones.

Sus ojos se entrecierran y su mirada cae sobre el colgante en mi mano. —¿Quién te dio eso?

—Mi hermana —murmuro—. ¿Por qué importa?

—¿Qué te dijo que era? —pregunta con el ceño fruncido, agachándose a mi nivel y quitándomelo de la mano.

—Ya te lo dije, es un cristal de protección.

—¿Y alguna vez te ha protegido? —Levanta un lado de la cadena de plata y mira el colgante más de cerca.

Parpadeo. Esa es la cuestión. En general, no, no realmente. Pero es una teoría que no quiero poner a prueba. Tal vez hizo que las cosas fueran menos malas.

—¿Matilda?

—¿Por qué te importa? —pregunto en su lugar—. ¿Qué te importa a ti?

—Intentó evitar que accedieras a tu magia —dice, levantando su mirada preocupada hacia la mía.

—¿Qué? No, eso no está bien.

Sus ojos buscan los míos. —¿Te está protegiendo de tu propia magia, cariño?

Lo miro boquiabierta. —¿Qué? Eso no tiene ningún sentido.

—¿No lo tiene? Quítatelo.

Dudo, llevando mi mano al colgante de amatista de forma protectora. —Yo... no puedo. Mi hermana me dijo que nunca me lo quitara.

Los ojos de Vex se entrecierran. —¿Y por qué crees que es eso?

—Para mantenerme a salvo —digo, pero la incertidumbre se cuela en mi voz.

—¿A salvo de qué? —insiste Vex—. ¿O de quién?

Sacudo la cabeza, confundida. —¡De todo!

—No me importa lo que dijo tu hermana, este colgante no te está protegiendo, Matilda. Está suprimiendo tu magia. Enjaulándola.

Sacudo la cabeza con vehemencia, sintiéndome enferma. —No, eso no puede ser cierto. Mi hermana no me haría eso.

—¿Estás segura? —me desafía Vex—. Quítatelo y demuestra que estoy equivocado.

Mirándolo con furia, acepto su desafío. Alcanzando detrás, desabrocho el collar y lo dejo caer en su palma extendida con mano temblorosa.

Él lo mira, examinándolo, pero el mundo se vuelve borroso, y me echo hacia atrás, sintiéndome ardiendo y luego helada. El poder sube desde la planta de mis pies, enroscándose en mis entrañas. Una brisa mágica azota mi cabello contra mi cara, y me ahogo ante la enormidad de la oleada.

Relámpagos rosados destellan a mi alrededor, y causo una implosión como nunca antes había visto, y mucho menos causado. Vex sale volando hacia atrás mientras los libros caen de las estanterías a nuestro alrededor.

El pánico me invade al ver a Vex estrellarse contra una estantería, con libros lloviendo a su alrededor. La biblioteca estalla en caos mientras los papeles se arremolinan en el aire, los muebles se deslizan por el suelo y las luces parpadean ominosamente.

—Oh, dioses —jadeo, mirando mis manos con horror. Relámpagos de arcoíris destellan en mis dedos mientras el poder ruge a través de mí—. ¿Qué me está pasando?

Vex sonríe mientras se pone de pie, aparentemente ileso. —Eso, brujita, es tu magia, y es jodidamente increíble.

Sacudo la cabeza frenéticamente. —No, no, esto no está bien. ¡No puedo controlarlo! —Otra explosión de energía estalla desde mí, haciendo añicos una mesa cercana.

Vex se acerca con cautela, con las manos levantadas. —Matilda, puedes controlarlo. Es tuyo. Respira profundo.

—¡No puedo! —grito, sintiendo la magia acumulándose de nuevo mientras todo el aire es exprimido de mis pulmones—. ¡Haz que pare!

—Solo tú puedes hacer eso.

Él intenta alcanzarme, pero tropiezo hacia atrás. —¡No me toques! No quiero lastimarte.

—No puedes —dice, negando con la cabeza—. Te tengo.

Encuentro su intensa mirada azul mientras se acerca a mí. En el segundo en que sus manos tocan mi piel, el poder instantáneamente disminuye. Desaparece por completo. Miro fijamente su mano y ahogo el sollozo de traición. Ha presionado el cristal contra mí, y ha apagado mi magia. Ahogándome con el aire, lo agarro junto con mi mochila y huyo de la biblioteca, lejos de él, lejos del desastre que he causado, con el corazón roto porque la única persona que pensé que me apoyaba era parte del problema desde el principio.

VEX

ME TOMA SOLO UN SEGUNDO DECIDIR IR TRAS ELLA. ME LANZO HACIA ADELANTE, SABIENDO QUE la biblioteca se arreglará sola. Es parte de la magia aquí en MistHallow. Al ver a Matilda con su cabello arcoíris doblar la esquina, pongo los ojos en blanco y, con un chasquido de dedos, me transporto directamente frente a ella. Choca conmigo, y la agarro de los brazos para evitar que se caiga.

—¡Suéltame! —exclama, con lágrimas corriendo por su rostro.

La traición de su hermana la ha golpeado duro, y está temblando incontrolablemente. La envuelvo con mis brazos, sosteniéndola con fuerza mientras lucha en mi agarre antes de desplomarse contra mí, con su mejilla presionada contra mi pecho, mojándolo con sus lágrimas.

—Shh, cariño. Está bien —murmuro, acariciando su cabello mientras solloza desconsoladamente.

—¡No, no está bien! —grita Matilda, apartándose bruscamente y secándose las lágrimas de los ojos. El colgante sigue apretado en su mano, y lo mira con furia—. Mi hermana me mintió. Ha estado suprimiendo mi magia todo este tiempo. ¡Dijo que estaba de mi lado! ¿Por qué haría esto?

Niego con la cabeza, resistiendo el impulso de encontrar a esta hermana y mostrarle lo que es el verdadero poder.

—No lo sé, Matilda. No sé cuáles son las circunstancias...

—¡Me usaron! ¡Me abusaron, me mintieron, me trataron como una mierda y como alguien a quien sus amigos podían usar cuando se les antojaba! ¡Esas son las circunstancias! —me grita, pero dejé de escuchar después de la parte de "usar".

—¿Hicieron qué? —gruño oscuramente, mi magia elevándose y azotando electricidad negra a nuestro alrededor.

Ella lo mira y niega con la cabeza.

—No importa. Solo olvida que dije algo. Olvida todo.

Intenta esquivarme, pero la agarro suavemente del brazo.

—No huyas, Matilda. Estás demasiado volátil ahora.

—¿Estás diciendo que soy peligrosa? —se burla—. Difícilmente.

—La biblioteca no estaría de acuerdo —señalo.

Sus ojos se abren horrorizados, y hunde la cabeza en sus manos.

—¡Mierda! ¡Mierda mi vida!

Suavemente aparto las manos de Matilda de su rostro, levantando su barbilla para que me mire.

—Escúchame, cariño. No eres peligrosa. Eres poderosa. Hay una diferencia. Y estoy

empezando a entender por qué tu familia te hizo esto. Lo sabían, y querían mantenerte sometida.

—Me llamaban inútil, sin valor, patética... —Sus ojos azules buscan los míos, buscando algo, pero no estoy seguro de qué. ¿Validación? ¿Elogio?

—No eres nada de eso, Matilda. Esas son palabras para mantenerte en tu lugar, para hacerte creer que eso es lo que eres, pero eres lo opuesto. Eres fuerte y poderosa, hermosa y enérgica. Has sido tratada como basura por las personas que debían cuidarte, pero estás luchando, tomando el control. —Acuno su rostro, y ella se inclina hacia mi toque. Eso despierta algo en mí que no sabía que existía. Protección, posesividad, lujuria, anhelo, necesidad, deseo y una docena de otras cosas que hacen que mi cabeza dé vueltas. Me mira con esos grandes ojos azules y agarra mi camisa con el puño. Me arrastra más cerca, estrellando sus labios contra los míos en un beso que terminará con todos los besos.

Respondo inmediatamente, empujándola contra la pared exterior de la biblioteca. Ella jadea en mi boca cuando su espalda golpea la piedra fría, y profundizo el beso, mi lengua explorando su boca mientras ella gime suavemente. Su cuerpo se arquea contra el mío. Deslizo mis manos por sus costados para agarrar sus caderas, atrayéndola completamente contra mí.

Matilda rompe el beso, jadeando.

—Vex, no podemos hacer esto. Lo siento. No sé qué me pasó. —Sus mejillas están sonrojadas, sus ojos oscuros de deseo.

Mirando sus ojos asustados, entrecierro los míos y doy un paso atrás, mi miembro nada impresionado por mi fuerza de voluntad.

—Draven —jadea.

—¿Es oficial? —pregunto en voz baja.

Ella niega con la cabeza.

—No, pero no puedo hacer esto. —Coloca su mano en mi pecho para empujarme hacia atrás, las runas en mi pecho brillando ante su toque.

Agarro su mano mientras se aleja y la beso.

—Podemos hacer esto si hablas con él. Dile que lo quieres. Esperaré.

Y con eso, desaparezco de su vista, maldiciendo y admirando su integridad y fuerza.

Ese fue un beso infernal del que apartarse, y la próxima vez que mis labios se encuentren con los suyos, no habrá nada, ninguna fuerza, ninguna súplica, que me impida tomarla y reclamarla, marcándola como mía.

Aterrizo en el tejado y me agacho, observando cómo se arregla la ropa y se alisa el cabello. Abre el puño y mira el colgante durante mucho tiempo antes de hacer exactamente lo que esperaba que hiciera. Se lo vuelve a poner. Su poder salvaje la asustó, y con razón. Esa magia es feroz, indómita. Ni siquiera tengo una clasificación para ella. No podría decirte si es de luz u oscuridad, nacida del fuego o del aire. Todo lo que sé es que esa bruja tiene algo corriendo por sus venas que es mucho más poderoso de lo que he visto, experimentado o leído. No es de extrañar que su familia intentara encerrarla. Están aterrorizados de ella.

Pero aún no me han conocido.

Sonrío, frotando mi pulgar sobre las puntas de mis dedos mientras chispas de magia oscura parpadean sobre ellos.

Matilda se aleja apresuradamente, su cabello arcoíris balanceándose detrás de ella. Mis labios aún hormiguean por nuestro beso. Puede que se haya apartado, pero sentí el deseo corriendo por ella. Es solo cuestión de tiempo.

Saltando desde el tejado, aterrizo silenciosamente en las sombras. Necesito aprender más sobre la familia de Matilda y lo que le han hecho. La rabia que me llenó cuando mencionó haber

sido abusada aún hierve bajo la superficie. Les haré pagar por haberla lastimado.

Pero primero, necesito lidiar con Draven. Respeto su deseo de hablar con él, pero no voy a quedarme de brazos cruzados mientras él reclama su derecho y potencialmente la convence de no estar conmigo.

Siguiendo el hedor a muerte, me lleva a su habitación. Golpeo bruscamente, y él abre de inmediato, vestido solo con jeans negros. Me mira entrecerrando los ojos.

—¿No era a quien esperabas? —pregunto con una ceja levantada.

—¿Por qué hueles a ella? —pregunta firmemente, apoyándose en la puerta.

—Mm —murmuro—. Chocolate cubierto de miel. Es una delicia, ¿no?

Me agarra y me arrastra a su habitación, cerrando la puerta de golpe detrás de él.

—¿Qué le hiciste? —gruñe.

—Nada que ella no quisiera. Pero cálmate. No la lastimé. No haría eso.

Me fulmina con la mirada al ver la sinceridad en mis ojos, algo nuevo para mí. Esta chica me ha puesto patas arriba y del revés.

—¿Te la follaste? —pregunta, con los ojos destellando de peligro en negro.

Sonrío lentamente, disfrutando de la rabia que desciende sobre él, pero lo saco de su miseria.

—No, aún no. Pero lo haré. Mi pregunta para ti es, ¿qué piensas hacer al respecto?

Los ojos de Draven se entrecierran peligrosamente, la oscuridad en ellos expandiéndose hasta que toda su mirada es un vacío de tinta.

—Lo que pienso hacer al respecto —dice, con voz baja y amenazante— es asegurarme de que nunca vuelvas a tocarla.

—¿Y cómo propones hacer eso? ¿Encerrarla? ¿Controlar cada uno de sus movimientos? —Doy un paso más cerca, mi poder crepitando justo bajo la superficie—. No puedes enjaular una tormenta, Draven. Y eso es exactamente lo que ella es.

—Es mía —gruñe, con sombras de muerte retorciéndose alrededor de sus pies.

—¿Lo es? —desafío—. ¿La has reclamado? ¿La has marcado? ¿O solo estás asumiendo que caerá en tus brazos porque has decidido que así debe ser?

Su mandíbula se tensa, y sé que he tocado una fibra sensible.

—No te interpongas en el camino del destino —gruñe.

—¿Destino? Gran palabra para lanzar, considerando que ni siquiera la has reclamado aún.

La mano de Draven sale disparada, agarrando mi garganta. Lo dejo, curioso por ver hasta dónde llegará con esto.

—Aléjate de ella —gruñe, sus dedos apretándose, la mano helada de la muerte estrechándose en mi garganta.

De alguna manera me excita sentir la muerte deslizándose por mi piel, entrando en mi alma. Es como un subidón enfermizo, y quiero sentir hasta dónde llegará antes de-

Sonrío con suficiencia cuando la runa prohibida que me protege de la muerte destella en un brillante azul, lanzando al Necro al otro lado de la habitación.

Se endereza y se limpia la comisura del labio con el pulgar, saboreando la sangre. Sacude la cabeza, formando una sonrisa peligrosa.

—Eres un completo imbécil. ¿Sabes que eso está prohibido, verdad? Podrían patearte el culo severamente en el Consejo Sobrenatural.

—Oh, lo sé, y realmente me importa una mierda el Consejo. A ti tampoco. Respondes ante alguien más. Alguien más grande, más malo y bastante hermoso para ser pura maldad. Pero bueno, yo también.

Hace una mueca de puro asco, conteniendo una arcada.

—Oh, por todos los malditos dioses —escupe—. Vuelve a hablar así de mi madre y esquivaré esa runa tan rápido que no sabrás qué te golpeó.

—Inténtalo. Pero sí, no. Las pelirrojas no son mi tipo. Pero ¿rubias con mechas de arcoíris? Ahora sí que hablamos.

—Ella no te quiere. Me quiere a mí.

—¿Quién dice que no me quiere? ¿Quién dice que no puede tenernos a ambos? He leído sobre tu familia, Dray. Estoy bastante seguro de que no estás en posición de negarle a Matilda más de un amante si ella lo elige.

Me mira con furia, sabiendo que no puede refutar una sola palabra de lo que he dicho.

—¿A quién respondes tú?

Mi sonrisa es presumida, y eso lo molesta.

—No es asunto tuyo.

—Oh, pero creo que sí lo es. Si planeas hacer un movimiento con Matilda, quiero saber cada maldita cosa sobre ti para asegurarme de que no la lastimes o hagas que la lastimen.

—¿Entonces aceptas que puede montarme si quiere?

—Que te jodan —gruñe—. Primero mi medio hermano gilipollas y ahora tú. Ambos son una mierda.

—Luc. No me sorprende. Medio íncubo, medio demonio. Me sorprende que no se haya metido ya en sus bragas.

—Lo intentó —dice Draven entre dientes—. Ella lo rechazó.

Levanto una ceja, impresionado.

—¿En serio? Tiene mucha fuerza de voluntad.

—O tal vez simplemente tiene estándares.

Me río entre dientes.

—¿Sabe él que hablas así de él?

—Me importa una mierda si lo sabe o no.

—Dramas familiares aparte, ambos sabemos que Matilda tomará sus propias decisiones. Es fuerte, a pesar de su educación. Pero está probando la libertad por primera vez en su vida. No voy a impedirle que tome lo que quiera, y tú tampoco deberías.

Antes de que pueda responder, desaparezco de su habitación, reapareciendo en los terrenos de la academia. El aire nocturno es frío, la niebla envolviéndome como una capa mientras considero mi próximo movimiento. El poder de Matilda es diferente a cualquier cosa que haya encontrado antes. Crudo, salvaje y completamente indomado. Necesita orientación para controlarlo, para aprovechar su verdadero potencial, y tengo la intención de ser yo quien le muestre cuán poderosa puede ser.

Pero primero, necesito ocuparme de ese maldito colgante. Mientras lo lleve puesto, su magia permanecerá suprimida. Necesito encontrar una manera de convencerla de que se lo quite y lo destruya antes de que fracase aquí de manera espectacular y la envíen de vuelta con su familia.

MATILDA

JADEANDO, LLEGO A LA PUERTA DEL DORMITORIO DE DRAVEN Y GOLPEO MÁS FUERTE DE LO QUE pretendía.

Él la abre inmediatamente y me mira fijamente. Está sin camisa, y babeo un poco.

—Hola.

Él asiente.

—¿Podemos hablar?

Retrocede para dejarme entrar, pero no dice nada, lo que me pone nerviosa. ¿Lo sabe? ¿Está enojado? No puedo leerlo, y eso me asusta. Después de que paso junto a él, cierra la puerta y luego se apoya contra ella, sus ojos escrutando los míos.

—Realmente no sé por dónde empezar —digo, tratando de ordenar mis pensamientos. Nunca he estado en esta posición antes, y se nota—. Supongo que necesito saber, ¿qué somos? ¿Estamos saliendo? ¿O solo follando...?

—¿Qué te gustaría que estuviéramos haciendo? —pregunta después de una pausa demasiado larga que hace que mis axilas suden.

Frunzo el ceño porque ha puesto la pelota en mi cancha. —No tengo ni idea. Besé a alguien más —Las palabras salen atropelladamente, y él me mira fijamente pero no reacciona. Para nada. Creo que ni siquiera respira—. No fue mi intención. Él me estaba ayudando con mi magia. Es el asistente de profesor de la clase de Magia Oscura Avanzada, Vex. Nos encontramos en la biblioteca después de que se ofreció a ayudarme. Sabes que no puedo asistir a esa clase. Estabas allí cuando hablé con Blackthorn —Me retuerzo las manos, desesperada por que diga algo, cualquier cosa a estas alturas.

Pero no lo hace. Solo esa mirada constante mientras me deja hablar hasta acorralarme.

—Las cosas se calentaron, no de manera sexual, solo mágicamente, y luego lo besé. Lo siento.

—¿Por qué lo sientes?

Esas cuatro palabras aplastan mi alma más de lo que me gustaría. —Porque lo besé a tus espaldas.

Él resopla. —¿Qué somos? ¿Estamos en el instituto? Me importa una mierda, Tilly —Se aparta de la puerta y camina hacia mí mientras mi corazón se hunde.

—De acuerdo —balbuceo, evitando su mirada—. Siento haber malgastado tu tiempo —Trato de esquivarlo, pero él extiende la mano y me detiene con un ligero toque en el brazo.

—No te vayas. Aún no hemos terminado.

Me obligo a encontrar su mirada. Sigue en blanco. No estoy captando nada de él.

—No entiendo —gimo, el estrés de esta situación me está afectando.

Su mirada se clava en la mía y algo parpadea en las profundidades de esos estanques azules, pero no sé qué es. —¿Quieres estar con él?

Niego con la cabeza, pero sé que es mentira.

Sus manos se cierran alrededor de mi brazo y me acerca más a él. —¿Quieres estar con él, Matilda?

Me lamo los labios. —Tal vez, no lo sé. Quiero estar contigo.

—*Estás* conmigo. Esto no se trata de nosotros.

—Entonces, ¿qué estás diciendo?

—Te estoy preguntando si quieres estar con él. También.

—¿También?

Asiente lentamente. —¿Recuerdas que te hablé de mi familia? No soy tan cerrado de mente como algunos. ¿Lo quieres a él?

Parpadeo, buscando en su mirada. —Sí. Eso creo.

Me suelta y retrocede. —Entonces la pregunta es, ¿quieres que seamos un círculo o estar por separado?

—¿Qué? —pregunto, sacudiendo la cabeza—. No sé a qué te refieres.

—Un círculo —Hace un gesto con la mano—. Juntos. ¿Quieres vernos juntos, o quieres mantenernos separados?

—¿Qué quieres decir con juntos? —susurro.

Su boca se curva hacia un lado mientras se acerca. Inclina mi barbilla hacia arriba, obligándome a encontrar su mirada. —Juntos, Tilly, es lo que significa. Tú entre nosotros mientras te follamos hasta que ni siquiera puedas recordar tu nombre... o lo ves a él, y luego me ves a mí. ¿Cuál es?

Mi aliento sale en un fuerte jadeo. La idea de estar entre los dos hace que mi interior tiemble de excitación. Pero, ¿cómo funcionaría eso? —No lo sé —admito—. No lo he pensado.

—Entonces necesitas ir a pensarlo, pétalo —Retrocede y me da la espalda—. Mientras tanto, seguiremos como estamos.

—¿Todavía quieres estar conmigo? —grazno, necesitando que lo diga porque esta conversación no fue como pensé que sería. Creí que estaría enojado y me mandaría al infierno.

Se gira de nuevo hacia mí con un suspiro. —Obviamente, pétalo. No voy a dejarte ir para que estés con él cuando te anhelo más que al aire que respiro. ¿Tú aún quieres estar conmigo?

—Sí —digo con voz ronca—. Tenemos algo que no quiero perder. No quiero alejarme de esto todavía.

—¿Todavía? —Levanta una ceja—. Nunca podrás alejarte de mí, pétalo. Nunca. Eres mía. Puedes estar con quien más elijas, pero *nunca* te dejaré ir. ¿Nos queda claro eso?

Mi corazón late con fuerza, y mi coño prácticamente está inundando mis bragas ante sus palabras oscuramente posesivas. Quiero provocarlo, ver hasta dónde está dispuesto a llegar por mí. Es un tipo de validación enfermiza y retorcida. —¿Y si no quiero quedarme? —pregunto, con la barbilla en alto.

Sus ojos destellan peligrosamente. Su expresión se vuelve aterradora, y el aire a nuestro alrededor se vuelve gélido. Mis pezones se endurecen dolorosamente. —Esa no es una opción, pétalo. No te alejarás de mí. No lo permitiré.

Nuestras miradas se encuentran mientras lucho por respirar. Dos pasos adelante y estoy de rodillas frente a él, alcanzando su cinturón.

Sus manos se cierran alrededor de mis muñecas. —No —Me levanta de un tirón.

—¿No me deseas? —pregunto en voz baja.

—No así. Ve y piensa en lo que quieres, Matilda. Te veré mañana.

—Draven...

—Vete.

Me suelta y abre la puerta de golpe con su magia. No tengo más remedio que irme con mi dignidad hecha jirones. Salgo y corro por el pasillo hasta mi habitación. Irrumpo dentro, cierro la puerta y la trabo, deslizándome por la madera oscura hasta que mi trasero toca el suelo, y me abrazo las rodillas.

La bolsa bajo la cama llama mi atención y gimo. Agarrando el colgante, me ahogo con el sollozo que quiere escapar de mi garganta, pero no lloraré por esto. Nunca más. La traición duele más que cualquier otra cosa, pero ahora que puedo pensar con claridad, no tiene sentido.

Frunciendo el ceño, me arrastro hacia la cama y saco la bolsa de joyas. La abro y miro su contenido. Si Janice no estaba de mi lado, ¿por qué me dio esto y me dijo que huyera? ¿Por qué me dio tiempo para salir de la casa y venir a un lugar que ofrece refugio si ella era tan mala como el resto de mi familia? Sostengo el colgante de nuevo. *Es* un cristal de protección. Es lo que hacen las amatistas, pero tal vez mi madre lo alteró antes de que Janice pudiera dármelo. Tiene que ser eso. Janice no me haría esto. Sé que no lo haría, y no me daría una manera de escapar a un lugar donde la familia no puede alcanzarme.

Asintiendo mientras esta realización tiene más sentido que cualquier otra cosa, pongo mi mano sobre la bolsa y lanzo el hechizo de ocultamiento.

La bolsa desaparece de la vista, y la empujo de vuelta bajo la cama, aún sólida, solo invisible.

Poniéndome de pie, me desvisto y doblo la ropa cuidadosamente. Revisando los cajones del tocador, veo que la ropa que elegí de los objetos perdidos está guardada, y saco una de las camisetas grandes. Tendrá que servir como pijama.

Entrando a la ducha, me paro bajo el torrente caliente de nuevo, dejando que el calor se filtre en mis huesos. Cierro los ojos, y el rostro que aparece en mi mente es uno que no esperaba.

—Luc —murmuro y siento un escalofrío recorrer mi cuerpo. Gimiendo suavemente, recuerdo cómo se interpuso frente a Stryker en mi pesadilla a la que lo arrastré. La forma en que cambió de forma y me defendió del brujo. Aún no he tenido la oportunidad de procesar nada de esto con todo lo demás que ha sucedido. Cubriendo mi coño, lo aprieto y luego deslizo mis dedos sobre mi clítoris.

Jadeo suavemente mientras me acaricio, la imagen de Luc vívida en mi mente. El agua caliente cae en cascada sobre mi piel mientras me apoyo contra la pared de la ducha, mis dedos circulando más rápido. Imagino sus fuertes manos en mi cuerpo, sus labios dejando besos por mi cuello. Un gemido bajo se me escapa mientras la presión aumenta.

Pero entonces el rostro de Vex aparece en mi mente. Sus intensos ojos azules, esa sonrisa traviesa. Recuerdo la sensación de sus labios sobre los míos, la forma en que me sostuvo posesivamente. Mis dedos se mueven con más urgencia mientras imagino a ambos hombres tocándome, besándome.

—¡Draven! —El nombre se escapa de mis labios cuando deslizo dos dedos dentro de mi coño. Peligroso y protector Draven. La forma en que me miró esta noche, diciéndome que soy suya. Que nunca puedo dejarlo. Un escalofrío recorre mi cuerpo al recordarlo.

—Oh, dioses —gimo mientras el placer se intensifica. Estoy tan cerca, temblando al borde mientras imagino a los tres hombres adorando mi cuerpo. Mi espalda se arquea cuando el orgasmo me golpea, haciéndome gritar.

Me desplomo contra la pared, jadeando pesadamente mientras las réplicas recorren mi cuerpo. Draven ha aceptado a Vex, pero ¿a su medio hermano? No creo que haya nada en esta

tierra o en la siguiente que haga que eso esté bien para él.

Y no voy a tentar mi suerte. Luc está prohibido.

Así que la pregunta queda en el aire mientras cierro la ducha y alcanzo la toalla. ¿Quiero a Draven y Vex juntos o por separado?

LUC

—¿Me llamaste?

Tumbado en medio de su cama, la sobresalto cuando sale del baño, empapada y con la toalla cubriendo solo la mitad de su hermoso cuerpo. —¡Ah! —grita y deja caer la toalla.

Mis ojos recorren sus curvas, deteniéndose en su sexo. Apesta a excitación, y sé que se estaba masturbando pensando en mí. Podía sentirlo desde la habitación de al lado. No es que fuera difícil. Podría sentir la excitación y el deseo a kilómetros de distancia si quisiera.

Pero ahora solo me interesa el de Matilda.

Matilda jadea y se apresura a coger la toalla, apretándola contra su pecho. —¡Luc! ¿Qué haces aquí?

Sonrío con suficiencia. —Pronunciaste mi nombre, dulce bruja. Pensé que podrías necesitar mi ayuda con tu deseo.

Sus mejillas se sonrojan intensamente. —Yo no... Eso no es...

—No hay necesidad de avergonzarse. Pude sentir tu deseo desde la habitación de al lado. Era embriagador. Aún lo es. Te corriste fuerte ahí dentro, ¿verdad? Gritando el nombre de mi medio hermano, pero aun así... Yo estaba allí en tu mente.

Ella retrocede, sujetando la toalla con más fuerza. —Te has metido en mi habitación —sisea —. Otra vez. ¡Vete!

—¿Por qué? Cuando ambos sabemos que quieres que me quede. —Inhalo profundamente, saboreando su aroma—. Solo piensa lo fuerte que podría hacerte correr si me dejaras.

Traga saliva mientras lo piensa por un segundo, pero luego levanta la barbilla para mirarme con furia. —Eres un medio íncubo. El sexo es lo único en lo que piensas. Esto no tiene nada que ver conmigo. Sal de mi puta habitación.

—Auch, me hieres con esa dureza, dulce bruja. Admito que el sexo es importante para mí, pero tú, mm, tú eres todo en lo que pienso.

Los ojos de Matilda se entrecierran mientras aprieta más la toalla. —No te creo. Esto es solo un juego para ti para joder a tu hermano.

Me incorporo lentamente, con la mirada fija en la suya. —*Medio* hermano. Pero no es un juego, Matilda. Nunca he deseado a nadie como te deseo a ti.

Ella se burla, pero puedo ver la incertidumbre en sus ojos. —Qué original. Es una distinción importante para ti, ¿no?

Entrecierro los ojos. —¿Qué cosa?

—Lo de *medio* hermano.

—*Somos* medio hermanos.

—¿Cómo funciona eso?

—¿Necesitas una lección sobre relaciones familiares?

Prácticamente me sisea. Eso hace que mi polla se ponga más dura. —Sabes a lo que me refiero. Los dos tienen prácticamente la misma edad, supongo, ya que están aquí en el mismo año.

—Tenemos exactamente la misma edad. Bueno, soy unos treinta segundos mayor, si eso te hace alguna diferencia.

Su boca se abre de golpe. —¿Nacieron al mismo tiempo de madres diferentes? ¿Cómo?

—Misma madre, padres diferentes. Tonterías celestiales.

—¿Son gemelos? —suelta, con los ojos muy abiertos—. Oh, por todos los malditos dioses.

—Puaj —digo, bajándome de la cama, completamente desexcitado ahora—. Difícilmente.

Se lleva la mano a la boca mientras ahoga una risa. La miro con el ceño fruncido, pero luego sonrío. Supongo que es bastante extraño si no lo has vivido.

—¿Es por eso que lo odias tanto? —pregunta, poniéndose seria—. ¿Porque no tenías toda la atención de tu madre? ¿Estás celoso?

Resoplo con deleite. —Vaya, no te andas con rodeos, ¿verdad, mi dulce?

—Respóndeme.

—¿Por qué debería?

—Porque quiero que lo hagas.

—No es suficiente. —Me acerco más.

Ella retrocede pero choca con la pared.

—Necesito un incentivo para soltar la sopa, mi dulce. ¿Qué me darás a cambio de información sobre mi familia?

Me mira con furia, pero ve el juego y podría estar dispuesta a jugarlo. Por el precio adecuado.

—Tengo la mercancía, Matilda. ¿Tú la tienes?

La curiosidad la está devorando. Está desesperada por conseguir información sobre Draven. Claramente, él no le está dando nada. Aumento la intensidad de las ondas de seducción que la golpean suavemente, haciéndola considerar cosas que normalmente no haría.

—Te dejaré mirarme, sin tocar —advierte con el dedo levantado—, durante un minuto.

Levanto una ceja y bajo la voz a un tono seductor, realmente exagerando. —¿Un minuto? Sabes que podría hacerme invisible y mirarte todo el tiempo que estés desnuda. Eso no es mucho incentivo.

Traga saliva y mira alrededor, como si esperara que de repente me desvaneciera y la espiara. No es cierto. No puedo hacerme invisible, pero ella no lo sabe. Su mirada vuelve a mí. —¿Qué quieres entonces?

—Quiero hundir mi polla tan profundamente en tu dulce y caliente coño que te olvidarás por completo de mi medio hermano —digo con franqueza.

Se atraganta con la saliva. —No. Eso no va a pasar. Ni siquiera con tus pequeñas ondas de calor de íncubo. Vete a la mierda.

—Vaya. Eres fuerte, Matilda. Te estoy dando una dosis fuerte de mis mejores *ondas de calor* ahora mismo. —Su respiración se entrecorta cuando me inclino, mis labios casi rozando su oreja —. Podría mostrarte placeres que nunca has soñado, Matilda. Cosas que mi querido medio hermano nunca podría darte.

Por un momento, creo que he ganado. Puedo sentir su deseo aumentando, su cuerpo respondiendo a mi proximidad. Sus labios se separan y quiere ceder. Está desesperada por hacerlo.

Pero me empuja. —Lárgate. No puedes ofrecerme nada que se acerque a lo que vale mi

cuerpo. —Su tono frío me envía escalofríos de lujuria.

—Joder, mi dulce. Me estás excitando de formas extrañas y maravillosas. No sabía que el rechazo se sentía tan bien.

—Lárgate de una puta vez. Y si llego a oler siquiera que estás en mi habitación espiándome, se lo diré a Draven, y él se encargará de ti.

Considero sus palabras por un momento, pero retrocedo. Podría obligarla a cumplir mis deseos, pero eso no me llevará a ninguna parte. Hay capas en esta chica que me fascinan, y quiero explorarlas sin usar mis poderes. —Nos vemos en tus sueños, mi dulce bruja. Y en tus pesadillas.

Ella ahoga el gemido, lo que me llega directo al corazón. Sea lo que sea, la atormenta.

Me deslizo fuera de la habitación de Matilda, su aroma aún pegado a mí. Estoy completamente obsesionado con esta bruja. Nadie me ha resistido así antes. Eso me hace desearla aún más.

Estoy jugando un juego peligroso con ella. Tiene la capacidad de traspasar la armadura hasta el verdadero yo. Una parte de mí se resiste a eso continuando siendo un imbécil con ella, pero hay una pequeña parte que quiere que ella derribe los muros y me reclame en cuerpo y alma. No tengo ni idea de hacia dónde se inclinará esto y eso lo hace aún más intrigante.

MATILDA

Me apoyo contra la puerta después de que Luc se vaya, con el corazón latiéndome con fuerza. Eso fue intenso. Sus poderes de seducción no son ninguna broma. Pude sentir las oleadas de deseo arrasándome, instándome a ceder. Se necesitó cada pizca de mi fuerza de voluntad para resistir.

Pero resistí. Una pequeña descarga de orgullo me recorre. Me mantuve firme contra un Príncipe del Infierno.

Sin embargo, sus palabras resuenan en mi mente. La tentación de aprender más sobre el pasado de Draven, sobre la historia que comparten, es fuerte. ¿Pero a qué precio? Sacudo la cabeza, intentando despejarla. No puedo dejar que mi curiosidad me lleve por un camino peligroso.

Termino de secarme y me pongo la enorme camiseta. Mientras me meto en la cama, el agotamiento me aplasta, pero vuelvo a aferrar el colgante y considero quitármelo. Pero tengo miedo. No sé de lo que soy capaz, y parte de mí no quiere averiguarlo.

Suspiro, me acurruco bajo las sábanas, abrazando mi almohada. Dormir se siente peligroso después de lo que Luc dijo acerca de verme en mis sueños. Y pesadillas.

No logro conciliar el sueño, y mis pensamientos dan vueltas y más vueltas. Draven, Vex, Luc en un ciclo interminable.

Con un bufido, me levanto y me visto, saliendo sigilosamente de mi habitación y bajando hasta la fría noche. Tiemblo de frío pero sigo caminando. No tengo idea de adónde voy, pero luego me encuentro nuevamente afuera del recinto de animales, la fuente de mi mayor rechazo. Las puertas están cerradas pero no con llave, así que entro a hurtadillas y regreso al lugar donde estuve antes. Los animales se mueven a mi alrededor, ignorándome.

—Quítate el colgante.

La voz de Vex en la oscuridad me sobresalta.

—No puedo hacer eso —digo sin voltear hacia él—. Sabes que no puedo.

—Está enjaulando tu magia, Matilda. Por eso no se acercan a ti. No te reconocen como una bruja.

—Podría lastimar a alguien, o a mí misma.

—Estoy aquí. Te tengo —se acerca a mi lado, pero ninguno de los dos se mira—. Sé que tienes razón.

—Tengo miedo.

Su mano toma la mía con suavidad. —Estoy aquí.

—No puedo —jadeo y retiro mi mano de la suya.

Salgo corriendo del recinto con él siguiéndome de cerca. Me detengo cerca de una de las

torres, luchando por respirar.

Él se acerca. —¿Tienes miedo de que aún te rechacen?

Mi mirada se clava en la suya mientras lee mi mente. Sacudo la cabeza, mintiéndole a él y a mí misma.

Acuna mi rostro. —No me mientas, cariño. Conozco tus pensamientos. Está bien. Está bien tener miedo.

—Hablé con Draven —suelto desesperada por cambiar de tema.

—¿Y?

—¿Qué es lo que quieres de mí, Vex? ¿Es un viaje de poder para ti? ¿Vas tras todas tus estudiantes?

Los ojos de Vex destellan peligrosamente ante mi acusación. —¿Crees que esto es solo un juego para mí? ¿Que eres intercambiable con cualquier otra estudiante?

Se acerca más, su cuerpo irradia calor y poder. Me mantengo firme incluso cuando mi corazón se acelera.

—No tienes ni idea de lo rara que eres, Matilda. De lo especial —su voz baja—. Nunca he conocido a alguien como tú. Tu poder me llama de maneras que ni siquiera puedo explicar.

Trago saliva con dificultad, dividida entre querer creerle y temer que todo esto sea parte de alguna manipulación. —¿Por qué debería confiar en ti?

—Porque soy el único que realmente te ve —dice con intensidad, su mano rodea mi garganta —. No la versión enjaulada de ti misma que te han forzado a ser. La verdadera tú: salvaje, poderosa, magnífica.

Sus palabras me recorren con un cosquilleo. Parte de mí quiere desesperadamente creerle, dejarme ir, y ser la versión de mí misma que él describe. Pero el miedo y la duda aún me frenan.

—Ya no sé quién soy —admito en voz baja—. Todo lo que creí saber sobre mí, mi familia, mi magia, ha sido una mentira.

La expresión de Vex se ensombrece. —Entonces déjame ayudarte a descubrir quién eres realmente. ¿Eres libre de estar conmigo?

Asiento. —Sí, Draven está de acuerdo, pero...

Estampa sus labios contra los míos, su mano se aprieta en mi garganta, oprimiéndola hasta que me ahogo.

Jadeo en su boca, presionando su pecho para que suelte su agarre en mí. Se aparta, sus ojos casi negros de deseo. —Tengo que decidir algo.

—¿Qué?

—Cómo tenerte a ambos.

—¿Necesitas tomar esa decisión esta noche?

Sacudo la cabeza lentamente.

Él me toma de la mano y nos transporta a su habitación. Está oscura, con una decoración casi medieval. —¿Quién eres? —murmuré mirando a mi alrededor las armas arcanas que adornan las paredes de la enorme habitación que debe ser una ventaja de formar parte del personal. El suelo de piedra está desnudo y, en la esquina, hay una cama de cuatro postes gigantesca.

—Un brujo oscuro con más poder del que sé qué hacer —responde—. He pasado la mayor parte de mi vida al servicio de una organización llamada El Sindicato, buscando respuestas que no pudieron darme, a pesar de sus promesas. Un viaje aquí y todo se volvió claro.

Mi boca se abre ante la franca respuesta. No me lo esperaba después de la nada de Draven y los juegos de Luc.

Vex se ríe. —¿Sorprendida?

—Un poco. Pero ahora tengo curiosidad. ¿Qué se volvió claro?

—Mi propósito.

—¿Enseñar?

Niega con la cabeza y me toma de la mano, llevándome hacia la cama. Me siento tentativamente mientras él se recuesta, apoyado sobre un codo. —Eso es un beneficio. Pero no voy a soltar todos mis secretos en una noche, cariño. Tienes que ganarte el resto.

Aprieto la mandíbula con tanta fuerza que me provoco un dolor de cabeza. —¿Es eso lo que es? ¿Me haces sentir una loca curiosidad por ti, para que me acueste contigo y me des algunas migajas sobre tu vida? ¿Una mamada por algo menos jugoso, un revolcón completo por lo bueno? —Me pongo de pie y doy un paso, con la intención de irme, pero él me detiene con su magia. Un rizo de electricidad negra se envuelve alrededor de mi muñeca y me arrastra de vuelta hacia él.

—No, no es eso. Pero piensa en esto, cariño. Yo podría hacerte la misma pregunta. No sé nada sobre ti, excepto lo que has soltado inadvertidamente y lo que he aprendido por mi cuenta. ¿Obtengo más después de darte un orgasmo que hará palidecer a los demás?

Lo miro con el ceño fruncido, sin tener respuesta para eso. Tiene razón, y eso me enoja. Él sonríe, sabiendo que me atrapó. —Me disculpo —digo con rigidez—. No estoy acostumbrada a la comunicación honesta.

—Me estoy dando cuenta. Yo tampoco. Me haces querer contarte cosas, pero como dije, hay que ganárselo, y con eso me refiero a la confianza. No al trueque.

Asiento lentamente, considerando las palabras de Vex. —La confianza. No es algo que dé fácilmente.

—Yo tampoco —dice Vex, con su intensa mirada fija en la mía—. Pero estoy dispuesto a intentarlo si tú lo estás.

Mi corazón se acelera ante la sinceridad de su voz. Esto se siente diferente a mis interacciones con Draven o Luc. Más crudo, más honesto.

—Está bien —digo suavemente—. ¿Por dónde empezamos?

Vex se incorpora, extendiendo la mano hacia mí. —Empezamos por quitarte ese colgante.

Instintivamente agarro la amatista, sintiendo el miedo recorrerme. —No, aún no. Tengo que hacer esto a mi tiempo, Vex. Necesito que dejes de presionarme.

Me da una mirada inquisitiva, pero luego asiente. —Está bien. Siempre y cuando prometas que pronto te lo quitarás y dejarás libre tu magia de la prisión. Estoy preocupado por ti, Matilda. Por estar aquí, estancada como estás.

—¿Preocupado? —exclamo con voz ahogada—. ¿Por qué? ¿Estoy en peligro? —El pánico me golpea en el pecho, expulsando todo el aire de mis pulmones.

Niega con la cabeza lentamente. —Estoy preocupado de que no estés a la altura y te envíen de vuelta con tu familia.

Sus palabras expulsan el pánico, y me enojo. —¿No estar a la altura? Que te jodan.

—Estoy siendo honesto. Pero aférrate a ese fuego, Matilda. Lo vas a necesitar.

—Joder —escupo—. Hablando de amor duro.

—¿Quién dijo algo sobre el amor? —dice riéndose mientras mis mejillas se calientan por mi desliz.

—No quise decir...

—Guárdatelo, chispitas. No te traje aquí para discutir.

—¿Chispitas? —balbuceo.

Enreda un dedo en un mechón de mi cabello. —Como esas chispitas que ponen en los

pasteles. Me pareció apropiado.

El gruñido escapa de la planta de mis pies.

Vex sonríe ante mi gruñido, claramente divertido por mi reacción. —Ahí está ese fuego del que hablaba. Me gusta cuando te alteras.

Lo miro entornando los ojos. —No estoy aquí para tu diversión.

—¿No? —Levanta una ceja—. Entonces, ¿por qué estás aquí, Matilda? ¿En mi habitación, en mi cama?

La pregunta me toma por sorpresa. ¿Por qué estoy aquí? Mi enojo se desinfla un poco mientras busco una respuesta. —Yo... No lo sé —admito en voz baja.

Extiende la mano, sus dedos acariciando mi mandíbula. —Estás aquí porque te sientes atraída hacia mí, así como yo me siento atraído hacia ti. Hay algo entre nosotros, Matilda. Algo poderoso.

Un escalofrío me recorre al sentir su tacto. No puedo negar la atracción que siento hacia él, la electricidad que parece crepitar en el aire cada vez que estamos cerca.

—Pero te asusta —continúa Vex, con voz baja—. La intensidad de todo esto. El potencial. Estás acostumbrada a mantenerte pequeña, a que tu luz se apague. Pero yo te veo, Matilda. Toda tú.

Sus palabras resuenan en lo más profundo de mi ser. —Detente —susurro—. No me conoces.

—Sé lo suficiente —dice antes de tumbarme encima de él cuando se deja caer sobre la cama. Pone su mano en la parte posterior de mi cabeza y me besa con una pasión que me enciende. Me froto sobre su miembro, que se endurece con mis movimientos. Él gime en mi boca y nos hace girar, presionándome contra el colchón. Recorre sus manos por mi cuerpo, desnudándome, antes de usar su magia para atar mis muñecas. El otro extremo de la atadura se envuelve alrededor de las cabeceras de la cama, arrastrándome más hacia arriba y sujetándome con firmeza.

—Vex, espera —murmuro, forcejeando con las ataduras.

Responde empujando mis piernas para abrirlas y atando también mis tobillos.

—No —digo, negando con la cabeza—. Vex, por favor.

—No voy a hacerte daño —murmura, inclinándose para saborear mi intimidad.

Grito y me arqueo hacia él.

—Dime que lo deseas, Matilda. Dime que quieres mi boca sobre ti, mi miembro dentro de ti.

—Sí —jadeo cuando su lengua roza mi clítoris—. ¡Sí!

VEX

El consentimiento jadeante de Matilda hace que mi polla esté más dura de lo que nunca la he sentido. La he deseado desde el momento en que la vi por primera vez, pero tenerla extendida frente a mí, vulnerable y confiada, va más allá de cualquier cosa que hubiera imaginado.

Recorro su muslo interno con besos, saboreando la forma en que tiembla bajo mi tacto. Cuando finalmente vuelvo a presionar mi boca contra su ardiente coño, ella suelta un gemido quebrantado que va directo a mi polla.

—Joder, estás preciosa —gruño contra ella. Mi lengua se adentra más, explorando cada centímetro de su cuerpo.

Levanto la vista para verla forcejear contra las ataduras mágicas, su espalda arqueada mientras busca más fricción. La vista casi me deshace.

—Por favor —gime—. Vex...

—¿Qué necesitas, bombón? —pregunto, mordisqueando suavemente su muslo interno—. Dime qué quieres de mí.

—Todo.

Joder. Esa es una declaración fuerte.

Deslizo dos dedos dentro de ella, girándolos para alcanzar ese punto perfecto mientras chupo su clítoris. Ella grita, sus caderas empujando contra mi cara.

—Así es, mi buena chica —murmuro contra ella—. Muéstrame lo bien que se siente.

Su coño se aprieta alrededor de mis dedos, pero justo antes de que llegue al clímax, me retiro con una sonrisa malvada.

Ella jadea y levanta la cabeza, la duda nublando sus ojos. —¿Hice algo mal? —susurra.

Me golpea duro en el alma. —No, Matilda. No has hecho nada mal.

Coloco una mano en su muslo tembloroso, enviándole un chispazo de magia.

Ella se convulsiona, su boca abierta mientras la electrocuto suavemente, aquí, allá... Coloco mi pulgar sobre su clítoris y envío una suave descarga de magia a través de ella.

Ella se esfuerza contra las ataduras mientras la electricidad mágica recorre su cuerpo. Sus ojos están abiertos, las pupilas dilatadas de placer y sorpresa.

—Oh, dioses —jadea—. ¿Qué estás haciendo?

Sonrío, continuando enviando pulsos de magia a través de sus puntos más sensibles. —Enseñándote cómo se siente el poder real, bombón. Esto es solo una probadita.

Ella se retuerce contra las ataduras, su cuerpo enrojecido y brillante de sudor. Puedo sentir que está cerca de nuevo. Su clítoris se contrae, y yo sonrío.

—Por favor —suplica—. Necesito... Necesito...

—¿Qué necesitas? —pregunto, burlándome de ella sin piedad—. Dímelo.

—A ti —grita—. Por favor, Vex.

—Todo a su debido tiempo —murmuro y empujo dos dedos profundamente dentro de ella, enviando chispazos de magia dentro de su coño mientras ella grita y se sacude de la cama tan fuerte que creo que podría romper las ataduras. Pero la sostienen en su lugar mientras la dedeo con relámpagos que saltan de vez en cuando. Ella gime con el dolor que le causa, pero sé que está en el límite entre el placer y el dolor. Si no lo estuviera, me diría que pare.

—¿Te gusta esto, bombón? —murmuro, enterrando un tercer dedo dentro de ella.

—¡Sí! —grita Matilda, su cuerpo temblando mientras la trabajo con mis dedos y mi magia—. ¡Oh, joder, sí!

Puedo sentir que está cerca de nuevo cuando su coño se aprieta alrededor de mis dedos. Pero aún no he terminado con ella. Quiero llevarla más allá y ver cuánto puede aguantar.

—Aún no —gruño, ralentizando mis movimientos—. No te vengas hasta que yo lo diga.

Ella gime de frustración, forcejeando contra las ataduras mágicas. —Por favor, Vex. Lo necesito.

—Lo sé, bombón. Pero las cosas buenas llegan a quienes esperan. —Retiro mis dedos, ganando otro gemido desesperado de su parte.

Me levanto, bebiendo la vista de ella extendida en mi cama. Es la primera mujer que he tenido aquí desde que me mudé a MistHallow hace unos meses. No es que no haya tenido la oportunidad, pero me ofrecieron la posibilidad de hacer algo mejor cuando Blackthorn me ofreció un lugar aquí. Follarme a innumerables mujeres noche tras noche es aburrido. Quería ser más selectivo y encontrar a una mujer por la que valiera la pena esperar. Me alegra haberlo hecho. Esta mujer está más allá de cualquier cosa que haya encontrado. Me ha afectado a un nivel que ni siquiera sabía que existía hasta que me miró a los ojos.

—Quiero mirarte —murmuro.

Su piel está enrojecida, su pecho subiendo y bajando mientras jadea. Parece completamente desvergonzada, y apenas hemos comenzado.

Lentamente, comienzo a desvestirme, observando cómo sus ojos se oscurecen de deseo a medida que más de mi piel queda al descubierto. Su mirada se detiene en las runas grabadas en mi pecho, la curiosidad luchando contra su anhelo.

Me arrastro lentamente de vuelta a la cama, colocándome entre sus piernas abiertas. Paso la cabeza de mi miembro por sus pliegues húmedos, provocándola. —¿Es esto lo que quieres?

Asiente, su respiración apenas un suspiro. Sonrío y me retiro de nuevo, usando el líquido de su empapado coño para lubricar mis dedos. Bajo mi mano y los presiono contra su agujero trasero.

Ella se tensa y emite un chillido, intentando alejarse de mí.

—¿Eso es un límite? —murmuro.

—Nunca lo he hecho...

—¿Quieres intentarlo?

—No lo sé.

—Dime que pare si no te gusta lo que te estoy haciendo, Matilda, y lo haré.

Asiente con cautela.

—Relájate, o te haré daño.

Lo intenta, pero sigue estando demasiado tensa.

Extiendo mi otra mano sobre su coño y rodeo su clítoris con el pulgar, instándola a relajarse. Lo hace casi de inmediato, y con cuidado presiono mi otro dedo en su culo. —Joder, eres una

niña tan buena al permitirme hacerte esto, Matilda. ¿Te gusta? ¿Te hace sentir bien saber que estoy satisfecho con esta ofrenda que me has dado?

Matilda jadea, su cuerpo tensándose con la nueva sensación. —¡Sí!

Continúo trabajando su clítoris con mi pulgar mientras presiono suavemente mi dedo más adentro de su culo. —Así es, mi niñita perfecta, dándome todo lo que quiero.

Gime, sus caderas moviéndose inquietas.

—Lo estás haciendo muy bien —murmuro, inclinándome para besar su muslo interno—. Eres una buena chica para mí.

Mis elogios desbloquean algo en ella. Gime, su cuerpo relajándose aún más mientras continúo abriéndola. Quiero mi polla en su culo con desesperación, pero eso vendrá después de que haya follado su coño hasta dejarla en carne viva.

—Joder, te deseo —murmuro, retirando mis dedos y abriendo su coño para mí. La cabeza de mi polla presiona contra ella, desesperada por humedecerse. Está goteando de excitación, y me cuesta todo lo que tengo ir despacio. Quiero que sienta cada uno de mis veintiocho centímetros, lentamente, para que realmente sienta cómo la abro.

—Joder —gimo cuando su empapado coño me recibe—. Estás tan apretada.

—¡Eres tan jodidamente grande! —jadea, lo que me hace reír con oscuridad.

—¿Más grande que Draven? —pregunto con malicia.

Ella me mira con los ojos entrecerrados, conociendo mi juego, y se niega a responder. Eso me dice que probablemente no sea más grande que yo.

—¿Más grande que el hombre que tomó tu virginidad, mi pequeña bruja de miel?

—Mm —gime, cerrando los ojos.

Saboreando cada milímetro, agradezco a los dioses del falo por haberme dado una polla enorme. Si hubiera sido más corta, ya habría terminado. —Infierno, Matilda —gimo, empujando suavemente—. Ya este es el mejor polvo que he tenido.

—¡Oh! —Su sonido de indignación me hace sonreír.

—¿Quieres saber cuántas mujeres he follado, Matilda? ¿Quieres saber cuántas no fueron tan buenas como esta? —Me clavo en ella de repente, hundiéndome hasta los huecos.

—¡No! —grita.

—¿Por qué no? Te hará sentir como una diosa saber que ninguno de sus pequeños coños calientes fue tan bueno como el tuyo.

—¡Vex! —suplica—. Para.

Me detengo. —¿Parar de hablar o parar de follarte?

—¡Cállate la boca! —gruñe, sus ojos fijándose furiosamente en los míos cuando levanta la cabeza—. ¡No quiero saber cuántas mujeres has follado antes que yo porque me pone locamente celosa y quiero arrancarles los malditos ojos!

Me quedo inmóvil, mi polla enterrada profundamente en ella. Sus palabras envían una oleada de posesividad y deseo, ansia y necesidad a través de mí. —Joder, Matilda. No tienes idea de lo que acabas de hacerme sentir.

Jadea, su espalda arqueándose lejos de la cama. —Muéstrame —desafía, sus ojos ardiendo de pasión y un toque de esa locura que he estado intentando sacar de ella.

No me contengo. Agarrándola por las caderas, la embisto sin piedad. Ella grita y tira de las ataduras que la sujetan, pero no la libero. La quiero completamente a mi merced.

—Quiero sentirte venir sobre mi polla ahora, Matilda. ¿Puedes hacerlo como una buena chica? —

Ella grita, su cuerpo tiembla mientras su orgasmo la desborda. La vista de ella deshaciéndose

bajo mí casi me hace perder el control, pero aprieto los dientes, decidido a prolongar esto.

Mientras ella se recupera, reduzco la velocidad de mis embestidas, dándole un momento para que recupere el aliento. Me inclino y capturo sus labios en un beso ardiente.

—Aún no hemos terminado —murmuro contra su boca—. Quiero ver cuántas veces puedo hacerte venir antes de perderme en ti.

La follo con embestidas lentas y profundas que la hacen jadear. Mis manos recorren su cuerpo, acariciando y pellizcando mientras avanzo. Cuando llego a sus pechos, los tomo con fuerza, rodando sus pezones entre mis dedos.

—Vex —gime, arqueándose bajo mi contacto.

—Déjame escuchar cómo gritas mi nombre.

—¡Vex! —

Aumento el ritmo, inclinando mis caderas para golpear ese punto dentro de ella que la hace gritar. Su coño se aprieta alrededor de mí, aún sensible de su último orgasmo.

—Joder, eso se siente tan bien —gruño—. Tan ajustado y mojado.

Puedo sentir que se acerca de nuevo, su respiración se vuelve errática. Deslizo una mano entre nosotros, encuentro su clítoris y lo pellizco, retorciéndolo con fuerza.

—Vuelve a venir por mí, Matilda. Muéstrame lo descarada que eres.

Ella grita cuando su segundo orgasmo la atraviesa, su cuerpo convulsiona bajo el mío. No dejo de follarla mientras se retuerce contra las ataduras mágicas.

—Buena chica —alabo—. Tan buena chica, mamando mi polla como si no pudieras vivir sin ella.

Ella gime cuando me retiro por completo, pero luego clavo mi polla de nuevo en su coño apretado con fuerza. Lo hago de nuevo, sacudiendo su cuerpo, sabiendo que la estoy lastimando mientras lucha contra las ataduras. Es más de lo que puedo soportar. Normalmente puedo seguir, pero esta mujer me ha deshecho por completo. Mis testículos se tensan, y con un gruñido bajo, eyaculo dentro de ella, pero antes de terminar, me retiro y apunto hacia su culo, lubricándolo, empujando el semen dentro de su conducto con mis dedos mientras la preparo para tomar mi monstruosa polla.

Ella deja escapar un sollozo cuando introduzco dos dedos en ella, y ya no puedo esperar más. Retiro mis dedos y presiono la cabeza de mi polla contra el orificio contraído. Deslizándome dentro de ella, con mi polla aún goteando semen, ella suelta un grito que parece desgarrar su garganta.

Libero sus tobillos de las ataduras y levanto sus piernas, con las rodillas dobladas para tener un mejor acceso a ella.

—¡Vex! ¡Por favor! —grita mientras le doy su culo virgen con toda mi polla, metiéndomela hasta los huevos con un gruñido salvaje que sacude los cimientos del edificio.

—Buena chiquita. Tan depravada, tan degenerada, necesitando mi polla en su culo. Joder, chiquita. Estás tan caliente tomando mi polla así. Joder, mírate, tan zorra, tan perfecta. Joder.

Ella grita cuando me clavo en su culo apretado, deleitándome con sus gritos de placer y dolor. Su cuerpo tiembla bajo el mío, abrumado por las nuevas sensaciones. Puedo sentirla luchando por adaptarse a mi tamaño, pero no me dice que pare.

—Toma todo de mí. Cada centímetro de mí.

Establezco un ritmo implacable, dándole una primera follada anal que la acompañará durante mucho tiempo. Ella se retuerce contra las ataduras mágicas, su espalda arqueándose sobre la cama.

—¡Vex! —grita—. ¡Por favor! ¡Es demasiado!

—¿Quieres que pare? —jadeo, esperando que diga que no.

Ella no dice nada, así que sigo adelante.

Alargo la mano y froto su clítoris con fuerza, decidido a hacerla venir de nuevo. —Una vez más por mí, Matilda. Muéstrame cuánto te gusta mi polla en tu culo.

Ella gime, su cuerpo se tensa mientras se acerca al límite. Puedo sentir mi orgasmo acumulándose, mis testículos apretándose.

—Ven por mí ahora, chiquita. No me hagas esperar —ordeno, pellizcando su clítoris.

Ella grita, todo su cuerpo convulsiona mientras viene con más fuerza que antes. Eso me empuja al límite, y me entierro profundamente dentro de ella mientras eyaculo, llenando su culo con más semen del que he eyaculado de una sola vez.

—Joder— gimo, mientras el orgasmo no cesa. Sigue, intensificándose mientras descargo aún más dentro de ella. —¡Maldita sea!— El rugido es victorioso, como si hubiera conquistado algún maldito reino. Pero, de alguna manera, supongo que lo he hecho.

—Vex— llora, envolviendo sus piernas alrededor de mí, acercándome aún más.

—¿Te gusta eso, chica sucia?— pregunto con voz ronca. —¿Te gusta que el profesor se venga tan fuerte en tu culo?—

—¡Joder, sí!—

Me desplomo sobre ella, ambos jadeando pesadamente. Mi polla sigue enterrada profundamente en su culo, palpita debido a las sacudidas posteriores. Nunca me he corrido tan fuerte ni por tanto tiempo en mi vida. Esta bruja me ha destrozado por completo.

—¡Santa mierda!— jadea Matilda, su cuerpo tiembla debajo del mío.

Me río débilmente mientras le doy un beso en su cuello cubierto de sudor. —Puedes decirlo de nuevo —.

Con un gemido, me retiro cuidadosamente de ella, observando cómo mi semen sale de su agujero maltratado. La vista me provoca otro impulso de excitación, pero estoy completamente agotado. Por primera vez en mi vida, no creo que pueda hacer que mi polla funcione de nuevo tan pronto.

Agito mi mano, liberando los lazos mágicos que sujetan sus muñecas. Las froto y luego sus hombros, sabiendo que estará adolorida por un tiempo.

—¿Estás bien?— murmuro, hundiendo mis dedos en su espalda para relajar los músculos.

—Sí—.

Le beso el hombro. —Ahora eres mía, Matilda. Me diste tu virginidad anal, y nadie más podrá reclamarla jamás. Me diste un regalo precioso y lo atesoraré, a él y a ti —.

Ella se vuelve para mirarme, sus ojos vidriosos por la mejor cogida de mi vida. —¿Puedes compartirme con Draven, Vex?—

Su pregunta seria no me sorprende. Pensé que lo preguntaría antes. —Sí. ¿Puedes entregarte a nosotros por igual, Matilda?—

—Creo que sí. Si no lo hago, necesitas decírmelo —.

Una suave sonrisa cruza mi rostro, se siente antinatural, pero también adecuada para ella. —Puedo hacer eso —.

Ella asiente, y vuelvo a aliviar sus músculos adoloridos en silencio, sintiéndome como un maldito rey.

LUC

MERODEO AFUERA, MIRANDO FIJAMENTE LA VENTANA OSCURECIDA DONDE LAS ONDAS DE UN SEXO realmente intenso descienden como lluvia a mi alrededor.

—Vaya, vaya, mi dulce. ¿Qué estás tramando?

Su aroma es más potente de lo que he probado antes, incluso cuando estaba cabalgando el miembro de Draven. Me río ante ese pensamiento. Se enfurecerá al descubrir que su pequeño juguete ya ha encontrado un nuevo miembro para rebotar arriba y abajo. Y el de un asistente de profesor, nada menos. Supe que Vex era problemático en el momento en que lo vi en la azotea el otro día. Pero el hecho de que esté acostándose con la chica de mi medio hermano es bastante divertido. Saco la lengua, cubriéndola con el deseo de Matilda. Mi miembro reacciona a ello, pero también lo hace mi alma. La esencia misma de mi ser se agita erráticamente, queriendo obtener un verdadero sabor de ella. Un gemido bajo se me escapa, y me estremezco mientras dejo que el deseo me invada. Hay algo en esta bruja que casi me pone nervioso. Es como si estuviera fingiendo ser esta criatura dulce e inocente, pero detrás de la fachada, es algo completamente diferente. El problema es que no creo que sea un acto. Creo que lo que sea que esté pasando con ella no es obra suya en absoluto. Alguien está jugando con ella, y está suprimiendo su capacidad para expresar su poder como debería. Pienso en la pesadilla en la que me vi arrastrado inadvertidamente. Ese brujo tiene algo que ver con ello. Necesito llevarla de vuelta a ese lugar para aprender más. Ella no hablará conmigo. No confía en mí. Lo cual no debería. Además, no le he dado ninguna razón para confiar en mí.

Me deslizo de vuelta a la sombra de un roble antiguo cuando Matilda aparece en la puerta del edificio. Está rígida por una buena sesión de sexo, pero sonríe y cruza el patio, desapareciendo en nuestro edificio de residencia. La sigo a distancia, y ella parece ajena a mi presencia. Observo cómo va a su habitación y se desliza dentro, cerrando la puerta tras ella, pero sabe que eso no me detendrá.

Entro silenciosamente en mi habitación contigua a la suya y espero pacientemente, tumbado en la cama y mirando al techo.

Después de unos diez minutos, siento que su energía disminuye, y sonrío, cerrando los ojos y entrando en sus sueños tan fácilmente como respirar.

El paisaje a mi alrededor parpadea y cambia, finalmente asentándose en un bosque brumoso. Árboles oscuros se alzan sobre mí, sus ramas extendiéndose como dedos nudosos. Puedo sentir la presencia de Matilda cerca, su energía pulsando como un faro.

Mientras me muevo entre los árboles, capto vislumbres de ella. Está corriendo, esquivando entre los troncos, siempre fuera de mi alcance.

—No puedes esconderte de mí, dulce bruja —grito, mi voz haciendo eco de manera

antinatural en el paisaje onírico—. No aquí.

Escucho su brusca inhalación y sonrío. Está cerca.

Rodeando un roble enorme, finalmente la veo. Está presionada contra el tronco, su pecho agitándose mientras trata de recuperar el aliento. Sus ojos azules se abren de par en par cuando me ve.

—Luc —jadea, sus ojos moviéndose erráticamente de izquierda a derecha—. ¿Eres tú?

—Soy yo.

Ella parpadea rápidamente.

—No, eso me estaba persiguiendo.

Inclino la cabeza.

—Soy el único aquí.

—No —dice, sacudiendo la cabeza—. Hay alguien más. Es él.

—¿Él quién? ¿El brujo de antes?

Ella grita, y en un instante, estamos en una extraña habitación, con vistas a un vecindario de aspecto normal. Entrecierro los ojos mientras Matilda, vestida con una falda corta, retrocede, chocando contra la cama doble donde una niña está durmiendo.

—¿Matilda? —pregunto, preocupado, ya que la situación se ha vuelto real, y no me gusta nada hacia dónde se dirige esto. Doy un paso adelante, pero la puerta se abre de golpe, y el maldito brujo de su pesadilla anterior entra a zancadas.

—Vamos, Tilly-niña. De rodillas. —Alcanza su cinturón, y yo gruño.

Él no me oye. De alguna manera, no soy parte de este paisaje onírico. Solo estoy aquí, presenciando esta mierda, incapaz de afectarla.

Se dirige hacia Matilda, y la niña se sienta en la cama riendo. Es maliciosa y espeluznante como el infierno. La miro con furia. ¿Quién demonios es ella? Desaparece, gracias a Dios, y me enfoco en Matilda de nuevo.

—¡No! —grita Matilda mientras el brujo agarra su cabello y la obliga a ponerse de rodillas. Empuja su miembro en su boca y la folla brutalmente.

—¿Qué mierda depravada es esta? —digo entre dientes, lanzándome hacia el brujo, pero mis manos lo atraviesan.

Los ojos de Matilda están abiertos de terror y desesperación, pero no lucha. Las lágrimas corren por sus mejillas mientras se ahoga con su miembro. El brujo gime de placer, su agarre en su cabello apretándose, tirando de su cabeza más cerca de él. De repente, música fuerte retumba a través de las paredes mientras intento de nuevo alcanzar al brujo. Él gruñe y vacía su semilla en su boca. Al retirarse, cierra su mano sobre su boca y le aprieta la nariz para que no pueda respirar.

—Trágalo, Tilly-niña. Quiero que mi sabor esté en tu boca toda la noche.

Asqueado por esta visión, aprieto la mandíbula y respiro profundamente mientras Matilda traga la semilla de este imbécil. Despierta en mí una rabia que no había sentido en mucho tiempo. Las paredes desaparecen a nuestro alrededor, y veo a otras personas ocupándose de sus asuntos mientras Matilda es violada de esta manera repugnante. Con los ojos entrecerrados, miro de nuevo a Matilda. Ella no puede verme. No tiene idea de que estoy aquí. El brujo la suelta y, con una risa, la deja de rodillas, las lágrimas derramándose de sus ojos mientras una lluvia de fragmentos rotos cae a su alrededor, quedándose atrapados en su cabello y cortando su piel.

—Matilda —digo—. ¿Puedes oírme?

Los ojos llenos de lágrimas de Matilda se fijan en los míos, abriéndose de golpe por la sorpresa cuando finalmente parece registrar mi presencia.

—¿Luc? —se ahoga, su voz ronca.

—Sigo aquí —digo, dando un paso cauteloso hacia ella. El paisaje onírico cambia de nuevo, la opresiva habitación desvaneciéndose para ser reemplazada por un vacío brumoso. Matilda permanece de rodillas, temblando.

—¿Cuánto... cuánto viste? —pregunta, sus mejillas enrojeciendo de vergüenza.

Aprieto la mandíbula, la rabia aún hirviendo bajo la superficie.

—Todo.

Deja escapar un sollozo quebrado, abrazándose a sí misma. —No debías haber visto eso. Nadie debía verlo nunca.

Me arrodillo frente a ella, cuidando de no tocarla. —Matilda. Estas pesadillas son reales, ¿verdad? Recuerdos. —No es una pregunta. Ya sé la respuesta. Su miedo y vergüenza son palpables.

Ella asiente. —Por favor, Luc. Solo vete. Olvida lo que viste.

—Nunca —gruño—. Haré que pague por lo que ha hecho. Todos ellos.

—¡No! Solo vete. Olvida todo.

—Ni de coña, dulce bruja. Nadie te trata así y se sale con la suya.

Me mira furiosa, sus lágrimas desapareciendo mientras se pone de pie. —Esto no es asunto tuyo —sisea—. Estás violando mis sueños. Lárgate.

—No.

—¡Lárgate de una puta vez! —me grita y golpea mi pecho con sus manos.

Salgo disparado a través del vacío para aterrizar de culo en medio de su dormitorio. Ella se incorpora de repente en la cama y me mira fijamente.

Los ojos de Matilda arden de furia mientras me fulmina con la mirada desde su cama. —¿Qué demonios estás haciendo, Luc?

—Intentando ayudarte —escupo, poniéndome de pie.

—¿Ayudarme? ¿Ayudarme? ¿Invadiendo mis sueños?

No tengo respuesta para ella.

Deja escapar una risa dolida. —No puedes ayudarme. Nadie puede. No tenías derecho a ver lo que viste. Es algo con lo que debo lidiar yo sola.

—Oh, no lo creo, Matilda. Puede que haya descubierto esto de una manera poco convencional, pero lo sé, y me aseguraré de que paguen por lo que te han hecho.

—¿Por qué? ¿Por qué te importa?

—¿Que por qué me importa? Porque... porque... —Nos fulminamos con la mirada cuando, por primera vez en mi vida, me quedo sin palabras.

Su labio inferior tiembla mientras se aferra a su control con todas sus fuerzas.

—No tienes que ser fuerte, Matilda.

—Sí, tengo que serlo, porque si no lo soy, me quebraré, y no puedo dejar que esta mierda me quiebre. No lo permitiré. ¡Soy mejor que eso!

Todo se ralentiza.

El mundo podría derrumbarse a mi alrededor y ni siquiera lo notaría porque me enamoro perdidamente de esta mujer que ni siquiera me da la hora.

Nuestras miradas se encuentran; la suya furiosa conmigo, la mía sorprendida por mis sentimientos hacia ella.

—Joder —murmuro y salgo de su habitación en una explosión de fuego infernal. Si me hubiera quedado, me habría abalanzado sobre ella y la habría devorado completamente, poseído su cuerpo y alma, y eso no me hace mejor que ese cabrón de sus pesadillas.

Ella se merece algo mejor que eso. Se merece algo mejor que yo, y para ser sincero, se merece algo mejor que Draven, que es tan malo como yo, solo que más insidioso al respecto. —Joder —murmuro y me siento en la cama, conmocionado por los eventos de los últimos minutos —. Joder, joder, joder.

MATILDA

—¡MALDITO SEAS! —SISEO, HUNDIENDO LAS MANOS EN MI CABELLO Y MIRANDO CON FURIA EL lugar donde Luc estaba hace solo unos momentos. El olor a cenizas y azufre impregna el aire, recordándome quién y qué es él.

Me desplomo de nuevo en la cama, mi mente dando vueltas por todo lo que acaba de suceder. Luc lo vio todo en alta definición, y ahora lo sabe. Una cosa es aludir a los hechos, pero que alguien lo vea justo frente a ellos me llena de vergüenza y rabia, haciéndome sentir enferma.

La temperatura de la habitación baja varios grados, y tiemblo, sentándome, frunciendo el ceño mientras se forma hielo en el interior de la ventana. Lentamente, aparece una mujer. Rubia y hermosa, está vestida con un traje de seda azul hielo que cae hasta sus pies. Sus ojos se fijan en mí con una mirada inquisitiva antes de que sonría.

—Matilda, ¿verdad?

Asiento, preguntándome si debería gritar pidiendo ayuda.

—Está bien —dice ella—. No voy a hacerte daño. Solo quiero hablar.

—¿Quién demonios eres? —espeto, enfadándome porque todos invaden mi privacidad como les parece.

—Perdóname —dice—. Mi nombre es Xavier. Soy la madre de Draven y Luc.

—El Diablo —murmuro, con los ojos muy abiertos, pero entonces recuerdo algo—. ¿No eras pelirroja cuando dejaste a Luc el otro día?

—Otra madre.

—¡Oh! —digo, sintiéndome estúpida como el infierno—. Sí, por supuesto. Draven te mencionó.

—¿Qué dijo? —pregunta ella con ligereza.

—No demasiado. No es muy dado a abrirse.

—¿Qué tan bien lo conoces?

Mis mejillas arden como el fuego del infierno ante su pregunta indiscreta. —No demasiado bien.

—¿Sabes sobre su rivalidad con Luc?

Asiento lentamente.

—Tienes una oportunidad única aquí, Matilda.

—¿Para hacer qué?

—Algo que toda nuestra familia ha sido incapaz de lograr.

—¿Que es?

—Unir a los hermanos. Ambos te desean.

—¿Cómo sabes eso?

—He estado observando.

Me lamo los labios. —¿Me has estado espiando?

—No, puedo ver todo desde el Infierno.

Eso inunda mis venas de miedo. —Uhm...

—No te preocupes, no es algo que tome a la ligera, ni estoy entrometiéndome en tu vida, Matilda. Mi preocupación está con los chicos.

—¿Qué se supone que debo hacer al respecto?

Mi pregunta franca la hace sonreír. Es una sonrisa helada y llena de algo que no puedo identificar del todo. Es absolutamente hermosa y terriblemente aterradora. Quienquiera que sea *allá abajo*, tiene que ser alguien realmente alto en la jerarquía.

—Tienes la capacidad de romperlos completamente o unirlos, Matilda. Elige sabiamente.

—¿Qué significa eso?

—Sé que harás lo correcto.

—¿Cómo?

—No quieres que dos de tus amantes estén enfrentados, niña. Créeme. Nunca termina bien.

—Amantes —murmuro con voz ronca—. Luc y yo no somos...

—Lo serán.

Parpadeo. —¿Quién eres exactamente?

—¿Draven no te lo dijo?

Niego con la cabeza. —No ha dicho mucho excepto sobre su madre. Su madre *biológica*.

—Soy el Jinete de la Pestilencia —dice y luego desaparece, dejando tras de sí un rastro de azufre.

—¿Pestilencia? —suelto aunque ya se ha ido—. ¿Qué demonios? —Esa familia está más jodida de lo que podría haber imaginado. Pero ahora me da una curiosidad salvaje por el resto de ellos—. ¡Ugh! —Me dejo caer de nuevo en la cama y cierro los ojos, esperando que todos se mantengan fuera de mis sueños por un tiempo. Necesito dormir.

❄

ME DESPIERTO POR UN ESTRUENDO EN LA HABITACIÓN DE AL LADO, DEL LADO DE LUC, Y ME incorporo de golpe. —¿Realmente quiero saber? —murmuro, pero rápidamente decido que probablemente no. Estirándome, me doy cuenta de que es de mañana y he dormido como un tronco.

Bostezando, me levanto de la cama y me preparo para ir al comedor y a clase. También tengo que tener una conversación con Draven sobre Vex, pero sé lo que le diré. Los quiero juntos. Como una jodida zorra codiciosa, los quiero a ambos al mismo tiempo, todo el tiempo. Me estremezco ante la idea.

Una vez que estoy lo suficientemente lista para enfrentar el día que me espera, me dirijo al comedor. Los eventos de anoche pesan mucho en mi mente. Mi intenso encuentro con Vex, Luc invadiendo mis sueños y la extraña visita de Pestilencia, que no estoy segura si fue amenazante o qué.

El comedor está lleno de actividad cuando llego. Tomo un plato y lo lleno de tocino, huevos y tostadas. Mientras busco un asiento vacío, mis ojos se posan en Draven. Está sentado solo en una mesa en la esquina, sus ojos demasiado azules fijos intensamente en mí.

Mi estómago da un vuelco mientras me dirijo hacia él. Necesito contarle sobre lo que he decidido. No sé por qué estoy tan nerviosa. Él ha dicho que está bien con que vea a Vex y fue él

quien me dijo que tenía que averiguar cómo los quiero.

Pero mi estómago aún da un vuelco cuando me acerco, él me da una sonrisa sexy, relajado y confiado. Desearía que se me contagiara más.

—Hola —digo, deslizándome en el asiento frente a él.

—Buenos días —responde, su mirada recorriéndome—. ¿Dormiste bien?

—Sí, pero fue una noche rara. Aparte de eso, he tomado una decisión.

Él se recuesta, escudriñando mis ojos. —¿Rara, cómo?

—¿No quieres saber sobre mi decisión?

—Eso puede esperar. Esto es más importante. ¿Rara, cómo?

—No importa. He decidido que quiero verlos a ti y a Vex juntos.

Él no dice nada por un minuto, poniéndome aún más nerviosa. ¿Ha cambiado de opinión?

—Bien, ¿Vex sabe sobre esta decisión?

Asiento. —Sé que será extraño, pero no me gusta la idea de mantenerlos separados. No me sienta bien.

Él asiente lentamente. —Lo entiendo. ¿Estás bien después de tu noche rara?

—Estoy bien. No es nada.

Puedo notar que no me cree, pero no estoy segura de querer decirle que su otra madre vino a amenazarme para que los hermanos hicieran las paces, ni lo que dijo sobre Luc convirtiéndose en mi amante. Por suerte para mí, o tal vez no, me salva la aparición del medio íncubo. Se sienta a mi lado con una media sonrisa, pero está llena de cautela.

Los ojos de Draven se entrecierran ligeramente ante la llegada de su medio hermano. Cómo Pestilencia quiere que estos dos hagan las paces, está más allá de mi comprensión. Ni siquiera sé por qué se odian tanto.

—Buenos días, dulce bruja —dice Luc, su tono casual pero sus ojos intensos al encontrarse con los míos—. Draven.

La mandíbula de Draven se tensa, pero responde con un seco asentimiento.

La mirada de Luc taladra la mía, y ahora veo algo diferente. Es más suave, menos intensa y llena de arrogancia. ¿Se compadece de mí después de lo que vio?

Aprieto los dientes y me meto el resto de la comida en la boca antes de ponerme de pie, todavía masticando. —Os veré más tarde —murmuro y desaparezco antes de que alguno de ellos pueda decir una palabra.

Deshago de mis platos, saco mi horario y lo miro con furia, esperando que de alguna manera haya cambiado desde la última vez que lo miré con rabia, pero tristemente, todavía tengo Magia Oscura Avanzada en diez minutos. —Mierda —murmuro y meto el horario en mi mochila. Debería estar emocionada de ver a Vex, pero en su lugar, estoy llena de pavor mientras me acerco al auditorio. Agarro mi colgante y me pregunto si debería quitármelo solo para esta clase. Pero eso es una pendiente resbaladiza, ¿verdad? No conozco mi propio poder, y eso me asusta. Pero también estoy aterrorizada por lo que Vex dijo anoche sobre no dar la talla y ser enviada lejos.

Me detengo fuera de la puerta, mordiéndome el labio. Veo a Vex a través de la entrada, hablando con una chica de pelo oscuro que le está dando todas las señales de coqueteo que puede. Entrecierro los ojos cuando él le sonríe, pero es frío y distante. No está interesado, y eso calma un poco mis nervios. Sé que debería confiar en él, y creo que lo hago, pero todos los demás son enemigos hasta que se demuestre lo contrario.

La chica se echa el pelo sobre el hombro mientras se aleja de él y me pilla merodeando en la entrada. Sonríe con suficiencia, haciéndome saber lo patética que me considera después del

fracaso de ayer y mi posterior huida del resto de la clase.

—Pues que te jodan a ti también —murmuro y alcanzo la parte trasera de mi cuello con manos temblorosas.

En el segundo que lo desabrocho, la mirada de Vex se dispara hacia la mía, seria y lista para saltar. Frunce el ceño cuando me ve. Levanto el colgante para que lo vea antes de meterlo también en mi mochila.

Su expresión cambia al instante, y asiente una vez, dirigiendo su atención al profesor Night, quien me está mirando fijamente mientras me dirijo al pupitre, al frente y en el centro, asustada como el demonio mientras rayos multicolores chispean alrededor de mis dedos, pero al menos ahora tengo una oportunidad.

Al menos, no debería hacer el ridículo... suponiendo que no mate a todos, claro está.

LUC

NOS SENTAMOS EN UN INQUIETANTE SILENCIO. QUIERO SOLTAR LA BOMBA SOBRE VEX A DRAVEN, pero algo me dice que ya lo sabe. Lo cual me enfurece más que cualquier otra cosa en este momento. Así que compartirá a Matilda con un extraño pero no conmigo. No es de extrañar que lo deteste. Aparto con fuerza la palabra 'envidia' que rebota en mi cráneo porque mi mente puede irse al carajo con sus irritantes intentos de arrastrarme a la caja de cosas cerradas, bien compartimentadas y que nunca deben abrirse.

—Que te jodan —le gruño y me pongo de pie.

Me hace un gesto obsceno con el dedo, pero lo ignoro. Estoy que echo humo, y él puede irse a la mierda.

Atravesando el comedor a grandes zancadas, salgo al frío y tiemblo, ciñéndome más el abrigo negro de cachemir. Es una de las cosas que no me gustan de la Tierra. En el Infierno, sabes lo que te espera. Calor. Eso es todo. No hay otra temperatura excepto la abrasadora. Aquí, incluso en este plano paranormal de existencia, la temperatura fluctúa como loca. Más aún en esta diminuta isla que llaman Gran Bretaña. Olvidándome de Draven y Vex tanto como puedo, aunque Matilda nunca está lejos de mis pensamientos, cruzo el patio y llego al edificio que alberga la clase magistral de Magia de Fuego. No tengo nada que aprender aquí, ni siquiera sé por qué me han enviado a esta Academia. Aún. Descubriré qué razón tiene mi madre para esta farsa, pero mientras tanto, tengo que dar la cara, o Blackthorn me delatará y me las veré negras. No, gracias. Ya he pasado por eso demasiadas veces y no dejaré que esta Academia sea la causa de otro enfrentamiento con el Diablo. Un enfrentamiento que perderé pero que pelearé de todos modos. Es simplemente quien soy. Nunca retroceder. Nunca. Si retrocedes en el Infierno, estás muerto. Es así de simple. No es que mamá me fuera a matar, pero es una lección de vida que se puede aplicar ampliamente y que nunca debe olvidarse.

Al entrar en el aula de Magia de Fuego, la temperatura sube notablemente, y me relajo, sintiéndome más en mi elemento aquí que en cualquier otro lugar de esta Academia. Los otros estudiantes ya están reunidos, sus rostros sonrojados por el calor. La profesora Ignis está de pie al frente, su cabello rojo fuego parpadea como una llama viva.

—Ah, Luc —dice, entrecerrando ligeramente los ojos—. Qué bueno que te unas a nosotros.

Le dedico una sonrisa perezosa mientras me dirijo a un asiento vacío y me desplomo en él.

—No me lo perdería por nada del mundo, profesora.

Frunce los labios, claramente sin creer mi actuación, pero sus ojos destellan con algo parecido al peligro, y eso despierta mi interés.

—Hoy trabajaremos en el control del Fuego Infernal.

Una ola de emoción recorre la clase. El Fuego Infernal es notoriamente difícil de dominar,

incluso para aquellos con afinidad por la magia de fuego. Para mí, es tan natural como respirar.

—Ahora sí que hablamos —murmuro, sentándome un poco más erguido.

La profesora Ignis comienza a demostrar la técnica adecuada para invocar y dirigir el Fuego Infernal. La ignoro, mis pensamientos vuelven a Matilda. El recuerdo de su pesadilla aún me persigue. El miedo en sus ojos, la vergüenza de su abuso. La vengaré. Pero hay un momento y un lugar. Mientras Matilda esté a salvo aquí, tengo tiempo para tramar y planear.

—¡Luc! —la voz aguda de la profesora Ignis me devuelve a la realidad—. ¿Quizás te gustaría hacer una demostración para la clase?

Me pongo de pie.

—Claro.

Casi sin pensarlo, invoco una bola de Fuego Infernal en mi palma. Los otros estudiantes jadean mientras el orbe de llamas encerrado en negro baila por mi palma.

—¿Qué demonios? —suelta un estudiante, no sé su nombre—. Se ve totalmente diferente al de la profe.

—Se siente diferente, también —digo, disfrutando este repentino momento de enseñanza—. Lo que pasa con el Fuego Infernal es que tiene niveles. Lo que ven aquí... —hago rebotar el orbe en mi palma—, ...es una jerarquía, amigos míos. Solo hay un nivel por encima de lo que yo puedo hacer, y ese pertenece a mi madre y solo a ella.

—¿Quién es tu madre? —pregunta una chica, arrugando la nariz. Claramente es la única persona en la habitación que no sabe quién soy.

Dejo que mis ojos se vuelvan negros por un momento, asustándola de muerte.

—El Diablo, por supuesto.

—Dioses —murmura, con los ojos abiertos de pánico.

—Bando equivocado —digo, extinguiendo el orbe al cerrar mi palma.

La profesora Ignis se aclara la garganta.

—Gracias por esa esclarecedora demostración, Luc. Quizás la próxima vez podrías ceñirte al plan de la lección. Pero como el resto de ustedes puede ver, el Fuego Infernal se manifiesta de manera diferente dependiendo del poder y linaje del que lo maneja.

Me encojo de hombros y vuelvo a mi asiento, ignorando los susurros y miradas de mis compañeros.

Escucho a medias mientras la profesora Ignis da una conferencia sobre los puntos más finos del control del Fuego Infernal, pero mi mente sigue volviendo a Matilda.

Cuando la clase termina y los estudiantes salen, la profesora Ignis me llama.

—Luc, una palabra, por favor.

Me acerco a su escritorio con paso despreocupado, las manos en los bolsillos.

—¿Qué pasa?

Me lanza una mirada severa.

—Sé que solo estás aquí porque tienes que estarlo, pero agradecería que no socavaras mis lecciones.

—No estaba tratando de socavar nada. Usted me pidió que hiciera una demostración. No puedo simplificar mi poder. Así no es como funciona.

—Ese no es el punto —dice, pellizcándose el puente de la nariz—. Estos estudiantes necesitan aprender control, no solo poder bruto. Tus habilidades están más allá de lo que la mayoría de ellos podrán lograr jamás.

—Ese no es mi problema. Entiendo lo que está tratando de decir, pero ¿qué quiere de mí? Si me pide que participe en la clase, soy lo que soy.

La profesora Ignis suspira, su cabello de fuego parpadeando con frustración.

—Lo entiendo, Luc. Pero quizás podrías intentar ser más instructivo cuando hagas demostraciones. Ayuda a los otros estudiantes a entender el proceso, no solo el resultado final.

Considero sus palabras.

—Bien. Intentaré ser más educativo la próxima vez. Pero no estoy aquí para enseñar. Estoy aquí porque tengo que estarlo.

La profesora Ignis deja escapar un profundo suspiro.

—Lo sé. Pero no olvides dónde estás. Esta Academia tiene formas de humillar incluso a los seres más poderosos.

Un escalofrío recorre mi columna a pesar del calor de la habitación.

—¿Ah, sí?

Sonríe, pero la sonrisa no llega a sus ojos.

—Puedes irte.

Salgo del aula, sus palabras resonando en mi mente. Definitivamente hay más en este lugar de lo que parece, y la profesora acaba de asegurarse de que descubra exactamente qué es.

MATILDA

EL PESO SOFOCANTE DE LAS MIRADAS SOBRE MÍ ME ERIZA LA PIEL MIENTRAS ME RETUERZO EN MI asiento al frente de la clase de Magia Oscura Avanzada. Sin la magia del colgante, me siento desnuda y expuesta. Mi magia chisporrotea bajo mi piel, luchando por liberarse después de haber estado enjaulada durante tanto tiempo. Cada respiración que tomo envía chispas de relámpagos arcoíris por mis dedos.

El profesor Night se encuentra al frente de la clase, sus ojos oscuros me taladran con curiosidad y cautela, pero sin un ápice de disculpa después de haberme asustado de muerte y llamarme nombres ayer.

Imbécil.

Vex se apoya en el escritorio a su lado, su expresión indescifrable, pero puedo sentir la tensión en su voz. A pesar de su aliento, sabe lo peligroso que esto podría ser, especialmente en esta clase, especialmente rodeada de personas que vieron mi fracaso ayer.

—Hoy —anuncia el profesor Night—, trabajaremos en canalizar la energía oscura. Esto requiere un control y enfoque precisos. —Su mirada se detiene en mí—. Cualquier pérdida de concentración podría ser catastrófica. Suponiendo que seas capaz de hacer el ejercicio.

Hago una mueca, pero el gruñido bajo de Vex mientras fulmina a Night con la mirada hace que mi piel hormiguee.

Ignoro las risitas y los susurros apagados de los otros estudiantes. Que les den.

Pero entonces me pregunto si he cometido un terrible error. No en quitarme el collar, sino en dejar que la ira se apodere de mí.

Inhalo profundamente y exhalo, tratando de calmarme.

—Matilda —dice el profesor Night, haciéndome saltar—. Ya que estás tan prominentemente ubicada hoy, ¿quizás te gustaría ser la primera en hacer la demostración?

—No creo que sea prudente —interviene Vex, pero Night lo descarta con un gesto.

—Está aquí para aprender —dice Night fríamente, sin apartar los ojos de mí—. Ponte de pie.

Tomo una respiración temblorosa y me levanto. Mis rodillas tiemblan y apoyo la mano en el escritorio para sostenerme. La magia dentro de mí rebota, respondiendo a mi ansiedad. Chispas de arcoíris danzan alrededor de mis manos, pero hay algo diferente en ellas ahora. Son más oscuras, atravesadas por hilos negros.

Vex se acerca a mí, sus ojos azules intensos. —Recuerda lo que practicamos.

Le dirijo una mirada de pánico. No habíamos practicado nada. No realmente. Una sesión explosiva en la biblioteca no cuenta como entrenamiento. Aun así, asiento, tratando de proyectar una confianza que no siento. *Sé como Draven. Sé como Draven...*

—Canaliza la oscuridad dentro de ti —instruye el profesor Night—. Encuentra ese lugar en

tu interior donde habitan tus pensamientos más oscuros y extrae de él.

Cierro los ojos y dejo que sus palabras me envuelvan. *Donde habitan mis pensamientos más oscuros.* ¿Así es como funciona esto? Bueno, Dios sabe que tengo suficientes de ellos. Traigo a mi familia a mi mente. A mi hermana menor, Ellie, cuya crueldad y alegría por mi abuso es demasiado para soportar.

Sin la supresión del colgante, la magia, sea lo que sea realmente, se eleva ansiosa, *demasiado* ansiosa. El aire a mi alrededor se vuelve pesado, crepitando con energía.

—Contrólala —espeta Night—. No dejes que te controle.

Pero es demasiado. Demasiado rápido. El poder me atraviesa como un torbellino, y jadeo cuando abruma mis sentidos. Relámpagos arcoíris explotan de mis manos, oscuros y violentos. Las ventanas se hacen añicos, y los estudiantes se lanzan a cubierto mientras los libros vuelan de los estantes.

—¡Matilda! —la voz de Vex corta a través del caos—. ¡Concéntrate!

Lo intento, pero el poder es salvaje, indómito. Quiere ser libre después de haber estado enjaulado durante tanto tiempo. Sombras oscuras se retuercen a mi alrededor, y siento algo antiguo agitándose en mi sangre. Algo que nunca debió ser contenido.

—Oh, dioses —susurro mientras la oscuridad se eleva—. No puedo detenerlo.

Las sombras se condensan a mi alrededor, tomando forma de criaturas retorcidas que parecen salidas de reinos de pesadilla. Mis compañeros gritan y luchan por llegar a la puerta, pero Night levanta la mano, manteniéndolos en su lugar.

—Déjenme ver de lo que es capaz —dice, sus ojos brillando con una intensidad aterradora.

Vex se acerca más, sus runas brillando de un azul intenso. —Esto no está bien —le gruñe a Night—. Su magia... no es solo oscura. Es algo más.

No puedo distinguirlo. Mi mente ha sido revuelta por el poder que fluye a través de mí. Es salvaje, primordial, elementos que no deberían existir juntos. Los relámpagos arcoíris y negros se arquean por el techo en violentas explosiones.

Las criaturas de sombra bailan a mi alrededor, respondiendo a mi confusión y miedo. Los libros explotan en confeti, los escritorios se astillan y las paredes de piedra se agrietan.

Blackthorn irrumpe en la habitación, pero se detiene en seco cuando su mirada cae sobre mí.

—¡Ayuda! —le grito—. No puedo...

Night levanta las manos, lanzando un hechizo de contención, pero mi poder hace añicos sus restricciones como si estuvieran hechas de cristal. La contragolpe lo hace trastabillar hacia atrás.

—Matilda —dice Vex con urgencia—. Mírame.

Encuentro su mirada, desesperada por un ancla en este caos.

Sus fuertes manos agarran mis hombros, y en lugar de tratar de suprimir mi magia como lo hizo Night, deja que fluya a través de él. La conexión entre nosotros arde como una supernova.

—No luches contra ella —murmura—. Déjala venir. Muéstrales quién eres realmente.

El poder estalla una última vez, y de repente, puedo ver todo a mi alrededor con tanta claridad como el día. Las líneas ley corren bajo la academia, brillando con poder antiguo. La red de magia oscura que conecta a los estudiantes en esta habitación. Y algo más, algo oculto en las profundidades de la escuela que pulsa en respuesta a mi magia.

Las criaturas de sombra giran más y más rápido, azotando mi cabello sobre mis ojos hasta que implosionan con un estruendo atronador. La fuerza de ello hace que todos caigan de rodillas. Cuando el polvo se asienta, el aula está en ruinas, pero yo sigo en pie. Las manos de Vex me sostienen mientras mis piernas amenazan con ceder.

Blackthorn examina los daños, pero con una sonrisa enigmática, desaparece, dejándome para

explicarle a un furioso profesor Night qué demonios acaba de pasar.

El profesor Night se levanta lentamente, su rostro ceniciento. —Clase terminada —dice con voz ronca—. Todos fuera. Excepto tú. —Sus ojos se entrecierran—. Tenemos que discutir lo que acaba de suceder.

Mientras mis compañeros huyen, lanzando miradas aterradas por encima del hombro. La chica de cabello oscuro que vi coqueteando con Vex ya no se ve tan presumida. Eso debería hacerme sentir genial, pero en su lugar, ya estoy buscando el colgante en mi mochila. Es seguridad. Todos están más seguros conmigo usando esto.

—No sé qué pasó —balbuceo—. Nunca antes había accedido a magia como esta.

Vex me arrebata el colgante con un movimiento de cabeza, pero yo lo agarro y me lo vuelvo a poner, sintiendo que todo se asienta de nuevo. Me hace daño, pero es mejor para todos. Antes podría haber herido gravemente a alguien.

Night resopla y me da una charla sobre el uso responsable de la magia oscura, pero lo ignoro, mirando fijamente a Vex mientras él me devuelve la mirada con un atisbo de sonrisa.

En algún lugar en lo profundo, debajo de nosotros, esa antigua presencia que toqué palpita de nuevo, llamando a la magia salvaje en mi sangre.

MATILDA

DESPUÉS DE ACEPTAR CIEGAMENTE TODO LO QUE NIGHT ME ACONSEJÓ HACER, ME APRESURO A salir de Magia Oscura Avanzada, con las manos aún temblándome mientras me alejo del aula. El colgante está frío contra mi pecho. Vex me sigue de cerca, su presencia reconfortante e irritante a la vez. Sé que está decepcionado de que me lo haya vuelto a poner, pero él no vio el terror en los rostros de todos. No sintió lo cerca que estuve de perder completamente el control.

—Vas por el camino equivocado —dice en voz baja—. El entrenamiento de combate es en el Ala Este.

—Vete —murmuro—. No deberías estar cerca de mí.

—Mala suerte. Estoy en la siguiente clase contigo.

Lo miro con disgusto. —¿Entrenamiento de combate para *principiantes*? Lo dudo mucho.

Él se ríe entre dientes. —Vale, me has pillado. Estoy en nivel Maestro, pero ahora necesitas a alguien de tu lado, y ese soy yo. Tengo una hora libre.

—¿Y simplemente te dejarán unirte?

—¿Por qué no? En MistHallow todo se trata de aprender. Estrictamente hablando, puedo ir a cualquier parte y aprender cualquier cosa.

—¿Entonces cómo es que yo no puedo saltarme Magia Oscura Avanzada?

—Tú no eres yo. —Hay presunción en su voz, y quiero golpearlo en la cara.

El colgante pulsa contra mi piel, y lo toco por reflejo. Incluso con él puesto, aún puedo sentir ecos de ese extraño poder que toqué, aún percibo esa cosa antigua debajo de la Academia. El cristal chispea, y lo suelto. ¿Qué tan poderosa es esta maldita cosa si puede contener el tipo de magia que acaba de brotar de mí? Sigue chispeando electricidad, quemándome la piel, y gruño. Me está cabreando. Todo a mi alrededor me está cabreando.

—Está fallando —comenta Vex mientras las puertas de la sala de entrenamiento de combate se alzan ante nosotros.

—¿Qué cosa?

—El colgante.

Empuja las puertas para abrirlas, revelando un espacio que parece más una cámara de tortura medieval que un aula. Armas cubren las paredes, muñecos de entrenamiento están en las esquinas, y gruesas colchonetas cubren el suelo.

La profesora Kane, una mujer alta con el pelo plateado muy corto, arquea una ceja cuando entramos. —Señor Blackwell. ¿Está seguro de que debe estar aquí?

Lo fulmino con la mirada. —¿Blackwell? —siseo. Me dijo que no usaba su apellido, ¿y Blackwell? *Black*well. Joder, tío. ¿Podría ser de dos familias más poderosas?

Él se encoge de hombros y sonríe. —He empezado a coger malos hábitos —dice con

suavidad—. Nunca está de más volver a lo básico.

—En efecto —dice la profesora Kane con tono arrastrado y aplaude. Mi atuendo cambia impresionantemente a ropa de entrenamiento, y dejo caer mi mochila en la esquina—. Muy bien. Formen parejas. Hoy trabajaremos en posturas defensivas. No se permite magia. Esto se trata de sus capacidades físicas.

Antes de que nadie pueda moverse, Vex se coloca a mi lado. Kane arquea una ceja pero no objeta.

—¡Primera posición! —Demuestra una postura defensiva básica—. Pies separados a la altura de los hombros, rodillas ligeramente flexionadas. Se trata de mantener el equilibrio.

Imito su postura, sintiéndome torpe y expuesta. Vex se coloca frente a mí, su postura perfecta porque, por supuesto, lo es.

—Ahora —continúa Kane—, su compañero intentará romper su postura. Recuerden, no se trata de fuerza. Se trata de equilibrio y palanca.

Los ojos azules de Vex brillan. —¿Lista?

—No —gruño, pero él ya se está moviendo.

Su primer empujón es suave, probando. Tambaleo pero me mantengo en pie. El segundo tiene más fuerza, y tengo que dar un paso atrás para no caerme. El colgante chispea con furia.

—Deja de pensar tanto —murmura—. Tu cuerpo sabe qué hacer.

—Mi cuerpo quiere golpearte en la cara.

Él sonríe. —Inténtalo.

Sin pensarlo, ataco. Él bloquea fácilmente, pero algo hace clic dentro de mí. Mi siguiente movimiento es más rápido, más fluido. Cuando empuja de nuevo, cambio mi peso, usando su propio impulso contra él. Tropieza ligeramente, pareciendo sorprendido y complacido.

—¡Muy bien, Matilda! ¿Has hecho esto antes? —grita Kane.

—¡No! —respondo con una sonrisa eufórica. ¡Por fin algo en lo que soy buena! Patear el culo a Vex. Joder. Sí.

—Instintos naturales, muy bien. Ahora, todos, suban el nivel. ¡Quiero ver espaldas golpeando la colchoneta!

—Espera, ¿qué? —balbuceo y luego me agacho bajo el repentino golpe de Vex. Mi cuerpo se mueve más rápido de lo que mi mente puede procesar. El sudor me gotea por la espalda, mis músculos arden, pero hay una especie de alegría salvaje en esto. Sin magia, sin el colgante chispeando contra mi piel. Solo pura respuesta física.

—Mejor —dice, rodeándome—. Pero aún estás telegrafiaando tus movimientos.

—¿Que estoy qué?

Me lo demuestra imitando mi postura. —Mira. ¿Ves cómo tu hombro se tensa antes de golpear? Te está delatando.

Intento golpearlo de nuevo, concentrándome en mantener los hombros relajados. Él bloquea fácilmente.

—Mucho mejor. —Su sonrisa es contagiosa—. Ahora, intenta derribarme.

—¿Qué, como tumbarte de verdad?

—Si puedes.

Finjo ir a la izquierda, luego lanzo mi pierna hacia sus tobillos. Él salta hacia atrás, pero yo ya he cambiado de dirección, usando el impulso para empujar mi hombro contra su pecho. Por una fracción de segundo, creo que lo tengo... pero entonces el mundo gira, y estoy de espaldas en el suelo con él encima de mí, mirando directamente a unos traviesos ojos azules.

—Joder —jadeo.

Vex se levanta con gracia fluida mientras yo me tambaleo para ponerme de pie.

—Ese fue un buen instinto, usar el amago para preparar el placaje. Solo necesitas...

Me ayuda a levantarme, pero esta vez estoy lista. Uso su propio impulso contra él, justo como me mostró antes, y de repente, él es quien golpea la colchoneta.

La expresión de genuina sorpresa en su rostro es mejor que cualquier victoria.

—¡Bien hecho, Matilda! —La voz de Kane corta a través de los sonidos generales de combate—. ¿Alguien vio eso? Es exactamente a lo que me refiero con usar la fuerza de tu oponente contra él.

Todos los ojos se vuelven hacia nosotros, y siento que mis mejillas se calientan.

—Tienes un talento natural para esto. La mayoría de la gente tarda semanas en aprender lo que tú has captado en una clase —dice Vex.

—Tengo rabia. Debe ser lo que me impulsa.

—¿Rabia?

Me encojo de hombros. No voy a entrar en detalles aquí. Él sabe sobre mi familia hasta cierto punto. Puede adivinar, estoy segura.

Cuando la clase termina y salimos, listos para volver a nuestras habitaciones para una ducha rápida antes del almuerzo, el pasillo está lleno de una energía diferente. Los estudiantes se agrupan, con voces bajas pero urgentes.

—¿Qué pasa? —le pregunto a Vex mientras me aleja de los grupos de estudiantes, con el ceño fruncido en su rostro.

—No estoy seguro.

—Blake Sterling ha desaparecido —dice un chico con pequeños cuernos sobresaliendo de su cabeza cuando Vex lo detiene.

—¿Desaparecido? —pregunta Vex.

—Sí. No se le ha visto desde ayer por la mañana.

—Eso no constituye una *desaparición* —dice Vex—. Tiene que estar en algún lugar del recinto.

—Constituye una desaparición cuando todo lo que quedó de su cama fueron sábanas quemadas con una marca de chamuscado con la forma de Blake en el medio.

Mis ojos se abren de par en par mientras Vex dirige su mirada hacia mí.

En las profundidades, esa cosa que temo haber despertado retumba, pero parece que solo yo puedo oírla.

DRAVEN

AL MATERIALIZARME FRENTE A TILLY, SIENTO ALGO EXTRAÑAMENTE CÁLIDO CUANDO ME VE Y sus ojos se iluminan. La agarro por la garganta y la beso, magullando sus labios con la intensidad. Introduzco mi lengua en su boca, dejándola sin aliento. Ella se estremece, y siento un impulso adicional de poder. Sé sin mirar que Vex ha puesto su mano en la parte baja de su espalda, tocando su piel, haciéndola temblar cuando piensa en todas las formas en que los dos podríamos hacerla llegar más fuerte que nunca.

Al separarme, miro fijamente sus grandes ojos azules. —Ese es el beso que deberías haberme dado esta mañana —digo suavemente, demasiado suave, para que tenga que inclinarse.

—Nada te impidió besarme así —jadea ligeramente.

Le doy una media sonrisa que rápidamente se desvanece y miro a Vex. —¿Qué está pasando aquí?

—Un estudiante ha desaparecido en circunstancias extrañas —responde sin actitud, lo que me dice que esto es serio.

—¿Qué tan extrañas?

—Una marca de quemadura en su cama chamuscada como un contorno de tiza, ese tipo de rareza.

Entrecerrando los ojos, respiro profundamente. —Los muertos están bailando —murmuro.

La mirada de Vex se clava en la mía. —¿Qué coño significa eso?

Miro alrededor, pero el pasillo está demasiado lleno. —Aquí no.

Agarrando la mano de Tilly y sujetando la camisa de Vex, nos transporto a un lugar apartado en los terrenos cerca del zoológico.

—Oh —gime Tilly, luciendo ligeramente enferma—. Se siente como si mi alma hubiera sido volteada al revés.

Me río. —Se necesita un poco de acostumbrarse, o eso he oído. ¿Estás bien?

Ella asiente, respirando profundamente y luego frunciendo el ceño ante el alboroto que hacen los animales al otro lado de la valla dentro del zoológico. Los chillidos de las aves, los gruñidos bajos de los gatos salvajes, el parloteo de algún tipo de criatura que hace que mi piel hormiguee, pero no de una buena manera.

Algo anda mal. Los sonidos están agitados, casi frenéticos.

Entonces Tilly se acerca a los recintos, y todo queda en silencio.

Vex y yo intercambiamos una mirada. Él parece complacido de una manera que me intriga. ¿Qué sabe él que yo no? Pero cuando vuelvo a mirar a Tilly, se vuelve más claro.

—Te sienten —murmuro, observándola. Está de pie entre Vex y yo, y una poderosa energía rebota en todas direcciones. Deseo y poder y algo más oscuro—. Tal como sienten la muerte.

—Entonces, ¿qué quisiste decir con que los muertos están bailando? —exige Vex, su mano aún descansando posesivamente en la parte baja de la espalda de Tilly.

Miro con furia su mano, pero no hago nada al respecto. La posesividad que siento por ella se intensifica, pero al mismo tiempo, se siente correcto.

—Exactamente lo que dije. Ha habido un aumento en la energía necromántica. Lo sentí esta mañana pero no pude identificar por qué. Aumentó hace como una hora. Ahora lo sabemos. Alguien está jugando con fuerzas que no debería.

—Podría ser yo —susurra ella.

Mi mirada se dirige rápidamente a la suya. —¿Qué quieres decir?

—Quiere decir que tuvo un inmenso aumento de poder en la clase de Magia Oscura más temprano —dice Vex, acercándose protectoramente a ella.

—¿Qué tan inmenso?

Tilly junta sus manos y luego hace un gesto de explosión.

—Ah, ¿eso fuiste tú? —pregunto con una sonrisa lenta.

Ella asiente. —Fue aterrador. Pero sentí algo en lo profundo. Algo antiguo y salvaje.

Las criaturas permanecen inquietantemente silenciosas, observándonos a través de sus barreras mágicas. Un gato de sombra se acerca a Tilly, su forma etérea ondulando con interés.

—¿Estás diciendo que alguien está levantando a los muertos? —pregunta Tilly, su voz apenas un susurro.

—Intentándolo. Pero lo están haciendo mal. De manera desordenada. ¿Esa marca de quemadura que mencionaste? —Miro a Vex—. Es un intento fallido de un círculo de resurrección. Trabajo de aficionados, pero peligroso.

—¿Blake Sterling?

—Es mi mejor suposición.

—¿Así que este tipo Blake estaba tratando de resucitar gente y falló espectacularmente? —pregunta Tilly.

Una sombra se mueve al borde del zoológico, y los tres nos tensamos. Pero es solo un cuervo aterrizando en la valla con un graznido irritado. La única criatura que parece no verse afectada por la presencia de Tilly.

—La pregunta es por qué —digo—. La magia de resurrección es imposible a menos que tengas el poder adecuado. Si no eres un Nigromante, no puedes hacerlo. Ni correcta ni incorrectamente.

—A menos que estés usando Magia Negra —murmura Vex, sus ojos fijos en los míos.

No pregunto qué sabe él sobre eso. Claramente, mucho. —Sí —digo lentamente, alargándolo —. Pero incluso entonces, lo que crearás serán zombis que ni siquiera pueden hacer nada.

—Eso suena horrible —murmura Tilly.

—Lo es —digo sombríamente, recordando mi primera lección con papá. No salió bien. Los horrores que desaté me acompañarán, probablemente por toda la eternidad. Gracias a Dios, papá pudo deshacer lo que hice. Pero de nuevo, eso no es algo que cualquier idiota pueda hacer. Mucho menos un estudiante—. La muerte tiene una firma. Un aroma. Ahora mismo, está por toda la escuela. Pero está... mal. Retorcido. Como si alguien lo estuviera forzando.

—O en tiempo pasado —murmura Tilly—. ¿Adónde fue Blake si intentó esto y falló?

—Al purgatorio. Pero no del tipo bueno.

—¿Hay un tipo bueno? —pregunta Tilly con el ceño fruncido—. Pensé que era un lugar terrible.

—Es complicado —murmuro, sin querer entrar en la enorme explicación que se necesitaría

para cubrir ese tema.

El cuervo grazna de nuevo, más fuerte esta vez. Tilly salta ligeramente, y tanto Vex como yo nos movemos más cerca instintivamente. El aire se siente cargado entre nosotros, como el momento antes de que caiga un rayo. La niebla se arremolina a nuestro alrededor, más densa que la cubierta perpetua que normalmente nubla este lugar.

—Tenemos que movernos —digo bruscamente, alcanzando a Tilly justo cuando Vex hace lo mismo.

La niebla se espesa con cada segundo que pasa, y hay algo mal en ella. Algo que hace que se me ericen los pelos de la nuca.

Los animales en el zoológico estallan en caos nuevamente, pero esta vez, ni siquiera la presencia de Tilly puede calmarlos.

—Esta no es una niebla natural —dice Vex, con la voz tensa.

—No me digas —murmuro, poniendo a Tilly entre nosotros. La niebla es casi sólida ahora, cortando nuestra visión de todo más allá de unos pocos pies—. Necesitamos volver adentro y resolver esto.

La mano de Vex se desliza desde la parte baja de la espalda de Tilly hasta su cintura, atrayéndola más cerca de él. Su respiración se entrecorta, y puedo sentir cómo su cuerpo responde a él.

—Adentro suena bien —dice ella, con la voz ligeramente entrecortada. Si es por miedo o excitación, no estoy seguro. Tal vez ambos.

—Os transportaré —digo, extendiendo la mano hacia ambos. La tensión chisporrotea entre nosotros, y ya no es solo por la niebla sobrenatural. La química sexual se dispara, y me está haciendo perder el enfoque, ya que todo en lo que puedo pensar es en hundir mi verga en su dulce coño mientras Vex la folla por detrás.

Justo antes de que pueda hacer el movimiento, un chillido penetrante corta la niebla. Suena casi humano, pero está distorsionado y es erróneo.

—Moveos —ordena Vex. El aire se vuelve espeso y pesado, haciendo difícil respirar.

Tilly agarra nuestras manos con fuerza. —Algo se acerca —susurra. El colgante en su garganta pulsa, captando mi atención.

—Adentro. Ahora. —Me concentro, imaginando la seguridad de los muros de la escuela. Pero algo está interfiriendo con mi poder, haciendo más difícil agarrar los hilos de magia necesarios para el transporte.

La niebla se arremolina más cerca, y dentro de ella, se forman figuras. Oscuras. Retorcidas. Erróneas.

—Draven —la voz de Vex contiene una advertencia—. Si vas a hacerlo, hazlo ahora.

Los atraigo a ambos más cerca, canalizando cada onza de poder que puedo reunir. Lo último que veo antes de que desaparezcamos es una mano pálida y extendida emergiendo de la niebla antes de aterrizar en mi dormitorio, donde Luc está holgazaneando en la cama.

MATILDA

MI CABEZA DA VUELTAS MIENTRAS NOS MATERIALIZAMOS EN LA HABITACIÓN DE DRAVEN, LA magia de transporte me deja mareada. Cuando mi visión se aclara, veo a Luc tumbado en la cama de Draven, sosteniendo lo que parece ser un libro antiguo.

—Ya era hora de que aparecieras —dice, mirando a Draven—. Este libro tuyo se ha vuelto loco. —Lo levanta, ignorándome por el momento.

—Toda la academia se ha vuelto loca —interrumpe Draven, avanzando y arrebatando el libro de las manos de Luc—. Esto no es para ti. Alguien ha estado jugando con la nigromancia sin tener ni puta idea de lo que está haciendo.

Eso capta la atención de Luc. Se levanta de la cama y me lanza una mirada cautelosa antes de volverse hacia Draven. Sé que es por lo que vio en mis pesadillas. No sabe cómo mirarme, y mucho menos cómo actuar a mi alrededor. Jodidamente genial. Justo lo que necesito. Un Príncipe del Infierno medio íncubo incómodo que quiere meterse en mis pantalones pero que ahora no tiene idea de cómo hacerlo.

—¿Eso fue lo que causó la oleada que sentí antes? Pensé que era solo la mierda rara habitual de por aquí.

—No —digo, con la voz aún temblorosa por lo que vimos en la niebla—. Algo anda mal. Muy mal. Creo que podría estar relacionado con lo que me pasó en la clase de Magia Oscura.

—¿Qué pasó? —pregunta Luc, pero antes de que pueda responder, el libro en la mano de Draven se abre de golpe. Las páginas revolotean por sí solas, deteniéndose repentinamente en lo que parece ser un mapa.

Vex se inclina. —¿Qué es eso?

—Un mapa de la Academia —murmura Draven, colocando el libro sobre su escritorio. Sus dedos recorren la página amarillenta.

—¿Qué es este libro? —pregunto, acercándome más.

Me muestra la portada. *Nigromancia para el Practicante Maestro*.

—Divertido —murmuro, dirigiéndole una sonrisa—. ¿Es un libro de la academia o tuyo?

—De la academia —murmura—. Me encontró en la biblioteca antes.

—¿Te encontró? —pregunto, sorprendida.

—Pasa —interviene Vex, mirando por encima de mi hombro—. El libro fue atraído por el practicante de Nigromancia más poderoso en el recinto. Estaba buscando a su maestro.

Draven resopla. —Bueno, ¿no es eso dulce? ¿Qué tiene que ver todo esto con este mapa? —Golpea suavemente la página.

—Ahí —Vex señala una sección debajo de lo que parece ser la biblioteca, pero de hace mucho tiempo—. Estos pasajes ya no están ahí. Al menos no a simple vista.

Luc finalmente se acerca, su curiosidad aparentemente superando su incomodidad hacia mí. —Miren estas marcas. Son runas de protección, pero no como las que he visto antes.

—Estas no son solo runas de protección —dice Vex, sus dedos trazando las marcas en la página. Noto que las runas en su pecho brillan tenuemente a través de su camisa, respondiendo a cualquier magia que contenga el libro—. Son runas de atadura. Poderosas. Magia antigua y muy oscura.

—¿Qué tan antigua? —pregunta Draven, observando a Vex atentamente.

—Anterior a la fundación de la Academia. Este lugar fue construido aquí porque es un Nexo de varias magias antiguas y extremadamente poderosas. —Vex se inclina más, su cuerpo presionando contra mi espalda mientras examina el mapa.

—¿Varias magias antiguas y extremadamente poderosas? —susurro—. Eso no suena bien.

—No lo es. Todo eso mezclado podría crear un caldo de cultivo de actividad mágica.

—Mierda.

—¿Ven estas líneas que se cruzan? —continúa Vex, señalándolas—. Son patrones de contención. Sea lo que sea que hay ahí abajo, alguien se tomó muchas molestias para mantenerlo encerrado.

Mi colgante pulsa, y siento una atracción hacia el mapa. —Pero ya no está encerrado, ¿verdad? Eso es lo que estamos sintiendo.

—No —dice Draven sombríamente—. Algo está debilitando las ataduras. Tal vez la nigromancia amateur de Blake las alteró, o...

—O lo que sea que esté ahí abajo está despertando por sí solo, y Blake usó eso como una oportunidad para intentar lo inintentable —termina Vex. Traza otro conjunto de runas, y siento que la magia en ellas responde a su toque—. Estas están fallando. La estructura de poder se está deteriorando. Este libro te necesitaba, específicamente a ti, Draven, para saber lo que está pasando.

—¿Por qué él específicamente? —pregunta Luc, cuidando de mantener su distancia de mí.

—Porque él es el único con el poder de levantar a los muertos y hacer que sean cabrones normales caminando como si nada hubiera pasado —afirma Vex.

Miro fijamente a Draven, quien evita mi mirada. —¿El *único*? —chillo.

Asiente sombríamente. —El único *aquí*. Mi padre más aún, pero él no está aquí.

—No, solo su progenie —dice Vex, dando a Draven una mirada intensa que hace que se me erice el vello de la nuca y me hace preguntarme cuánto sabe sobre los dos Príncipes y su familia.

—Entonces, ¿cómo se llama esta culminación de magias? —pregunta Luc.

Vex se endereza y adopta su pose de maestro. Erguido, más severo y serio que el brujo malicioso y sarcástico que hace que mi sangre hormiguee. —Magia Praxiana. Pura y hambrienta.

—¿Praxiana? —pregunta Luc—. Nunca había oído hablar de ella.

Las runas de Vex brillan con más intensidad mientras explica, su voz tensa por la tensión. —Es, a falta de otro término, Magia de Origen. Es lo que existía antes de la hechicería, antes de que aprendiéramos a moldear la magia en algo controlable. La esencia cruda del poder mismo. Es primordial, es lo primero. —Toma el libro y traza las runas de atadura en el mapa—. Estas fueron creadas para contenerla, para evitar que desestabilizara la magia estructurada en la Academia.

—Y ahora tenemos a alguien jugando con la nigromancia encima de una fuga Praxiana —murmura Draven, con los ojos fijos en el libro—. No es de extrañar que las barreras mágicas estén fallando. Es como arrojar ácido al fuego del infierno.

Las páginas del libro vuelven a revolotear, y siento que algo se agita en el aire a nuestro

alrededor.

—Bien, ¿qué tiene que ver esto conmigo? —pregunto, y tres pares de ojos se vuelven hacia mí con diversos grados de interés, haciéndome sentir menos como una bruja y más como una presa acorralada.

MATILDA

SUS MIRADAS ME PONEN LA PIEL DE GALLINA, PERO ES EL PESO DE MI COLGANTE LO QUE DE repente se siente más pesado. El colgante que me quité en Magia Oscura Avanzada cuando sentí la fuerza de lo que sea que fuera esto.

—Lo sentiste en clase —dice Vex—. Cuando te quitaste eso. —Señala mi garganta. Instintivamente, mi mano va hacia el colgante—. La fuerza praxiana te buscó en el momento en que te lo quitaste.

—Espera —dice Draven—. ¿Qué tiene que ver el collar con todo esto?

Sé que tengo que decírselo. Decírselo a ellos. A él y a Luc. Lo que sea que esté pasando aquí es más grande que mis secretos.

—Suprimieron mi magia. Mi familia ha estado suprimiendo mi magia. Mi hermana mayor me dio esto cuando era más joven. Dijo que era protección contra el abuso de mis padres. Pero no siempre lo he tenido. Creo que tenía diez años cuando me lo dio. Entonces, ¿por qué en ese momento? ¿Y por qué nunca he podido hacer magia correctamente? ¿Ni siquiera antes del colgante?

Luc se mueve incómodo, y sé que está pensando en lo que vio en mis pesadillas. La verdad sobre mi familia. El abuso que no detuvieron. Pero no sabe ni la mitad. Su mirada cae al suelo, incapaz de mirarme directamente.

—Es posible que no pudieras practicar tu magia porque no había pautas. Lo que intentabas hacer no respondía. O eras demasiado joven para ello. O cualquier otra razón. No lo sabemos con seguridad. Cuando tu hermana te lo dio, piensa. ¿Por qué entonces? ¿Pasó algo? —pregunta Vex.

—No fue Janice quien me ató —espeto—. Sí, ella me dio esto, pero no tiene sentido. Ella siempre estuvo de mi lado. Me dijo que viniera aquí. Me dio la oportunidad de escapar. Fueron mis padres. Tuvo que ser así.

—De acuerdo —dice, con las manos en alto—. Pero piensa, chispita. ¿Por qué entonces? Si el abuso ocurría durante toda tu vida, ¿por qué dártelo diez años después?

Lo miro fijamente, con los puños apretados.

—No tengo respuestas para ti. No lo sé.

—Algo debe haber pasado —dice Draven en voz baja, su intensa mirada penetrándome mientras me giro hacia él. Está molesto porque Vex sabía todo esto sobre mí y él no—. Piensa, Tilly. Algún evento obligó a tu familia a encantar un cristal con suficiente magia de atadura para suprimir la tuya, casi extinguiéndola por completo.

—¡No puedo recordar! —grito, de repente abrumada por todo esto—. ¿Vale? No lo sé. ¿Acaso importa?

—Podría —dice Vex.

—Puedo intentar encontrarlo —dice Luc en voz baja—. En tus sueños.

—En mis jodidas pesadillas, querrás decir —escupo.

—Como sea —dice, sin dejarse llevar por mi ira—. Podría ser la única manera. Si ayuda o no a entender este punto caliente bajo la academia, ¿no es mejor saberlo, por si acaso?

Lo miro con el ceño fruncido, pero sé que tiene razón.

—No tengo sueño —digo con insolencia.

Él se ríe.

—Puedo arreglar eso.

Draven le gruñe, pero él levanta una mano.

—Inocentemente, si insistes. Es más aburrido que agotarte con múltiples orgasmos.

—Luc —advierte Draven.

Pero mis ojos están en Vex. Está frunciendo el ceño, mirando a los dos hermanos, probablemente preguntándose qué demonios está pasando.

—Tienes razón —digo, ignorando el gruñido de protesta de Draven—. De acuerdo.

Luc asiente, pero su habitual arrogancia ha desaparecido. Sabe lo que podría ver allí.

—Tendré cuidado —promete.

—Vigilaré a ambos —dice Draven, acercándose—. Me aseguraré de que nada salga mal.

Las runas de Vex pulsan con más brillo.

—Caminar en sueños es peligroso —dice, con la voz tensa—. Especialmente con recuerdos suprimidos. Están suprimidos por una razón.

—Sé lo que hago —le espeta Luc—. He estado en su cabeza antes.

—¿Y cómo resultó eso? —pregunta Vex fríamente, sus ojos parpadeando entre nosotros.

Capto la mirada aguda que Luc le da a Vex. Es territorial, de advertencia y hace que mis entrañas se derritan. Pero no puedo ir por ahí con él. Entre Draven y Pestilencia, tengo suficientes banderas rojas ondeando para evitar caer en ese agujero de conejo.

—Solo hazlo —digo, sentándome en la cama de Draven—. Antes de que cambie de opinión.

Luc se sienta a mi lado, cuidando de mantener espacio entre nosotros.

—Acuéstate —dice suavemente—. Intenta relajarte.

Hago lo que dice, con el corazón acelerado. Draven está de pie al pie de la cama, su presencia es tranquilizadora. Vex se queda donde está, observando con esos ojos intensos, sus runas aún brillando.

—¿Lista? —pregunta Luc, poniéndose a horcajadas sobre mí, pero manteniendo su peso fuera. Trago saliva ante su proximidad, pero asiento. Coloca sus dedos en mis sienes.

Cerrando los ojos, siento su poder lavándome. Es controlado, cuidadoso y jodidamente poderoso. Me siento cálida y excitada. Me retuerzo bajo él y escucho su risa oscura.

—Flota en ese mar, mi dulce. Relájate bajo mi toque, bajo ese calor.

Hago lo que dice y me relajo completamente.

—Piensa en quedarte dormida en una playa de arena blanca después de un sexo loco bajo el cálido sol.

—Luc... —El gruñido de Draven entra en mis pensamientos, pero lo ignoro y me concentro en lo que Luc quiere de mí.

—¿Lo ves, mi dulce?

—Sí —murmuro, pero no estoy segura de si lo dije en voz alta.

—¿Estoy allí contigo? —ronronea.

—Sí.

—Buena chica —murmura, su voz alejándose cada vez más—. Piensa en cuando tenías diez

años. Piensa en tu hermana dándote el colgante.

El mundo se desvanece, y luego la oscuridad me envuelve, y tengo diez años otra vez...

El recuerdo me golpea con fuerza.

—¡Pequeña perra inútil! —Las manos de papá están alrededor de mi garganta. Tengo diez años y soy tan pequeña, mis pies apenas tocan el suelo mientras me clava contra la pared.

No puedo respirar. No puedo pensar.

Mamá está mirando desde la puerta, sonriendo mientras me ve ser castigada.

Algo se rompe dentro de mí ante esa visión. Ella no debería estar feliz. Debería detenerlo. Pero nunca lo hace. Ella suele ser la que más me lastima.

El calor corre por mis venas como un relámpago líquido. El poder explota fuera de mí en una onda de fuerza pura. Papá tropieza hacia atrás, aullando, con las manos humeantes. Las cortinas se prenden fuego mientras caigo al suelo.

—¿Qué has hecho? —La voz de mamá se eleva hasta convertirse en un chillido—. ¡Estúpida zorra!

El dolor explota en mi cabeza cuando mamá me abofetea. Caigo al suelo con fuerza. Me levanta y me tira del pelo con fuerza mientras papá intenta apagar el fuego. Me tira del pelo tan fuerte que siento cómo se me arranca del cuero cabelludo. Me abofetea y me patea, arrastrándome escaleras arriba por el pelo, mi frágil cuerpo golpeando en los escalones uno a uno mientras me sube. Me lanza a mi habitación y cierra la puerta con llave, gritando obscenidades e insultos.

—Matilda —La voz de Luc corta a través de la niebla del recuerdo que había reprimido. No lo recuerdo en absoluto—. ¿Matilda?

El recuerdo cambia a algo que sí conozco. Las manos de Janice tiemblan mientras me abrocha algo alrededor del cuello—. Tienes que llevar esto. Siempre. Nunca te lo quites. Te protegerá de lo peor. Es lo mejor que puedo hacer.

El colgante toca mi piel y-

Vuelvo al presente con un jadeo, las manos de Luc aún en mis sienes. Pero algo más ha vuelto conmigo. Algo que ha estado encerrado desde aquel día, atrapado detrás del poder del colgante.

Y recuerda cómo luchar.

Manchas oscuras bailan en mi visión mientras emerjo del sueño, del recuerdo, pero el poder está ahí ahora, burbujeando bajo la superficie, familiar y extraño. Arde a través de mis venas como aquel día, como fuego líquido buscando liberarse.

Luc respira pesadamente mientras retira sus manos, mirándome con una expresión que casi me destroza.

—Matilda...

—Quítate —digo con voz ronca y lo empujo lejos de mí.

Alcanzo a ver su expresión herida antes de que el colgante arda contra mi piel, tratando de contener lo que está despertando, pero ya no puede hacerlo. El cristal explota, y levanto las manos para proteger mis ojos de la luz cegadora, pero desaparece al segundo siguiente. Bajo las manos y miro alrededor de la habitación.

Las luces parpadean. Los objetos se agitan. Los chicos intentan acercarse, pero no pueden.

El poder empuja todo hacia afuera, creando una barrera de energía pura.

El poder quiere ser liberado. Quiere protegerme como intentó hacer aquel día. Quiere herir a cualquiera que pueda lastimarme.

Y entonces, así sin más, el nivel de poder disminuye. Lo siento filtrándose en mi sangre, mis

huesos, mis músculos, mi alma.

El aire brilla con energía residual mientras todo se asienta. Todo mi cuerpo vibra con poder, pero es diferente ahora. Controlado. Frío. Es como si la magia hubiera encontrado su hogar, fusionándose con cada parte de mí.

Draven se recupera primero, dando un cauteloso paso adelante. La barrera ha desaparecido, pero se mueve como si se acercara a un animal herido.

—¿Tilly?

Flexiono los dedos, viendo pequeñas chispas bailar entre ellos.

—Estoy bien —digo, sorprendida de descubrir que es cierto—. Se ha asentado.

—Asentado no es exactamente la palabra que yo usaría —dice Vex, con sus runas palpitando erráticamente—. Eso probablemente era energía Praxiana pura. Es algo de lo que no tenemos ni puta idea. Es anterior a cualquier cosa escrita.

—Que sepamos —dice Draven, mirando de reojo el libro—. Eso quería que encontráramos algo... solo tenemos que buscar.

Vex asiente, con los ojos aún fijos en mí.

Luc no se ha movido de donde lo empujé, sus ojos oscuros con comprensión.

—Tu magia se desencadenó ese día. ¿Fue... fue esa la peor vez?

Cierro los ojos, recordando la sensación de esa primera oleada de poder y cómo había respondido a mi miedo y rabia.

—Sí, pero te equivocas. La magia no se desencadenó ese día. Sucedió antes. Ahora lo recuerdo. Herí a mi madre. Le prendí fuego al vestido cuando era muy pequeña. Se quemó gravemente. Fue entonces cuando empezaron a tratarme mal. Pensaron que era malvada y que debía ser castigada —trago saliva mientras los recuerdos vuelven a inundarme. Tenía quizás cinco años, si acaso.

—Joder —murmura Luc—. Siento que hayamos tenido que hacerte recordar.

—No, es bueno que lo sepamos —digo, tratando de no dejar que las lágrimas se derramen por mis mejillas. Estoy harta de llorar por ellos.

El poder vibra bajo mi piel, respondiendo a mis turbulentas emociones. Pero esta vez, no lo combato. Esta vez, lo dejo fluir. Me hace estremecer, pero no estoy prendiendo fuego a nada, así que eso es una buena señal.

Por ahora.

LUC

VER CÓMO SE ASIENTA EL PODER DE TILLY ES COMO OBSERVAR UNA TORMENTA ELÉCTRICA contenida en un cuerpo pequeño y caliente. Esa energía cruda que chisporrotea bajo su piel despierta algo primario en mí.

Pero esos recuerdos que desenterramos... No es de extrañar que los hubiera enterrado tan profundamente.

Draven gruñe mientras la temperatura en la habitación cae en picado y el hedor a muerte llega a mi nariz.

Cruzo mi mirada con la suya, viendo la misma rabia asesina que yo siento. Probablemente sea la primera vez que estamos del mismo lado. Una parte de mí quiere ir a cazar a sus padres ahora mismo y mostrarles lo que es la verdadera oscuridad. Pero eso no es lo que Matilda necesita. No ahora.

—Ese colgante —interrumpe Vex mis pensamientos, con la mano en el pecho mientras sus runas brillan intensamente—. Ese hechizo de atadura es una mierda antigua muy seria. No hay manera de que la hermana mayor haya creado eso por su cuenta.

—Estoy de acuerdo —dice Draven.

—Apuesto a que lo tenían listo y esperando desde la primera vez que ella mostró su verdadero poder. Solo estaban esperando el momento perfecto para encerrar a su pequeño problema.

—No —dice Vex—. Esto habría llevado años, si no más, para que unos aficionados lo encantaran. Tratar de atar esta magia praxiana es como intentar amarrar un huracán con un trozo de papel higiénico.

—¿Qué te hace pensar que sus padres no tienen ese tipo de poder?

—¡Disculpen! —grita Matilda por encima de nosotros—. Todavía estoy aquí, joder. Dejen de hablar sobre mí y hablen *conmigo*.

—Lo siento —murmuro.

La atracción de su poder es magnética. Me dan ganas de mostrarle exactamente cómo canalizar esa energía en el mejor orgasmo que jamás haya tenido.

Draven se aclara la garganta, y me doy cuenta de que la he estado devorando con la mirada bastante descaradamente.

Mi frente caliente choca con su frente fría, y crea una tormenta violenta en medio de la habitación, azotando con lluvia y empapándonos a todos hasta los huesos.

—¡Mierda! —grita Matilda y salta de la cama—. ¿Qué coño?

Me echo hacia atrás el pelo mojado con una risa oscura. —No es la primera vez que pasa, y probablemente no será la última.

—Ustedes, imbéciles, necesitan controlarse —gruñe Vex, despegando su camisa pegada de la piel—. Tenemos que centrarnos en lo que esto significa para la situación de la academia. Si el poder de Matilda está vinculado a lo que sea que está debajo...

—No va a pasar —interrumpo, poniéndome entre él y Matilda—. Ella necesita tiempo para controlar esto antes de que la metamos en tu fiesta misteriosa subterránea.

—Puede que no tengamos tiempo —argumenta Vex—. No sabemos qué mierda podría pasar si nos quedamos sentados sin hacer una puta mierda.

Me acerco, dejando que mi poder se eleve lo suficiente para dejar claro mi punto. —Entonces haz tiempo.

—¡Basta! —espeta Matilda—. ¡Basta ya, todos ustedes! ¡No puedo soportar su concurso de meadas ahora mismo! —Se lanza hacia la puerta, y esta se abre de golpe antes de que ella la toque. Su magia ya está trabajando, pasando por alto las protecciones alrededor de MistHallow, haciéndolas brillar con indignación. Gruñe y se precipita por el umbral, conmigo pisándole los talones.

—Matilda, espera. No deberías estar sola. No es seguro.

Ella se da la vuelta, su pelo mojado prácticamente me abofetea la cara. —Oh, ¿pero estoy más segura contigo? ¿Es eso lo que quieres decir?

—Mira, entiendo que estés cabreada y molesta y mil otras emociones que probablemente nunca he oído o experimentado, pero necesito que pienses en esto por un segundo.

—No puedo —jadea y aplasta su espalda contra la pared, luchando por respirar.

Draven y Vex se acercan, pero les lanzo una mirada de advertencia y niego con la cabeza. Demasiados de nosotros acorralándola la están abrumando. Yo llegué primero, así que mala suerte para ellos.

—Puedes —digo, deslizando mi mano por su brazo mientras me muevo justo fuera de su espacio personal—. Puedes hacer esto, Matilda. Puedes controlar este poder. —Bajo mi voz a un tono suave y seductor—. Eres magnífica, Matilda. Puedes hacer cualquier cosa que quieras, y sé que no quieres lastimar a nadie. Quieres controlar este poder.

Ella cierra los ojos con fuerza y asiente rígidamente. Su respiración se calma ligeramente, y me acerco más, aprovechando esta proximidad para obtener algo de ella. Inclinándome más cerca, mis labios rozan su oreja antes de retirarme un poco.

—Dime quién es ese brujo que abusó de ti.

Sus ojos se abren de golpe, y me fulmina con la mirada. —No importa.

—Sí importa porque voy a cazarlo y matarlo. Podría sacar la información de tus sueños, mi dulce, pero esta manera es más fácil para ti.

—No tiene nada que ver contigo. Olvídalo.

Lo llevo al siguiente nivel, dejando que mi calor fluya sobre ella. —No, eso no va a suceder. Dime quién es antes de que te seduzca para que me folles aquí mismo en este pasillo con todos mirando mientras me revelas tus secretos.

—No tienes ese tipo de poder —me desafía—. Puedo resistirme a ti.

—No lo estaba intentando lo suficiente.

Su mirada se fija en la mía, y puede ver que estoy hablando mortalmente en serio. Quiero ese nombre, y haré lo que sea necesario para conseguirlo. —Seducirlo de mí es...

—Lo sé —la interrumpo antes de que termine su comentario mordaz—. Así que dímelo, y podemos evitarlo.

—¿Por qué te importa tanto?

—Porque nadie te trata así y vive.

Su labio inferior tiembla. —¿Por qué?

—¿No es obvio? —pregunto, entrecerrando los ojos—. ¿No ves cuánto te deseo?

—¿Deseo? —susurra con voz ronca—. Solo quieres usarme para vengarte de Draven y agregar otra muesca a tu cabecera. No seré usada. No otra vez. —Empuja con fuerza mi pecho, y tropiezo hacia atrás, pero ella no intenta aniquilarme. Su poder es fuerte, pero no me ve como una amenaza. Conoce mis intenciones, y eso es... interesante, por decir lo menos.

Pero las palabras de Matilda duelen más de lo que me gustaría admitir. ¿Es así realmente como me ve? ¿Solo otro usuario, como todos los demás que la han lastimado? El pensamiento me golpea en el estómago. Fuerte.

—Eso no es cierto —gruño, agarrando su muñeca mientras intenta pasar junto a mí—. Eres más que una simple conquista o una forma de molestar a Draven.

Sus ojos azules destellan peligrosamente. —Suéltame, Luc.

—No hasta que me escuches —insisto, aflojando mi agarre pero sin soltarla por completo—. Sé que la mayor parte del tiempo parezco un imbécil arrogante. Es más fácil así. Más seguro. Pero contigo... —Me detengo, luchando por encontrar las palabras adecuadas.

—¿Conmigo, qué? —exige.

Tomo una respiración profunda. —Contigo, quiero más. Quiero que veas detrás de los muros, y eso me asusta como la mierda.

La sorpresa parpadea en su rostro, seguida rápidamente por la sospecha. —Más palabras bonitas para manipularme —dice con tanto desprecio que lo siento en mi alma.

—Te equivocas, mi dulce. Si me conocieras, sabrías que nunca bajaría mis defensas para meterme en los pantalones de alguien.

—Porque no lo necesitas. Con un solo parpadeo de esos ojos oscuros y profundos, se quitarán las bragas más rápido de lo que puedes pestañear —sisea.

—Excepto contigo.

Ella se burla, pero puedo ver la incertidumbre en sus ojos. —¿Por qué debería creerte?

—Porque te estoy diciendo la verdad. Sí, te deseo. Pero no solo por sexo, no solo para usarte para enfadar a Draven. Te quiero toda, Matilda. Tu fuego, tu fuerza, tu vulnerabilidad. Quiero protegerte, ayudarte a liberar todo tu potencial.

Sus ojos escudriñan los míos, buscando cualquier indicio de engaño. Dejo que vea todo lo que estoy sintiendo. Mi deseo, mi ira hacia aquellos que la lastimaron, mis crecientes sentimientos que apenas puedo comprender yo mismo.

—No sé si puedo confiar en ti —susurra.

—Entonces déjame ganarme tu confianza —respondo, extendiendo la mano para apartar un mechón de cabello mojado de su rostro—. Empezando por ocuparme de ese brujo que te hizo daño.

Ella tiembla ante mi toque pero no se aparta. Envuelvo suavemente mi mano alrededor de su garganta, y ella se estremece cuando mi calor natural se filtra en su piel fría. —Dime su nombre, mi dulce, y te vengaré.

—S-Stryker —balbucea—. No sé su apellido.

—No lo necesito —digo, dando un paso atrás—. Es un brujo muerto caminando.

Me doy la vuelta para irme, pero ella me sorprende agarrando mi mano. —Luc, espera.

Mirando fijamente sus ojos, espero.

Ella vacila, bajando la mirada al suelo. —No puedo hacer esto contigo —susurra—. No a menos que Draven diga que está bien.

Trago saliva ante su honestidad y acuno su rostro, atrayéndola más cerca de mí. No tengo

idea si Draven y Vex siguen observando algo de esto o si se retiraron. Mis sentidos están completamente enfocados en la bruja frente a mí. —¿Pero me deseas?

Ella asiente.

—Eres mía, Matilda, estemos juntos o no. Mi madre lo sabe. Lo supo tan pronto como te miró.

Sus ojos vuelven a los míos. —¿Qué?

—El día que llegamos. Vi cómo te miraba. Ella sabe que eres especial. Sabe que estás destinada a estar con sus hijos.

—Por favor, Luc, no...

—¿Qué? ¿No decirte la verdad? ¿No decirte que te necesito? ¿Que te anhelo? ¿Que mis pensamientos están en ti cada segundo del día? ¿Que significas más para mí en los últimos días que cualquier otra persona en veintiún años? No puedo hacer eso, Tilly. —Sus ojos se abren de par en par cuando acorto su nombre. Sale de mi lengua, y tengo que decirlo de nuevo—. Tilly.

—Basta, Luc. No puedo.

—Sí puedes.

Mi cabeza gira bruscamente al oír la voz de Draven. Me está mirando como si nunca me hubiera visto antes, y probablemente sea cierto. Nunca me ha visto así antes. Nadie lo ha hecho. Ni siquiera yo, porque nunca había sucedido antes. Ninguna criatura me ha afectado de esta manera.

—Draven —dice Tilly.

Él se da la vuelta y vuelve a zancadas a su habitación, dejando a Vex mirándome con furia, pero luego su expresión se suaviza cuando dirige su mirada a Tilly. Hay algún tipo de comunicación no verbal entre ellos, y luego él asiente y sigue a Draven.

—Yo... —Tilly se vuelve hacia mí y suspira—. Esto no significa...

—Lo sé. Me ganaré mi lugar a tu lado, mi dulce. —Beso su nariz y luego me desvanezco en llamas, necesitando alejarme de ella antes de cumplir mi amenaza y devorarla en el pasillo para que todos puedan ver que es mía.

Aterrizo junto a Draven en su habitación.

—¿Qué demonios es esto? —pregunto, toda arrogancia desaparecida en mi búsqueda de la verdad—. ¿Qué demonios estás haciendo?

Él niega con la cabeza. —Ella no es mía, Luc. Nunca lo fue. Es *nuestra*. Nuestro destino.

—¿Y yo? —arrastra las palabras Vex—. ¿Dónde encajo en esto?

—Donde ella quiera que estés —murmuro, incapaz de apartar los ojos de los de Draven. Algo encaja entre nosotros que nunca antes había estado allí. ¿Una tregua? ¿La realización de que inevitablemente nos hemos enamorado de la misma mujer? ¿El conocimiento de que no puedes joder con el destino por mucho que lo intentes? ¿Todo lo anterior?

El silencio cae, y entonces un ruido chirriante que llena mi alma de pavor resuena por el pasillo, y los ojos de Draven se ensanchan.

—¡Mierda! —exclama—. ¿Es eso?

—Un Araxi —respiro y me lanzo al corredor con Draven justo detrás de mí.

MATILDA

GRITO CUANDO UNA PEQUEÑA CRIATURA SALTA SOBRE MI PECHO, CHILLANDO MANIÁTICAMENTE mientras yo chillo en su cara. Tiene una pequeña cabeza de león, completa con melena, el cuerpo de un duende y una boca llena de dientes tan afilados como cuchillas.

—¡Mierda! —exclamo mientras sus diminutas garras rasgan mi camiseta al aferrarse a mí—. ¡Mierda!

—¡Tilly! —dice Draven—. Mantén la calma. No te muevas.

—¡Fácil decirlo para ti! ¡Tú no tienes un animal enloquecido pegado! ¡Quítamelo de encima!

Intento electrocutarlo con mi magia recién despertada, pero no pasa nada. Típico. Tan pronto como la necesito, me abandona.

—Cálmate —murmura Draven, acercándose—. No lo asustes.

—¿Asustarlo a *él*? —gruño.

—¿Qué demonios es esa cosa? —pregunta Vex, mirándolo con un interés académico que sería sexy como el infierno, si no estuviera aterrorizada de que esta cosa me vaya a comer viva.

—Un Araxi —dice Luc, acercándose a mi lado con una red mágica, listo para capturar al maldito bicho.

—Eso no significa absolutamente nada para mí —espeto mientras la criatura mete su cabeza bajo mi barbilla y se acurruca contra mí, ahora chillando suavemente, casi como si estuviera contento. Me echo hacia atrás todo lo que puedo, pero dado que está pegado a mí, no puedo exactamente alejarme de él.

—Es un monstruo de las Tierras Baldías —explica Draven, acercándose lentamente, demasiado lentamente, al Araxi por detrás.

—¿Monstruo? —susurro, conteniendo un resoplido—. Es diminuto.

Luc me lanza una mirada irónica. —Se come a sus víctimas vivas, arrancándoles la carne de los huesos en cuestión de segundos. Normalmente, viajan en manadas y nunca fuera de las Tierras Baldías.

—Entonces, ¿qué demonios hace pegado a Tilly? —pregunta Vex.

—¿Manadas? —jadeo mientras un nuevo pánico me golpea—. ¿No deberíamos centrarnos en la parte de la manada?

—¿Dónde están las Tierras Baldías? —pregunta Vex, enderezándose.

—Es una dimensión infernal justo al lado del Infierno —murmura Draven, extendiendo lentamente sus manos.

De repente, el Araxi gira su cabeza completamente como un búho y chasquea sus mandíbulas hacia Draven, quien retrocede más rápido de lo que yo llamaría "varonil".

—Si *tú* le tienes miedo a esta cosa, entonces necesitas quitármela de encima —digo entre

dientes.

—Es inmune a nuestros poderes —murmura Luc, sonando casi avergonzado por ese hecho.

—Genial —murmuro, pero el Araxi se acomoda de nuevo, acurrucándose en mi pecho y ronroneando con su cabeza bajo mi barbilla otra vez.

—Creo que le gustas —afirma Vex, más ecuánime sobre esta cosa que los Príncipes—. No creo que tengamos que preocuparnos.

—Dos cosas, *colega* —espeta Luc—. Primero, a ese monstruo no le gusta la gente, y segundo, no debería estar en esta dimensión.

—Entonces debe haber venido por Tilly —dice Vex razonablemente.

—Es un explorador —murmura Draven—. Solo los exploradores viajan solos.

—Lo que significa —traga saliva Luc, y yo me río abiertamente de su terror y sus sentimientos al respecto—, que la manada está en camino.

Todos nos giramos para mirar el pasillo, pero nada más aparece.

—Señorita Matilda —resuena la voz de Blackthorn en la dirección opuesta, así que todos nos giramos para mirarlo ahora—. Parece que ha encontrado a su familiar.

—¿Eh? —murmuro mientras la profesora Fauna se apresura a su lado.

—¡En efecto! —dice ella—. Y qué magnífica criatura. De las Tierras Baldías, creo. Una vista rara por aquí.

—¿Cómo saben que es mi familiar? —croajo.

—Te ha elegido y se ha vinculado contigo —dice Blackthorn, examinándolo de cerca como lo había hecho Vex.

El Araxi le sisea, y él retrocede rápidamente.

—Muy protector. Extraordinario.

—Aterrador como el demonio, querrás decir —murmura Luc.

—Cuide su lenguaje, señor Luc —lo reprende Blackthorn con una mirada severa.

No puedo creer lo que estoy oyendo. ¿Se supone que este pequeño terror es mi familiar? La criatura se acurruca más profundamente en mi cuello, intensificando su ronroneo. A pesar de mi miedo inicial, me relajo ligeramente. Miro hacia abajo al Araxi, su melena de león haciéndome cosquillas en la barbilla. —¿Esto significa que estoy atrapada con él?

—Él —corrige Blackthorn—. Y sí, el vínculo es de por vida. Aunque debo decir que nunca había oído hablar de un Araxi vinculándose con nada antes. Fascinante. Absolutamente fascinante.

Luc se acerca, mirando a la criatura con cautela. —¿Pero qué hay de la manada? Si este es un explorador...

—No es un explorador —nos asegura Fauna—. Este pequeño se separó de la manada para venir a Matilda. —Extiende la mano vacilante y pasa el dorso de su dedo por su cabeza. Él responde intentando morderle los dedos sin mucho entusiasmo.

—Acaríciele, señorita Matilda —insta Blackthorn—. Veamos cómo responde a usted.

Lo miro fijamente. —Si me muerde los dedos, lo culparé a usted.

Él se ríe. —Anotado.

Con vacilación, alzo la mano para acariciar la pequeña cabeza de león del Araxi. Su pelaje es sorprendentemente suave, y se inclina hacia mi toque, ronroneando aún más fuerte. Una calidez se extiende por mi pecho, y siento que se forma una conexión entre nosotros.

—Le gusta usted —dice Fauna, sonriendo—. ¿Cómo lo va a llamar?

Miro fijamente a la criatura. A pesar de su temible reputación, hay algo extrañamente adorable en él. —No estoy segura. Tendré que pensarlo. ¿A menos que ya tengas un nombre? —

le pregunto. Él me devuelve la mirada, pero no obtengo nada, así que me encojo de hombros—. Supongo que tendremos que encontrar algo adecuado, pero mientras tanto, ¿alguien puede explicarme exactamente qué se supone que debe hacer un Araxi como familiar? ¿Además de potencialmente comerme viva?

Los ojos de Fauna se iluminan con emoción académica. —Los Araxi son conocidos por su ferocidad y lealtad. Son increíblemente protectores con los suyos. Como familiar, la defenderá contra cualquier amenaza, mágica o física.

—Usted, señorita Matilda, es ahora su manada —añade Blackthorn.

—Genial —murmura Luc—. Un guardaespaldas del tamaño de una pinta con dientes afilados como navajas.

El Araxi le sisea, y Luc da un paso atrás. Me río, y él me lanza una mirada asesina.

—También mejorará sus habilidades mágicas —añade Blackthorn lentamente, con los ojos entrecerrados hacia mí—. Aunque de qué manera, no estoy completamente seguro. Esto no tiene precedentes.

Draven se acerca más, con los ojos fijos en la criatura con cautela, pero extiende la mano lentamente para intentar acariciarlo. Sin embargo, el Araxi no está de humor y se lo hace saber a Draven.

—¿Crecerá? —pregunto.

—No —dice Draven, retirando su mano—. Ese es su tamaño máximo.

—Bueno, eso es algo, supongo. No puedo dejarlo suelto por la academia; podría comerse a alguien. Y eso plantea la pregunta de qué debo darle de comer.

—Un filete sangriento debería bastar —refunfuña Luc.

—Estoy de acuerdo —dice Blackthorn—. En cuanto a dejarlo suelto, tendrás que ordenarle que no se coma a nadie.

—¿Así de simple?

Él se encoge de hombros.

—¡Eso no es muy tranquilizador!

—Inténtalo.

Dudo, pero luego me aclaro la garganta. —Oye, Araxi. No quiero que te comas a nadie, ¿de acuerdo? Te daré de comer filete crudo.

Él me chilla y se acurruca contra mi pecho de nuevo.

—¿Eso es un sí?

—Yo diría que sí —dice Blackthorn—. Solo no olvide alimentarlo, ¿eh, señorita Matilda?

Con los ojos muy abiertos, asiento. —No lo haré.

El Araxi se acurruca más profundamente en mi pecho, sus diminutas garras pinchando a través de mi camisa. Hago una mueca, pero no lo aparto, temerosa de enfadarlo.

—Entonces, um, ¿qué hago con él ahora? —pregunto, mirando entre Blackthorn y Fauna.

Fauna me sonríe radiante. —¡Crear un vínculo con él, por supuesto! Pasen tiempo conociéndose. Los familiares están profundamente conectados con sus brujas. Él aprenderá a entender tus necesidades y deseos, y tú aprenderás a interpretar su comportamiento.

—De acuerdo —murmuro, mirando hacia abajo a la criatura. Sus ojos dorados me miran fijamente, llenos de una inteligencia que no había notado antes—. Supongo que tenemos que crear un vínculo, pequeño.

El Araxi chirría felizmente, frotando mi barbilla.

—Quizás sería mejor si lo llevara de vuelta a su habitación —sugiere Blackthorn—. Y le reiterara lo de no comerse a nadie.

Asiento y observo cómo Blackthorn y Fauna se alejan, hablando en voz baja, sin duda sobre la razón por la que este Araxi salió de las entrañas del infierno para ser mi familiar. Sería bueno si compartieran algunas teorías porque yo no tengo ni idea. Miro a los chicos. —Será mejor que haga esto sola.

—Buena decisión —coincide Luc.

Dejo a los tres chicos para abrir la puerta de mi habitación y entrar, esperando que esto no se tuerza y que mi pequeña mascota monstruosa no cause estragos por la academia comiéndose a todo el mundo.

VEX

Después de que Matilda desaparece en su habitación con su nueva mascota demoníaca, mis runas no dejan de arder. Esa misma firma energética de antes se está haciendo más fuerte, especialmente ahora que ella está desatada.

—¿Están seguros ahí dentro juntos? —pregunta Draven—. Matilda acaba de tener sus poderes desatados, por así decirlo, y ese Araxi... —Frunce el ceño mirando la puerta—. No confío en esa pequeña zorra.

Resoplando, niego con la cabeza.

—Bueno, tenemos que darles a ambos el beneficio de la duda y aprovechar esta oportunidad para investigar más. Así, cuando volvamos con Tilly, estaremos siendo útiles y no solo tres idiotas pensando con la polla, ¿vale?

—Eres un imbécil —dice Luc arrastrando las palabras.

—Tú también lo eres. ¿Has estado practicando el escudo que se suponía que debías hacer para tu tarea?

Su mirada se dispara hacia la mía, más oscura que antes.

—¿Estamos usando la carta del ayudante de profesor, eh?

Me encojo de hombros.

—Hazlo o no. Me importa una mierda. Pero algo me dice que todos vamos a necesitar estar en nuestro mejor momento para enfrentar lo que sea que esté ahí abajo —señalo el suelo con el dedo. Eso lo calla, así que me vuelvo hacia Draven—. El libro. Necesitamos examinarlo apropiadamente.

Él asiente y nos guía.

De vuelta en la habitación de Draven, agarro el texto antiguo de donde lo habíamos dejado. Mis runas arden con más intensidad cuando toco la gastada encuadernación de cuero.

Paso las páginas, escaneando la antigua escritura.

—El Sindicato tiene registros de firmas energéticas similares, pero nunca tan poderosas. Nunca tan concentradas.

—¿El Sindicato? —pregunta Draven, desplomándose en la cama—. ¿Qué es eso?

—La organización para la que... solía trabajar —Encuentro su mirada, y él levanta una ceja.

—¿Qué son?

—Espías —comenta Luc, mirando por la ventana.

—Asesinos —lo corrijo, y eso capta su atención—. Usan la dark web para aceptar encargos contra cabrones malvados.

—Entonces, ¿qué tiene que ver eso con esto? ¿Por qué estarían rastreando firmas energéticas?

—El conocimiento es poder.

—Vale, es justo.

—¿Y quién eras tú para ellos?

—Eso es información confidencial.

—Estoy bastante seguro de que necesitamos saberlo —dice Luc, volviéndose para mirar por la ventana otra vez.

—Estoy bastante seguro de que no. El punto es que Draven tiene razón. Este libro estaba tratando de decirnos o mostrarnos algo.

—¿Los pasajes ocultos?

—Sí —Le empujo el libro—. A mí no me está mostrando una mierda.

Draven lo toma y mira fijamente la página.

—¿Y bien? —pregunta Luc.

—Puedo verlo, pero que me jodan si sé qué significa.

—¿Puedes dibujarlo? —pregunto.

—Sí, espera.

Esperamos mientras consigue un bolígrafo y papel, se inclina sobre el escritorio y comienza a dibujar.

—Así que la biblioteca —digo, señalando su dibujo—, ¿y lo que sea que esté debajo? ¿Es eso lo que estamos suponiendo?

—Más o menos —reflexiona Draven—. Pero no creo que eso sea todo. Hay pasajes, cámaras y solo el diablo sabe qué más.

Resoplo ante esta elección de palabras, y él me lanza una mirada fría.

—Vale, entonces necesitamos bajar ahí. Todos nosotros.

—Matilda no —dice Luc, volviendo repentinamente a la conversación y acercándose a zancadas—. Ella ya ha pasado por suficiente.

—Es su poder —señalo—. Ella necesita estar ahí tanto como cualquiera. Más aún. Nosotros somos extras en este pequeño espectáculo de mierda.

Los ojos de Luc brillan peligrosamente.

—Ella no va a bajar ahí. Es demasiado peligroso.

—Esa no es tu decisión —respondo bruscamente—. Matilda es más fuerte de lo que le das crédito. Y con su nuevo familiar, estará aún más protegida.

Draven se pone de pie, su presencia irradiando fría furia.

—Por mucho que odie estar de acuerdo con Luc, tiene razón. No podemos arriesgar a Matilda ahí abajo. No hasta que sepamos más.

Levanto las manos exasperado.

—¿Y cómo propones exactamente que aprendamos más sin ella? Su poder está literalmente conectado a lo que sea que esté ahí abajo.

—Iremos primero nosotros —dice Draven con firmeza—. Exploraremos, evaluaremos los riesgos. Luego podremos decidir si es lo suficientemente seguro para llevarla.

—Ustedes dos son increíbles —murmuro—. La tratan como si fuera una muñeca frágil en lugar de la poderosa bruja que es.

Luc se acerca más, su calor chocando con el frío de Draven.

—Estamos tratando de protegerla.

—Y al hacerlo, la están subestimando —argumento—. Ella merece tomar esta decisión por sí misma.

Un tenso silencio cae sobre la habitación. Puedo ver el conflicto en los ojos de ambos; el

deseo de mantener a Matilda a salvo luchando contra el conocimiento de que tengo razón.

—Bien. Todos iremos, pero nos prepararemos primero.

Luc resopla.

—¿Cómo? No tenemos idea de a qué nos estamos enfrentando.

—¿Asustado? —pregunto con una sonrisa maliciosa.

—Que te jodan. He caminado por el mismo Infierno. Nada me asusta.

—Excepto Araxi.

Él gruñe mientras Draven se ríe.

—Bueno, ahí te ha pillado, gilipollas.

—Mira quién habla, imbécil. Estás tan asustado como yo.

—Sí, porque sé lo que pueden hacer.

—No me gusta esto —declara Luc—. Tener a ese monstruo cerca de Matilda es peligroso.

—Ese monstruo ha elegido ser su familiar —les recuerdo.

—Sí, pero ¿qué coño? Esas criaturas no están relacionadas con las brujas.

—¿Acaso algún familiar lo está? —pregunto, mi mirada revelando lo idiota que suena ahora mismo.

No lo aprecia y lanza un orbe de puro fuego infernal en mi dirección.

Por suerte, lo estaba esperando. Lo he estado esperando desde que empezamos esto, sea lo que sea. Mis runas levantan un escudo antes de que pueda hacerlo yo, y me protege.

Apenas.

—Hijo de puta —gruño.

—Vaya —dice él, con los ojos muy abiertos—. Eso debería haberte matado. ¿Quién eres tú otra vez?

—Un brujo oscuro con más poder del que puedes imaginar, así que intenta matarme de nuevo y vamos a tener un maldito problema serio.

—No puedes morir —señala Draven.

—¿Qué? —espeta Luc—. Por supuesto que puede.

—No —dice, negando con la cabeza—. Está usando runas prohibidas para protegerse.

La mirada de Luc se dispara hacia la mía y le doy una sonrisa arrogante.

—¿Runas prohibidas? ¿Eso te hace inmune a la muerte?

Asiento.

Suelta una fuerte carcajada y le da una palmada en el hombro a Draven.

—Oh, eso debe estar matándote. Perdón, sin juego de palabras. Qué bofetada en la cara.

Draven gruñe algo en un idioma que nunca he escuchado antes, lo que me lleva a creer que es algo demoníaco. Eso se confirma cuando tres, eh, zombis aparecen a su lado, listos para devorar los sesos de Luc.

—¡Maldita sea! —espeto—. Deshazte de los muertos vivientes, idiota. No necesitamos añadir nada más a lo que sea que esté acechando bajo esta maldita academia.

—Prueba con estos —dice, señalándolos—. No fueron difíciles de encontrar.

—¿Quiénes son? —murmuro mientras uno de ellos se tambalea hacia mí. Levanto la mano y la magia oscura lo golpea, destrozándolo—. Esto está llegando al punto en que las barreras nos van a patear el trasero en un segundo. *Deshazte de los zombis* —siseo.

Draven frunce el ceño pero agita la mano, haciendo que los zombis restantes se desmoronen en polvo.

—¿Contento ahora? —gruñe.

—Extasiado —digo con sarcasmo—. ¿Podemos centrarnos en el problema real en lugar de

vuestras disputas mezquinas?

Luc resopla.

—Lo dice el brujo que acaba de desintegrar a un zombi.

Lo ignoro, volviendo al libro y al boceto de Draven.

—Necesitamos averiguar cómo acceder a estos pasajes ocultos. ¿Alguna idea?

Draven frunce el ceño, estudiando su dibujo.

—Podría haber un mecanismo de activación en la biblioteca. Un interruptor o palanca oculta.

—Genial —murmura Luc—. Así que solo tenemos que manosear cada estantería y estatua hasta que algo haga clic.

—Qué idea tan jodidamente fantástica —espeta Draven, con el sarcasmo goteando de cada palabra.

Luc levanta las manos.

—Oye, estoy todo oídos si alguien más quiere contribuir.

—Oh, por el amor de todo lo impío. Usad el cerebro que os dio vuestra madre, ¿queréis? El poder Praxiano está conectado de alguna manera a Matilda. Ella debería ser capaz de llevarnos justo donde queremos ir, de ahí otra razón por la que no se la puede dejar fuera de esta investigación.

—No, es demasiado peligroso —afirma Luc.

—Mirad —digo, pellizcándome el puente de la nariz—, podéis jugar a ser imbéciles protectores todo lo que queráis, pero el poder de Matilda literalmente está cantando a lo que sea que esté allá abajo.

Luc y Draven intercambian una mirada, claramente en conflicto. Puedo ver el momento en que aceptan de mala gana la verdad de mis palabras.

—Bien —gruñe Draven—. Pero como dije antes, vamos preparados. Armas, hechizos de protección, todo.

—Yo me encargo —les doy una sonrisa mientras pienso en todas las armas antiguas que tengo escondidas en mi habitación, y los hechizos son naturales para mí. Está en mi sangre.

—De acuerdo —asiente Luc—. Y a la primera señal de peligro, la sacamos de allí.

—Rotundamente no. Ella decide.

—¿Es que no te importa en absoluto su bienestar? —argumenta Luc.

Levanto el dedo e intento no clavárselo en el ojo.

—Ni se te ocurra. Ella lo es todo, pero sé de lo que es capaz. He sentido su poder. Está conectada a mí.

—¿Porque eres un brujo? —pregunta Draven, menos amargamente, más interesado.

—Es parte de ello, sí. Somos de la misma especie; la misma magia corre por ambos, pero es más que eso. Ella tiene una oscuridad que habla a la mía. Es cruda y sin restricciones.

—¿Destino? —pregunta sin rodeos.

—Tal vez.

—Ella es nuestro destino —dice Luc, pero por una vez no está discutiendo conmigo—. El de todos nosotros.

—Eso parece.

Todos asimilamos eso y llegamos a un acuerdo tácito, bajando los niveles de poder que estaban alcanzando un punto peligroso. Tres criaturas demasiado poderosas en la misma habitación es probablemente la peor idea de la historia. Pero aquí estamos.

MATILDA

—Necesitas un nombre —le digo al Araxi, que está actualmente desparramado sobre mi cama como si fuera suya. Su cola se mueve perezosamente, esperando el siguiente trozo de carne cruda que milagrosamente fue entregado en mi habitación hace unos minutos. Algo me dice que Blackthorn no me dejará olvidar alimentarlo. Se lo ofrezco, y él lo arrebata, devorándolo en nanosegundos. Puedo entender por qué los chicos son tan cautelosos con él.

Emite ese inquietante chirrido, y me pregunto si, en algún momento, podré entender lo que está diciendo.

El vínculo entre nosotros pulsa, aún nuevo y crudo pero fortaleciéndose por minuto. Puedo sentir sus emociones, lo cual es una sensación nueva e inquietante. Tiene diversión, curiosidad y una feroz protección hacia mí.

Y comida.

¿Es la comida una emoción? Ahora lo es.

Le lanzo otro trozo de carne, teniendo cuidado de mantener mis dedos lejos de esos dientes malvados.

Un golpe en mi puerta interrumpe nuestra sesión de alimentación y vinculación. La cabeza del Araxi se levanta de golpe, con la melena erizada.

—Está bien —le digo—. Son los Príncipes del Infierno y el brujo oscuro de antes.

Se relaja de nuevo, lo que me hace sonreír.

—Está abierto —grito, y Vex entra a zancadas, seguido por Draven y Luc. Todos miran con cautela a mi familiar.

—¿Debería estar esto sin llave? —pregunta Luc, cerrando la puerta y dando un amplio rodeo al Araxi.

—Estoy bastante segura de que si quisiera salir, una puerta cerrada no lo detendría —reflexiono.

—Cierto —murmura—. ¿Ya le pusiste un nombre? Tengo uno si no. Fem.

—¿Fem? —arrugo la nariz.

—Flesh Eating Monster (Monstruo Comedor de Carne).

—Ugh —replico—. No es un monstruo.

—Lo es, pero dejando eso de lado, necesitamos hablar sobre este libro y el mapa de Draven —dice Vex.

El Araxi gruñe bajo en su garganta, pero siento que su interés se dispara a través de nuestro vínculo. Sabe algo.

—Necesitamos ir en una búsqueda —explica Draven, manteniendo su distancia de mi cama —. En las cámaras ocultas debajo de la biblioteca.

—No sabemos absolutamente nada sobre esta magia praxiana, pero algo me dice que lo que sea que esté ahí abajo puede darnos una pista —dice Vex—. Pero necesitamos hacer esto con cuidado. Controlado.

El Araxi se pone de pie, sus garras extendiéndose, siseando ligeramente. Siento su desagrado por ser excluido.

—Él se queda aquí —dice Luc firmemente—. No sabemos qué hay ahí abajo, y añadir un elemento impredecible...

—No es impredecible —protesto—. Es mi familiar.

—Al que has conocido por toda dos horas —señala Draven gentilmente—. Petal, necesitamos concentrarnos en encontrar esas cámaras. Si algo sale mal allá abajo, no podemos preocuparnos por controlar a un Araxi encima de todo lo demás.

Quiero discutir, pero sé que tienen razón. El Araxi vuelve sus ojos dorados hacia mí, y a través de nuestro extraño vínculo, siento que está descontento, pero se quedará.

—Eres un buen chico —murmuro, acariciando su cabeza. Se pavonea como un pavo real bajo mi elogio, y siento que mis mejillas se calientan. De tal bruja, tal familiar. Estos tres hombres tienen la capacidad de convencerme de hacer cualquier cosa si me dan algo de validación. Sé lo que eso me convierte, pero no me importa. He vivido una vida de insultos y abusos lanzados contra mí. Es agradable tener a alguien que me aprecie.

Vuelve a piar, golpeando mi mano afectuosamente con la cabeza. Somos putas por elogios y orgullosos de ello.

—Vex, ¿puedes proteger mi habitación contra un Araxi?

—Puedo —dice—. Pero no sé cuánto durará.

—Mejor tú que yo —murmura Luc, todavía mirando mal a mi mascota.

Vex se dispone a proteger la habitación y nos deslizamos hacia la oscuridad.

La biblioteca es diferente de noche. La luz de la luna se cuela por las altas ventanas, proyectando sombras entre las estanterías imponentes. Nuestros pasos hacen eco en la antigua piedra, y puedo sentir algo agitándose debajo, llamando al poder que ahora fluye libremente por mis venas. Se enciende, iluminando la noche con colores del arcoíris grabados con oscuridad.

—Por aquí —murmuro, dejando que mi magia me guíe, arrastrándome más profundo en las profundidades de la biblioteca.

Los chicos me siguen de cerca. Puedo sentir su tensión, pero también hay una corriente subyacente de emoción y peligro. Este es su elemento y yo, la bruja idiota sin la menor idea de cómo hacer algo excepto atraer criaturas locas a mi puerta.

Estos tres incluidos.

Mi mente se inunda con las cosas que Luc dijo antes, y quiero abordarlo. Quiero hablar con él sobre eso y ver a dónde lleva, pero ahora mismo, se supone que debo concentrarme en esta búsqueda, como la llamó Draven.

—¿Chispitas? —murmura Vex mientras me detengo—. ¿Tienes algo?

—Aquí —susurro, señalando el suelo de piedra bajo nuestros pies en la parte trasera de la planta baja—. Parece que algo estuvo aquí pero ha sido removido. —Indico el grabado de un gran círculo tallado en el suelo de piedra. Puedo distinguir símbolos intrincados grabados en la piedra, símbolos que cambian y se transforman cuando los miro directamente—. ¿Runas?

Vex se agacha para examinar los grabados. —Sí, pero no son runas que haya visto en práctica antes. Esto es de lo que estoy hablando. Cómo predatan la palabra escrita. Algo estaba encima de esto para cubrirlo, y cuando fue removido...

—¿Fue cuando la cosa de ahí abajo despertó? —interrumpo groseramente.

—Yo diría que esa es una afirmación rotunda.

—¿Crees que Blackthorn lo sabe?

—Él lo sabe todo. —Vex me mira con una ceja levantada.

—¿Entonces fue deliberado?

—Tanto como ponerte en Magia Oscura Avanzada lo fue.

—¿Por qué? —susurro—. Seguramente esta cosa estaba mejor dormida, ¿no?

—¿Pero lo estabas tú?

Las tres palabras traen hielo a mis venas. Dormida. ¿Es eso lo que he estado todos estos años?

—Pero ¿cómo sabía él que yo vendría aquí?

Vex se encoge de hombros, lo que solo añade otra capa a este misterio.

Luc se mantiene a distancia, con los brazos cruzados. —¿Alguien más siente una brisa?

—No —murmuro, mirándolo de reojo—. ¿De dónde viene?

Extiende la mano al borde del círculo. —De aquí.

—¿Es caliente o fría? —pregunta Vex, enderezándose y acercándose a él.

—Fría. Más fría que la sangre de Draven.

Parpadeo. Eso no suena bien. Ni para nosotros ni para Draven.

Jadeo cuando mi poder late al ritmo de mi respiración, que ahora es visible en el aire mientras la temperatura cae repentinamente. Los símbolos parpadean en respuesta.

—¿Fuiste tú? —murmura Luc.

—No —murmura Draven en respuesta.

—Sabe que estoy aquí —susurro—. Ha estado esperando.

—¿Para qué? —pregunta Luc, pero creo que todos conocemos la respuesta.

Para mí. Para nosotros. Para lo que sea que venga después.

MATILDA

—NO TOQUES NADA —ME ESPETAN TRES VOCES CUANDO ALARGO LA MANO HACIA EL PUNTO FRÍO que Luc encontró.

Me quedo paralizada, con la mano suspendida a unos centímetros del suelo de piedra. —Demasiado tarde —murmuro.

Mi poder se hincha sin previo aviso, disparándose por mi brazo como un rayo. Los símbolos del círculo destellan con una luz azul fantasmagórica, como las runas de Vex, y él gruñe bruscamente. Bajo mis dedos extendidos, una sección de la piedra se mueve y se eleva para revelar un pequeño botón circular tallado con un patrón en espiral.

—Vaya mierda —masculla Vex.

—No lo hagas —advierte Luc, pero es demasiado tarde.

Mis dedos rozan el botón antes de que alguien pueda detenerme. Se hunde con un suave clic que resuena demasiado fuerte en la silenciosa biblioteca.

Por un momento, no sucede nada.

Luego, el suelo desaparece.

El enorme círculo se divide en segmentos que giran y se retraen. Entonces, caemos. Mi estómago da un vuelco cuando la gravedad se apodera de nosotros, y oigo gritos de sorpresa de los chicos mientras nos precipitamos en la oscuridad.

El viento silba en mis oídos, y no puedo decir si estoy gritando o riendo. Probablemente ambas cosas. La luz dispersa de la luna nos sigue en el descenso, brillando en las lisas paredes de piedra que se enroscan a nuestro alrededor como si estuviéramos cayendo por el interior de una enorme concha marina.

El tiempo se ralentiza, y caemos, menos turbulentamente, como Alicia cuando cayó por la madriguera del conejo. Hay grabados en las paredes, símbolos tan antiguos que duele mirarlos.

El aire se vuelve más denso y pesado, con sabor a vejez y secretos.

—¿Alguien más nota que su poder se siente... raro? —grita Luc.

—Está siendo amortiguado —responde Vex a gritos—. Algo aquí abajo está...

El fondo se precipita a nuestro encuentro más rápido de lo esperado. En lugar del impacto que me esperaba, que nos rompería los huesos, aterrizamos en lo que parece una piscina de aire espeso que ralentiza nuestro descenso hasta que tocamos suavemente el suelo firme.

—Bueno —dice Draven en la oscuridad—, eso ha sido dramático.

—Suena apropiado para ti —murmura Luc, pero luego pregunta en voz alta—: ¿Todos vivos? —Invoca una pequeña llama en su palma. Parpadea débilmente, proyectando apenas la luz suficiente para ver que estamos en una especie de cámara circular. Múltiples túneles se ramifican en diferentes direcciones, sus entradas marcadas con más de esos símbolos antiguos.

—Define vivo —murmuro—. Porque estoy de pie, pero siento como si mi alma hubiera abandonado el edificio.

—No es una buena señal —dice Vex, acercándose a mí—. Algo aquí abajo está interfiriendo con todas nuestras habilidades.

—Así es. Esta débil llama es una mierda —se queja Luc, su rostro molesto parpadeando en la tenue luz.

—Pero al menos podemos vernos —digo—. Más o menos.

Un rugido bajo resuena por la cámara, y las entradas de los túneles brillan con diferentes colores. Uno azul, uno rojo, uno verde y uno que parece tragarse toda la luz por completo.

—Elegid —susurra una voz que nos rodea, haciendo que se me erice el vello de la nuca—. Pero elegid con sabiduría.

Doy un paso hacia los túneles, pero la mano de Luc sale disparada para agarrarme la muñeca.

—Espera, cariño. Pensemos en esto.

—¿Desde cuándo piensas en algo? —pregunto, pero mi voz tiembla ligeramente. Desde que Vex lo mencionó, puedo sentir que mi magia ha sido amortiguada, como si alguien le hubiera puesto una almohada en la cara.

—Desde que caímos en lo que claramente es una trampa muy antigua y muy poderosa —dice Luc con sequedad.

Draven se acerca a los túneles, estudiando cada uno con los ojos entrecerrados. —Estos colores no son aleatorios.

Vex pasa los dedos por los símbolos junto a cada entrada. —Son elementos. Elementos clásicos, si estoy leyendo esto correctamente. Pero el negro... —Se interrumpe, frunciendo el ceño.

—¿Qué pasa con él? —pregunto, luchando contra el impulso de acercarme a esa oscuridad que consume la luz. Llama a algo dentro de mí, algo que reconoce su naturaleza.

—No es un elemento. Es otra cosa. La escritura es similar a la que había en el libro de Draven, pero más antigua. Mucho más antigua.

—¿Cómo puedes saberlo? —pregunto.

Me lanza una mirada molesta, pero ve que estoy genuinamente curiosa. —Son más básicos y a la vez más complicados por ello.

—Eso no tiene sentido.

—Para mí sí, y yo soy el maestro de las runas —murmura, volviendo su mirada a los grabados.

—Justo —murmuro y le oigo reírse en respuesta.

El sonido retumbante regresa, y esta vez, las palabras se forman en las vibraciones: "El tiempo fluye de manera diferente aquí. Elegid, o los caminos elegirán por vosotros".

—Bueno, eso no es nada ominoso —murmuro—. ¿Alguna preferencia? Porque personalmente, voto por evitar el túnel que parece un vacío devorador de supes.

—De acuerdo —dice Luc con firmeza, pero noto que sus ojos siguen desviándose hacia el túnel rojo—. El camino del fuego se siente familiar.

—Lo sería para ti —responde Draven, acercándose al túnel azul—. Al igual que este me llama a mí.

Miro a Vex, que sigue estudiando el túnel negro con una expresión indescifrable. —Por favor, dime que no estás pensando lo que creo que estás pensando.

—Estos túneles —dice lentamente—, están destinados a separarnos.

El estruendo se hace más fuerte, y el polvo comienza a caer desde arriba.

—No —digo con firmeza—. Absolutamente no. No nos vamos a separar. Esa es literalmente la regla número uno en situaciones como esta.

—¿Has estado en muchas situaciones como esta? —pregunta Luc con una sonrisa socarrona.

—Bueno, no *exactamente* como esta —gruño, haciéndole una peineta. Él se ríe, y se siente fácil. Más fácil con él de lo que ha sido. ¿Tal vez porque ninguno de los dos está negando nuestra atracción ya? Quién sabe.

—Puede que no tengamos elección —dice Draven, mientras caen más escombros—. La cámara se está derrumbando.

—Entonces elegimos un túnel, y vamos todos juntos —argumenta Luc, pero incluso mientras lo dice, puedo sentir una atracción hacia el túnel verde. Es como si me estuviera llamando específicamente a mí.

El estruendo se vuelve ensordecedor. Ahora caen trozos de piedra a nuestro alrededor.

Una fuerza invisible, como manos hechas de aire, nos arrastra en diferentes direcciones. Tropiezo cuando me tira hacia el túnel verde, mientras que Luc es arrastrado hacia el rojo, Draven hacia el azul y Vex hacia el negro.

—¡Resistid! —grito, tratando de agarrarme a alguien, a cualquiera. Pero mis dedos los atraviesan como si estuvieran hechos de niebla.

—¡Nos encontraremos! —La voz de Vex ya suena distante—. Sea lo que sea que hay aquí abajo, quiere que nos separemos. ¡Así que jugamos a su juego, pero encontramos el camino de vuelta!

—¿Cómo? —grito mientras la fuerza se hace más intensa.

—El destino, pétalo —exclama Draven—. ¡Siempre te encontraremos!

Lo último que escucho antes de que el túnel verde me trague es la voz de Luc gritando:

—¡Tú puedes con esto!

Luego estoy sola, rodeada de una luz verde etérea, con solo mi magia debilitada y un montón de preguntas.

—Bueno —murmuro, enderezando los hombros—. Esto no da nada de miedo.

La luz verde brilla a mi alrededor, haciéndome sentir un poco mareada mientras me adentro en el túnel. Mis pasos resuenan de forma extraña. Es como caminar a través de recuerdos, cada paso trayendo un destello de algo que he intentado olvidar.

De repente, una risa resuena a mi alrededor y me quedo paralizada. Es la risa que ha atormentado mis pesadillas durante años.

—Tilly, niña —su voz surge de las sombras—. Toda una mujer y jugando con demonios ahora. Pero ¿dónde están esta vez? No pueden protegerte de mí ahora.

Mi sangre se congela. No es real. No es real. Pero tal vez de eso se trata este túnel, ¿no? ¿De enfrentar nuestros miedos más oscuros? ¿Una prueba? ¿Algún tipo de desafío?

Stryker entra en la luz verde, luciendo exactamente como siempre. Guapo de esa manera convencional que permite a los monstruos esconderse a plena vista. El mejor amigo de mi hermano. Mi pesadilla personal.

—No eres real —digo, pero mi voz tiembla.

—¿No lo soy? —Sonríe—. Soy tan real como tu culpa, Tilly, niña. Tan real como tu vergüenza. Tan real como tu miedo de que tal vez querías que te follara la boca, quizás incluso más.

—No. —La palabra sale más fuerte esta vez—. Esa es tu mentira. Siempre ha sido tu mentira.

Él se acerca, y me obligo a no retroceder.

—¿Por qué dejaste que sucediera, entonces, una y otra vez?

—¡Porque a ellos no les importaba! —escupo—. Si les hubiera importado, te habrían detenido.

Él gruñe, su hermosa fachada agrietándose.

—¿Así que crees que jugar a ser bruja te hace fuerte? ¿Crees que aliarte con tres hombres poderosos que solo quieren usar tu pequeño coño y nada más cambiará las cosas? Ellos tampoco se preocupan por ti, Tilly, niña. Lo sabes, y yo lo sé.

Sus palabras duelen. Dan en el blanco, y por un momento, las creo. Pero el poder que acecha en mi sangre me da una patada en el trasero, y salgo de ese estado.

—No. Ellos no me están usando. Se preocupan por mí. Tú no sabes una mierda.

La cosa que lleva la cara de Stryker se abalanza sobre mí, furiosa porque lo he desafiado y no me he sometido.

Esta vez, no cierro los ojos y finjo que no está sucediendo. Esta vez, lucho.

Recuerdo cómo se sintió en la clase de Combate Físico patearle el trasero a Vex. Aunque una parte de mí piensa que me dejó ganar, aun así lo hice. El profesor dijo que tenía instintos naturales, así que dejo que se hagan cargo y golpeo a Stryker en su hermoso y cruel rostro. Él tropieza, y le doy una patada en las pelotas. Aúlla y se dobla, y yo sonrío. Bajo el codo sobre la parte posterior de su cuello, y él se desploma, desvaneciéndose en el frío suelo de piedra.

—Túnel, cero, Tilly, uno —jadeo a lo que sea que esté orquestando este retorcido juego.

El túnel por delante se ilumina más brillante, así que tomo un respiro profundo y comienzo a caminar de nuevo. Lo que sea que venga después, puedo manejarlo. Ya no soy esa niña asustada.

Ahora soy algo mucho más peligroso, y creo que este túnel lo reconoce.

DRAVEN

La luz azul me envuelve como un sudario, tan familiar como la muerte misma. Por supuesto, mi túnel se sentiría así. Frío, preciso, inevitable. Todo lo que soy.

Mi poder, generalmente tan controlado como un instrumento perfectamente afinado, fluctúa salvajemente. Es inquietante, pero me niego a demostrarlo. Los viejos hábitos son difíciles de romper, y mostrar debilidad nunca ha sido una opción. Ni en el Infierno, ni en la Tierra, y ciertamente no ahora, en la dimensión que sea que nos encontremos.

—Siempre tan compuesto —la voz de mi padre hace eco a mi alrededor. Pero hay algo mal en ella. Hueca—. Siempre tan cuidadoso de ser perfecto. Dime, hijo, ¿qué pasa cuando no puedes mantener ese control?

La luz azul cambia, formando figuras que se funden en recuerdos. Me veo a mí mismo de niño en el Infierno, observando a Luc jugar con nuestra madre mientras yo permanezco aparte, con la espalda recta y el rostro inexpresivo. Siempre aparte.

—Estás tratando de hacerme sentir aislado —digo fríamente—. Bastante pedestre, ¿no crees, Devlin?

Las sombras ríen. —Recurriendo a mi nombre en lugar de papá. Típico de ti. Tan cerrado. Tan incapaz de sentir o conectar. Así que dime, Draven, ¿estoy tratando de hacerte sentir aislado? ¿O te lo estás haciendo tú mismo, como siempre lo has hecho?

La escena cambia. Luc y yo de adolescentes, su fuego salvaje y libre mientras mi poder fluye en corrientes cuidadosas y medidas. Siempre controlando. Siempre conteniéndome.

—Porque la alternativa era el caos —respondo, pero algo incómodo se agita en mi pecho—. Porque alguien tenía que ser responsable. Luc era y siempre ha sido el comodín.

—Responsable —se burla la voz—. ¿Así es como lo llamas? ¿O simplemente tenías miedo?

Los recuerdos cambian de nuevo, obligándome a ver las decisiones imprudentes de Luc y la constante limpieza que tuve que hacer después de él. Pero esta vez, veo algo más: la alegría en su rostro cuando se deja llevar, la facilidad con la que atrae a la gente, cómo incluso las severas facciones de nuestra madre se suavizan cuando él se ríe.

—No tenía miedo —digo, pero las palabras saben a falsedad—. Era práctico. Alguien tenía que serlo.

—¿Tenían que serlo? ¿Por qué tú? Él no era tu responsabilidad. Es tu hermano.

—Medio hermano —corrijo.

—*Hermano* —espeta Devlin—. Sabes que a tu madre le molesta cuando haces eso.

Otra escena se forma antes de que pueda responder.

Luc está rodeado de amigos en el Infierno mientras yo estoy en el estudio de mi padre, practicando necromancia con movimientos precisos y perfectos. Rodeado de muertos.

—¿Te escondiste detrás del deber porque no podías soportar admitir que lo envidiabas?

—Vete a la mierda —gruño con mi acento irlandés que he practicado, controlado y forzado cuando todos a mi alrededor hablaban diferente en un guiño a las raíces de mi padre, aunque él las olvidara.

—Eres un mentiroso —reprende Devlin mientras más recuerdos se alzan.

Luc, fracasando espectacularmente pero levantándose, sonriendo a través de dientes ensangrentados. Luc, rompiendo todas las reglas pero de alguna manera haciéndolo funcionar. Luc, viviendo mientras yo solo existía.

—Era imprudente —digo entre dientes apretados—. Peligroso. Alguien tenía que mantener el control.

—Control —la voz ondula a través de la luz azul—. Un escudo tan conveniente. Dime, hijo perfecto, maestro Nigromante, ¿cuándo fue la última vez que realmente sentiste algo?

La escena frente a mí cambia a algo reciente, viendo a Matilda al lado de la carretera, hablando con ella, follándola. Me veo a mí mismo observando a Matilda interactuar con Luc, su fácil intercambio de bromas, la forma en que algo en mi pecho se tensa cuando ella se ríe de sus chistes.

—Suficiente —espeto, pero mi poder pulsa erráticamente, respondiendo a emociones que he pasado años enterrando.

—Ah, ahora llegamos a la verdad —susurra la voz mientras la luz azul se atenúa. Y de repente, no estoy solo.

Se elevan del suelo como la niebla. Rostros translúcidos, ojos vacíos, obedientes y totalmente desprovistos de vida. Mis compañeros constantes. Mi ejército perfecto y silencioso.

—Estos son tus verdaderos amigos, ¿no es así? —La voz se siente más fría ahora—. Los muertos no decepcionan. Los muertos no sienten. Los muertos no se van.

Observo cómo se mueven a mi alrededor en su danza eterna. Cada uno evidencia de mi maestría, mi control. Cada uno tan vacío como me he hecho a mí mismo.

—Cumplen su propósito —digo, pero las palabras resuenan huecamente en el túnel.

—¿Lo hacen? ¿O sirven como excusa?

—Los muertos son confiables —argumento, pero incluso yo puedo escuchar la defensiva en mi tono—. No requieren mantenimiento.

—¿O conexión? ¿Emoción? ¿Vida? ¿Es por eso que los elegiste sobre tu hermano? Porque verlo vivir era demasiado... ¿qué?

—¡No lo abandoné!

—¿Quién dijo que lo hiciste?

Me detengo, aturdido por las palabras que salieron de mi boca. —No lo abandoné —digo tensamente—. Él me abandonó a mí.

—Ah, así que ahora la verdad gira a tu alrededor como motas de polvo en el aire.

Los espíritus giran a mi alrededor más rápido ahora, un torbellino de rostros vacíos y ojos huecos. Cada uno una elección que hice. Cada uno un muro que construí.

—Soy un Nigromante —digo firmemente—. Esta es mi sangre.

—¿Es tu sangre? ¿O tu escondite?

Devlin sale a la luz, y lo miro fijamente. Me parezco casi exactamente a él. Todo en mí es como él, excepto la forma en que vive y ama.

—¿No puede ser ambas cosas? —le pregunto.

—Puede. Pero no puedes seguir culpando a Luc, Dray. Esta fue tu elección.

—Él también tomó una decisión —argumento.

Devlin suspira y me lanza una mirada mortal. —¿Y qué si lo hizo? Esto se trata de ti y tu vida. Olvídate de él por un momento. Piensa en tus elecciones.

Los muertos giran más rápido a nuestro alrededor, sus rostros vacíos un espejo de en lo que me he convertido. Cada uno representando un momento en el que elegí el control sobre la conexión, la perfección sobre vivir.

—Elegí lo que se esperaba de mí —digo, pero las palabras suenan débiles.

—¿Lo hiciste? —pregunta Devlin, sus ojos taladrando los míos—. ¿O elegiste lo que era seguro? ¿Lo que no podía herirte?

Observo a los espíritus bailar su macabro vals, recordando cada vez que los levanté. Cada encantamiento perfecto. Cada ritual impecable. Cada momento, me dije a mí mismo que esto era suficiente.

—Tú me diste este poder —le recuerdo.

—Te di la habilidad —corrige—. Tú elegiste hacerlo toda tu existencia.

La luz azul pulsa y me veo a mí mismo a través de los años. Siempre perfecto, siempre controlado, siempre solo. Incluso con Matilda, mantengo ese muro alzado. Incluso en el placer con ella, mantengo la distancia.

—¿Qué quieres de mí? —exijo—. ¿Que admita que estoy jodido? ¿Que estoy celoso de mi hermano? ¿Que estoy...?

—Asustado —termina Devlin suavemente—. Que estás asustado, Dray.

La palabra me golpea como un puñetazo en la cara. Los muertos se detienen en su danza, suspendidos en la luz azul como momentos congelados de mi propio aislamiento.

—No estoy... —empiezo, pero por una vez, no puedo mantener la mentira—. Mierda.

—Ahora vamos progresando —dice Devlin, y suena más como mi padre que como un producto de mi imaginación—. La pregunta es, ¿qué vas a hacer al respecto?

—No sé cómo ser diferente —admito, las palabras saben extrañas en mi lengua—. Esto es lo que soy.

—¿Lo es? —Devlin se acerca, y los muertos se apartan a su paso como el agua—. ¿O es esto en lo que te has entrenado para ser? Sientes más de lo que admites. Quieres más de lo que te permites tener.

—Querer no es tener —espeto, pero incluso mientras lo digo, me doy cuenta de lo infantil que suena.

—No —concuerda él—. Pero tampoco lo es esconderse. Tienes tanto miedo de salir herido que has dejado de vivir por completo. Tu hermano no es tu enemigo, Draven. Tu miedo lo es.

Los muertos giran más rápido, sus rostros se transforman en todos los momentos en los que elegí no sentir, no conectar, no arriesgarme.

—¿Y si cambio? —pregunto, odiando la vulnerabilidad en mi voz—. ¿Y si suelto este control y todo se desmorona?

—¿Y qué?

Miro mis manos, la energía azul crepitando entre mis dedos. —Los muertos son más fáciles.

—Lo fácil no siempre es lo mejor, Dray. Y lo sabes.

Me permito sentir lo cansado que estoy de cargar con todo esto. —No sé cómo ser de otra manera —susurro, aún resistiéndome. Algo no se siente bien en todo esto.

—La perderás si no admites lo que eres.

El tono astuto me pone en alerta, y recuerdo que este no es mi padre. Es una ilusión retorcida que está tratando de debilitarme. Demasiado débil para estar con Matilda. —No —digo, sacudiendo la cabeza—. No seré débil.

—No sabes ser otra cosa.

—Maldito bastardo —gruño—. Estás tratando de que admita que soy débil. No, puedo darte el resto. *Soy* cerrado. Los muertos *son* más seguros. Pero Matilda vale más que todo eso. No seré débil, pero aun así puedo darle lo que quiere.

—¿Quién lo dice?

—Yo —rujo y lanzo un rayo de muerte directamente hacia él.

Como era de esperar, lo atraviesa, pero la luz en el túnel se vuelve más brillante, y hago una mueca. —Maldito imbécil —murmuro mientras avanzo, cabreado porque se ha revelado la verdad sobre por qué odio a Luc. Él nunca lo sabrá. No podría soportarlo si lo supiera. Este es mi secreto, y así se quedará.

VEX

EL TÚNEL NEGRO SE CIERRA A MI ALREDEDOR COMO TINTA EN EL AGUA, FAMILIAR PERO inquietante. Mi poder, habitualmente un flujo constante de magia bajo mi piel, se siente errático aquí. Expuesto. Incontrolable.

—No me sorprende que hayas terminado aquí abajo.

La voz instantáneamente reconocible se desliza por la oscuridad como seda sobre acero. Una figura se materializa ante mí. Alto, rasgos aristocráticos, cabello oscuro y ojos tan azules que parecen brillar en la negrura. El profesor Luke Blackthorn, director de la Academia MistHallow.

—Tío Luke —digo con sequedad—. No me sorprende que lo sepas.

—Las cámaras tienen su propia agenda, Vex. Te llamaron aquí por una razón —Luke se mueve por la oscuridad con una gracia inhumana—. Tal como me llamaron hace mil quinientos años, cuando enfrenté mi propia prueba.

—¿Por causa de...? —pregunto, aunque creo que ya sé la respuesta.

—La familia Black siempre se ha sentido atraída por brujas poderosas —dice, ignorando mi pregunta y estudiándome con esos ojos antiguos—. Está en nuestra sangre. Pero con esa atracción viene la responsabilidad. La obligación.

—No estoy simplemente atraído por ella —digo, las palabras saliendo más bruscas de lo que pretendía—. Esto no es una compulsión mágica.

—¿No? —la sonrisa de Luke es conocedora, casi triste—. Entonces dime, ¿por qué crees que tu padre se enamoró de tu madre de la manera en que lo hizo? —Se detiene, algo parpadea en su rostro, lo que me dice más de lo que probablemente debería sobre su vida amorosa—. Algunos patrones son más profundos de lo que creemos. La historia de nuestra familia con brujas poderosas ha moldeado el curso mismo de la historia mágica. La prueba no se trata de demostrar tu valía, Vex. Se trata de demostrar que entiendes lo que está en juego. Que estás preparado para lo que realmente significa amar a una bruja como Matilda.

Lo estudio en la oscuridad, este hombre que ha sido tanto extraño como familia. Hace cuatro meses, ni siquiera sabía que era mi tío. Ahora está aquí, hablando de legados familiares como si me hubiera estado preparando para ellos toda mi vida.

—¿Por qué nadie me lo dijo? —La pregunta se me escapa antes de que pueda detenerla—. ¿Sobre nada de esto? ¿La historia de la familia Black, los anclajes, tú...?

—¿Lo habrías creído? —La expresión de Luke se suaviza ligeramente—. ¿Habrías entendido lo que significaba, antes de conocerla?

Tiene razón. Antes de Matilda, antes de darme cuenta de lo que lleva en su sangre, podría haber descartado todo esto como una antigua superstición familiar.

—La bruja que amé —continúa Luke, su voz cargada de algo que suena a arrepentimiento—,

no estaba lista para en lo que se estaba convirtiendo. Y yo... no estaba listo para ser lo que ella necesitaba. El precio de ese fracaso... —Se interrumpe, sus ojos distantes con el recuerdo.

La oscuridad a nuestro alrededor pulsa. Hambrienta, expectante.

—Las cámaras recuerdan cada prueba —dice Luke—. Cada Black que ha estado donde tú estás ahora. Recuerdan nuestros éxitos. —Su voz baja—. Y nuestros fracasos. Hasta el principio.

—¿Cómo sé si estoy listo?

—No lo sabes. —Los ojos de Luke se fijan en algo en la oscuridad que aún no puedo ver—. Eso es parte de la prueba. Pero el poder de Matilda está creciendo más rápido de lo que nadie anticipó. La magia lo sintió, al igual que sintió tu conexión con ella. Te están ofreciendo una oportunidad de entender lo que eso realmente significa.

El aire cambia, y una puerta se materializa en la negrura, hecha de pura sombra.

—Tu prueba te espera, sobrino.

La puerta de sombra pulsa con una energía oscura que hace que me duelan los dientes. Detrás de mí, la presencia de Luke se siente más distante ahora, como si se estuviera desvaneciendo en el fondo donde pertenece.

—Las cámaras te mostrarán lo que necesitas ver —su voz hace eco—. No lo que quieres ver.

Doy un paso adelante, y la puerta se abre.

Estoy de pie en la biblioteca de MistHallow, pero no como la conozco. Las estanterías imponentes están retorcidas, los libros flotan en patrones imposibles. Frente a mí está Matilda. Pero no la Matilda que vi hace apenas unas horas. Esta versión de ella está suspendida en el aire, energía oscura chisporroteando a su alrededor como relámpagos. Sus ojos están completamente negros, y el poder que emana hace que mi pecho se tense.

—Esto es lo que viene —susurra una voz. Algo antiguo, algo que pertenece aquí abajo—. ¿Qué harás cuando su poder se libere? ¿Cuando amenace con consumirlo todo?

Observo cómo la Matilda de la visión levanta sus manos, y la biblioteca se despedaza. Los estudiantes se dispersan aterrorizados, pero es demasiado tarde. El poder los atraviesa, aniquilándolos. Los cimientos de MistHallow se estremecen ante esta violación de su santidad.

La escena se desarrolla con brutal claridad. El poder de Matilda atraviesa las antiguas protecciones de la biblioteca como si fueran papel. Puedo sentir cómo se aleja, siendo consumida por algo más oscuro de lo que ninguno de los dos entiende.

Mi garganta se tensa al comprender lo que el túnel me está mostrando. Lo que me están pidiendo. No se trata de ser lo suficientemente fuerte para apoyar su poder. Se trata de ser lo suficientemente fuerte para detenerlo, incluso si eso significa perderla por completo.

Mis manos tiemblan, y las miro. El colgante de amatista cuelga de mis dedos, burlándose de mí.

—¿Crees que puedes detenerme? —La risa de Matilda es fría, y su poder arremete, estrellando a otro estudiante contra una estantería. Su cuerpo se desploma, sin vida—. Esto es lo que estaba destinada a ser, Vex. Esto es lo que la magia siempre quiso.

El colgante arde contra mi palma mientras ella destroza otra protección, su poder creciendo con cada vida que toma. No queda nada de mi Matilda en esos ojos negros ahora. Ninguna súplica de ayuda, ningún momento final de claridad. Solo magia antigua y hambrienta que finalmente ha encontrado su recipiente perfecto.

—Todas esas reglas, todas esas limitaciones que nos impusieron —gruñe, flotando más alto mientras el techo se agrieta—. Solo tenían miedo. Miedo de cómo se ve el verdadero poder. —Su mirada se fija en mí, y por un momento, veo algo peor que el odio. No veo nada en absoluto. Ningún reconocimiento. Ningún amor. Solo el vacío mirando de vuelta—. ¿Tú también tienes

miedo, Vex?

Los susurros de la cámara se vuelven urgentes. El hechizo de atadura que pondría fin a este horror está en mis manos. Pero destruiría todo lo que ella es. Todo lo que somos.

—Únete a mí —extiende una mano, energía oscura chispeando entre sus dedos. No queda nada de la magia arcoíris, solo pura oscuridad—. Tú entiendes el poder. Juntos podríamos rehacer todo.

Debajo de ella, otro estudiante intenta huir. Ella ni siquiera mira cuando lo aniquila.

—Tienes razón —digo, mi voz firme a pesar de que todo se desmorona a nuestro alrededor —. Entiendo el poder. Pero esto no lo es. Esto es solo destrucción.

Su risa resuena por la biblioteca en desintegración, aguda y amarga. —¿Desde cuándo te importa detener la destrucción? —Desciende hasta que estamos al nivel de los ojos, lo suficientemente cerca como para que pueda sentir el frío que irradia su piel—. Pero he visto dentro de tu cabeza. Conozco la oscuridad que hay en ti. Las cosas de las que eres capaz.

Otro estudiante muere gritando. Ella ni siquiera parpadea.

—Esto iba a suceder tarde o temprano —dice, casi con dulzura ahora—. Desde el momento en que nací, este poder estaba esperando. Creciendo. Y tú... —inclina la cabeza, estudiándome como si fuera un insecto interesante—, tú solo fuiste una agradable distracción en el camino.

El colgante arde contra mi palma, recordándome su presencia. Lo que debe hacerse. Todo mi ser se rebela contra ello, pero la miro y no veo nada de la chica que me cautivó en el segundo en que la vi.

—Te amo —digo en voz baja, levantando el colgante, sabiendo que lo digo con cada célula de mi cuerpo. Es rápido, es feroz, pero sé que es jodidamente correcto.

Sus ojos se entrecierran. —El amor es debilidad.

—No —respondo—. El amor es por lo que tengo que detenerte.

Ella da un paso adelante, lista para atacar, pero soy más rápido.

En un movimiento fluido, aprendido de innumerables sesiones de entrenamiento, me lanzo hacia adelante y se lo abrocho alrededor del cuello.

El efecto es instantáneo. La energía oscura titubea, luego explota hacia adentro. Matilda grita con genuino terror. Sabe lo que esto significa para su magia, pero esta vez, es demasiado tarde. Este es el verdadero significado del colgante, y ahora sé, sin la más mínima duda, que su familia no lo hizo. Alguien más poderoso que cualquier criatura que haya conocido lo hizo.

Y pagarán con su vida por hacerme hacer esto.

—Vex... —Por un momento, veo su verdadero yo en esos ojos. Luego se inundan de negro otra vez mientras su cuerpo se agrieta, líneas de noche extendiéndose por su piel como vidrio roto.

—Lo siento —susurro, sosteniéndola incluso mientras su forma se desmorona—. Lo siento mucho.

Ella no responde. No puede responder. Su cuerpo se está desintegrando, convirtiéndose en cenizas en mis brazos. El poder que la consumió se dispersa como humo en el viento, sin dejar nada más que polvo gris cayendo entre mis dedos.

La visión se desvanece, pero el peso de las cenizas en mis manos se siente devastadoramente real. La sostengo hasta que no queda nada más que el colgante contra mi palma, ardiendo al rojo vivo antes de asentarse.

—Comprendes —susurra Luke—. El precio de amar el poder. El costo de hacer lo que debe hacerse.

Miro fijamente las cenizas que cubren mis manos y el colgante, mi mente luchando por

procesar lo que acaba de suceder. Lo que acabo de hacer.

Una risa brota de mi garganta, cruda y rota. —¿Es esto lo que querías mostrarme? ¿Que podría tener que matarla?

—Amar el poder es aceptar la responsabilidad de contenerlo.

—¡Ella no es solo poder! Es una persona. Ella es... —Mi voz se quiebra, y caigo de rodillas donde la perdí. Donde la maté—. Ella lo es todo.

—Y es precisamente por eso que fuiste elegido —dice Luke, aunque permanece oculto en las sombras—. Porque ves ambas cosas. El poder y la persona. La amenaza y la chica que amas. Entiendes lo que está en juego.

Cierro los ojos, aún sintiendo la sensación fantasma de ella convirtiéndose en polvo en mis brazos. El momento de reconocimiento en sus ojos antes del final. El peso del colgante que acabó con ella.

—Si llega a esto... —susurro—. Si pierde el control de esa manera...

—Entonces harás lo que debe hacerse —termina Luke—. Porque la amas lo suficiente como para salvarla de sí misma, incluso si eso los destruye a ambos.

Las cenizas desaparecen de mis manos, pero el colgante permanece. El mensaje de la cámara es claro. Amar a Matilda significa estar preparado para lo peor. Ser lo suficientemente fuerte para detenerla, incluso si eso significa verla desmoronarse hasta la nada.

—Los Wells son anclas para la magia poderosa, Vex. Ya sabes esto, pero los Blacks... los Blacks son el catalizador que causa la destrucción en primer lugar. Esto es algo con lo que tendrás que vivir, sabiendo que alentarás su oscuridad, incluso si no lo pretendes. Es quien eres.

—Tú mismo lo acabas de decir —digo entre dientes, poniéndome de pie, mi puño apretando la amatista—. También soy un Well. Puedo hacer ambas cosas.

—¿Puedes?

Mi ascendencia ruge por mis venas como veneno. Black y Well, destrucción y ancla, fuerzas opuestas en guerra en mi sangre. La cámara lo sabe. Luke lo sabe. Tal vez yo siempre lo he sabido también.

—Estás diciendo que soy el detonante —digo, con voz hueca—. Que solo estar cerca de ella la empujará hacia esto. —Levanto el colgante, dejando que atrape la poca luz que existe aquí—. Hacia la necesidad de esto.

—Tu propia naturaleza llama a su poder —confirma Luke—. Como polillas a la llama. Es por eso que los Blacks y los Wells no tienen muchos descendientes. Tú y tu medio hermano Tate.

Gruño al pensar en él. Mi rival durante tanto tiempo, y nunca supimos que éramos parientes. Mantenidos separados probablemente por culpa de esta mierda. —Al carajo con Tate —gruño, agarrando el colgante—. Todo lo que me importa es Matilda. —La animé a quitarse el colgante para empezar. ¿La he estado empujando más cerca del borde todo el tiempo? La sangre Well podría equilibrarme, pero Matilda es puro poder. Sin ancla que la ate excepto... —Excepto yo —digo con voz ronca mientras la realidad se asienta—. Por eso estoy aquí. Por qué tenía que ser yo.

El silencio de Luke es respuesta suficiente.

—Puedo ser su ancla en lugar de su catalizador —insisto, apretando más el colgante—. Puedo ayudarla a controlarlo, no solo... no solo terminarlo.

—Tal vez —dice Luke en voz baja—. Pero ¿estás dispuesto a apostar su vida por esa teoría? ¿A arriesgar las vidas de todos los demás?

—Sí —digo, y la certeza en mi voz me sorprende.

Luke me estudia por un largo momento, su expresión ilegible en la penumbra de la cámara. —La prueba te ha mostrado el precio del fracaso. ¿Estás preparado para pagarlo si te equivocas?

Miro el colgante. —Estoy preparado para hacer lo que sea necesario para salvarla —digo—. Ya sea ser su ancla o su verdugo. Pero elijo creer en ella. En nosotros.

La oscuridad retrocede, replegándose hacia las paredes.

Miro fijamente el colgante y sé que esto es real. No es solo parte de la locura de estas cámaras subterráneas. Guardo el colgante, sabiendo que tengo que decírselo porque este secreto es demasiado grande. No somos lo suficientemente fuertes para sobrevivir si ella descubre que le mentí.

LUC

—ESTO APESTA, TODO AQUÍ ABAJO APESTA —REFUNFUÑO MIENTRAS ME ADENTRO MÁS EN EL túnel.

Todo brilla en rojo, y hace un calor infernal aquí dentro.

—Luc.

Me quedo paralizado y luego sonrío sombríamente.

—Vale, lo entiendo. Esto es una prueba, ¿no? —Me doy la vuelta para enfrentar a la mujer que ha dicho mi nombre. Rubia, hermosa como el demonio, vestida prácticamente con nada, lo que resalta sus curvas—. Elisa. Qué desagradable verte de nuevo.

—¿En serio? —pregunta, deslizándose más cerca—. La última vez que estuvimos juntos no podías quitarme las manos de encima.

—La última vez que estuvimos juntos, te estaba seduciendo para reclamar tu alma y entregársela personalmente a mi madre en el Infierno.

—Por favor —se burla—. Como si esa fuera la única razón. Me deseabas. Querías enterrar tu polla tan profundo en mí como fuera posible.

—Estaba haciendo mi trabajo.

Ella entorna los ojos ante mi indiferencia.

—Mentiroso —sisea—. Me anhelabas. No podías tener suficiente de mí.

—Lamento decepcionarte, Elisa, pero no eres tan espectacular. No eres más que una putita que engañó a su marido en cuanto alguien más mostró interés en ella.

Ella se ríe.

—¿Crees que fuiste el único?

—No, sé que no lo fui —le doy una sonrisa astuta—. Pero fui el último. Me aseguré de ello.

—Ugh, tan jodidamente noble —escupe—. Solo vas tras las chicas malas. ¿Qué hay de las chicas buenas, Luc? ¿No es más divertido corromperlas y condenarlas a una vida en el Infierno? ¿O es solo porque es más fácil? ¿Los ángeles son demasiado desafiantes para ti?

Aprieto la mandíbula, luchando contra el impulso de arremeter contra ella.

—No sabes nada sobre mí.

—Oh, pero sí lo sé —ronronea Elisa, rodeándome como un depredador—. Sé que ansías a esa brujita. La del pelo arcoíris y el poder que hace cantar a tu sangre demoníaca —Se inclina cerca—. Sé que quieres corromperla, arrastrarla a la oscuridad contigo.

—Cállate —gruño, pero ella solo se ríe.

—¿Toqué una fibra sensible? Admítelo, Luc. Te atrae su inocencia, su luz. Quieres extinguirla, ver cómo parpadea y muere mientras reclamas su alma.

—Te equivocas —digo, pero incluso yo puedo escuchar la incertidumbre en mi voz—.

Además, ella no es inocente. Se ha follado a mi medio hermano *y* al ayudante de cátedra.

—Pero antes de que Draven la atrajera a su coche, solo había tenido sexo una vez. Una sola vez. Perdió su virginidad, y luego el brujo la abandonó después de prometerle que la ayudaría a escapar de sus padres. Draven la mancilló, se la folló como a una putita, y eso es lo que te vuelve tan loco. Por qué la deseas tanto. Porque tu hermanito la tuvo primero.

—No es cierto, y no creo ni por un segundo que Draven la atrajera y se la follara como a una puta. No tiene en él ser tan apasionado.

—La brujita te dirá lo contrario. La viste corriéndose sobre su polla. Sabes cómo la hace sentir.

Aprieto la mandíbula, sin querer seguir discutiendo esto.

—¿Por qué estás siquiera aquí? Se supone que deberías estar en el Infierno, siendo reciclada en un Demonio.

—¿Quién dice que no lo he sido?

Caigo en la cuenta y sacudo la cabeza, riendo suavemente.

—Una súcubo. Qué jodidamente apropiado. Roberta no se esforzó mucho contigo, ¿verdad?

—¿Por qué estropear la perfección? —ronronea Elisa.

—Lárgate de mi túnel —gruño, de repente cabreado con esta farsa.

La forma de Elisa parpadea, sus rasgos se difuminan y se reforman. En su lugar se alza una criatura de pura sombra y llama, con ojos que brillan como brasas en la oscuridad.

—¿Crees que es tan fácil deshacerte de mí, pequeño príncipe? Soy tu prueba. Tu examen.

Me burlo, sin impresionarme.

—¿Qué, para ver si puedo resistir la tentación? Lamento decepcionarte, pero no eres mi tipo.

La criatura se ríe.

—Oh, Luc, lo malinterpretas. No estoy aquí para tentarte —Se desliza más cerca—. Estoy aquí para hacerte enfrentar lo que realmente eres.

—¿Y qué es eso? —pregunto, aburrido ya.

—Un destructor —sisea—. Está en tu sangre, en tu esencia. Ansías el caos, la corrupción. ¿Esa brujita? Es solo otra alma para que la mancilles.

—No sabes nada sobre mí o Matilda.

—¿No lo sé? —La forma de la súcubo cambia de nuevo, adoptando la apariencia de Matilda. Pero esta no es la Matilda que conozco. Esta versión es más oscura, con ojos que brillan con un poder impío, la piel marcada con runas demoníacas—. Esto es en lo que quieres que se convierta, ¿no es así? Una perfecta pequeña Reina Demonio para gobernar a tu lado.

Me río de nuevo.

—Vale, necesitas hacer tu investigación antes de intentar joderme. En primer lugar, mi madre es la Reina Demonio. Es un título que ni siquiera se pasará, y en segundo lugar, yo nunca gobernaré. Mi hermana mayor tiene ese honor.

—Ooh, amargado —ronronea.

—¿Amargado? —me burlo—. Para nada. No tengo interés en gobernar el Infierno. Demasiada burocracia, no suficiente diversión.

La falsa Matilda me rodea, sus movimientos son sinuosos y depredadores.

—Entonces, ¿qué quieres, Luc? Si no es poder, si no es un trono... ¿qué te impulsa?

Considero la pregunta, sabiendo que mi respuesta importa. Esto es una prueba, después de todo.

—Libertad —digo finalmente—. La capacidad de elegir mi propio camino.

Ella se ríe, el sonido áspero y chirriante.

—¿Libertad? Eres mitad Íncubo, mitad Diablo. Tu propia naturaleza es una prisión de lujuria y corrupción.

—Tal vez —concedo—. Pero eso no significa que tenga que ser definido por ello.

—¿No? —Se detiene frente a mí, los rasgos de Matilda retorciéndose en algo cruel—. Entonces, ¿por qué la anhelas tan desesperadamente? ¿Por qué el pensamiento de corromperla te pone la polla tan dura?

—Te equivocas. Lo que siento por Matilda no se trata de corrupción.

—¿No lo es? Dime, Luc. Cuando sueñas con ella, ¿es suave y dulce? ¿O te la imaginas retorciéndose debajo de ti, suplicando por más mientras reclamas cada centímetro de ella?

Imágenes pasan por mi mente de Matilda jadeando mi nombre, sus uñas arañando mi espalda mientras la follo duro y rápido, reclamando cada agujero que tiene.

Aprieto la mandíbula, luchando contra la excitación que esas imágenes provocan.

—Mis deseos no me definen —gruño—. Y ciertamente no la definen a ella.

La falsa Matilda se ríe cruelmente.

—Oh, pero sí lo hacen. No puedes evitarlo, Luc. Es quien eres. Un corruptor. Un destructor.

—Te equivocas —insisto, pero la duda me carcome. ¿Cuántas veces he sentido ese oscuro impulso alrededor de Matilda? ¿El deseo de empujar sus límites, de ver hasta dónde llegaría?

—¿Ah, sí? —ronronea—. Entonces demuéstralo. Muéstrame que puedes resistir la tentación.

Su forma cambia de nuevo, convirtiéndose en una copia perfecta de Matilda tal como la vi en el pasillo. Suave, vulnerable, sus ojos abiertos de par en par con confianza y deseo, su cabello arcoíris mojado y su camiseta pegada a sus curvas por la lluvia.

Se acerca más, y su aroma, chocolate cubierto de miel, me envuelve.

—Luc —susurra, su voz una réplica exacta de la de Matilda—. Te deseo. Te necesito. —Desliza su mano por mi brazo.

Mi cuerpo responde instantáneamente, el deseo inundando mis venas. Sería tan fácil ceder, tomar lo que se me ofrece. Finalmente probarla, sentir su coño envolviendo mi polla.

Pero no es real. No es ella.

Doy un paso atrás, mi voz áspera. —No. Esta no es Matilda. Y aunque lo fuera, no la tomaría así.

La expresión de la falsa Matilda se endurece. —¿Por qué no? Es lo que quieres, ¿no? Reclamarla, hacerla tuya.

Aprieto los puños, luchando contra el impulso de extender la mano y tocarla. —Lo que yo quiera no importa. Es el turno de Matilda. Cuando, *si*, ella esté lista.

Ella se burla. —Ambos sabemos la verdad. Solo tienes miedo.

—¿Miedo de qué? —gruño.

—Miedo de que una vez que la tengas, no podrás detenerte. Que la consumirás por completo, en cuerpo y alma. Miedo de que la destruirás, tal como destruyes todo lo que tocas.

Me aparto bruscamente de ella, mi corazón latiendo con fuerza. —Te equivocas.

—¿Ah, sí? —Se ríe, el sonido amargo y burlón—. Mira tu historial, Luc. ¿Cuántas almas has corrompido? ¿Cuántas vidas has arruinado en tu búsqueda de placer? ¿De *libertad*? Incluyendo a tu propio gemelo.

—Draven es un chico grande; puede manejar sus propios asuntos.

—¿Es por eso que estás celoso de él? —Pasa sus dedos ligeramente sobre mi cinturón y lo desabrocha.

Agarro su muñeca, deseando con todo mi ser que esto fuera real. —*No* estoy celoso de él.

—Lo estás. Quieres ser frío como él. Quieres esas murallas tan altas que nadie pueda

atravesarlas.

—Matilda lo ha roto.

—¿Eso es lo que piensas? Que está roto.

La atraigo hacia mí, y ella sonríe, pensando que ha ganado. Me inclino y rozo mis labios sobre los suyos antes de dejar salir mi verdadero yo. Cuernos, alas, todo. Ella retrocede tambaleándose, pero la sonrisa malvada en su rostro me recuerda que esta no es Matilda. —Ahí está —murmura—. El gran y malo Demonio. El que quiere violar salvajemente a la bruja y llevar su alma directamente al infierno.

Imágenes de Matilda de rodillas siendo forzada a chupar la polla de ese brujo me atraviesan ante la palabra violar. —¡Nunca!

—Violar, seducir, es lo mismo al final del día, ¿no es así, Luc? ¿Quitar opciones? Podrías hacer lo que quisieras con este cuerpo, y nadie lo sabría nunca.

—Estás jodidamente enferma —gruño y vuelvo a mi cuerpo humano, decidido a no dejar que esta perra me afecte.

—¿Lo estoy? —murmura y se desnuda—. Hazlo, Luc. Haz lo que te sale naturalmente. Sedúceme. Fóllame. Arráncame el alma mientras te alimentas de mi deseo. Sabes que lo quieres. Sabes que quieres todo lo que te estoy ofreciendo y más. Tómalo, Luc. Tómalo. Eres demasiado débil para resistirte a ella.

Miro fijamente a Matilda, mi respiración un jadeo laborioso mientras ella se acerca más.

MATILDA

DOBLO LA ESQUINA Y EL RESPLANDOR VERDE QUE ME RODEA SE VUELVE ROJO. ME DETENGO cuando veo a Luc de pie cerca de otra Matilda, desnuda y definitivamente insinuándosele. Me quedo paralizada, con el corazón latiendo con fuerza mientras asimilo la escena frente a mí.

La otra Matilda se aprieta contra Luc, pasando sus manos por su pecho.

—Toma lo que quieras, Luc —ronronea con mi voz—. Sabes que lo deseas. Me deseas a mí.

Luc aprieta la mandíbula, con los puños cerrados a los costados. Puedo ver el conflicto que se libra en sus ojos, el deseo luchando contra algo más profundo.

—No —gruñe, con la voz áspera—. Esto no es real. Tú no eres ella.

La otra yo se ríe, un sonido cruel y burlón.

—¿Acaso importa? Te estoy ofreciendo todo lo que has querido. Tómalo. Demuestra qué clase de monstruo eres realmente.

Quiero gritar, correr hacia Luc y alejarlo de esta versión retorcida de mí misma. Pero algo me detiene. Él todavía está luchando contra sus demonios, y me he topado con ello. Por una razón, obviamente, pero sea cual sea, aún no la conozco. No puedo interferir. Ni siquiera sé si puede verme.

—No lo entiendes, maldita sea —gruñe—. No quiero tomar. Quiero que ella me elija. Por una vez, quiero ser elegido. Quiero que ella me desee sin los poderes, sin la seducción, sin las palabras bonitas.

La otra Matilda retrocede ligeramente, su sonrisa seductora vacilando.

—Estás mintiendo. Los demonios no quieren ser elegidos. Toman. Corrompen. Es lo que eres.

—No —dice Luc, y hay una certeza en su voz que me deja sin aliento—. Es lo que tú crees que soy. Lo que todos creen que soy. El gran demonio malo, ¿verdad? Solo esperando para corromper a la bruja inocente. Sé que por eso Draven no quiere que la tenga. Cree que voy a usarla y desecharla.

Trago saliva ante esas palabras.

Luc da un paso atrás, creando distancia entre él y mi otra yo desnuda.

—Pero esto es lo que no entiendes. He tenido innumerables oportunidades de seducirla, de tomar lo que quiero. Podría haber usado mis poderes, jugado con su vulnerabilidad, manipulado como lo he hecho con otros.

—Entonces, ¿por qué no lo has hecho? —exige la otra yo.

—Porque ella merece algo mejor que eso —dice Luc simplemente—. Porque quiero ser mejor que eso. Por ella.

Me llevo una mano a la boca, luchando contra las lágrimas mientras lo veo enfrentarse a su

propia oscuridad.

—No puedes luchar contra tu naturaleza para siempre —se burla la falsa Matilda, pero su voz suena menos segura ahora.

—Obsérvame —gruñe Luc—. No tienes idea de lo que soy capaz.

La cámara brilla con luz roja y, de repente, la versión falsa de mí se desvanece, su forma volviéndose translúcida.

—Tu prueba no ha terminado —advierte, su voz haciendo eco—. La verdadera prueba está por venir.

—Adelante —dice Luc, con voz firme—. Ya estoy harto de que otros definan quién soy.

Las sombras se funden en una escena. Luc y yo, enredados en la pasión. Pero algo está mal. Mientras Luc me reclama, la oscuridad se extiende desde donde nuestra piel se toca, como tinta en el agua. Me arqueo de placer, pero con cada toque, cada beso, mi luz se atenúa. Mi poder, mi esencia, mi alma son despojados.

—Esto es lo que sucede —una voz espeluznante hace eco a mi alrededor, haciéndome saltar —. Esta es tu maldición, Luc, hijo del Diablo. Corromper a través del placer. Alimentarte de almas a través del deseo.

El rostro de Luc, el real, es una máscara de angustia mientras observa.

—Basta.

—Cada caricia —continúa la voz—, cada beso, cada momento de pasión, la drenas. No porque elijas hacerlo, sino porque es lo que eres. Lo que siempre serás.

—No —grito, pero él no me oye. Solo puedo ver cómo Luc cae de rodillas.

—Ahora entiendes —dice la voz—. Por qué nunca podrás tenerla. Por qué cada momento de restricción ha sido necesario. Tu amor no la salva, la condena.

—Lo sé —susurra Luc, con la voz quebrada—. Lo sé. Estas paredes están levantadas porque no puedo amar ni ser amado y mostrar ese amor. Estoy *maldito* con nunca poder tocarla de la manera que quiero.

—Mierda —murmuro mientras las lágrimas brotan en mis ojos—. Joder.

Siento una presencia a mi lado.

Draven.

Está mirando a su medio hermano, con comprensión y pesar grabados en su expresión seria.

—Esta es tu verdadera prueba —declara la voz—. No resistir la tentación, sino aceptar que debes resistir para siempre. Que el amor, para ti, nunca puede ser consumado.

Lucho contra la fuerza que me mantiene en silencio, desesperada por alcanzarlo, por decirle que no importa, que encontraremos una manera. Pero no puedo moverme, no puedo hablar, solo puedo ver cómo Luc enfrenta esta devastadora verdad.

—Tiene que haber una manera —dice Luc, con la voz ronca—. Algún resquicio legal, alguna...

—No hay resquicio legal para lo que eres —interrumpe la voz—. Cada Íncubo se alimenta de almas a través de la energía sexual. Es tu naturaleza, tu maldición. Cuanta más pasión, más amor involucrado, más completamente la drenarás.

—¿Así que esta es mi prueba? —Luc se ríe amargamente—. ¿Aceptar que nunca podré tenerla? ¿Que tengo que alejarla para salvarla?

—Sí.

—Al carajo con eso —gruñe, poniéndose de pie—. Siempre hay una elección. Siempre hay otra manera.

—No para esto. Has visto lo que sucede con otros, con los humanos cuyas almas has

reclamado a través de la seducción. Pero con ella, ¿una bruja de su poder? El drenaje sería completo, irreversible. Destruirías todo lo que la hace ser quien es y la condenarías al Infierno para ser reciclada, y ella nunca te recordará.

Lucho con más fuerza contra la fuerza que me retiene, con lágrimas corriendo por mi rostro. El dolor en la expresión de Luc es insoportable.

—Entonces nunca la tocaré —dice en voz baja—. Me iré, me mantendré alejado...

—¿Y verás a tu hermano tenerla en su lugar? ¿Verás cómo ella le da todo lo que tú nunca podrás tener?

Las manos de Luc se cierran en puños.

—Si eso es lo que se necesita para mantenerla a salvo. Para mantener su alma intacta.

—Luc —logro decir, con la voz quebrada.

Él se da la vuelta, sus ojos se agrandan cuando se da cuenta de que estoy aquí. —¿Cuánto viste?

—Todo —susurro—. Lo vi todo.

Su rostro se endurece. —Entonces entiendes por qué tengo que alejarme de ti. Por qué no puedo...

—¡No! —La palabra estalla de mí con tanta fuerza que la cámara tiembla—. Tiene que haber otra manera.

—Matilda, no lo hagas —advierte Luc, alejándose de mí—. Viste lo que sucede. Cada vez, de todas las formas, te destruyo.

—¡No me importa!

—¡Pues a mí sí! —ruge, sus ojos destellando en rojo—. No seré lo que extinga tu luz. No seré el monstruo que robe tu alma.

—Esta es tu prueba —dice la voz suavemente—. Amar lo suficiente para dejar ir. Desearla tanto como para nunca tenerla.

—Eso es una estupidez —espeto, pero Luc solo niega con la cabeza.

—No, mi dulce bruja. Es la verdad. Cada caricia, cada beso, estaría alimentándome de tu alma. No porque quiera, sino porque es lo que soy. —Su voz se quiebra—. Y no puedo... no te haré eso.

—¡Esto es una mierda! —gruñe Draven—. Luc, reacciona, por el amor de Dios. Eres tú quien lo está guiando de esta manera.

—No, Dray. Es verdad. Lo he sabido todo el tiempo.

—Y una mierda —espeta y agarra mi mano. Me acerca más a Luc—. No puedes drenar su alma si estoy aquí para protegerla.

Los ojos de Luc se fijan en los de Draven mientras mi boca se abre de la sorpresa.

—¿Qué? —balbuceo—. ¿Qué quieres decir?

Vex se une a nosotros con una mirada interesada. —Está ofreciendo recibir el golpe por ti, chispita.

—¿Cada vez? —murmuro.

—Cada puta vez —dice Draven entre dientes.

—No —digo, sacudiendo la cabeza—. Esto es una locura. ¿Cómo llegamos siquiera a esto?

—Ni idea, pero mi prueba no fue tan jodida como esta —afirma Draven.

De repente, doy un paso atrás cuando la realidad me golpea. —Esas no eran pruebas. Eran caminos para llevarnos a este lugar. Esta decisión. Este momento.

—¿Entonces qué hacemos? —pregunta Vex, su mirada taladrando la mía.

—Luchamos.

MATILDA

—LUCHAMOS —REPITO, CON MÁS FIRMEZA ESTA VEZ. PERO ANTES DE QUE ALGUIEN PUEDA responder, la cámara cambia. El resplandor rojo se apaga y nos sumergimos de nuevo en la oscuridad. Luc hace aparecer unas débiles esferas de fuego infernal, que logra mantener incluso en las cámaras inhibidoras. Supongo que eso demuestra que está por encima de esta mierda. ¿O fuera de su ámbito, tal vez?

—¿Qué demonios? —murmuro mientras aparecen símbolos antiguos en las paredes.

—Textos praxianos —murmura Vex.

—¿Cómo lo sabes?

—Una corazonada, preciosa.

—¿Puedes leerlos? —pregunta Draven.

Vex niega con la cabeza.

—Nadie puede. Según se cuenta, nadie los ha visto jamás. Estos son más antiguos que los que vimos en las entradas del túnel. Mucho, mucho más antiguos.

—Yo puedo leerlos —susurro. Los símbolos brillan en respuesta a mi voz—. Hablan de la magia original. Antes de que fuera dividida.

—Entonces definitivamente son praxianos —dice Vex, casi con aires de suficiencia.

Luc se acerca a mí a pesar de su anterior resolución de mantenerse alejado.

—¿Qué dicen?

Me acerco a la pared más cercana, mi mano atraída hacia el dibujo. Cuando mis dedos rozan los símbolos, estos arden con una luz blanca incandescente que no duele.

—Cuando los elementos eran uno —traduzco—. Antes de la gran división, la magia fluía pura y completa. La fuerza praxiana no conocía fronteras ni limitaciones...

La cámara tiembla, y siento que el poder se acumula a nuestro alrededor, algo diferente a todo lo que he sentido antes.

Los símbolos se mueven, reacomodándose como un rompecabezas cósmico. Mi cabeza palpita mientras la traducción fluye a través de mí.

—El recipiente elegido surgirá cuando la oscuridad amenace con consumirlo todo. Uno que pueda canalizar la fuerza pura, no contaminada por las divisiones del tiempo.

—Matilda —dice Vex en voz baja—, creo que...

Pero no puedo dejar de leer. Las palabras tiran de mí, exigiendo ser pronunciadas.

—Ella se alzará entre dos fuerzas, fuego y sombra, caos y orden —mis ojos se dirigen a Draven, luego a Luc—. Ligada a ambos, pero dominada por ninguno.

La cámara resplandece con energía, y aparecen nuevos símbolos, estos ardiendo con una intensa luz púrpura.

—Pero cuidado —continúo, con voz temblorosa—. El poder de la magia praxiana no puede ser contenido por un solo recipiente. Consumirá...

De repente, un dolor me desgarra. Los símbolos destellan con un brillo cegador, y siento que algo antiguo y poderoso intenta abrirse paso en mi conciencia.

Draven y Luc se mueven para atraparme, pero Vex los detiene.

—¡No la toquen! La profecía se está activando. Si interfieren...

—¿Profecía? —la voz de Draven suena amortiguada, como si gritara a través del agua.

—¡Eso es lo que es esto! —responde Vex. El resto de sus palabras se ahogan por el rugido en mis oídos mientras más símbolos se graban en mi mente. Imágenes destellan ante mis ojos: la magia en su forma más pura, antes de que fuera dividida en diferentes escuelas y elementos. El poder crudo de la creación misma.

Y algo más. Algo más oscuro. Una advertencia sobre...

La visión se corta abruptamente cuando mis rodillas ceden.

Los símbolos en las paredes dejan de brillar, pero aún puedo sentirlos latiendo en mi mente como una imagen residual.

—Estoy bien —digo y logro incorporarme hasta quedar sentada—. Pero hay más. Algo sobre... —presiono mis dedos contra mis sienes, tratando de aferrarme a los fragmentos de la visión—. Un precio. Siempre hay un precio.

—¿Qué viste? —pregunta Vex, agachándose a mi lado.

—La magia original, la magia praxiana, no estaba destinada a ser dividida. La división no fue natural, fue forzada —levanto la mirada hacia ellos, con la cabeza aún dando vueltas—. Alguien hizo esto. Alguien la separó a propósito.

—¿Por qué? —la voz de Draven está tensa.

—Porque... —lucho por unir las piezas—. Porque unida, era demasiado poderosa. Demasiado peligrosa. La profecía dice que el recipiente, creo que soy yo, puede canalizarla, pero... —me detengo, recordando la advertencia que me había quemado por dentro.

—¿Pero qué? —exige Luc.

—Pero requiere algo más. Algo que solo tú y Draven pueden darme —Vex se tensa, y le sonrío—. No te preocupes, también te necesito a ti. Dice que no puedo hacer esto sola, o me destrozará. Te necesito como ancla, tal vez, ¿es esa la palabra correcta? Un recipiente de desbordamiento.

Él me lanza una mirada seria que me hiela la sangre.

—¿Qué?

Saca algo de su bolsillo y lo sostiene en alto.

Jadeo cuando veo el colgante de amatista.

—Mi prueba era ver si podía hacer lo necesario si todo se iba al carajo. Esto —mueve el colgante de un lado a otro—, tenía que volver a ponértelo cuando te descontrolaste. Te mató.

—¿Pero lo hiciste de todos modos? —gruñe Luc.

—No tenía otra maldita opción. Estaba perdida en el poder y matando a todos —gruñe Vex, pero sigue mirándome—. *Soy* tu ancla, Tilly, pero soy más que eso. Soy el que te empujará a querer más, a acercarte al límite.

No tengo palabras. Sé que hizo lo correcto en su prueba, pero aun así duele.

—Hiciste lo correcto —murmuro finalmente cuando su mirada me exige decir algo—. Por supuesto que sí. Nunca lo dudes. No quiero convertirme en una asesina sedienta de poder. Pero, ¿qué quieres decir con llevarme más cerca del límite?

—Es una complicada lección de historia familiar que se remonta a los Wells y los Blacks.

Cada familia que se involucró con los Blacks mantuvo su propio apellido para tratar de disminuir la carga de estar involucrada con la magia oscura. Soy Blackwell. Uno de dos. Soy el ancla para la magia poderosa, pero también el catalizador.

Sus palabras resuenan profundamente en mi cerebro, y algunas cosas encajan en su lugar. Blackthorn. ¿Black y Thorn? Miro fijamente a los ojos de Vex y veo una similitud con los de nuestro director. —¿Tú y Blackthorn están emparentados? —suelto de repente, necesitando saberlo.

Él se ríe suavemente. —Eres una chica lista, ¿verdad? Sí. Es mi tío.

—Tu poder superior —murmura Draven.

Levanto la mirada bruscamente. —¿Qué?

—Nada. —Pero su mirada está en Vex, observándolo casi con cautela.

Vex entrecierra los ojos hacia él, pero vuelve su mirada hacia mí. —Soy tu recipiente de desbordamiento, Matilda. Tu ancla. Pero si estás a mi lado, tu poder no conocerá límites.

—Justo como dijo la lectura.

Él asiente y hace una mueca antes de decir: —Entiendo si quieres enfriar las cosas entre nosotros.

Parpadeo. —¿Qué? ¿Estás rompiendo conmigo?

Su rostro permanece impasible. —No quiero hacerlo. Joder, nunca había sentido esto por nadie antes, Tilly, pero si seguimos juntos...

—Pasarán cosas malas —dice Luc con firmeza—. Vaya, ¿no somos un grupo variopinto de imbéciles?

Bufo divertida, aunque nada de esto es remotamente gracioso. —A la mierda —digo, poniéndome de pie—. Haremos nuestras propias reglas. Vosotros dos —señalo a Luc y Draven —, estáis un poco fuera de esto. No sé realmente cómo ni por qué, ni siquiera cómo lo sé, pero vuestra magia infernal, o como la llaméis, no es parte de esta división. Es separada. Siempre lo ha sido.

Draven asiente. —Eso tiene sentido. Nuestro reino existe fuera de la red de reinos donde están la Tierra y otros lugares.

—Los textos me mostraron algo más. Algo sobre contención.

La cámara se oscurece de nuevo, como si respondiera a mis palabras. Aparecen nuevos símbolos, esta vez rojo sangre y sangrando como heridas abiertas.

—El recipiente debe estar contenido —traduzco—. O el poder... —me detengo, mi sangre se hiela cuando comprendo el significado completo.

—¿Qué hará? —exige Luc.

—Destruirá todo —susurro—. No solo a mí. No solo este reino. Todo. Todos los reinos. Toda la existencia. —Miro a Vex—. Por eso eres el ancla. Pero también eres el catalizador porque...

—Porque a veces las cosas necesitan ser destruidas para ser reconstruidas —termina Vex sombríamente—. Esa es la maldición de mi linaje. Preservamos y destruimos. Contenemos y liberamos.

Draven frunce el ceño. —¿Y qué hay de nosotros? ¿Cuál es nuestro papel en este desastre?

Aparecen más símbolos, y siento esa sensación de tirón de nuevo, ese conocimiento antiguo forzando su entrada en mi conciencia.

—Sois las barreras —digo, comprendiendo—. Porque la magia infernal existe fuera del espectro mágico normal. Puede crear límites que la magia Praxiana no puede cruzar. Como muros de contención.

—Así que básicamente somos guardias de prisión mágicos —dice Luc con amargura—. Fantástico.

La cámara de repente se estremece violentamente, interrumpiendo cualquier discusión adicional. Otra vez.

Es como si no quisiera que sacáramos conclusiones o tomáramos decisiones.

—Tenemos que movernos —dice Vex bruscamente—. Ahora.

—¿Por qué? —pregunto, pero entonces veo que la cámara no solo está temblando, se está derrumbando sobre sí misma.

—Las pruebas han terminado —explica Draven mientras pedazos del techo comienzan a caer —. Y no creo que se suponga que debamos sobrevivir a esta parte.

—¡Hemos aprendido demasiado! —grito.

Un trozo enorme de pared se estrella donde estábamos parados segundos antes. Los símbolos siguen brillando, pero ahora parecen menos escritura y más venas de fuego extendiéndose por la piedra.

—¡Por aquí! —grita Luc, señalando lo que parece un túnel. Pero mientras corremos hacia él, el suelo entre nosotros y la salida se desmorona, revelando un pozo de sombras retorciéndose.

Vex mira el hueco. —Saltad.

—¿Estás loco? —exijo, pero otra sección del techo se estrella detrás de nosotros, dejándonos con pocas opciones.

Luc agarra mi mano. —Juntos. A la de tres.

Miro hacia atrás a la cámara que se derrumba, luego al pozo de sombras, y finalmente a él. —Si morimos, te voy a matar.

Sonríe, esa sonrisa temeraria familiar que hace que mi corazón se salte un latido. —Uno...

—Dos... —Aprieto su mano con más fuerza.

—¡Tres!

Saltamos, con Draven y Vex justo detrás de nosotros. Por un momento, estamos suspendidos sobre esa oscuridad retorcida, y juro que oigo voces llamando desde abajo, prometiendo poder, prometiendo respuestas, prometiendo todo si solo nos dejamos caer.

Aterrizamos bruscamente en piedra fría, rodando para absorber el impacto. El aire está cargado con el olor a moho de la edad y la decadencia. Mientras mis ojos se ajustan a la penumbra, veo que estamos en una especie de cripta antigua. Filas y filas de nichos alineados en las paredes, cada uno conteniendo restos esqueléticos en varios estados de descomposición.

—Bueno, esto es acogedor —murmura Vex, sacudiéndose el polvo.

Un gruñido bajo resuena por la cámara. De las sombras emergen tres figuras que me hielan la sangre. Parecen estar hechas de oscuridad viviente, sus formas constantemente cambiantes y retorciéndose, pero manteniendo formas vagamente humanoides. Donde deberían estar sus rostros, solo hay vacíos arremolinados que parecen tirar de mi alma.

—Guardianes de MistHallow —dice Vex cuidadosamente—. Antiguos. No se supone que debamos estar aquí abajo.

—No me digas —gruño, reforzando mi declaración anterior. Hemos aprendido y deducido más de lo que nunca deberíamos, y ahora están tratando de detenernos.

El primer guardián se mueve con una velocidad imposible, su brazo alargándose en una hoja de pura sombra. Luc apenas logra esquivar, la hoja de sombra cortando el aire donde había estado su cabeza.

—Cuando quieras ayudar, hermano —llama Luc a Draven mientras esquiva otro ataque.

Draven ya está trabajando en ello. Con una palabra murmurada que hace que mi piel quiera

desprenderse de mi cuerpo y esconderse en algún lugar, se agacha y golpea el suelo con la mano.

La tierra tiembla, y siento la bilis subir por mi garganta mientras el hedor a muerte nos rodea.

Los esqueletos en los nichos se agitan. Uno por uno, los antiguos huesos se unen, levantándose de sus lugares de descanso. El sonido de huesos entrechocándose llena la cámara mientras alrededor de dos docenas de esqueletos se ensamblan.

—Eso sí que es lo que yo llamo refuerzos —dice Vex con apreciación.

Los guardianes pausan su ataque, pareciendo reevaluar la situación. Luego, deben decidir que esto no cambia nada, y entonces atacan todos a la vez, sus formas dividiéndose y multiplicándose hasta que nos vemos rodeados por vacíos de pura oscuridad.

—Atacad —ordena Draven, y su ejército de esqueletos se lanza hacia adelante.

La cripta estalla en caos. Los huesos chocan contra la sustancia de las sombras, los escalofriantes chillidos de los guardianes colisionan con el traqueteo de los esqueletos animados. Un esqueleto, vistiendo los restos de lo que podría haber sido una armadura ceremonial, balancea una espada oxidada a través del torso de un guardián. El ser de sombras aúlla, su forma temporalmente perturbada.

Dos esqueletos me flanquean protectoramente mientras presiono mi espalda contra una pared, tratando de encontrar una salida.

Estos no son autómatas sin mente. Se mueven con propósito, con memoria muscular de vidas hace mucho pasadas. Un guerrero esquelético con cota de malla hecha jirones ejecuta una perfecta parada contra el ataque de un guardián, mientras que otro vistiendo túnicas de sacerdote hace gestos que realmente repelen a los seres de sombras.

—Bonito ejército, Dray —grita Luc a Draven por encima del estruendo de la batalla—. ¿Amigos tuyos?

—Mejor que una zorra sarnosa intentando follarme —responde Draven, y Luc me lanza una mirada horrorizada. Niego con la cabeza y pongo los ojos en blanco. Me importa una mierda el demonio zorruno de Tilly.

Sonríe aliviado y conjura una débil espada de Fuego Infernal, usándola para mantener a raya a un guardián mientras tres esqueletos intentan flanquearlo.

Un guardián se lanza desde arriba, su forma ahora como líquida, tratando de engullir a Vex. Antes de que pueda gritar una advertencia, un esqueleto inusualmente alto se estrella contra él, sus antiguos huesos rechinando mientras forcejea con el ser de sombras.

Pero incluso con nuestros refuerzos esqueléticos, estamos perdiendo terreno. Los guardianes parecen alimentarse de la oscuridad, volviéndose más fuertes por la magia oscura que se lanza por todas partes y se usa para comandar ejércitos de muertos.

Vex lucha para llegar hasta mí, golpeando a uno de los guardianes. Para mi sorpresa, conecta, y miro mis propias manos. No tengo el poder. O más bien, no tengo el conocimiento. Todavía soy inútil. —¡Allí! —grita mientras se desliza a mi lado—. ¡Eso tiene que conducir a alguna parte!

Un guardián se abalanza sobre mí, pero uno de mis protectores esqueléticos se interpone en su camino, sus dedos huesudos se aferran a la forma del ser de sombras. El guardián chilla, tratando de liberarse, pero el esqueleto se mantiene firme incluso cuando la oscuridad comienza a corroer sus antiguos huesos.

—¡No podemos derrotarlos! —grita Draven mientras otro esqueleto se hace añicos, sus huesos convirtiéndose en polvo cuando un guardián lo destroza.

Vex agarra mi brazo, tirando de mí hacia la apertura oculta. —¡Moveos! ¡Chicos!

Corremos hacia el estrecho hueco, los esqueletos restantes forman una barrera entre nosotros

y los guardianes. El sonido de huesos astillándose nos sigue mientras nos apretujamos por el pasaje en fila india. Apenas es lo suficientemente ancho para nuestros hombros, las paredes de piedra áspera arañan nuestros brazos mientras corremos.

—¡Vienen! —grita Luc detrás de mí. Me arriesgo a mirar atrás para ver sombras filtrándose a través de las paredes, alcanzándonos con zarcillos de pura oscuridad.

El pasaje gira y se retuerce, obligándonos a correr casi a ciegas. Mis pulmones arden y mis piernas duelen, pero el puro terror me mantiene en movimiento. Los chillidos de los guardianes hacen eco en la piedra, haciendo imposible saber qué tan cerca están.

—¡Izquierda! —grita Vex desde adelante—. Hay un... ¡joder!

Tropieza cuando el suelo de repente se inclina hacia arriba. Choco contra su espalda, y Luc choca contra la mía. Solo Draven logra mantener el equilibrio.

—¡Allá arriba! —Draven señala lo que parece una trampilla muy por encima de nosotros, con luz de luna filtrándose por sus grietas—. ¡Eso tiene que conducir al exterior!

Las sombras se acercan cada vez más, la temperatura bajando a medida que avanzan. Mi aliento sale en bocanadas blancas ahora, y juro que puedo escuchar susurros en la oscuridad, prometiendo cosas terribles.

—¡Impúlsame hacia arriba! —ordena Vex, apoyándose contra la pared. Draven hace una cuna con sus manos, lanzando a Vex hacia la trampilla. La golpea fuerte con su hombro, y se abre de golpe.

El aire frío de la noche entra mientras Vex se arrastra hacia arriba. Se gira, extendiendo su mano con su magia, que parece estar funcionando perfectamente ahora que está libre de las cámaras. —¡Vamos!

Uno por uno, trepamos por la cuerda mágica que Vex mantiene firme para nosotros. Me arrastro fuera del pozo y ruedo sobre la hierba húmeda, jadeando por aire.

Mirando alrededor, veo que estamos detrás de la biblioteca en MistHallow. La trampilla por la que emergimos ya se ha desvanecido en el suelo como si nunca hubiera estado allí.

—¿Todos vivos? —jadea Vex.

—Define vivo —gime Luc, rodando sobre su espalda—. No pensé que las cosas pudieran ponerse peor que un viaje por el Infierno, pero eso fue... eso fue...

—En realidad no hay una palabra para ello —concuerda Draven—. Mierda.

—Mierda funciona —digo con voz ronca y me siento lentamente, todo mi cuerpo temblando por la adrenalina y el agotamiento.

Vex me ayuda a ponerme de pie, sus manos permaneciendo en mi cintura más tiempo del necesario. A pesar de todo lo que aprendimos allá abajo sobre su papel como ancla y catalizador, me encuentro inclinándome hacia su toque. Algunas cosas valen el riesgo.

—Deberíamos entrar —digo—. Averiguar qué hacer a continuación.

—Dormir —anuncia Draven—. Dormir es lo que haremos a continuación. Luego tal vez beber hasta que olvidemos los monstruos de sombras y las profecías y el fin de toda la existencia.

—Suena como un plan sólido —concuerda Luc, levantándose.

Mientras nos dirigimos hacia nuestras habitaciones, miro hacia atrás donde había estado la trampilla. Ahora no hay rastro de ella, solo tierra congelada y hierba. Pero sé que está allí, al igual que sé que el conocimiento grabado en mi mente por esos antiguos símbolos es real.

El poder de la creación misma, dividido por una razón, y me ha elegido como su recipiente, con Vex como mi ancla y catalizador, y Draven y Luc como mis barreras.

—Oye —Vex aprieta mi mano, sacándome de mis pensamientos—. Un apocalipsis a la vez, ¿de acuerdo?

Logro esbozar una débil sonrisa. —Sí. Un apocalipsis a la vez.

LUC

EL CAMINO DE REGRESO A NUESTRAS HABITACIONES SE SIENTE MÁS LARGO DE LO HABITUAL, CADA uno de nosotros perdido en sus propios pensamientos sobre lo que nuestra incursión en las cámaras subterráneas ha revelado. Yo, especialmente. Cuando llegamos a la puerta de Tilly, un chillido infernal rompe el silencio. El sonido hace que se me ericen los pelos de la nuca.

—¿Qué demonios? —Vex retrocede mientras Tilly abre la puerta de golpe.

Dentro, su familiar Araxi está enloquecido, tirando libros de los estantes y dejando marcas de quemaduras en las paredes. Sus ojos son de oro fundido, fijos en Tilly con una intensidad que nunca antes había visto.

—Yo me encargo de esto —dice Tilly, aunque parece exhausta—. Probablemente solo está sintiendo todo lo que pasó.

—Y enfadado porque lo protegimos y lo dejamos fuera —murmura Draven.

—Eso también. Pero yo me encargo. Id a descansar. Todos necesitamos un respiro después de este desastre.

—¿Estás segura? —pregunto, sin querer dejarla sola.

Ella asiente, ya moviéndose hacia la criatura agitada con las manos en alto.

—Id. Os veré a todos mañana.

Cuando la puerta se cierra tras ella, agarro el brazo de Draven.

—¿Unas palabras, Dray?

Vex nos mira y se encoge de hombros.

—De todos modos necesito una ducha. Y posiblemente varias copas.

Una vez que Vex se ha ido, arrastro a Draven a mi habitación, junto a la de Tilly.

—¿Qué quisiste decir allí atrás? ¿Sobre recibir el golpe si Tilly y yo...? —Ni siquiera puedo terminar la frase.

Draven se pasa una mano por el pelo, un gesto que reconozco como él ordenando sus pensamientos.

—Es exactamente lo que dije —responde finalmente—. Como maestro de Necromancia, puedo anclar un alma a su cuerpo. Forzarla temporalmente a quedarse, incluso si algo está tratando de sacarla. —Sus ojos se encuentran con los míos—. O consumirla. No es algo que se practique comúnmente, ni siquiera es conocimiento común, pero mi padre me lo enseñó. —Me da una mirada extraña—. Con la ayuda de tu padre.

Parpadeo y mentalmente pongo los ojos en blanco ante los padres. A veces son unos malditos cabrones. Lo sabían. De alguna manera, lo sabían.

—Pero te haría daño —digo. No es una pregunta.

—Sí. Mantener un alma en su lugar mientras algo intenta tomarla es como tratar de agarrar

un cable vivo. Cuanto más tiempo pasa, peor se pone. Pero podría daros quizás quince, veinte minutos como máximo.

Oigo la sonrisa en su voz y le hago un gesto obsceno. Pero la realidad sigue siendo que cualquier relación sexual con Tilly tiene un temporizador, y eso es una mierda. —Joder. —Me doy la vuelta—. ¿Harías eso? ¿Te someterías a ese tipo de dolor solo para que pueda acostarme con ella?

—No, no lo haría si todo lo que quisieras fuera acostarte con ella.

Me vuelvo para mirarlo. —Sabes que no es eso lo que quise decir.

—Solo lo dejo claro para que conste.

El silencio se extiende entre nosotros, cargado de pensamientos no expresados.

—Tiene que haber otra manera. No soy completamente Íncubo.

—Tal vez. Pero sea lo que sea que estés pensando sobre tu lado Diablo, Luc, ten mucho cuidado. Ese tipo de poder viene con un precio.

—¿Acaso no siempre? —digo con amargura.

—Te veré mañana —dice, deteniéndose en la puerta—. Y Luc, no hagas nada estúpido sin hablar conmigo primero.

—¿Yo? ¿Cuándo?

Hace una mueca y desaparece.

Una vez solo, me hundo en mi cama. Mi naturaleza de Íncubo viene del lado de mi padre. La necesidad de alimentarme de energía sexual y, en última instancia, de almas. Pero la sangre de nuestra madre corre con la misma fuerza. Sangre de Diablo. Poder que opera bajo reglas diferentes. Poder que permanece sin explotar porque nunca me interesó. Era la sangre de Íncubo en mis venas la que siempre me llamaba. Mamá no nos animó a probar ese lado nuestro. Ella tenía a las chicas para eso, nuestras hermanas. Ellas son su legado. Nosotros solo somos actores secundarios en este espectáculo. Suena peor de lo que es, y tal vez estoy exagerando un poco, pero el hecho es que mi lado Diablo permanece bastante intacto, aparte del Fuego Infernal, pero eso es un juego de niños comparado con lo que estoy pensando.

Pero si pudiera aprovechar más ese lado, fortalecerlo lo suficiente para suprimir el hambre del Íncubo, entonces tal vez esto funcionaría sin que nadie salga herido.

Cierro los ojos, alcanzando esa otra parte de mí mismo, la parte que susurra de sangre y oscuridad y poder absoluto. Si pudiera fortalecer ese lado, hacerlo lo suficientemente dominante para suprimir el hambre del Íncubo cuando estoy con Tilly.

Me muevo hacia la ventana y miro los terrenos. Abajo, puedo ver el lugar donde estaba la trampilla, donde todo cambió. Donde aprendí que mi hambre realmente podría matar a la única persona que necesito en mi vida.

—Maldita sea —susurro, presionando mi frente contra el frío cristal.

La verdad es que siempre he contenido mi lado Diablo, temeroso de lo que podría significar abrazar tanto poder. Era más fácil inclinarme hacia ser un Íncubo y seguir los patrones predecibles de mi padre, entendiendo las reglas de la alimentación y el hambre.

Pero la sangre de mamá ofrece algo más. Poder puro. Dominación. Si pudiera fortalecer esa parte de mí mismo, hacerla la fuerza dominante, el hambre del Íncubo podría volverse secundaria, manejable.

No suprimida, sino eclipsada por algo más fuerte.

Me enderezo, sintiendo el familiar calor del Fuego Infernal corriendo por mis venas. He estado luchando contra esta parte de mí mismo durante demasiado tiempo.

No será fácil. De hecho, probablemente será lo más difícil que haya hecho jamás. Pero desde

que aprendí lo que mi naturaleza de Íncubo podría hacerle a Tilly, sé que tengo que hacerlo. No renunciaré a ella. No me mantendré alejado de ella, pero tampoco puedo pedirle a Draven que esté presente cada vez que quiera tener sexo con ella. O incluso un beso apasionado, cualquier cosa que despierte al Íncubo. Simplemente no es posible que él siempre esté ahí para lastimarse por mí.

Necesito tener una conversación con Tilly. No sé por dónde empezaré, pero si hay algo que aprendí en esa cámara subterránea hoy, es que jugar a lo seguro ya no es una opción. No con lo que se avecina.

Tal vez sea hora de dejar de luchar contra lo que soy y convertirme en lo que podría ser.

VEX

DESPUÉS DE DARME UNA DUCHA, GRUÑO AL RECORDAR QUE TENGO UNA CLASE NOCTURNA DE Magia Oscura Avanzada esta noche. Estas son las criaturas que no pueden moverse bajo la luz del sol, o cuya preferencia son las clases nocturnas. Frotándome la cara después de todo lo que aprendimos y vivimos en las cámaras subterráneas, suspiro y me recompongo. Blackthorn me ofreció la oportunidad de ser profesor asistente aquí una vez que descubrimos nuestra conexión familiar, porque sabía que necesitaba una salida para la Magia Oscura que vive dentro de mí. Ahora creo que también sabía que algo se avecinaba. Y ese algo resulta ser una rubia de un metro sesenta con pelo arcoíris y curvas que podría estudiar durante años.

Necesito hacer tiempo para pensar en todo esto, pero ahora no es el momento. Me dirijo al auditorio y entro a zancadas, con segundos de sobra.

La magia se siente diferente después del atardecer en Magia Oscura Avanzada. Es más espesa, más receptiva.

Deslizándome en mi silla detrás del escritorio de Night, lo observo comenzar la conferencia, y mi sangre se calienta cuando demuestra hechizos de corrupción, la oscuridad entrelazándose entre sus dedos como seda.

La temperatura baja repentinamente y, como era de esperar, debido a la magia que se está utilizando, pero se siente extraño. Lo percibo primero en mis runas. Una ondulación de algo incorrecto que hace que los símbolos bajo mi piel ardan.

Las ventanas del aula explotan hacia adentro.

Criaturas de sombra, no muy diferentes a los guardianes que vimos antes en el subterráneo, se cuelan a través de ellas. Son antiguas, decididas y se mueven con una inteligencia que me hiela la sangre.

—¡Círculos de contención! —grita Night, ya tejiendo hechizos defensivos, sin sorprenderse por esta invasión, lo que inmediatamente me hace sospechar como la mierda.

Me lanzo sobre el escritorio cuando la primera sombra intenta alcanzar a un estudiante. Electricidad oscura brota de mis manos, atravesando a la criatura. —¡Pónganse detrás de mí!

—Baja la guardia, Vex. —La profesora Laurent aparece en la puerta, su magia chisporroteando en violeta—. Este es un asunto del personal.

—Y una mierda, y por si lo olvidaste, yo *soy* personal. —Levanto una barrera mientras más sombras entran en tropel.

Dos sombras más se materializan, sus formas más sólidas que cualquiera que haya visto antes. Parecen estar buscando algo o a alguien. Los hechizos defensivos de Night apenas las tocan, lo cual está mal en tantos niveles, considerando su nivel de poder.

Una estudiante grita cuando una de las criaturas la agarra. La hago retroceder de un golpe,

pero tres más toman su lugar. El aire se vuelve denso con la magia en competencia. La oscuridad de Night, los escudos violetas de Laurent, mi propio poder chisporroteando negro y mortal a través del aire.

—Tenemos que salir de aquí —grito por encima del caos, guiando a los estudiantes hacia la puerta. Pero Laurent la bloquea, su rostro fijo en líneas sombrías.

—Nadie se va, hasta que encuentren lo que están buscando —dice con firmeza.

Qué. Mierda.

Antes de que pueda responder, la temperatura vuelve a desplomarse, pero esta vez es diferente. Una firma energética familiar fluye sobre mí, haciendo que mis runas ardan en reconocimiento. Me giro para ver a Matilda en la puerta detrás de Laurent.

Laurent intenta bloquearla, pero el poder de Matilda estalla, controlado y constante, empujando a la profesora a un lado como si no fuera nada. Los ojos de Laurent siguen cada movimiento de Matilda con una intensidad que me pone los dientes de punta. Las sombras de repente detienen sus ataques aleatorios, todas girándose hacia Matilda como agujas de brújula encontrando el norte.

—Fascinante —murmura Laurent, y no me gusta el interés clínico en su voz—. Responden a ella.

—Saca a los estudiantes —le gruño a Night, quien por una vez no discute. Los guía hacia la puerta, pero las sombras avanzan, creando una barrera de oscuridad.

—Déjenlos ir —ordena Matilda, su poder extendiéndose por la habitación. Las criaturas se detienen, luego la atacan a ella en su lugar. Ella levanta un escudo de pura oscuridad que hace que mis runas ardan en reconocimiento. Está usando magia tan oscura que me hace agua la boca.

Pero algo está muy mal aquí. Laurent está observando como si esto fuera exactamente lo que esperaba, su magia violeta completamente dormida ahora. Cuando me giro para confrontarla, se ha ido, simplemente desapareció y nos dejó en este caos.

—¡Matilda! —grito cuando tres sombras convergen sobre ella a la vez. Ella se mantiene firme, esa oscuridad imposible consumiendo a cada criatura que toca, pero hay demasiadas, y ella no tiene la experiencia para estar haciendo... *nada* de esto.

Una vampira intenta escabullirse más allá de la pelea para llegar a la puerta, pero una de las sombras se gira, sus garras extendiéndose hacia su garganta.

Matilda se mueve más rápido de lo que debería ser posible. La oscuridad a su alrededor explota hacia afuera, envolviendo a la vampira y tirando de ella hacia la seguridad mientras Matilda recibe el golpe en su lugar. Las garras de la sombra se clavan en su hombro, pero ella ni se inmuta. Sus ojos se vuelven completamente negros, y la temperatura baja tanto que se forma escarcha en las ventanas.

—Dije —gruñe, su voz resonando con poder—, déjenlos ir.

La oscuridad que emana de sus manos no se parece a nada que haya visto o sentido antes. Es más antigua, más profunda y jodidamente aterradora.

—¡Al suelo! —rujo, canalizando poder a través de mis runas. Electricidad oscura atraviesa la habitación, atrapando a las tres sombras. Chillan con un sonido infernal que hace que las ventanas se hagan añicos.

Las sombras hacen una pausa en su ataque, retorciéndose como si estuvieran atrapadas entre dos órdenes en conflicto. Los hechizos de Night finalmente comienzan a tener efecto, su magia desgarrando a dos criaturas más pequeñas.

Me abro paso hasta el lado de Matilda, nuestra magia entrelazándose de forma natural. Electricidad oscura y sombra antigua trabajando en sincronía. Pero estas cosas siguen llegando,

reformándose casi tan rápido como podemos destruirlas.

—No están tratando de matar a nadie —dice Matilda con los dientes apretados mientras nos ponemos espalda con espalda—. Me están probando. Nos están probando.

Una sombra se lanza hacia su garganta. La agarro con manos chisporroteantes, canalizando suficiente poder para arrasar un edificio. La criatura grita, pero antes de que pueda reformarse, la oscuridad de Matilda la consume por completo.

—¿Nos? —logro decir entre ataques, pero no hay tiempo para respuestas. Más sombras se cuelan por las ventanas, y todo lo que puedo hacer es reaccionar.

Night finalmente ha logrado poner a la mayoría de los estudiantes detrás de una barrera cerca de la puerta. Las sombras siguen presionando, forzándonos a Matilda y a mí a estar más cerca hasta que nuestros hombros se tocan. El contacto envía una sacudida a través de mis runas que no tiene nada que ver con la batalla.

—¿Lista? —pregunta ella.

—¿Para qué?

En lugar de responder, agarra mi mano, y por el rabillo del ojo, veo al familiar Araxi lanzarse sobre Matilda, adhiriéndose a su hombro herido. Pero ella ni se inmuta. El poder me golpea. Su antigua oscuridad se fusiona con mi energía oscura, combinándola en algo nuevo. Algo devastador. Las sombras más cercanas a nosotros retroceden.

—Ahora —ordena, y dejo que el poder fluya libremente entre nosotros. Este es mi propósito. Esta es la razón por la que estoy aquí. Para dejar que su poder desborde en mí y así evitar que aniquile el mundo.

La explosión de magia resultante arrasa la habitación como una bomba. Las ventanas restantes estallan hacia afuera, los escritorios se hacen añicos y las sombras se disuelven en la nada. Las pocas que quedan huyen por las ventanas rotas, desvaneciéndose en la noche.

En el repentino silencio, me vuelvo muy consciente de que aún estoy sosteniendo la mano de Matilda. Ella respira con dificultad, con sangre brotando de sus ojos y nariz, pero su mirada es clara cuando levanta la vista hacia mí.

—¿Qué demonios fue eso? —exige saber Night, bajando su barrera.

—Eso —dice Matilda, tambaleándose ligeramente, mientras acaricia al Araxi, que de alguna manera ha curado su hombro. ¿O quizás lo hizo ella misma? De cualquier manera, está bien—. Eso fue un mensaje —Se vuelve hacia la vampira, que aún tiembla—. ¿Estás bien?

Ella asiente, pero parece incapaz de encontrar palabras.

—Laurent —gruño, recordando la conveniente desaparición de la profesora—. Ella sabía que esto iba a pasar.

Matilda da un paso y tropieza. La atrapo antes de que caiga. —Estás agotada.

—Estoy bien —Pero no se aparta.

Mirando la destrucción a nuestro alrededor, sé que tiene razón. Esto fue solo el comienzo.

Pero, ¿el comienzo de qué?

MATILDA

MIS MANOS AÚN TIEMBLAN MIENTRAS SIGO A VEX POR LOS PASILLOS OSCURECIDOS DE LA academia hacia la biblioteca, mientras todo se vuelve un caos entre el personal. Aprovechamos la oportunidad para escabullirnos, esperando que nadie nos detenga. El Araxi, cuyo nombre aún no me viene a la mente, se sienta en mi hombro, un peso reconfortante contra mi cuello.

—La sección restringida tiene que tener algo sobre la magia praxiana —dice él, con un tono que no deja lugar a dudas de que si no lo tiene, le dará una paliza hasta que lo tenga.

La biblioteca está bastante tranquila a esta hora, y una cálida luz se derrama por la puerta cuando Vex la empuja para abrirla. Sin tener realmente palabras que agregar, camino a su lado, con la mente atrapada entre el shock por lo sucedido y la necesidad de respuestas, y las ganas de desconectarme por completo e ignorar toda esta mierda.

Vex me guía hacia la bóveda trasera y, con algo de habilidad manual, la abre con un clic. Trago saliva cuando entro. Es como algo sacado de una película. Es como un túnel redondo con libros cubriendo cada centímetro de la pared y varias pilas cortando el centro. —Pensé que la sección restringida era esa gran área enjaulada —murmuro.

Él sonríe. —Lo es. Esta es un área súper restringida. Solo para los que están en el ajo.

—¿Y tú cómo estás en el ajo? —pregunto con una mirada inquisitiva.

—Yo se lo conté —dice Blackthorn, saliendo de entre las estanterías con un pesado libro en la mano. Sus ojos se fijan con cautela en el Araxi, pero rápidamente desvía su mirada hacia mí —. Señorita Matilda. Está causando bastante alboroto, ¿no es así?

—No a propósito —replico, más bruscamente de lo que pretendía. Le lanzo una sonrisa de disculpa, que le hace reír.

—No fue mi intención ofender. Me disculpo si le causé alguna molestia.

—No lo hizo. Soy yo. Estoy fuera de mis casillas. Me disculpo, señor.

Él lo descarta con un gesto y vuelve a su libro. —Magia praxiana —declara—. ¿Sí?

—Ya lo sabes —dice Vex—. Así que no necesitas hacerte el tonto.

—Ay —murmura—. No creo que nadie me haya llamado tonto antes.

—Que conste que no te *llamé* tonto —replica Vex, y honestamente podría escucharlos discutir durante horas. Estoy demasiado ocupada estudiando sus rasgos, y me quedo boquiabierta al ver lo mucho que se parecen ahora que sé que están emparentados. Blackthorn es más refinado, por supuesto, y definitivamente tiene una sabiduría ancestral en sus ojos, pero puedo ver al rebelde bajo las túnicas. Apuesto a que era un verdadero temerario en sus tiempos.

Los ojos de Blackthorn brillan divertidos mientras mira a Vex. —Anotado. Ahora, ¿nos ponemos manos a la obra? —Nos hace un gesto para que lo sigamos más adentro de las estanterías.

Serpenteamos entre estantes altísimos llenos de tomos antiguos hasta llegar a un pequeño nicho con una mesa y sillas. Blackthorn deja su libro y toma asiento, indicándonos que hagamos lo mismo.

—Lo que ocurrió esta noche no fue inesperado —dice, con tono serio—. El resurgimiento de la magia praxiana se ha rumoreado durante siglos.

Me inclino hacia adelante, ansiosa por obtener respuestas. —De acuerdo, sabemos que la magia praxiana es la primera magia. El origen de toda la magia. Pero no entiendo realmente lo que eso significa. ¿Qué hace? A falta de una mejor pregunta.

Blackthorn asiente. —La magia praxiana, como dices, es la fuente de toda la magia antes de que se dividiera en diferentes escuelas y elementos. Es energía de creación pura. Divina, si quieres.

Trago saliva y le lanzo a Vex una mirada preocupada. Él me mira con el ceño fruncido, pero puedo ver las ruedas girando en su mente.

Me vuelvo hacia Blackthorn. —Eso suena aterrador.

Él asiente gravemente. —Lo es. Por eso fue dividida hace mucho tiempo. El poder era demasiado grande, demasiado peligroso en las manos equivocadas.

—De acuerdo, entonces fue una división deliberada, ¿sí? Eso es lo que aprendimos bajo... —Vex me da una patada bajo la mesa.

—¿Bajo? —pregunta Blackthorn, con una ceja levantada.

—Bajo la luna llena —entono, haciendo que Vex se ría incontrolablemente.

—En efecto —dice Blackthorn con ironía—. Pasaré por alto vuestra escapada bajo la luna llena y responderé a tu pregunta. Sí, señorita Matilda. Fue deliberado. Los antiguos druidas de la época practicaban ritos más paganos de comunión con la naturaleza antigua, liberando energía y todo eso. Pero entonces toda esa energía, toda esa fuerza de la naturaleza, creó algo para lo que no estaban en absoluto preparados.

—¿La magia praxiana?

—Así es.

—Vaya, entonces estamos hablando de unos druidas muy antiguos.

—Así es.

—¿Druidas cavernícolas? —murmuro porque mi cerebro simplemente no deja de tener pensamientos desbocados ahora mismo.

Él resopla, pero luego se compone rápidamente. —Posiblemente, druidas cavernícolas. Para resumir una historia extremadamente larga, encontraron una forma de dividirla en diferentes escuelas y elementos para crear la forma básica de lo que hoy conocemos como magia. Pero... —Levanta un dedo, impidiéndome seguir divagando sobre druidas cavernícolas—. ... tuvieron que asegurarse de que el lugar donde realizaron el ritual nunca pudiera usarse para traer de vuelta la energía latente que creían que aún estaba en el suelo bajo sus pies.

—Así que lo maldijeron.

Él parpadea y asiente lentamente. —Sí, exacto. Una maldición muy poderosa con antiguos sellos de protección.

—¿Y MistHallow resulta estar construida en ese lugar?

—Así es.

—Genial. Simplemente genial. Así que aquí estoy yo, su recipiente o lo que sea...

—Lenguaje, señorita Matilda —me reprende suavemente.

—Lo siento. Su recipiente o lo que sea, viniendo aquí en busca de refugio y en su lugar, obtengo un descenso maldito a una magia que nadie sabe cómo controlar o qué hace.

—Eso es más o menos correcto. Pero tu presencia aquí no es una coincidencia.

Trago saliva. —¿Qué quieres decir?

—¿El destino? —murmura Vex.

—Sí y no. Los eventos que llevaron a tu llegada podrían estar relacionados con el destino, pero tu hermana te dijo que vinieras aquí. —Sus ojos azules se clavan en los míos, y me remuevo incómoda.

—Lo hizo. Para protegerme.

Él suspira suavemente. —Sé que quieres creer eso, señorita Matilda, pero tenemos que mirar esto desde todos los ángulos. Es posible que te haya empujado hasta aquí para romper la maldición de la magia praxiana, para liberarla en el mundo, para causar caos, para tomar ese poder.

—¿Cómo podrían hacer eso si Matilda es el recipiente? —pregunta Vex antes de que yo tenga tiempo de procesar lo que Blackthorn ha dicho.

—Drenando su poder.

—¿Qué? —balbuceo—. ¿Drenando?

—Joder —murmura Vex, ganándose una mirada severa de Blackthorn—. El colgante. No solo estaba suprimiendo tu magia, la estaba drenando en pequeñas dosis.

—¿Colgante? —pregunta Blackthorn, con los ojos entrecerrados—. ¿La amatista? —Su mirada se dirige a mi cuello, pero Vex lo saca de su bolsillo y lo sostiene en alto.

—Convencí a Tilly de que se lo quitara, pensando que era la causa de su magia débil. Tenía razón, pero también me equivoqué.

Blackthorn se lo arrebata a Vex y lo examina. Lo estudia de cerca, frunciendo el ceño en concentración.

—Este es un artefacto antiguo. Mucho más viejo de lo que parece. La amatista en sí es simplemente un conducto para algo mucho más poderoso.

Me inclino hacia adelante, con el corazón acelerado.

—¿Qué quiere decir? ¿Qué hay dentro?

Me mira, con ojos serios.

—No puedo decirlo con certeza, pero me arriesgaría a adivinar que es un fragmento de la magia Praxiana original, colocado allí por uno de los druidas que la dividieron en primer lugar. Estaba destinado a drenar lentamente tu poder, lo que probablemente explica por qué has experimentado una magia más débil de la que eres capaz. No era tanto una supresión como un sifón. El hecho de que tu hermana te enviara aquí bajo el pretexto de protección fue, de hecho, una jugada de poder, señorita Matilda. Tu familia quería que estuvieras en la fuente del poder.

—¿Pero por qué ahora? —pregunto, con la boca seca—. ¿Por qué no enviarme aquí hace años?

—¿Tal vez no sabían dónde estaba la fuente? —afirma Vex.

—Sin duda. Es un secreto bien guardado.

—Entonces, ¿quién les dijo? —susurro.

—Mi suposición es Laurent —dice Vex entre dientes—. Definitivamente estaba actuando de manera sospechosa durante el ataque.

—Diría que probablemente tengas razón —dice Blackthorn con un suspiro—. Ella es parte del personal heredado. Ha estado aquí durante siglos. No hay forma de que no supiera sobre el sitio maldito.

—Lo siento, profesor, pero ¡joder! —exclamo, metiendo las manos en mi cabello—. ¡Maldita sea!

—Por una vez, señorita Matilda, estoy completamente de acuerdo.

—¿Y ahora qué? —pregunta Vex—. La magia Praxiana está muy viva, y diría que ha crecido desde que los druidas maldijeron el sitio.

—Oh, ha crecido, sin duda —afirma Blackthorn—. Se ha convertido en algo mucho más grande y peligroso que cualquier cosa que hayamos encontrado aquí en MistHallow, y eso ya es decir mucho.

Miro fijamente a Blackthorn, tratando de procesar todo lo que acaba de contarnos. La hermana que pensé que estaba de mi lado, incluso cuando las probabilidades estaban en contra, me envió aquí como parte de algún plan para desbloquear una magia antigua y potencialmente capaz de acabar con el mundo. El colgante que he llevado durante años estaba drenando lentamente mi poder, no protegiéndome de lo peor del abuso de mi familia. Ahora ese poder está creciendo, evolucionando en algo peligroso.

—¿Entonces qué hacemos? —pregunto, con voz firme, aunque quiero acurrucarme en una bola y llorar hasta que esto desaparezca—. ¿Cómo lo detenemos?

La expresión de Blackthorn es sombría.

—No estoy seguro de que podamos detenerlo, señorita Matilda. Eres de la sangre de uno de los druidas que maldijeron el terreno para mantener la magia aprisionada. Al estar aquí, has perturbado la maldición y se ha despertado, y continuará fortaleciéndose.

—Pero tiene que haber una forma de contenerla, ¿verdad? —Vex se inclina hacia adelante, con los ojos intensos—. Si los druidas la maldijeron una vez antes, seguramente podemos maldecirla de nuevo.

Blackthorn asiente lentamente.

—En teoría, sí. Pero estamos lidiando con una magia tan antigua y poderosa que nuestros métodos habituales de contención pueden no ser suficientes.

—Entonces usamos la maldición original —digo.

—Eso es algo que no podemos hacer. Es anterior a la palabra escrita.

—Por supuesto que lo es —murmura Vex, hundiéndose en su asiento. Pero luego se endereza —. Las runas. Las runas son la maldición.

—¿Qué runas? —pregunta Blackthorn cuidadosamente.

—Las runas de allá abajo —Vex hace un gesto vago con la mano.

—¿Te refieres a las que estaban debajo de la estatua de Morgan le Fay?

—¿Eh? —pregunta él mientras yo también me siento confundida.

—Las del círculo en la parte trasera de la planta baja —dice Blackthorn, exasperado—. Quedaron al descubierto cuando la estatua de Morgan se desmoronó hace unos meses.

—Oh —dice Vex, pero sacude la cabeza—. No, más profundo bajo tierra. —Me lanza una mirada de "a la mierda". No podemos tener secretos ahora. Necesitamos poner todo sobre la mesa.

El suspiro de Blackthorn es cansado, y se frota la cara.

—Ustedes, estudiantes, realmente necesitan empezar a respetar los límites. ¿Entraron en las cámaras?

—Como si no lo supieras ya —dice Vex.

Blackthorn lo ignora.

Tomo un respiro profundo.

—Había runas y símbolos antiguos allá abajo. De alguna manera, pude traducirlos.

Blackthorn se recuesta, su expresión indescifrable.

—Esto cambia las cosas. Si puedes leer las runas, si puedes leer la maldición... —Se

interrumpe, perdido en sus pensamientos.

—¿Qué? —presiono—. ¿Qué significa?

Vuelve a enfocarse en mí.

—Significa, señorita Matilda, que estás más profundamente conectada con esta magia de lo que pensábamos. La habilidad de leer las runas de los antiguos druidas es algo que nadie ha sido capaz de hacer con ninguna forma de precisión. Muchos han muerto como resultado de interpretaciones inexactas. Si has traducido los glifos con precisión, sugiere que podrías tener un papel más activo en todo esto que simplemente ser un recipiente.

—¿Qué quieres decir?

—¿Puedes recordar algo de lo que tradujiste? —pregunta Blackthorn con urgencia—. ¿Algo específico?

Cierro los ojos, tratando de recordar los símbolos arremolinados.

—Había algo sobre contención. Y barreras. Mencionaba fuego y sombra, caos y orden.

Vex se sienta más derecho.

—Eso es cierto. Decía que Tilly se pararía entre esas fuerzas.

—¿Los Príncipes?

—Creo que sí —me aventuro—. Su magia existe fuera de nuestra magia.

—Lo hace. Es de origen celestial. No tiene nada que ver con la magia terrenal —coincide Blackthorn—. ¿Entonces crees que pueden contenerla?

—Creo que pueden ayudar a maldecirla de nuevo —afirmo, más confiada de lo que me siento. Sé una cosa con certeza en todo este caos. No quiero que esa magia sea liberada en este mundo. No estamos listos para ella. Nos aniquilará. El Araxi en mi hombro se agita, sus primeros movimientos en un rato. Me había olvidado de que estaba ahí.

—Vale la pena intentarlo —dice Blackthorn—. Suponiendo que puedas leer la maldición con precisión.

—Bueno, tenemos una druida antigua en el cuerpo de una bruja de pelo arcoíris, un vampiro mago viejo como la tierra y más poderoso que cualquiera de la línea Black, un brujo oscuro con más poder del que sé qué hacer, y dos Príncipes del Infierno para lograrlo —declara Vex con una sonrisa maliciosa—. ¿Qué podría salir mal?

DRAVEN

—Oh, idiota. Tenías que decir eso, ¿verdad? —Me llevo la mano a la cara mientras Tilly se gira para vernos a Luc y a mí llegar justo a tiempo para la gran revelación.

Los ojos de Matilda se agrandan al percatarse de nuestra repentina aparición. —¿Cuánto tiempo llevan ustedes dos ahí parados?

—El suficiente —dice Luc arrastrando las palabras, entrando en la habitación con su habitual arrogancia—. Parece que nos hemos perdido toda una fiesta.

Pongo los ojos en blanco ante mi hermano y me centro en Tilly. Su rostro está pálido, sus ojos azules enormes en su delicado rostro. El impulso de envolverla en mis brazos y protegerla de todo esto es casi abrumador. —Segundos —respondo—. ¿Estás bien?

Ella suelta una risa temblorosa. —Oh, ya sabes, soy una especie de recipiente para una magia antigua, maldita y enterrada que potencialmente podría acabar con el mundo; mi familia proviene de una larga línea de druidas antiguos que han estado drenando mi magia y mi hermana, quien creía que me apoyaba, me tendió una trampa. Así que sí, de maravilla.

—¿Maldita? —Esa parte es la que más ha llamado mi atención. Aunque todo es bastante jodido.

Blackthorn se aclara la garganta antes de que ella pueda responder. —Caballeros, su sincronización es impecable. Justo estábamos discutiendo cómo sus habilidades únicas podrían ser útiles en esta situación.

Los ojos de Luc brillan con interés. —¿Guardias de prisión infernal? Sí, ya lo sabemos.

Sin pensarlo, extiendo la mano y tomo la de Tilly entre las mías. Sus dedos tiemblan ligeramente al entrelazarse con los míos, pero no se aparta. Su tacto me envía una descarga eléctrica, recordándome una vez más la inexplicable conexión que tenemos. —¿Entonces creen que la maldición se está deshaciendo debido a la presencia de Tilly aquí, y necesitamos volver a maldecirla para devolverla a su caja? —pregunto.

Blackthorn asiente.

—Pero ¿qué pasa entonces con la magia de Tilly?

—Es una muy buena pregunta, señor Draven, pero una que no puedo responder. Nadie puede. La magia de la señorita Matilda no es de naturaleza praxiana, es magia druídica influenciada por la magia praxiana.

—¿Qué significa eso exactamente? —pregunto frunciendo el ceño—. No estoy realmente al día con los druidas o la magia de la Tierra de origen.

Blackthorn se reclina en su silla, juntando las puntas de los dedos. —La magia druídica está estrechamente ligada a la naturaleza y los elementos. Es poderosa por derecho propio, pero fundamentalmente diferente de la magia praxiana. Lo que estamos viendo con la señorita Matilda

es una fusión única de las dos.

—Entonces, si volvemos a maldecir la magia praxiana para que regrese al subsuelo, ¿qué sucede con esa fusión? —pregunta Luc.

Aprieto suavemente la mano de Tilly. —No haremos nada que te ponga en riesgo.

Ella me mira, su expresión seria. —Puede que no tengamos elección, Draven. Si esta magia se libera, podría destruirlo todo.

—Tiene razón —dice Blackthorn con gravedad—. El riesgo para la señorita Matilda es significativo, pero el riesgo para el mundo si no hacemos nada es catastrófico.

Aprieto la mandíbula, odiando la situación imposible en la que nos encontramos. —Debe haber otra manera. —Parece que últimamente decimos eso mucho. Echo un vistazo a Luc. Parece más relajado, como si hubiera encontrado una forma de estar con Tilly sin que eso la mate o me lastime a mí. Tal vez si él encontró otra manera, también hay una segunda salida aquí.

—Si la hay, la encontraremos —dice Vex—. Creo que tenemos tiempo, pero no mucho. Nuestra excursión a las cámaras subterráneas enfureció a esta cosa. Por eso envió a esas criaturas antes.

Luc asiente. —De acuerdo, bueno, dijiste que Dray y yo estamos fuera de los parámetros de esta cosa. Podríamos crear un amortiguador, algo para proteger a Tilly de los peores efectos de volver a maldecir la magia praxiana, ¿no?

Blackthorn asiente lentamente, considerando la sugerencia de Luc. —No es una mala idea. Sus poderes celestiales podrían, de hecho, crear una barrera entre la señorita Matilda y la magia praxiana durante el proceso de remaldición.

—Pero no sabemos si eso sería suficiente —digo, aún sosteniendo la mano de Tilly con fuerza—. Ni cuáles serían los efectos a largo plazo.

Tilly me aprieta la mano.

—Tenemos que intentar algo. No puedo quedarme sentada y dejar que esta magia lo destruya todo.

—Estoy de acuerdo —dice Vex, inclinándose hacia adelante—. Pero tenemos que ser inteligentes con esto. No podemos precipitarnos sin estar preparados.

—Muy cierto —coincide Blackthorn—. Necesitamos estudiar las runas más a fondo. Señorita Matilda, ¿cree que podría transcribir lo que vio en la cámara?

Ella niega con la cabeza.

—No. Se ha ido. No puedo dibujar ni un monigote, mucho menos una runa antigua que solo he visto una vez.

—Entonces parece que tenemos que volver —dice Vex.

—Si las cámaras nos dejan —señalo—. No fueron precisamente amigables la última vez.

—No tenemos elección —dice Blackthorn, pero Vex niega con la cabeza.

—No nosotros. Nosotros. Usted es necesario aquí. No sabemos qué pasará allá abajo, y no puede ser parte de ello. Todavía no. Además, necesita averiguar qué trama Laurent.

Blackthorn parece que va a discutir.

—Tiene razón, señor. Nos encargaremos de esto.

Su mirada taladra la mía, y resisto el impulso de retorcerme bajo su intensidad.

—Muy bien. Entiendo su punto, pero no van a bajar allí desprotegidos.

—Anula toda nuestra magia —señalo—. Incluso la nuestra.

—Soy consciente —responde con una sonrisa que dice mucho—. Pero puedo preparar algo que me alertará si están en peligro mortal.

—Así que estará sonando todo el tiempo, ¿no? —dice Vex con una sonrisa burlona.

Blackthorn frunce los labios.

—Vayan a descansar un poco. Entrarán en las cámaras mañana por la mañana. Los excusaré a todos de las clases. Repórtenme antes de irse y de nuevo cuando regresen.

—Suponiendo que regresemos —murmura Matilda.

Le aprieto la mano.

—No vamos a morir allá abajo mañana, preciosa. Aún no hemos terminado aquí.

Ella se estremece y me da una lenta sonrisa. Sé exactamente cómo quiero pasar las próximas horas con ella, y ella está en la misma sintonía. La levanto.

—Bien, entonces lo veremos mañana, señor.

El Araxi en el hombro de Matilda salta hacia Blackthorn, y él extiende su mano para recibirlo, conjurando un filete sangriento que la criatura devora en segundos.

—Está bien, entonces —murmura Matilda mientras el Araxi salta al hombro de Blackthorn, se enrosca alrededor de su cuello y se queda dormido de inmediato—. Supongo que lo compartiremos.

Blackthorn permanece en silencio y nos observa como un halcón mientras nos vamos casualmente, pero los cuatro sabemos cómo va a ir esta noche. Aunque tengo la certeza absoluta de que saldremos vivos para contar la historia, por si acaso no lo logramos, no vamos a desperdiciar esta última noche juntos.

Suelto a Tilly al salir de la biblioteca y agarro el brazo de Luc.

—¿Estás listo para esto, hermano?

Él respira profundamente, notando que también he dejado caer el "medio" que estábamos tan empeñados en usar todos estos años.

—Creo que sí —murmura—. ¿Y tú?

—Sí.

Una mirada de gratitud cruza sus ojos, pero es fugaz, y vuelve la habitual sonrisa arrogante.

—Bien, porque me muero por meterle mi verga.

Lo suelto y pongo los ojos en blanco a sus espaldas.

—Eres un maldito capullo.

—Bueno, es enorme, así que es lógico que sea parte de mi personalidad.

Tilly suelta una carcajada que me hace reír.

—Grandes palabras, semental. Tienes mucho que demostrar.

—No estoy preocupado —dice y pasa su brazo alrededor de los hombros de ella.

Ella se congela, al igual que yo, pero no sucede nada malo, así que todos nos relajamos y seguimos a Vex a su habitación, sabiendo que esta será una noche de puro desenfreno.

Al entrar en la habitación de Vex, el aire está cargado de anticipación. Los ojos de Tilly están abiertos de par en par, pasando la mirada entre los tres. Puedo sentir su nerviosismo, pero también su emoción.

Luc se coloca detrás de ella, y Tilly se recuesta contra él, arqueándose ante su tacto. Siento el tirón en su alma, pero tan repentinamente como empieza, se detiene. Mi mirada se dirige rápidamente a Luc, pero él no me está mirando. Está concentrado en Tilly. Roza sus dientes sobre el cuello de ella, inhalando profundamente al pasar sobre su yugular. Me muevo frente a ella, necesitando estar cerca en caso de que Luc pierda el control sobre el íncubo que lleva dentro. El aire se calienta mientras me acerco para quitarle la camiseta a Tilly por encima de la cabeza. Las manos de Luc ya están desabrochando su sujetador, dejando que sus pechos queden libres. Vex se acerca más a su costado y toma uno de sus pezones en su boca, tirando de ella con los dientes mientras yo me arrodillo para trabajar en deshacerme de sus vaqueros. Podría hacer

esto con un chasquido de magia, pero ¿dónde estaría la diversión en eso? Desvestirla es como desenvolver un regalo y quiero la provocación, la anticipación. Hace que mi polla se ponga dura mientras le quito las botas y la ropa, una a una.

Deslizo mis manos por las piernas de Tilly, saboreando la suavidad de su piel. Su respiración se entrecorta cuando llego al vértice de sus muslos. Las manos de Luc recorren su estómago y costillas mientras Vex le chupa los pezones, con su mano gentilmente alrededor de su garganta.

La cabeza de Tilly cae hacia atrás sobre el hombro de Luc, sus ojos entrecerrados por el deseo.

—Por favor —susurra.

Esa única palabra enciende algo primario en todos nosotros. Vex captura sus labios en un beso ardiente. Me inclino y paso mi lengua por su hendidura, gimiendo ante su dulce sabor. Los dedos de Luc se enredan en su cabello, tirando suavemente para exponer más de su cuello a sus afilados dientes.

Tilly gime y se retuerce entre nosotros, abrumada por el aluvión de sensaciones. Deslizo dos dedos dentro de ella, girándolos para golpear ese punto que la hace gritar. Vex se traga el sonido con otro beso profundo mientras yo acaricio su clítoris con mi lengua, disfrutando de su placer mientras devastamos su cuerpo y alma.

MATILDA

Mi cabeza da vueltas mientras oleadas de placer me invaden. Los tres hombres que me rodean trabajan juntos, sus caricias encienden cada terminación nerviosa de mi cuerpo. La lengua de Draven en mi clítoris envía ondas de choque a través de mí mientras sus dedos se hunden profundamente. El beso de Vex es hambriento y exigente, robándome el aliento mientras su mano se aprieta en mi garganta. Los dientes de Luc rozan mi cuello, enviando escalofríos por mi columna.

Me ahogo en sensaciones, perdida en una bruma de lujuria y magia. Su poder pulsa a mi alrededor, mezclándose con el mío en un torbellino vertiginoso. Puedo sentir los lazos entre nosotros fortalecerse con cada caricia, cada beso, cada gemido.

—Más —jadeo cuando Vex finalmente rompe el beso—. Por favor, necesito más.

Luc se ríe oscuramente contra mi piel.

—Oh, apenas estamos empezando, pequeña bruja —entonces, hace algo extremadamente inesperado.

Me muerde.

—¡Ah! —grito, y el dolor choca con el placer que los otros dos hombres me están dando.

Succiona mi sangre, bebiéndola con un gruñido feroz que hace que mi alma tiemble y anhele ser arrastrada al más allá.

—Joder —murmura Draven a través de una neblina de puro deseo. Siento sus manos heladas sobre mí mientras se levanta y su gruñido bajo mientras Luc, perdido en la sed de sangre de su lado Diablo, bebe mi sangre como si fuera un néctar que salva vidas.

—Detente, Luc —gruñe Draven—. La estás matando.

¿Lo está haciendo? Ni siquiera me importa ahora mismo. Mis pezones duelen y mi coño se inunda con mi corrida mientras llego al clímax tan fuerte que me sorprendo a mí misma.

La mano de Vex se aprieta en mi garganta, ahogando mi grito mientras el orgasmo me desgarra. Mis piernas tiemblan, y me desplomaría si no fuera por los tres hombres que me sostienen.

Luc finalmente arranca su boca de mi cuello con un jadeo y gira mi cabeza para que pueda verlo. Sus ojos están salvajes, las pupilas dilatadas de posesividad y sed de sangre. Se lame los labios, saboreando las últimas gotas de mi sangre.

—Joder —gruñe—. Sabes a pura magia —su cuerpo tiembla mientras mi sangre se asienta dentro de él—. Qué impulso de poder tan jodidamente intenso.

—Casi la matas, maldita sea —gruñe Draven.

—Para eso estás aquí, ¿no? ¿Para protegerla? —pregunta Luc con un tono cortante.

—La protegí —gruñe y retrocede tambaleándose—. Pero es... —se lleva la mano al pecho—.

Su alma...

—¿Qué pasa? —pregunta Vex, de repente serio.

—No lo sé. No es normal.

—¿Así que soy anormal? —jadeo, todavía temblando por el orgasmo.

—En un sentido del alma, sí —dice Draven, mirándome con una expresión de asombro y algo más. Quiero decir miedo, pero desaparece antes de que pueda estar segura.

—¿Podemos hablar de esto más tarde? —pregunta Luc—. Mi verga está a punto de estallar.

Me toma de la mano y me lleva a la cama, recostándome y extendiéndome. Vex se une a él, usando esas ataduras mágicas para sujetarme por las muñecas y los tobillos. Me retuerzo cuando la mirada de Luc se oscurece. Realmente oscurece.

—Espera —dice Draven, tropezando hacia la cama.

—¿Puedes mantenerla a salvo? —pregunta Luc bruscamente, con los ojos fijos en mí, sus ondas de íncubo golpeándome con toda su fuerza. El orgasmo se acumula de nuevo solo con su mirada ardiente.

—Sí, pero...

—Pero nada —dice y se mueve entre mis piernas, quitándose la ropa con su magia para revelar una verga que definitivamente está a la altura de las otras en la habitación.

Baja la cabeza y succiona mi clítoris en su boca—. Joder, dulce bruja. Eres jodidamente hermosa —gruñe y hunde su rostro más cerca de mi coño, agarrando mis muslos mientras me devora.

De nuevo, siento ese tirón en mi alma hasta que las manos frías de Draven vienen a descansar sobre mí. Acaricia mis senos ligeramente, salvando mi alma con su Nigromancia al mismo tiempo que aumenta el placer. Vex se arrodilla a mi lado y se inclina para capturar mis labios en un beso abrasador, tragándose mis gritos. Su mano envuelve mi garganta de nuevo, aplicando just la presión suficiente para hacer que mi cabeza dé vueltas. Desliza su mano alrededor para sostener la parte posterior de mi cuello y levanta mi cabeza para poder meter su verga en mi boca. Escucho la protesta ahogada de Luc, pero tomo a Vex tan profundo como puedo, haciéndole una garganta profunda y envolviendo mi lengua a su alrededor. Esto no se parece en nada a la violación de Stryker. Esto es todo.

Gimo alrededor de la verga de Vex mientras la lengua de Luc trabaja en mi clítoris. Las sensaciones de Vex empujando en mi boca y Luc devorando mi coño me tienen temblando al borde de otro orgasmo. Las manos frías de Draven en mis senos me envían escalofríos, sus pulgares circulando mis pezones mientras ancla mi alma a... la suya. Puedo sentir la oscuridad de la muerte filtrarse en mis huesos, pero no es de Luc. Es de Draven.

Giro mi cabeza para mirarlo, sacando mi boca de la verga de Vex.

—Está bien, pétalo. Deja que fluya a través de ti. Te mantendrá a salvo.

De repente, entiendo lo que está haciendo. Está imitando la muerte de mi alma, para que el íncubo de Luc no tenga nada de qué alimentarse.

Jadeo, con la mirada fija en la suya, mientras los fríos zarcillos penetran mi núcleo, y me estremezco en respuesta a la salvaje sensación de estar muerta pero muy viva.

Luc se aparta y gimo ante la pérdida. Pero entonces siento la punta de su miembro presionando contra mi sexo. Se desliza lentamente, centímetro a centímetro, estirándome deliciosamente. Jadeo cuando Luc se hunde hasta el fondo.

—Joder, estás tan apretada —gruñe. Se mueve, lentamente al principio, embistiendo profundamente y retirándose, construyendo un ritmo constante que me hace ver las estrellas.

Vex se acaricia, sus ojos oscuros de lujuria mientras observa a Luc penetrarme. Las manos de

Draven se mueven más abajo, una se posa sobre mi vientre mientras la otra encuentra mi clítoris.

La combinación de las embestidas de Luc, los dedos de Draven en mi clítoris y la mirada hambrienta de Vex me empuja al límite. Me corro con un grito, mi cuerpo arqueándose sobre la cama mientras olas de éxtasis me invaden. Luc gime cuando mi sexo se contrae a su alrededor.

—Eso es, mi dulce —gruñe, sus embestidas volviéndose más frenéticas—. Tómame por completo.

El ritmo de Luc se intensifica, sus caderas golpeando contra las mías. La cama cruje debajo de nosotros, el sonido mezclándose con nuestros gemidos y gruñidos. Draven frota mi clítoris lentamente, prolongando mi orgasmo y empujándome hacia otro.

Vex se acerca más, su miembro a centímetros de mi rostro. Sin dudarlo, giro la cabeza y lo tomo en mi boca de nuevo. Él sisea de placer, su mano enredándose en mi cabello mientras guía mis movimientos.

La habitación está impregnada con el aroma del sexo y la magia. Puedo sentir nuestros poderes entrelazándose, creando algo nuevo e intoxicante. Algo oscuro, algo que hace que mi sangre corra más fría. Es peligroso. Es aterrador.

La magia de Muerte de Draven se filtra a través de mí, manteniéndome atada a su alma.

Las embestidas de Luc se vuelven erráticas. —Joder —gime. Sus ojos se fijan en los míos, ardiendo con una intensidad que me hace temblar—. Córrete conmigo, mi dulce. Déjame sentir cómo reclamas mi miembro como tuyo. De nadie más.

Mi cuerpo responde a la posesividad, y otro orgasmo me golpea, más poderoso que el anterior. Grito alrededor del miembro de Vex, mi cuerpo convulsionándose casi dolorosamente. Luc ruge mientras me sigue al límite, sus caderas golpeando contra las mías mientras se derrama dentro de mí.

Vex folla mi boca más fuerte, más rápido. —Joder —gruñe, sus ojos clavados en los míos. Con un gruñido profundo, descarga en mi garganta, y trago hasta la última gota.

Me vuelvo más consciente de la magia que nos rodea. Es oscura y potente, una mezcla de nigromancia, energía demoníaca y algo salvaje que solo puedo asumir que es mi propio poder despertando. El aire se siente denso con ello, casi opresivo.

Las manos frías de Draven se mueven ligeramente, y siento cómo se retira muy lentamente de mi alma.

Luc sale de mí, sus ojos aún oscuros por la lujuria y la posesividad que me estremece. Se inclina para darme un beso sorprendentemente suave en los labios. —Mía —murmura—. Nuestra. ¿Lo entiendes, Matilda? Nadie volverá a tenerte jamás excepto nosotros. El tiempo de ese brujo se está agotando. Haré que su muerte sea dolorosa y prolongada.

Trago mis emociones ante el sentimiento. Los ojos de Luc destellan en rojo y sus alas se despliegan de su espalda, mostrándome el lado demoníaco de él, como vi en mi pesadilla. —Esto es lo que te protege, dulce bruja —gruñe, sonando como grava en una licuadora—. Eres intocable.

Asiento, incapaz de hablar porque mi lengua está pegada al paladar, se me ha secado tanto. Se aleja y vuelve a su forma humana. Baja de la cama y cruza hacia la ventana. Le gusta estar allí. Supongo que la vista es mejor que cualquier cosa que se vea en el Infierno.

Draven exhala un suspiro de alivio mientras lentamente quita sus manos de mí. Baja su boca a la mía y me besa. El Beso de la Muerte.

DRAVEN

MI VERGA ESTÁ TAN DURA QUE CREO QUE VOY A CORRERME SOBRE LOS PECHOS DE TILLY mientras intento calmar la magia que ruge en respuesta a probar su alma. Quiero más. Lo quiero todo. Pero eso me convierte en un peligro tan grande para ella como Luc.

Me aparto de los labios de Tilly, luchando contra el impulso de devorarla por completo. Sus ojos están abiertos de par en par, mostrando placer y un toque de miedo. Bien. Debería tener miedo. Lo que estamos haciendo es peligroso, jugando con fuerzas más allá de nuestro control.

—¿Estás bien? —pregunto con aspereza.

Ella asiente lentamente.

—Eso creo.

Tenemos que tener cuidado. La magia que nos rodea es potente y volátil. Un movimiento en falso podría tener consecuencias catastróficas.

Tilly tiembla, con la piel erizada. Paso mis manos por sus brazos, tratando de calentarla.

—¿Tienes frío?

—Un poco —admite—. Me había acostumbrado a tenerte ahí.

La miro fijamente, incapaz de procesar completamente sus palabras. Pero entonces me golpean, y casi gimo en respuesta mientras los muros que he construido a mi alrededor se derrumban, solo por ella.

—Siempre estaré aquí, pétalo. Siempre. ¿Tú lo estarás?

Espero su respuesta, paralizado por el miedo.

—Sí, Draven. Siempre estaré aquí. Por ti y por todos nosotros.

—Siempre y cuando él siga protegiéndola hasta que pueda controlar este lado del Diablo —espeta Luc desde la ventana—. Pensé que sería más fácil.

Su admisión me hace sentir mal por él. Debe haber sido difícil admitirlo. Especialmente para alguien que suele ser arrogante y presumido.

—Tenemos tiempo —digo con cuidado, aunque sé que no tenemos mucho—. Pero no demasiado. Tampoco es fácil para mí.

La mirada de Luc se clava en la mía y la sostengo por un momento antes de romperla y volver a mirar a Tilly.

—Te necesito —murmuro.

—Tómame —dice ella, aún atada como un regalo de los dioses—. Tómenme los dos.

Vex sonríe y la libera de sus ataduras. Sus dedos se hunden en su coño, sacando todo el semen que puede. Ella me atrae hacia abajo y se pone a horcajadas sobre mí, tomando mi verga en su mano. Vex lubrica su agujero trasero con el semen, y yo gimo, incapaz de contenerme por más tiempo. Empujo mi verga dentro de ella con un rápido embiste, y ella grita, sus pezones se

endurecen tentándome a morderlos.

Mi verga palpita al entrar en el apretado coño de Tilly. Ella jadea y tengo que apretar los dientes para no correrme inmediatamente.

—Joder —gruño, agarrando sus caderas con fuerza—. Se siente increíble, pétalo.

Ella se mece contra mí, y ambos gemimos por la sensación. Los dedos de Vex trabajan su otro agujero, preparándola para su verga. La idea de compartirla con él envía una nueva oleada de lujuria a través de mí.

Tilly se inclina para besarme profundamente, sus pezones rozando mi pecho. Se tensa cuando Vex entra en ella. Acaricio su espalda, tratando de ayudarla a relajarse.

—Respira, Tilly —murmura Vex—. Solo relájate y déjanos entrar.

Ella asiente, con la cara enterrada en mi cuello mientras se concentra en su respiración. Lentamente, centímetro a centímetro, Vex empuja dentro de ella. Los tres nos quedamos quietos por un momento, dejando que Tilly se ajuste a la plenitud.

—¿Estás bien? —pregunto suavemente, apartándole el cabello de la cara.

Ella levanta la cabeza para mirarme, sus ojos oscuros de placer.

—Sí —exhala—. Fóllenme.

—Mierda —murmura Vex y arremete contra su culo mientras yo aprieto mi agarre en sus caderas, manteniéndola en su lugar mientras la embisto.

Tilly grita mientras Vex y yo establecemos un ritmo castigador, nuestras vergas deslizándose dentro y fuera de sus dos agujeros.

—Joder, se siente tan bien —gruño.

Su coño se aprieta a mi alrededor, y gimo.

—Tan apretada —gruñe Vex desde detrás de ella—. Qué buena brujita eres para nosotros.

Tilly gime ante sus palabras, su cuerpo temblando entre nosotros. Puedo sentir que está cerca del borde otra vez.

—Eso es, pétalo —murmuro—. Córrete para nosotros. Muéstranos cuánto te gusta estar llena de nuestras vergas.

Ella echa la cabeza hacia atrás con un grito cuando su orgasmo la golpea. Su coño se aprieta fuertemente a mi alrededor, y gimo mientras casi me empuja al límite, pero aprieto los dientes y me contengo. Quiero que esto dure.

Los embistes de Vex se vuelven erráticos cuando el clímax de Tilly desencadena el suyo. Con un gruñido bajo, llena su culo con su semen. La lubricación adicional le permite deslizarse dentro y fuera más fácilmente mientras cabalga su orgasmo.

Ella jadea, su coño aferrándose a mí como si nunca fuera a soltarme.

—Joder, sí —gime—. Más. Más.

Vex se aparta, jadeando pesadamente, y Luc se desliza en su lugar, agarrando su verga. Entra en su culo sin perder el ritmo, montándola duro mientras yo golpeo su coño con todo lo que tengo. La oscuridad que sentí antes, opresiva y sofocante, se eleva mientras dos demonios toman a su bruja juntos.

Tilly grita, su cuerpo temblando. La oscuridad gira a nuestro alrededor, alimentándose de nuestra lujuria y poder. Puedo sentirla filtrándose en mis huesos, urgiéndome a reclamarla completamente.

—Mía —gruño, mi agarre en sus caderas apretándose mientras extiendo mi alma para proteger la suya—. Nuestra.

Los ojos de Luc destellan en rojo mientras la embiste.

—Sí —sisea—. Nuestra. Para siempre.

Los ojos de Tilly se ponen en blanco, abrumada por las sensaciones y la magia que pulsa a través de ella.

—Joder —gimo, sintiendo que mi control se desvanece. El impulso de devorar su alma es casi abrumador.

Luc parece sentir mi lucha, y la embiste más fuerte y rápido. Se corre rápidamente y se aparta, jadeando pesadamente mientras yo inhalo y descargo en su coño al exhalar, soltando su alma a regañadientes.

MATILDA

LA OSCURIDAD DENTRO DE MÍ SE RETUERCE AGITADAMENTE, DESPERTADA POR EL ACTO depravado en el que estamos participando. Envía escalofríos de deleite por mi columna vertebral, alimentándose del placer que corre por mis venas. La habitación se siente más pequeña, más caliente, como si se estuviera cerrando sobre nosotros, atrapándonos en este retorcido nirvana. Mis sentidos están agudizados, cada sonido amplificado, cada aroma más potente.

Para esto fui creada: para ser reclamada por estos hombres monstruosos y su lujuria insaciable.

El agarre de Draven en mis caderas se intensifica, sus embestidas se vuelven erráticas mientras se acerca al clímax. Su gruñido demoníaco llena el aire mientras se hunde una última vez en mi coño, derramando su semen dentro de mi ya empapada vagina.

—Eso es, pétalo. Esto es lo que quieres, ¿verdad? Te encanta tenernos a los tres devastando todos tus agujeros.

Asiento frenéticamente, incapaz de formar palabras mientras olas de placer me invaden. Mi cuerpo tiembla, abrumado por las sensaciones y la magia oscura que ruge a través de mí.

—Dilo —gruñe Draven, sus ojos ardiendo con hambre posesiva—. Dinos que eres nuestra.

—Soy vuestra —jadeo—. Completamente vuestra. Solo vuestra.

Las palabras parecen encender algo primario en todos ellos.

—Buena chica —ronronea Vex, pasando su mano por mi espalda cubierta de sudor—. Una brujita tan perfecta para nosotros.

Tiemblo ante su toque, mi cuerpo aún hipersensible. La oscuridad dentro de mí late al ritmo de mi corazón acelerado, suplicando por más.

Draven sale lentamente de mí, su polla aún dura. Gimo ante la pérdida, sintiéndome vacía sin ellos dentro de mí. Pero antes de que pueda protestar, Vex está allí, volteándome sobre mi espalda.

—Mi turno otra vez —gruñe, posicionándose entre mis piernas—. Necesito sentir ese coñito apretado tuyo.

Se hunde en mí sin advertencia, y grito, arqueándome fuera de la cama. La mezcla de placer y dolor es exquisita. Cierro los ojos y luego siento algo frío entre mis pechos. Miro hacia abajo para ver que Vex ha colocado el lado plano de un athame mágico sobre mi piel. Retira su polla, y grito, necesitando que vuelva.

No dice nada. Mueve la hoja sobre mi piel hacia mi estómago antes de darle la vuelta, para que el filo afilado se clave en mí. Arrastra la hoja hacia abajo, presionando más fuerte para hacerme sangrar.

Jadeo cuando la ardiente quemazón me atraviesa. El filo afilado del athame corta una delgada

línea en mi estómago, gotas de sangre brotando a su paso. El dolor se mezcla con el placer persistente, creando un embriagador remolino de sensaciones que me hace girar la cabeza.

Los ojos de Vex están oscuros de lujuria y algo más peligroso mientras observa la sangre gotear por mi piel. —Hermoso —murmura, inclinándose para lamer una gota de mi ombligo. El toque de su lengua me envía escalofríos.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto, mi voz entrecortada e inestable.

Me mira, una sonrisa malvada extendiéndose por su rostro. —Marcándote, brujita. Haciéndote nuestra de todas las formas posibles.

La oscuridad dentro de mí vibra con aprobación, instándome a abrazar este retorcido ritual. Debería tener miedo, debería protestar por esta violación de mi cuerpo. Pero lo anhelo.

Vex traza patrones intrincados en mi piel con la hoja, cada corte preciso y deliberado, haciéndome gemir. El dolor es agudo pero fugaz, rápidamente reemplazado por un placer ardiente que se extiende por mis venas como fuego líquido. Luc no puede resistir el sabor de mi sangre y se acerca de nuevo, bajando la cabeza para pasar su lengua sobre los delicados cortes.

Vex deja que Luc limpie su trabajo, y le da la vuelta al athame, agarrando la hoja. Luego empuja el mango dentro de mi coño. Gruño ante la sólida invasión cuando lo empuja hacia adentro y hacia afuera, cubriendo el mango con semen.

El frío metal del mango del athame contrasta fuertemente con el calor de mi centro, enviando ondas de choque de placer a través de mí. Los ojos azules de Vex están oscuros y hambrientos mientras trabaja la hoja ritual dentro y fuera de mí, cubriéndola con nuestra esencia.

—Eso es —gruñe—. Tómalo todo, Matilda. Déjanos marcarte por dentro y por fuera.

Luc lame los cortes en mi estómago, el escozor de su lengua en las heridas frescas mezclándose con el placer que se acumula dentro de mí. Draven observa con ojos entrecerrados, su mano acariciando perezosamente su polla.

La oscuridad dentro de mí se hincha, alimentándose de la depravación del acto. Esto es más que sexo. Es una reclamación, un ritual que me une a estos tres hombres de maneras que no entiendo completamente. Una parte de mí quiere resistirse, alejarse de la intensidad de esto. Pero una parte mayor lo necesita, lo anhela como el aire.

Vex retira el athame de repente, dejándome sintiéndome dolorosamente vacía. Lleva el mango a sus labios, lamiendo el semen del ornamentado metal. —Perfecto —murmura—. Ahora para el toque final.

Vuelve a colocar la hoja sobre mi piel, esta vez más arriba en mi pecho, justo encima de mis senos. Jadeo mientras rápidamente inscribe algo en mi piel antes de agarrar la muñeca de Draven y cortarlo. Luego a Luc. La sangre de los hermanos corre negra sobre mi piel, y me estremezco mientras veo a Vex tallar algo en su propia muñeca.

—Atados por sangre —murmura—. Nuestra vida es tu vida. Tu vida es nuestra. El ritual está completo.

—Ritual... —murmuro.

—Ahora eres nuestra, Matilda. Nuestra por la eternidad.

—Sí —ronroneo mientras Vex se hunde en mí de nuevo.

Me embiste contra la cama, y me corro rápidamente, apretándome alrededor de su polla mientras él ruge a través de su clímax, su polla bombeando tanto semen que brota hacia afuera. Se retira y entierra sus dedos en mi coño, cubriéndolos. Los retira y los empuja en mi boca. —Pruébanos, Matilda. Pruébanos a todos.

Lamo sus dedos hasta dejarlos limpios, ronroneando de satisfacción mientras la magia dentro de mí alcanza su punto máximo. Explota hacia afuera, lanzando a los hombres lejos de mí para

dispersarlos por la habitación, pero sé que están bien.

Ahora puedo sentirlos a todos grabados en mi alma.

VEX

GIMO MIENTRAS SOY LANZADO POR LA HABITACIÓN DEBIDO A LA EXPLOSIÓN DE LA MAGIA DE Matilda. Mi espalda se estrella contra la pared, dejándome sin aliento. Mientras recupero el aire, observo asombrado cómo el cuerpo de Matilda se arquea sobre la cama, su piel brillando con una luz etérea.

El ritual funcionó incluso mejor de lo que esperaba. Puedo sentir su poder pulsando por la habitación, entrelazándose con toda nuestra magia. El vínculo entre nosotros es ahora tangible, una cosa viva que conecta nuestras almas.

Draven se levanta de donde había caído, con los ojos muy abiertos mientras mira fijamente a Matilda.

—¿Qué coño ha sido eso? —pregunta.

—La culminación del ritual —explico, sin poder ocultar la satisfacción en mi voz—. Ahora estamos unidos a ella. Y ella a nosotros.

Luc gime desde su lugar en el suelo.

—La próxima vez, un poco de aviso no estaría mal.

Me río entre dientes.

—¿Dónde estaría la diversión en eso?

El cuerpo de Matilda finalmente se relaja, hundiéndose de nuevo en la cama. Sus ojos se abren con un leve resplandor.

—¿Qué ha pasado? —pregunta con voz ronca.

Me muevo a su lado, pasando una mano por su brazo.

—¿Cómo te sientes?

Lo considera por un momento.

—Poderosa. Diferente —frunce el ceño—. Puedo sentiros a todos. Dentro de mí.

—Ese es el vínculo —explico—. Grabé runas antiguas de unión en todos nosotros. Tu magia no puede herirnos ahora, y nosotros no podemos herirte a ti. Es imperativo que tengamos esto entre nosotros antes de volver a entrar en las cámaras subterráneas.

—¿Por qué? —pregunta Matilda.

—Por si nos hacen volvernos unos contra otros.

Mi declaración directa hace que su boca se abra de la sorpresa.

—Ni siquiera había pensado en eso.

—Por eso yo soy el cerebro de esta operación, chispita —digo, revolviéndole el pelo.

—Que te jodan, imbécil —escupe Luc—. Y podrías habérnoslo dicho. Deberías habérnoslo dicho.

—No funciona así. Si nos hubiéramos detenido para tener una conversación al respecto, nos

habrían echado un jarro de agua fría, y la lujuria, el deseo que impulsa este ritual, se habría esfumado.

—Entonces, ¿estamos unidos ahora? —pregunta Matilda con cuidado, mirándonos con recelo —. ¿Para siempre?

Sostengo su mirada con firmeza.

—Sí. ¿Estás bien con eso, chispita?

Ella asiente lentamente.

—Creo que sí. Aunque nos pone mucha presión, ¿no crees?

Entrecierro los ojos, mirándola fijamente.

—Nada de presión. Si decides que quieres salirte, puedo deshacerlo. Nunca te pondría en una posición de la que no hubiera salida, Matilda. Pero para que trabajemos como uno solo para volver a controlar esta maldición, esto es necesario, y tenía que ser cuando y donde fue. ¿Tiene sentido?

Matilda asiente lentamente, procesando mis palabras.

—Lo entiendo. Y no creo que quiera salirme. Esto se siente correcto, de alguna manera — mira a nuestro alrededor, su mirada demorándose en cada uno de nuestros rostros—. Somos más fuertes juntos.

Draven se acerca, tomando su mano entre las suyas.

—¿Estás segura de esto, preciosa?

Ella aprieta su mano y sonríe.

—Estoy segura. Confío en todos vosotros.

La mirada de Luc está sobre mí, pero lo ignoro. Está furioso porque usé su sangre sin preguntar, pero no tenía tiempo para andar pidiendo permiso. El momento era propicio para el ritual. Es un acto delicado. Unos minutos antes o después y se habría perdido la oportunidad. No me disculparé por hacer que Matilda esté más segura cuando nos enfrentemos a esas cámaras mañana, o cuando tengamos que volver a maldecir este terreno de entierro mágico.

—Deberíamos descansar un poco. Mañana será un día largo.

Matilda asiente y se acurruca junto a Draven. Él los cubre con las sábanas, y ella se queda dormida casi al instante.

Luc no ha movido un músculo mientras observa a Tilly, pero tan pronto como sabe que está dormida, se vuelve hacia mí.

—¿Cómo te atreves? —sisea—. Nadie usa mi sangre sin mi puto consentimiento.

Sostengo la mirada furiosa de Luc con firmeza.

—Hice lo que había que hacer —digo con calma—. El ritual requería sangre de todos nosotros para unir a Matilda completamente. No había tiempo para explicar y obtener permiso.

Los ojos de Luc destellan peligrosamente.

—No tenías derecho —gruñe, con voz baja para no despertar a Matilda—. Mi sangre no es tuya para usarla como te parezca.

—Era necesario —insisto—. Este vínculo nos protegerá a todos cuando nos enfrentemos a lo que sea que haya en esas cámaras. ¿Preferirías que ella entrara allí desprotegida? Esto no se trata de ti, imbécil. Se trata de Matilda. Siempre.

La mandíbula de Luc se tensa.

—Ese no es el punto. Deberías habernos dicho lo que planeabas.

—¿Y arriesgarme a arruinar el ritual? El momento tenía que ser perfecto. Cualquier duda o vacilación habría debilitado el vínculo.

—Tiene razón —dice Draven en voz baja desde la cama—. Por mucho que me cueste

admitirlo, necesitábamos esto.

Luc se vuelve hacia su hermano.

—¿Te pones de su lado? ¿Se acabó la tregua, entonces?

—No me estoy poniendo de ningún lado —dice Draven—. Estoy viendo el panorama general. Este vínculo podría salvarnos la vida mañana, especialmente la de Matilda. Él dijo que podía deshacerlo. Si te ofende tanto, puedes desvincularte después de que hayamos conseguido lo que necesitamos allá abajo.

Intercambian una mirada feroz, y estoy bastante seguro de que sí. La tregua se acabó.

Observo cómo la tensión crece entre Luc y Draven, sus miradas intensificándose. Mierda. Esto es exactamente lo que intentaba evitar al no decírselo antes. Necesitamos estar unidos al entrar en esas cámaras mañana, no estar unos contra otros.

—Mirad —digo, manteniendo la voz baja—, entiendo que estéis cabreados. Y *quizás* probablemente debería haber encontrado una manera de informaros. Pero lo hecho, hecho está. Ahora todos estamos unidos a Matilda, lo que significa que somos más fuertes juntos. Eso es lo que más importa ahora.

Los puños de Luc se aprietan a sus costados, pero sabe que está acorralado.

—Bien —gruñe—. Pero esto no ha terminado, Vex. Cuando todo esto acabe, tú y yo vamos a ajustar cuentas.

Asiento, aceptando la inevitabilidad de esa confrontación. Ha estado en el aire desde el día que llegó y nos olimos mutuamente.

—De acuerdo. Por ahora, concentrémonos en salir de mañana de una pieza. Ve a dormir.

Luc me muestra su Diablo, y me pongo a la defensiva. Si quiere un enfrentamiento, tengo más que suficiente poder para darle uno del que se arrepentirá de haber iniciado. Él lo sabe. Baja la guardia y desaparece de la habitación en llamas.

Suspiro e intercambio una mirada con Draven.

—Estará bien mañana. Es raro con cosas como esta —murmura—. Siempre lo ha sido.

Tengo que preguntarme por qué. ¿Qué hay en su sangre que le da tanto miedo que otros la obtengan? Supongo que en algún momento lo averiguaremos.

MATILDA

Me escabullo de la cama y rebusco, tratando de encontrar mi ropa. Vistiéndome apresuradamente, me doy la vuelta cuando Vex murmura:

—¿Estás bien?

Le echo un vistazo, aún recostado en la cama.

—Necesito una ducha.

—Puedes usar la mía.

—Y un cambio de ropa —añado con una sonrisa.

Él se ríe.

—Ve entonces. Nos veremos fuera del comedor en media hora. Mejor alimentarnos como adultos responsables antes de bajar al infierno.

—El infierno es mucho más agradable —murmura Draven mientras se despierta por este intercambio.

—¿Dónde está Luc? —pregunto.

—Ya se fue —dice Vex—. Lo veremos a la hora de comer.

Asiento.

—De acuerdo, los veré en un rato.

Salgo de la habitación de Vex, mi piel aún ardiendo ligeramente por las runas que talló en mi piel anoche. Pero es un ardor placentero.

Mientras camino de regreso a mi habitación, una ola de emociones contradictorias me invade. El ritual de anoche fue increíblemente intenso. Todavía puedo sentir la oleada de energía recorriendo mi cuerpo, conectándome con Vex, Draven y Luc de maneras que nunca hubiera imaginado.

Me deslizo en mi habitación y me dirijo directamente a la ducha, desvistiéndome por el camino. Al entrar, dejo que el agua caliente me empape. Mis dedos trazan los contornos tenues de las runas que Vex talló en mi piel.

Mi mente divaga hacia la partida de Luc. Algo se siente extraño al respecto, pero no puedo precisar exactamente qué. Me hago una nota mental para ver cómo está cuando lo vea en el desayuno.

Después de secarme, rebusco en mis cajones algo práctico y cómodo para caminar hacia lo desconocido. No tenemos idea de a qué nos enfrentaremos en esas cámaras subterráneas, así que me decido por unas mallas negras para un fácil movimiento, una camiseta negra y mis botas. Me hago una trenza apretada, viendo los mechones de arcoíris asomándose entre el rubio, y sonrío, tratando de animar un poco de confianza en que todos estaremos bien y saldremos vivos de esto.

Mientras termino de arreglarme, agarro la mochila y vacío la papelería y los libros. Luego

selecciono cuidadosamente un lápiz y una libreta delgada en la que bosquejar las runas que vimos. Suponiendo que incluso lleguemos a verlas de nuevo. Hago una pausa y me arrodillo, sacando la bolsa invisible. "Revelar", murmuro y me complace verla aparecer frente a mí. La reviso para ver si hay algo lo suficientemente poderoso para canalizar hechizos de protección. Hay un par de anillos con cristales y un par de collares. Los meto en la mochila y luego lanzo un hechizo para hacer invisible la bolsa de joyas. La empujo de vuelta bajo la cama y me pongo de pie, cerrando la cremallera de la mochila y dirigiéndome a la puerta.

Me dirijo al comedor, mi mente dando vueltas con pensamientos sobre lo que podríamos enfrentar en las cámaras subterráneas. Cuando entro al ajetreado salón, miro alrededor y veo a los chicos sentados en un rincón apartado. Luc levanta la mano hacia mí, y asiento, pero luego me desvío hacia la comida. Agarrando un sándwich de tocino y una taza de té caliente, me dirijo a su mesa y me siento.

—Hola —dice Luc, inclinándose para besarme castamente en la cabeza.

—Está bien —le digo—. Puedes mostrar un poco de entusiasmo.

Me lanza una mirada grave antes de agarrarme la garganta con fuerza y tirar de mí hacia él. Desliza su lengua en mi boca antes de morderme el labio inferior lo suficientemente fuerte como para romper mi piel. Gimo en su boca mientras lame la sangre, un gruñido bajo vibrando desde su pecho. Tiemblo y lo dejo darme este beso sangriento, cayendo en él y acunando la parte posterior de su cuello. Chupando mi labio inferior, se aleja hasta que se desprende de su boca, y lo miro, ligeramente aturdida, su mirada maliciosa humedeciendo mi coño. —Ahora estoy listo para enfrentar al Diablo en persona —dice.

—Así que, tu madre —arrastra las palabras Vex—. Apenas la declaración que debería ser.

Luc le hace una seña obscena y se reclina. Hay una notable frialdad entre él y Draven, y me pregunto si yo soy la causa. Antes de que pueda comentar, sin embargo, Draven toma mi mano y la besa.

—¿Estás lista, pétalo?

—Lo estoy. —Alcanzo la mochila, aún pegada a mi espalda, y la dejo caer sobre la mesa—. Tengo provisiones. ¿Alguien quiere encantar algunos cristales para repeler lo peor de lo que podríamos enfrentar allá abajo?

Vex se ríe.

—Yo me encargo. Tú come.

Asiento y me lanzo sobre mi sándwich.

Un chillido en la parte delantera del comedor me hace mirar por encima del hombro, pero es solo el Araxi, desgarrando el tocino y las salchichas como si no hubiera comido en una semana.

—¡Oye! —exclamo, poniéndome de pie y acercándome a él—. Tranquilo. Te vas a enfermar.

Él levanta la mirada, me chilla y salta a mi hombro.

—Hmm, amigo de conveniencia. ¿Dónde está tu nuevo mejor amigo?

Si no lo conociera mejor, diría que se ríe de mí, pero se enrosca alrededor de mi cuello, metiendo una salchicha entera en su boca y demoliéndola en un segundo.

—Voy a tener que dejarte atrás otra vez hoy —le digo mientras regreso a la mesa, los otros estudiantes dándome un amplio espacio—. Pero estarás bien con el profesor Blackthorn.

Él chilla su respuesta, aparentemente lo suficientemente feliz.

—¿Ya le pusiste nombre? —pregunta Vex, levantando la vista de su encantamiento mientras tomo asiento.

—No. Nada se ajusta del todo todavía. Aunque... tal vez Chaos sería apropiado. Ciertamente parece traerlo dondequiera que va.

Luc resopla.

—La subestimación del siglo.

—Chaos será entonces —digo, rascando bajo la barbilla del Araxi. Él gorjea felizmente ante la atención.

Draven se aclara la garganta.

—Deberíamos irnos pronto. Blackthorn estará esperando.

Un escalofrío recorre mi espalda ante sus palabras. Asiento, forzando el último bocado de mi sándwich y tragando el té.

—Tienes razón. Vamos.

Nos ponemos de pie, recogiendo nuestras cosas. Vex me devuelve los cristales, ahora zumbando con energía protectora.

—¿Qué planeas hacer con ellos? —pregunta, con los ojos entrecerrados.

Me deslizo uno de los anillos en el dedo y levanto el otro.

—¿Quién quiere el anillo y quién quiere los collares?

Tres miradas fulminantes se dirigen hacia mí, y me río. Vex es el primero en armarse de valor y toma el anillo, deslizándolo en su meñique.

—Por el amor de Dios —murmura y lo gira para que la piedra no sea visible.

Gruñendo, Draven y Luc se ponen los collares y rápidamente los ocultan bajo sus camisas. Todos estamos vestidos de negro, y trago saliva, esperando que no sea un presagio del funeral de alguien.

Mientras nos dirigimos fuera del comedor hacia la oficina de Blackthorn, estamos callados y pensativos. Nadie está ansioso por repetir los eventos que experimentamos, pero no tenemos elección.

Al acercarnos a la oficina del profesor Blackthorn, la tensión en el aire se espesa. Chaos parlotea nerviosamente en mi hombro, sintiendo nuestra inquietud. Extiendo la mano para acariciar su pelaje, intentando calmarnos a ambos.

Vex llama a la puerta, y escuchamos el amortiguado —Adelante— de Blackthorn.

Entramos en fila, encontrando al profesor de pie detrás de su escritorio, con el rostro serio.

—¿Están todos preparados? —pregunta.

Asentimos en silencio, el peso de lo que estamos a punto de hacer se asienta pesadamente sobre nuestros hombros.

—Muy bien —dice Blackthorn. Se mueve alrededor de su escritorio, revelando una pequeña caja de madera—. Esto contiene la alarma. Señorita Matilda, consérvela e intente no perderla. Si se encuentra en extrema necesidad de ayuda, la encontraré.

Asiento y tomo la piedra negra de él. Brilla intensamente cuando toca mi palma, y cierro mi mano sobre ella, metiéndola en la mochila mientras Chaos salta del barco para aterrizar en el escritorio de Blackthorn, donde se acurruca y se duerme. —Su nombre es Chaos. ¿Lo cuidará? —grazno.

—Por supuesto.

—Quiero decir, si no regreso... se asegurará de que esté a salvo aquí en este reino.

La mirada de Blackthorn se suaviza. —Volverá, señorita Matilda. Pero prometo que cuidaré de Chaos si ocurriera lo peor.

—Gracias —murmuro, agradecida de que no me dejara solo con una trivialidad. Agarro las correas colgantes a ambos lados de la mochila y las abrocho sobre mi pecho. No puedo perder esta maldita bolsa, pase lo que pase—. Um, ¿esta piedra es a prueba de agua? —me aventuro cuando se me ocurre ese pensamiento.

—Es a prueba de todo.

—Está bien, genial. Supongo que nos veremos cuando regresemos.

—No olviden reportarse conmigo inmediatamente —dice Blackthorn, casi demasiado jovialmente. Hace que mis entrañas se estremezcan.

Los chicos, aún en silencio, me guían fuera de la oficina, y nadie pronuncia una palabra mientras nos dirigimos a través del campus hacia la biblioteca. Vex empuja la puerta para abrirla. Está bulliciosa de actividad. Nos lanzamos miradas cautelosas entre nosotros, pero esta es nuestra única forma conocida de entrar. Intentar buscar la trampilla invisible será como buscar una aguja en un pajar. Vex rápidamente levanta un escudo que evitará que alguien nos vea, y como uno solo, nos movemos hacia la parte trasera de la biblioteca hasta el círculo intacto, sentado inocentemente en la piedra como si no fuera la entrada a una dimensión infernal rabiosa. La tensión aumenta, y hace que mis nervios se rompan, y miro con dureza a los dos hermanos. —Sea lo que sea que está pasando aquí, ustedes dos necesitan resolverlo ahora mismo. No podemos teneros enfrentados cuando nuestra vida depende de nuestra cohesión.

Luc y Draven intercambian una mirada tensa, con las mandíbulas apretadas. Después de un momento, Luc suspira pesadamente.

—Tienes razón —admite de mala gana—. No es el momento para estupideces mezquinas.

Draven asiente secamente. —De acuerdo. Necesitamos estar unidos allá abajo.

Observo cómo se dan la mano brevemente, pasando una tregua silenciosa entre ellos. El aire a nuestro alrededor se aligera ligeramente, disipándose parte de la tensión opresiva.

Vex se aclara la garganta. —Si ya hemos terminado con el conmovedor momento familiar, ¿podemos continuar?

Le lanzo una mirada fulminante, pero tiene razón. No podemos demorarnos más. Principalmente porque podría echarme atrás si lo hacemos.

Respirando profundamente, entro en el círculo primero. El familiar hormigueo de la magia me envuelve mientras los otros se unen a mí. Nos paramos cerca unos de otros, nuestros hombros rozándose.

—¿Todos listos? —pregunto, con la voz apenas por encima de un susurro.

Tres asentimientos sombríos me responden.

Me inclino y paso mis dedos sobre el botón y cierro los ojos mientras el suelo desaparece, y grito mientras nos precipitamos en la profundidad de la oscuridad, pero esta vez, en lugar de caer por la madriguera del conejo, golpeo con fuerza unos escalones de piedra, rompiéndome una costilla que me deja sin aliento.

MATILDA

—¡MALDITA SEA!

El dolor explota en mi costado mientras ruedo por las escaleras de piedra, cada impacto enviando ondas de choque a través de mi cuerpo. Me detengo en la parte inferior, jadeando por aire mientras la agonía pulsa a través de mis costillas.

Jadeo por aire, agarrándome el costado mientras el dolor ruge a través de mi cuerpo. Los chicos aterrizan a mi alrededor con varios gruñidos y maldiciones.

—¡Tilly! —Vex está a mi lado en un instante, sus manos flotando sobre mí—. ¿Qué pasó?

—Costillas —logro decir con dificultad—. Creo que me rompí una.

Draven se arrodilla a mi lado, sus manos frías sondeando suavemente mi costado. Siseo de dolor.

—Definitivamente fracturada —confirma—. Quédate quieta. Puedo curarte.

Coloca su palma plana contra mi caja torácica, y siento una oleada de energía helada fluyendo en mí. El dolor disminuye casi instantáneamente.

—Gracias —respiro, sentándome lentamente—. Buen truco.

—Magia básica cuando creces en el Infierno —murmura en respuesta.

—Oh —digo, sin emoción, intuyendo una historia más grande ahí y cambiando el tema al asunto en cuestión—. Bien, así que eso sucedió. Y fue totalmente diferente a la última vez.

Luc me ayuda a ponerme de pie, sus ojos escaneando nuestro entorno con cautela. Estamos en un estrecho pasillo de piedra, iluminado por antorchas parpadeantes a lo largo de las paredes en intervalos dispersos.

—Quiero que conste que odio estas cámaras —murmura Vex, pasando su mano por la piedra áspera—. Parece que han hecho algunas renovaciones desde nuestra última visita.

—No enojemos a las cámaras, ¿eh? —La voz de Draven es sombría.

—De acuerdo. —Un escalofrío recorre mi espina dorsal. Algo en este lugar se siente mal, más que antes. El aire es pesado y opresivo, como si las mismas piedras estuvieran tratando de aplastarnos.

—Deberíamos seguir moviéndonos —digo, tratando de mantener el temblor fuera de mi voz. Esto no era lo esperado, y me ha desconcertado más de lo que me gustaría.

Nos movemos con cautela por el estrecho pasillo, nuestros pasos haciendo eco en las paredes de piedra. La luz parpadeante de las antorchas proyecta sombras inquietantes que parecen bailar y retorcerse a nuestro alrededor. No puedo sacudirme la sensación de que nos están observando.

—¿Alguien más tiene una gran vibra espeluznante? —susurro, tratando de aligerar el ambiente.

—La subestimación del siglo —murmura Luc.

Después de unos segundos más, llegamos a una bifurcación en el pasaje. Ambos caminos se ven idénticos. Túneles oscuros y amenazantes que se extienden hacia la oscuridad.

—Genial —murmura Vex—. Más túneles.

—¿Por dónde? —pregunto, mirando entre las dos opciones.

Draven cierra los ojos, pareciendo concentrarse. Después de un momento, señala a la izquierda—. Por aquí. Puedo sentir algo. Se siente como la energía que encontramos antes.

—¿Alguien ha notado que siempre es a la izquierda? —murmuro, pero lo sigo de todos modos.

El pasaje se ensancha gradualmente a medida que avanzamos. El aire se vuelve más frío, erizando mi piel. Tiemblo, frotándome los brazos.

De repente, Vex extiende un brazo, deteniéndonos—. Esperen —sisea—. Miren.

Miro hacia adelante, entrecerrando los ojos en la penumbra. El pasaje se abre a una gran cámara circular. En el centro hay un altar de piedra, cubierto de extraños símbolos que brillan con una espeluznante luz verde.

Antes de que podamos acercarnos, un gruñido bajo resuena en la cámara. Criaturas de sombra se materializan de la oscuridad, pero no son como las que enfrentamos antes. Estas son más grandes, más sólidas, con ojos brillantes que se fijan en mí con una intensidad aterradora.

—Aquí vamos de nuevo —grita Luc.

—¡Corran! —grita Vex, sus runas brillando en azul mientras levanta una barrera.

—¿A dónde? —grita Draven.

Las sombras golpean contra la barrera, sus formas ondulando y estirándose. Una la atraviesa, sus garras arañando el aire donde estaba mi cabeza hace un segundo. Ruedo y uso cada onza de coraje y determinación que tengo para invocar algún tipo de magia defensiva en mis manos.

Llamas salen disparadas de mis palmas, sorprendiendo a todos, pero es de corta duración, y chisporrotean débilmente antes de morir.

—¡La cámara está amortiguando nuestra magia de nuevo! —Draven golpea su palma contra la pared, donde se forman cristales de hielo y luego se derriten inmediatamente—. ¡Necesitamos movernos!

Corremos de vuelta hacia el pasaje, pero más sombras salen de las paredes, obligándonos a bajar por un túnel diferente. Uno que ni siquiera estaba ahí antes, estoy segura. Las criaturas nos persiguen, sus aullidos haciendo eco en la piedra. Mis pulmones arden mientras corremos más profundo en el laberinto de pasajes.

—¿A dónde... mierda... vamos? —jadeo.

—¡Allí! —Luc señala un puente estrecho que atraviesa un abismo adelante.

Corremos a través de él, piedras sueltas desmoronándose bajo nuestros pies. A mitad de camino, el puente se estremece violentamente. Miro hacia atrás para ver criaturas de sombra arrancando las piedras de soporte.

—¡Se está derrumbando! —grito—. ¡Muévanse!

Estamos casi al otro lado cuando el puente cede. Salto hacia adelante, mis dedos raspando el borde del suelo sólido. Vex agarra mi muñeca, subiéndome mientras el puente se estrella en la oscuridad de abajo.

Pero nuestro alivio es temporal. La cámara en la que hemos entrado es enorme, su techo se pierde en la oscuridad de arriba. Antiguos pilares se elevan en la penumbra, cubiertos de símbolos familiares que pulsan con la misma luz verde enfermiza.

—Estas marcas —Draven pasa su mano sobre un pilar—. Están conectadas a lo que sea que esté suprimiendo nuestra magia.

Un estruendoso crujido parte el aire. El suelo bajo nosotros tiembla, y una energía oscura se filtra a través de las fisuras en la piedra.

—La cámara se está desestabilizando —grita Vex sobre el creciente rumor—. ¡Lo que sea que esté enterrado aquí abajo, se está despertando!

La energía se fusiona en una masa retorcida de sombras en el centro de la cámara. El sonido es antiguo y terrible, como si la realidad estuviera siendo doblada y desgarrada.

La luz verde repentinamente se intensifica de manera cegadora. Levanto mi mano para cubrirme los ojos. Cuando mi visión se aclara, veo una figura de pie en el centro de la cámara. Tiene forma humana pero está envuelta en largas túnicas fluidas, con una capucha cubriéndole la cabeza. Su rostro es un vacío negro de la nada.

—Por fin —dice, su voz resonando con un poder ancestral.

La forma de la figura cambia y ondula, a veces sólida, a veces humo.

—¿Puedes sentirlo, mi conducto? Las barreras entre el entonces y el ahora, derrumbándose al fin.

—¿Qué eres? —exijo saber, con la voz temblorosa.

La figura druídica levanta sus manos, y todos nos ponemos a la defensiva, pero la criatura se echa hacia atrás la capucha para revelar un rostro cuya familiaridad me golpea en las entrañas. La cámara estalla en caos, separándonos y dispersándonos. Un estruendo resuena en mi cabeza cuando golpea el frío suelo de piedra, que se rompe bajo el crujido y chirrido de la tierra que se parte. Mientras caigo por la grieta, la voz susurra a mi alrededor. *El Praxiano te lo agradece, pequeña bruja.*

Continúa con Soul Bound, Libro 2 (reserva para finales de febrero de 2025)
Únete a mi Grupo de Lectores en Facebook para más información sobre mis últimos libros y catálogo anterior:
Suscríbete a mi boletín para noticias exclusivas, regalos y concursos:

OTRAS OBRAS DE EVE NEWTON

https://www.amazon.es/stores/Eve-Newton/author/B009MWXN5Q